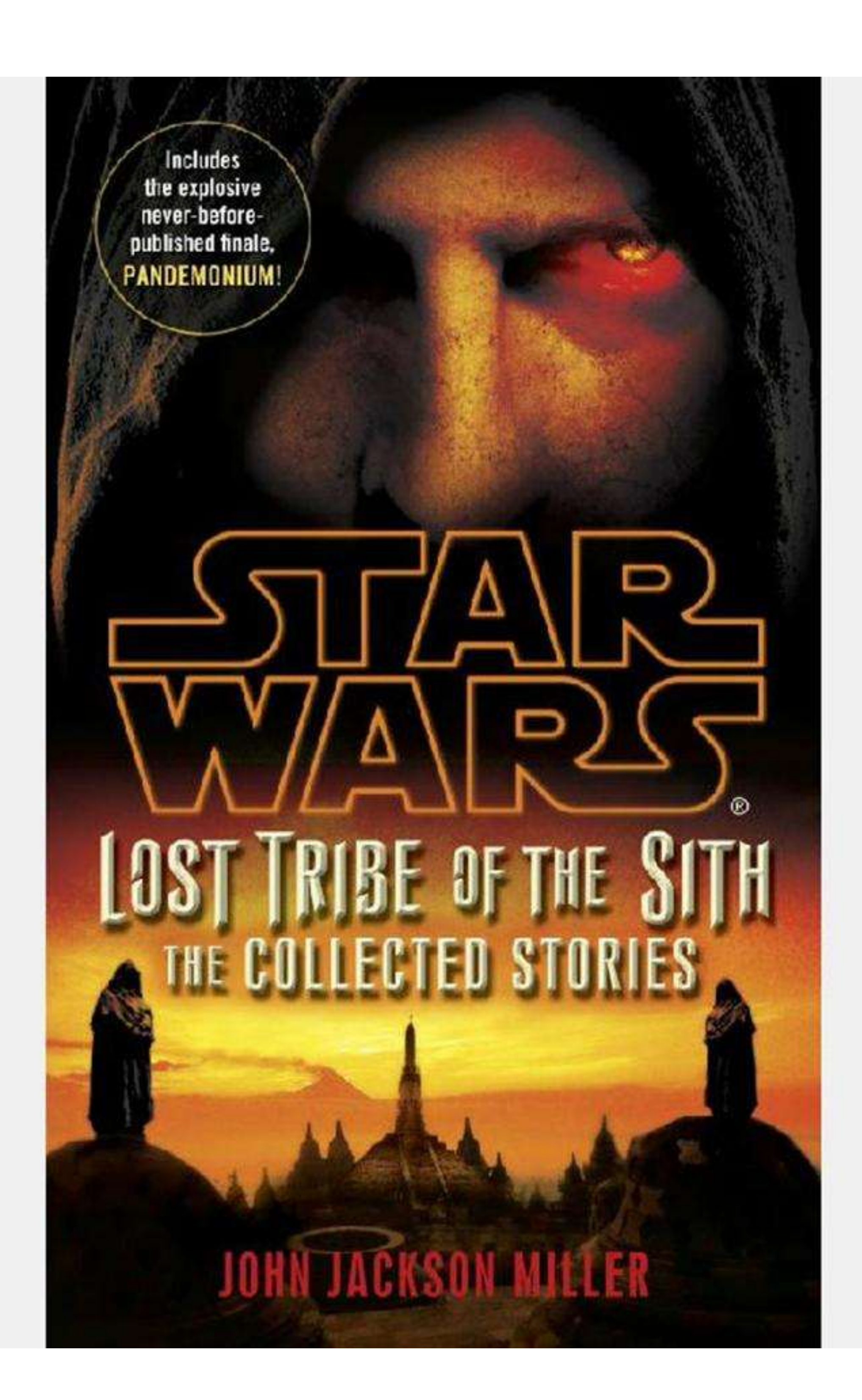

Includes the explosive never-before-published finale, PANDEMONIUM!
STAR WARS®
LOST TRIBE OF THE SITH
THE COLLECTED STORIES
JOHN JACKSON MILLER

Por fin, en un único volumen los ocho episodios originales de la épica serie de eBooks La Tribu Perdida de los Sith… junto con el explosivo, final nunca antes publicado, Pandemonio, ¡más de un centenar de páginas de material nuevo!

Hace cinco mil años. Después de una emboscada Jedi, la nave minera sith *Presagio* naufragó en un planeta remoto y desconocido. Su comandante, Yaru Korsin, lucha contra el derramamiento de sangre de una facción rebelde liderada por su propio hermano. Varados y enfrentando a la muerte, la tripulación Sith no tiene más remedio que adentrarse en sus desolados alrededores. Se enfrentan a muchos desafíos brutales, feroces depredadores, plagas letales, pueblos tribales que adoran a dioses vengativos, y como verdaderos guerreros Sith, los combaten con el lado oscuro de la Fuerza.

Las luchas recién empiezan para los orgullosos e inflexibles Sith, motivados como están a regir a toda costa. Vencerán a los primitivos nativos, y encontrarán su camino de regreso a su verdadero destino como gobernantes de la galaxia. Pero a medida que su legado crece a través de miles de años, los Sith al final, son puestos a prueba por la más peligrosa de todas las amenazas: el enemigo interior.



La tribu perdida de los Sith

Los relatos recopilados

John Jackson Miller

Versión 1.1

28.12.12



Título original: *Star Wars: Lost Tribe of the Sith: The Collected Stories*
Cronología: de 5000 a 2975 años A.B.Y (Antes de la Batalla de Yavin)
Autor: John Jackson Miller
Publicación del original: julio 2012

Traducción: *Javi-Wan Kenobi*
Revisión: Bodo-Baas
Editor original: Bodo-Baas (v1.0-1.1)
Base LSW v1.1

Declaración

Libro 1
Precipicio

5000 años ABY

Capítulo Uno

—¡Lohjoy! ¡Dame algo! —Con sus pies tropezando en la oscuridad, el comandante Korsin giró el cuello para mirar el holograma—. Impulsores, control de altitud… ¡me conformaría con *cohetes de aterrizaje*!

Una nave estelar es un arma, pero es su tripulación la que la hace letal. Un viejo proverbio de espaciantes: trillado, pero con suficiente peso para mantener cierta autoridad. Korsin se lo había dicho a sí mismo en alguna ocasión. Pero no hoy. Su nave estaba siendo letal por sí misma… y su tripulación sólo estaba dejándose llevar.

—¡No tenemos nada, comandante! —La ingeniera de cabello serpenteante parpadeó ante él, desenfocada y descentrada en el encuadre. Korsin sabía que las cosas en las cubiertas inferiores debían ir mal si su tiesa y estirada genio ho'din había perdido el equilibrio—. ¡Los reactores han caído! Y tenemos fallos estructurales en el casco, tanto a proa como a…

Lohjoy lanzó un grito de agonía, y sus zarcillos estallaron en una melena de fuego que la empujó tambaleándose fuera de la vista. Korsin apenas pudo reprimir una risa de asombro. En momentos más tranquilos —media hora estándar antes— bromeaba diciendo que los ho'din eran medio árboles. Pero eso difícilmente era apropiado cuando toda la cubierta de ingeniería estaba estallando. El casco se había abierto. De nuevo.

El holograma murió… y, por todas partes alrededor del fornido comandante, las luces de emergencia comenzaron a bailar, parpadear y saltar. Korsin volvió a derrumbarse en su asiento, aferrándose a los reposa-brazos. *Bueno, la silla aún funciona.*

—¿Hay algo? ¿Hay alguien?

Silencio… y el lejano chirrido del metal.

—Sólo dame algo a lo que disparar. —Era Gloyd, el oficial de artillería de Korsin, con los dientes brillando en la oscuridad. La media sonrisa era un recuerdo de un impacto del sable de luz de un Jedi que, unos años antes, por poco no arranca la cabeza del houk. Como respuesta, Gloyd había cultivado el único ingenio de a bordo tan cáustico como el del propio comandante… pero el artillero no estaba encontrando hoy mucha diversión. Korsin podía leerlo en los pequeños ojos del bruto: *Con una vez que escapes por los pelos basta.*

Korsin no se molestó en mirar al *otro* lado del puente. Allí, las miradas gélidas podían interpretarse como una rendición. Incluso en ese momento, cuando el *Presagio* estaba lisiado y cayendo fuera de control.

—¿Hay alguien?

Incluso en ese momento. Las frondosas cejas de Korsin se tensaron en una V negra. ¿Qué era lo que estaban haciendo *mal*? El proverbio tenía razón. Una nave necesitaba una

tripulación unida en un propósito… sólo que el propósito de ser Sith era la exaltación del individuo. Cada alférez, un emperador. Cada error del rival, una oportunidad. *Bueno, aquí hay una oportunidad,* pensó. *Resuelve esto, quien seas, y te ganarás de golpe el derecho de usar la maldita silla cómoda.*

Juegos de poder Sith. Ahora no significaban mucho… no frente a la insistente gravedad bajo él. Korsin alzó de nuevo la vista hacia el ventanal de proa. El vasto orbe azul que podía verse antes se había ido, reemplazado por luz, gas, y polvo que llovía hacia arriba. Sabía que las últimas dos cosas provenían de las entrañas de su propia nave, perdiendo la lucha contra la atmósfera alienígena. Fuera lo que fuese, el planeta tenía ahora atrapado al *Presagio*. Una sacudida, y más gritos. Esto no duraría mucho.

—¡Recordad! —gritó, mirándoles por primera vez desde que todo había empezado—. ¡Vosotros *queríais* estar aquí!

* * *

Y así era… para la mayoría de ellos. El *Presagio* había sido la nave que había que tomar cuando la flotilla minera de los Sith llegó a Primus Goluud. A la fuerza de choque massassi de la bodega no le importaba dónde la llevaran… ¿quién podía saber en qué *pensaban* los massassi durante la mayor parte del tiempo, y eso suponiendo que lo hicieran alguna vez? Pero muchos seres racionales que podían elegir por sí mismos eligieron el *Presagio*.

Saes, el capitán del *Heraldo*, era un Jedi caído: una cantidad desconocida. No podías confiar en alguien en el que los Jedi no pudieran confiar, y ellos confiaban en casi todo el mundo. Pero Korsin se había dedicado a esto durante veinte años estándar, tiempo suficiente para que aquellos que habían servido a su mando corrieran la voz. Una nave de Korsin era un viaje tranquilo.

Pero hoy no. Completamente cargados con cristales Lignan, el *Heraldo* y el *Presagio* se habían preparado para abandonar Phaegon III hacia el frente cuando un caza Jedi entró en las defensas de la flota minera. Mientras las Cuchillas en forma de media luna se enfrentaban al intruso, la tripulación de Korsin hacía los preparativos para saltar al hiperespacio. Proteger la carga era lo primordial… y si conseguían hacer su entrega antes de que el renegado Jedi hiciera la *suya*, bueno, entonces eso sería un extra. Los pilotos de las Cuchillas podrían usar los hangares del *Heraldo*.

Sólo que algo había ido mal. El *Heraldo* se estremeció, una y otra vez. Las lecturas de los sensores de la nave hermana dejaron de tener sentido… y el *Heraldo* se inclinó peligrosamente hacia el *Presagio*. Antes de que pudiera sonar la alarma de colisión, el navegante de Korsin activó el hipermotor en un acto reflejo. Se habían salvado por un pelo…

…o quizá no. No según indicaban ahora las lecturas de los signos vitales del *Presagio*. *Nos han dado.* Korsin lo sabía. La telemetría debería habérselo dicho, si hubieran tenido alguna. La nave había sido desplazada de su curso por un pelo astronómico… pero eso había sido suficiente.

El comandante Korsin nunca se había enfrentado a un encuentro con un pozo de gravedad en el hiperespacio, ni tampoco nadie de su tripulación. Las historias necesitan supervivientes. Pero lo que podía sentir era como si el propio espacio se hubiera abierto en un gran bostezo al paso del *Presagio*, y ahora amasase la superestructura de aleación de la nave como si fuera plastilina. Había durado apenas una fracción de segundo, si es que allí existía siquiera el tiempo. La fuga fue peor que el contacto. Un chasquido enfermizo, y los blindajes fallaron. Los mamparos cedieron. Y luego, la santa bárbara

La santa bárbara había explotado. Eso era bastante fácil de saber al ver el hueco resultante en la parte inferior de la nave. Que hubiera explotado en el hiperespacio era algo que se podía deducir: seguían vivos. Granadas, bombas, y el resto de juguetitos que su cargamento secundario, los massassi, estaban llevando a Kirrek, habrían desaparecido con gran efecto teatral, llevándose la nave consigo. Pero en lugar de eso, la santa bárbara se había desvanecido sin más… junto con un pedazo considerable del alcázar del *Presagio*. La física en el hiperespacio era impredecible por definición; en lugar de explotar hacia fuera, la brecha en la cubierta simplemente había causado una sacudida sísmica en la nave. Korsin podía imaginarse las municiones estallando, saliendo del hiperespacio a años luz por detrás del *Presagio*, estuviera donde estuviese. ¡Eso significaría un mal día para alguien!

Oh, espera. Ya me ha llegado el turno.

El *Presagio* había salido estremeciéndose al espacio real, decelerando a lo loco… y apuntando directamente a una burbuja azul que colgaba ante una estrella vibrante. ¿Era esa la fuente de la sombra de masa que había interrumpido su viaje? ¿Y a quién le importaba? Todo estaba a punto de acabar. Capturado, el *Presagio* había zigzagueado y oscilado cruzando el cristalino océano de aire hasta que el descenso comenzó en serio. Había perdido a su ingeniera —probablemente a todos sus ingenieros—, pero la cubierta de mando aún aguantaba. Artesanía Tapani, pensó maravillado Korsin. Estaban cayendo, pero por el momento seguían vivos.

—¿Por qué no está muerto? —Medio hipnotizado por las lenguas de fuego que estallaban en el exterior (al menos el *Presagio* estaba panza abajo en ese momento), Korsin sólo era vagamente consciente de las duras palabras que se decían a su izquierda—. ¡No deberías haber saltado! —exclamó la voz joven, clavando las palabras como puñales—. ¿Por qué no está *muerto*?

El comandante Korsin se enderezó y miró incrédulo a su hermanastro.

—*Sé* que no me estás hablando a mí.

Devore Korsin apuntó con un dedo enguantado más allá del comandante, a un hombre frágil que aún se debatía inútilmente con su panel de control y parecía muy solo.

—¡Ese navegante tuyo! ¿Por qué no está *muerto*?

—¿Quizá está en la cubierta equivocada?

—*¡Yaru!*

No era una broma, claro está. Boyle Marcom había guiado las naves de los Sith a través de las extrañezas del hiperespacio desde mediados del reinado de Marka Ragnos. Boyle ya no estaba en sus mejores años, pero Yaru Korsin sabía que siempre merecía la pena tener un antiguo timonel de su padre. Aunque hoy no. Fuera lo que fuese que había pasado, perfectamente se le podrían echar las culpas al navegante.

¿Pero achacar culpas en mitad de una tormenta de fuego? Esa vez Devore se había excedido.

—Hablaremos de esto más tarde —dijo el mayor de los Korsin desde el sillón de mando—. Si es que hay un más tarde.

La ira brilló en los ojos de Devore. Yaru no podía recordar haber visto nunca otra cosa en ellos. El pálido y desgarbado Devore tenía muy poco de su propia complexión rubicunda y achaparrada… la misma de su padre. ¿Pero esos ojos, y esa mirada? Podrían haber sido un trasplante directo.

Su padre. Nunca había vivido un día así. El viejo espaciante nunca había perdido una nave de los Señores del Sith. Aprendiendo a su lado, el adolescente Yaru se había labrado su propio futuro… hasta el día en que dejó de estar tan enamorado de los pasos de su padre. El día en que Devore llegó. Con la mitad de años que Yaru, hijo de una madre de otro puerto en otro planeta… y acogido por el viejo almirante sin pensárselo dos veces. Antes que descubrir cuántos hijos más tenía su padre ahí fuera para ocupar estaciones en el puente, el cadete Korsin prefirió acudir a los Señores del Sith pidiendo otra misión. Eso no había sido un error. En cinco años, llegó a capitán. En diez, consiguió el mando del recién botado *Presagio* superando a un capitán que había sido su superior durante muchos años.

A su padre no le había gustado. Nunca había perdido una nave de los Señores del Sith. Pero había perdido una a manos de su hijo.

Pero ahora perder el *Presagio* parecía una tradición familiar. La tripulación del puente al completo —incluso el intruso Devore— respiró sonoramente cuando arroyuelos de humedad reemplazaron a las llamas en el exterior del ventanal. El *Presagio* había entrado en la estratosfera sin incinerarse, y ahora la nave era un platillo girando perezosamente a través de densas nubes de lluvia. Korsin entrecerró los ojos. ¿Agua?

¿Habrá siquiera tierra debajo?

El pensamiento aterrador cruzó al unísono por las mentes de los siete presentes en el puente, al ver cómo se combaba el ventanal de transpariacero: *¡Gigante de gas!* Se tardaba bastante en estrellarse desde órbita, suponiendo que sobrevivieras a la re-entrada. ¿Cuánto más, cuando no había superficie? Korsin toqueteó sin objeto claro los controles ubicados en su reposa-brazos. El *Presagio* se resquebrajaría en pedazos, aplastado bajo una montaña de vapores. Compartieron el mismo pensamiento… y casi como respuesta, la ventana se oscureció.

—¡Agachaos, todos! —dijo—. ¡Y agarraos a algo… *ya*!

Esta vez, le hicieron caso. Lo sabía: Si se trataba de auto-conservación, un Sith haría cualquier cosa. Incluso ese puñado. Korsin clavó las uñas en su silla, con los ojos fijos en el ventanal de proa y la sombra que caía rápidamente sobre él.

Una masa húmeda chocó contra el casco. Su forma alargada se arrastró por el transpariacero, demorándose un instante antes de desaparecer. El comandante parpadeó un par de veces. Había aparecido y desaparecido de pronto, pero no era parte de su nave.

Tenía alas.

Sorprendido, Korsin se levantó de su asiento como con un resorte y se abalanzó hacia el ventanal. Esta vez, el error fue claramente suyo. Ya forzado por la colisión, el transpariacero acabó cediendo, y la nave lloró esquirlas como lágrimas brillantes. Una ráfaga de aire saliente lanzó a Korsin de golpe contra las placas de la cubierta. El viejo Marcom se inclinaba hacia un lado, al haber perdido agarre en su estación. Sonaron las sirenas —¿cómo era que aún funcionaban?— pero pronto se apagó el tumulto. Sin pensarlo, Korsin respiró.

—¡Aire! ¡Es aire!

Devore se puso en pie el primero, braceando contra el viento. Su primer golpe de suerte. El ventanal había estallado principalmente hacia fuera, y no hacia dentro; y aunque la cabina había perdido presión, un viento húmedo y salado la estaba reponiendo lentamente. Sin ayuda, el comandante Korsin se abrió camino a su estación. *Gracias por echarme una mano, hermano.*

—Esto es sólo un aplazamiento —dijo Gloyd. Aún no podían ver qué había abajo. Korsin ya había efectuado anteriormente un picado suicida, pero eso había sido en un bombardero… cuando sabía dónde estaba la tierra debajo. Y que *había* tierra.

Las dudas que antes Korsin había reprimido cruzaron su mente… y Devore respondió.

—Ya basta —ladró el cazador de cristales, luchando contra el balanceo de la cubierta para llegar a la silla de mando de su hermano—. ¡Déjame esos controles!

—¡Están tan muertos para ti como lo están para mí!

—¡Ya lo veremos! —Devore intentó agarrar el reposa-brazos, pero fue detenido por la gruesa muñeca de Korsin. El comandante apretó los dientes. *No hagas esto. Ahora no.*

Un bebé lloró. Korsin lanzó por un instante una mirada de interrogación a Devore antes de girarse para ver a Seelah en el umbral, agarrando un bulto envuelto en carmesí. El bebé gemía.

De piel más oscura que cualquiera de ellos, Seelah era una operaria en el equipo minero de Devore. Korsin la conocía simplemente como la hembra de Devore; ese era el modo más educado de decirlo. No sabía qué papel llegó primero. Ahora la esbelta figura parecía demacrada al tambalearse en el umbral. Su bebé, envuelto por completo según la costumbre de su gente, había logrado sacar un bracito y estaba aferrando su revuelto cabello castaño rojizo. Ella parecía no notarlo.

La sorpresa —¿o era enfado?— cruzó el rostro de Devore.

—¡Os había enviado a los módulos salvavidas!

Korsin se estremeció. Usar los módulos salvavidas era una idea imposible… literalmente. Ya lo sabían de antes cuando, en el espacio, el primero de ellos se atascó en su testarudo gancho de agarre y explotó justo en el casco de la nave. No sabía qué había pasado con el resto, pero la nave había sufrido tal daño en su zona central que suponía que probablemente toda la hilera se hubiera perdido.

—La bodega de carga —dijo ella, jadeando cuando Devore llegó junto a ella y le agarró los brazos—. Junto a nuestros alojamientos.

Los ojos de Devore miraron tras ella, hacia el pasillo.

—Devore, no puedes *ir* a los módulos salvavidas…

—¡Cállate, Yaru!

—Parad —dijo ella—. Hay tierra. —Cuando Devore se la quedó mirando inexpresivamente, ella suspiró y miró con urgencia al comandante—. *¡Tierra!*

Korsin hizo la conexión.

—¡La bodega de carga!

Los cristales estaban en una bodega segura, por delante del daño… en un lugar con ventanales en un ángulo que permitían ver hacia abajo. Había algo bajo todo ese azul, después de todo. Algo que les daba una oportunidad.

—El impulsor de babor se encenderá —imploró ella.

—No, no lo hará —dijo Korsin. No con una orden desde el puente, al menos—. Vamos a tener que hacer esto a mano… por así decirlo. —Caminó más allá del achacoso Marcom hacia el ventanal de estribor, desde el que se veía el bulto principal de la renqueante popa de la nave. Había cuatro grandes tapas de lanzatorpedos a ambos lados de la nave, unas tapas esféricas que giraban hacia arriba o hacia abajo del plano horizontal según dónde estaban situadas. Nunca se abrían esas tapas en las atmósferas, por miedo al daño que podrían causar. Ese fallo de diseño podría salvarles—. Gloyd, ¿funcionaran?

—Girarán… una vez. Pero sin energía, vamos a tener que activar las espoletas para abrirlas.

Devore estaba fuera de sí.

—¡No vamos a salir ahí fuera! —Seguían a velocidad terminal. Pero Korsin ya estaba también en movimiento, corriendo más allá de su hermano hacia el ventanal de babor—. ¡Todo el mundo, a los lados!

Seelah y otro tripulante caminaron al ventanal de la derecha. Devore, al verlo, se unió reticentemente a ella. Solo a la izquierda, Yaru Korsin colocó la mano sobre la ventana sobre la que estaba apareciendo una especie de sudor frío. Fuera, a metros de distancia, encontró una de las inmensas cubiertas circulares… y la pequeña caja colocada a su lado, no mayor que un comunicador. Esa más pequeña de lo que recordaba de la inspección. *¿Dónde está el mecanismo? Ahí.* Lo alcanzó con la Fuerza. *Con cuidado…*

—La puerta de torpedos superior, a ambos lados. *¡Ahora!*

Con un decidido acto mental, Korsin activó la espoleta. Un gran tornillo se soltó de forma explosiva, saliendo disparado… y la pesada tapa del tubo se movió como

respuesta, girando sobre su única bisagra. La nave, que ya estaba temblando, gimió con estrépito cuando la puerta alcanzó su posición final, asomando de la superficie del *Presagio* como un alerón improvisado. Korsin miró con expectación a su espalda, donde la expresión de Seelah le indicaba un éxito similar en su lado. Por un instante, se preguntó si había funcionado…

¡Zum! Con un violento tirón que hizo que la tripulación del puente perdiera el equilibrio, el *Presagio* apuntó con el morro hacia abajo. No habían aminorado la velocidad de la nave tanto como Korsin había esperado, pero esa no era la cuestión. Al menos ahora podían ver hacia dónde se dirigían, lo que había debajo. *Si esas malditas nubes se apartasen…*

De golpe, la vio. Tierra, en efecto… pero más agua. Mucha más. Picos dentados y desiguales sobresalían de un oleaje verdoso, casi como un esqueleto de roca iluminado por el sol poniente del planeta alienígena, apenas visible en el horizonte. Se iba haciendo rápidamente de noche. No habría mucho tiempo para tomar una decisión…

…pero Korsin ya sabía que no había elección posible. Aunque la mayor parte de la tripulación sobreviviría a un amaraje, no durarían mucho cuando sus superiores supieran que su preciada carga estaba en el fondo de un océano alienígena. *Mejor que recuperen los cristales de entre nuestros cadáveres calcinados.* Frunciendo el ceño, ordenó a la tripulación del lado de estribor que activase sus puertas de torpedos inferiores.

De nuevo, una violenta sacudida, y el *Presagio* se inclinó hacia la izquierda, dirigiéndose hacia una furiosa cadena de montañas. Hacia atrás, un módulo salvavidas salió despedido de la nave… y se estrelló directamente contra los riscos. La columna de humo desapareció del campo de visión del puente en menos de un segundo. La tripulación de torpedos de Gloyd tendría envidia, pensó Korsin, agitando la cabeza y respirando profundamente. Aún queda gente viva ahí atrás. *Aún lo están intentando.*

El Presagio rebasó un pico cubierto de nieve por menos de cien metros. Al otro lado, se abría una superficie de agua oscura. Otra corrección de curso… y el *Presagio* se estaba quedando rápidamente sin tubos de torpedos. Se lanzó otro módulo salvavidas, en un ángulo descendiente. Sólo cuando la pequeña nave se aproximaba al oleaje, su piloto —si es que tenía alguno— activó los motores. Los cohetes lanzaron el módulo directo al océano a máxima velocidad.

Parpadeando por el sudor, Korsin volvió la mirada a su tripulación.

—¡Carga de profundidad! ¡Buen momento para una maniobra de combate mixta! —Ni siquiera Gloyd se rió con esa. Pero no por decoro, se dio cuenta el comandante al girarse. Era por lo que había delante. Más afiladas montañas surgían de las aguas… incluyendo una montaña que iba directa hacia ellos. Korsin se reclinó en su asiento—. ¡A sus estaciones!

Seelah corría presa del pánico, casi perdiendo en uno de sus tambaleos al sollozante Jariad. No tenía estación, ni posición defensiva. Comenzó a cruzar hacia Devore, congelado en su terminal. No quedaba tiempo. Una mano le agarró. Yaru tiró de ella, empujándola detrás del sillón de mando para que se agachase y se protegiera allí.

La acción le salió cara.

El *Presagio* se estrelló contra el pico de granito en ángulo, perdiendo la batalla… y aún más partes de sí mismo. El impacto lanzó al comandante Korsin hacia delante contra el mamparo, casi empalándole en los restos del ventanal destrozado. Gloyd y Marcom se esforzaron en avanzar hacia él, pero el *Presagio* seguía en movimiento, chocando contra otro alzamiento rocoso y girando en espiral hacia abajo. Algo explotó, esparciendo fragmentos llameantes en la estela devastadora de la nave.

Agonizante, el *Presagio* giró hacia delante de nuevo, con las puertas de los torpedos que habían sido sus improvisados aerofrenos actuando como remos y timones al deslizarse. Bajó resbalando por una cuesta llena de gravilla, lanzando piedras en todas direcciones. Korsin, con la frente sangrando, alzó la vista para ver…

…nada. El *Presagio* continuó deslizándose hacia un abismo. Se le había acabado la montaña.

Para. *¡Para!*

—*¡Para!*

* * *

Silencio. Korsin tosió y abrió los ojos.

Seguían vivos.

—No —dijo Seelah, de rodillas, aferrándose a Jariad—. Ya estamos muertos.

Gracias a ti, eso no lo dijo… pero Korsin sintió las palabras fluyendo hacia él a través de la Fuerza. No necesitaba esa ayuda. Sus ojos lo decían todo.

Capítulo Dos

La tripulación permanente del *Presagio* provenía del mismo grupo de humanos que Korsin: los escombros de una casa noble, lanzada al espacio hacía siglos en la vorágine que formó el Imperio Tapani. Los Sith los encontraron, y los encontraron útiles. Eran hábiles en el comercio y la industria, todo aquello que los Sith más necesitaban pero para lo que nunca tenían tiempo al estar ocupados con sus construcciones y destrucciones de mundos. Sus ancestros dirigieron naves y fábricas, y las dirigieron bien. Y no pasó mucho tiempo antes de que la Fuerza también estuviera en su gente.

Eran el futuro. No podían reconocerlo, pero era obvio. Muchos de los Señores del Sith aún pertenecían a la especie de color carmesí que durante mucho tiempo formaba el núcleo de sus seguidores. Pero los números estaban cambiando… y si Naga Sadow quería gobernar la galaxia, tenían que hacerlo.

Naga Sadow. Señor Oscuro, con tentáculos en la cara, heredero de antiguos poderes. Fue Naga Sadow quien había enviado al *Presagio* y al *Heraldo* en busca de cristales Lignan; era Naga Sadow quien necesitaba los cristales en Kirrek, para vencer a la República y sus Jedi.

¿O era a los Jedi y su República? No importaba. Naga Sadow mataría al comandante Korsin y a su tripulación por perder su nave. Seelah tenía bastante razón en eso.

Pero Sadow aún no tenía por qué perder la guerra, dependiendo de lo que Korsin hiciera ahora. Aún le quedaba algo. Los cristales.

Pero en ese momento los cristales estaban allá en lo alto.

Había sido una noche de horrores, haciendo bajar a 355 personas desde la elevada meseta. Dieciséis heridos murieron en el camino, y otros cinco se habían despeñado del estrecho saliente que formaba el único camino aparente de ascenso o descenso. Aunque nadie dudaba de que la evacuación había sido la opción correcta. No podían permanecer ahí arriba, no con los incendios aún ardiendo y la nave colgando precariamente. Korsin, el último en abandonar la nave, casi se hace matar cuando uno de los torpedos protónicos se soltó del tubo desnudo, cayendo al olvido por el precipicio.

Para cuando salió el sol, encontraron un claro, a mitad de camino en el descenso de la montaña, tachonado con matojos de hierba salvaje. La vida estaba por todas partes en la galaxia, incluso allí. Era la primera buena señal. Sobre ellos, el *Presagio* continuaba ardiendo. No hacía falta preguntarse en qué lugar sobre ellos estaba la nave, pensó Korsin. No mientras pudieran seguir el humo.

Ahora, caminando de vuelta al lugar donde el grupo pasaría la noche —más que un campamento, aquello era sólo una reunión—, Korsin sabía que tampoco tendría que preguntarse nunca dónde estaba su gente. No mientras su nariz funcionase.

—Ahora sé por qué manteníamos a los massassi en su propio nivel —dijo, a nadie en particular.

—Encantador —respondió alguien por encima de su hombro—. Debo decir que ellos tampoco están muy contentos *contigo*.

Ravilan era un Sith Rojo, de sangre pura como pocos. Era el capataz y guardián de los massassi, los desagradables y torpes bípedos que los Sith apreciaban como instrumentos de terror en el campo de batalla. En ese momento, los massassi no parecían tan formidables. Korsin siguió a Ravilan al interior del círculo diabólico, que aún era menos placentero por la fetidez de los vómitos. Rubicundos monstruos de dos y tres metros de alto estaban tendidos por el suelo, temblando y tosiendo.

—Quizá sea algún tipo de edema pulmonar —dijo Seelah, pasando a la gente bombonas de aire purificado recuperadas de un pack de emergencia. Antes de relacionarse con Devore y asegurarse un lugar en su equipo, había sido médico de guerra… aunque Korsin no lo hubiera imaginado a juzgar por su actitud hacia los enfermos, al menos los massassi. Apenas tocaba a los resollantes gigantes—. Ya no estamos en alturas elevadas, de modo que esto debería desaparecer. Probablemente sea normal.

A su izquierda, otro massassi tosió violentamente… y observó en silencio el resultado: un puñado de chorreante tejido corporal. Korsin miró al capataz.

—¿Es esto normal? —le preguntó secamente.

—Ya sabes que no —replicó Ravilan.

Desde el otro lado del claro, Devore Korsin llegó corriendo, dejando a su hijo en manos de Seelah antes de que esta terminase de limpiárselas. Agarró la gran muñeca del bruto, mirando por sí mismo. Sus ojos llamearon hacia su hermano.

—¡Pero no hay nada más resistente que los massassi!

—Nada a lo que puedan golpear, patear o estrangular —dijo Korsin. Un planeta alienígena, de todas formas, era un planeta alienígena. No habían tenido tiempo para hacer un bioescáner. Todo el equipamiento estaba allí arriba. Devore siguió a Seelah, alejándose de los massassi enfermos.

Ochenta de las criaturas habían sobrevivido al choque. Korsin descubrió que los ayudantes de Ravilan estaban quemando a una tercera parte de esos supervivientes, allí mismo, sobre la colina. Fuera lo que fuese esa cosa invisible que había en ese planeta y estaba matando a los massassi, lo estaba haciendo rápidamente. Ravilan le mostró la apestosa pira.

—No están lo bastante lejos —dijo Korsin.

—¿De quién? —respondió Ravilan—. ¿Esta depresión es un campamento permanente? ¿Deberíamos trasladarnos a otra montaña distinta?

—Ya basta, Rav.

—¿No tienes ninguna réplica ingeniosa? Estoy sorprendido. Al menos tendrás planeado *algo* a largo plazo.

Korsin había tenido esgrima verbal con Ravilan en misiones anteriores, pero ahora no era el momento.

—He dicho que *ya basta*. Hemos inspeccionado la zona. Lo has visto. No hay adonde ir. —Había playas en la parte inferior de la colina, pero terminaban contra los aceitosos acantilados con los que comenzaba la siguiente montaña de la cadena. Y continuar

avanzando por la cadena montañosa significaba viajar cruzando marañas de zarzales afilados como cuchillas—. No necesitamos una expedición. No nos vamos a quedar aquí.

—Esperaría que no —dijo Ravilan, torciendo la nariz por el olor de la hoguera—. Pero tu hermano… quiero decir, el otro hijo del capitán Korsin… cree que no deberíamos esperar para volver.

Yaru Korsin se detuvo.

—Yo tengo los códigos del transmisor. Soy yo quien debe hacer esa llamada. —Alzó la mirada un instante, arriba a lo lejos continuaba la distante columna humeante—. Cuando sea seguro.

—Sí, desde luego. Cuando sea seguro.

El comandante no había querido que Devore estuviera en la misión. Años atrás, se había sentido aliviado cuando su hermanastro abandonó la carrera naval, pasándose al servicio mineralogista de los Sith. Allí, buscando gemas y cristales imbuidos en la Fuerza, se conseguía más fácilmente poder y riquezas. Con el patrocinio de su padre, Devore había llegado a ser un especialista en el uso de armas de plasma y equipo de escaneo. El reciente conflicto con los Jedi hizo que estuviera muy solicitado… y le asignaron, con su equipo, al *Presagio*. Korsin se preguntaba a quién le había molestado para merecerse eso. Le habían dicho que Devore respondía oficialmente ante él, pero eso habría sido toda una novedad. Ni siquiera los Señores del Sith eran tan poderosos.

—¡Deberías habernos mantenido en órbita!

—¡Nunca estuvimos *en* órbita!

Korsin reconoció la voz del navegante, Marcom, llegando del otro lado de la polvorienta colina. Ya conocía la otra voz.

El viejo estaba tratando de abrirse paso lejos de la multitud cuando Korsin llegó a la cima de la colina a todo correr. Los mineros de Devore no le dejaban marcharse a Boyle.

—¡No conocéis mi trabajo! —gritaba—. ¡Hice todo lo que pude! Oh, de qué sirve hablarle a…

Justo cuando Korsin llegó al claro, la muchedumbre avanzó en tropel, como si alguien hubiera abierto un desagüe. Un chisporroteo asquerosamente familiar sucedió a otro.

—*¡No!*

Korsin vio primero el sable de luz, rodando hacia sus pies cuando se abrió paso entre la multitud. El viejo timonel de su padre yacía ante él, destripado. Junto a Seelah y Jariad estaba de pie Devore, con su sable de luz brillando de color carmesí en las crecientes sombras.

—El navegante atacó primero —dijo Seelah.

El comandante no hizo ningún gesto.

—¿Qué *diferencia* supone eso? —Korsin corrió al centro, alzando el sable de luz suelto hasta su mano con la Fuerza. Devore permanecía quieto en su sitio, sonriendo tranquilamente y manteniendo encendido su sable de luz. Sus ojos oscuros tenían un aspecto salvaje, y familiar. Estaba temblando un poco, pero no por miedo… ningún

miedo que Yaru Korsin pudiera sentir. El comandante sabía que era otra cosa, algo más peligroso. Apuntó al suelo con la punta apagada del sable de luz del navegante y lo agitó—. ¡Era nuestro navegante, Devore! ¿Qué pasa si las cartas estelares no funcionan?

—Puedo encontrar mi camino de vuelta —dijo elegantemente Devore.

—¡Tendrás que hacerlo! —Korsin era cada vez más consciente del grupo heterogéneo que le rodeaba. Mineros de uniforme dorado en el círculo, sí, pero también tripulación del puente. Un Sith de cara roja… no Ravilan, sino uno de sus compadres. Continuó impasible—. Esto no os va a traer nada bueno, a ninguno de vosotros. Esperaremos aquí hasta que sea seguro volver a la nave. Eso es todo.

Seelah se enderezó, envalentonada por el apoyo de los que le rodeaban.

—¿Cuándo será seguro? ¿Dentro de días? ¿De semanas? —Su hijo gemía—. ¿Cuánto tendremos que aguantar… hasta que sea lo bastante seguro para *ti*?

Korsin la miró fijamente y tomó una profunda bocanada de aire. Lanzó el sable de luz de Marcom al suelo.

—Dile a Ravilan que hay uno más para la pira. —Conforme la envidiosa multitud le abría paso para salir, dijo—: Nos iremos cuando yo lo diga. Si esa nave estalla, o se desploma en el océano, entonces tendremos problemas realmente. *Nos iremos cuando yo lo diga*.

El mundo siguió girando. Conforme Korsin caminaba hacia atrás, Gloyd caminaba hacia delante, manteniendo un ojo amarillo alerta en las masas gruñonas. Se había perdido la diversión.

—Comandante.

Miraban más allá de cada uno, viendo Sith en todas las direcciones.

—No hay auténtica felicidad aquí, Gloyd.

—Entonces querrá escuchar esto —dijo el gigantesco houk con su voz rasposa—. Tal como yo lo veo, tenemos tres opciones. Sacamos a esa gente de esta roca con cualquier cosa que vuele. O buscamos un refugio y nos escondemos hasta que se todos maten entre sí.

—¿Cuál es la tercera opción?

Gloyd arrugó su rostro pintado.

—No la hay. Pero me imaginé que le alegraría si pensaba que la había.

—Te odio.

—Genial. Algún día conseguirá convertir a alguien en un buen Sith.

Korsin conocía a Gloyd desde su primera asignación de mando. El houk era el tipo de oficial de puente que todos los Sith querían: más interesado en su propio trabajo que en quedarse con el de los demás. Gloyd era lo bastante inteligente para ahorrarse problemas. O tal vez era que le gustaba demasiado hacer volar cosas por los aires como para abandonar la estación táctica.

Por supuesto, con esa estación a más de un kilómetro hacia arriba en la montaña, Korsin no tenía ni idea de lo útil que podría ser su viejo aliado. Pero Gloyd aún superaba

en cincuenta kilos a la mayoría de la tripulación. Nadie podría hacer un movimiento contra ellos mientras permanecieran juntos.

Nadie haría un movimiento en solitario, de todas formas.

Korsin volvió la mirada a través del claro hacia la turba. Ravilan estaba allí ahora, formando corro con Devore, Seelah y un par de oficiales menores. Devore se fijó en que su hermano les miraba y apartó la mirada; Seelah simplemente se quedó mirando fijamente al comandante, imperturbable. Korsin escupió un epíteto.

—Gloyd, estamos *muriéndonos* aquí. ¡No los entiendo!

—Sí, los entiende —dijo Gloyd—. Ya sabe lo que decimos: Usted y yo, nos ocupamos del trabajo. Otros Sith se ocupan de *lo siguiente*. —El houk arrancó una raíz escamosa del suelo y la olfateó—. El problema es que todo este *lugar* es «lo siguiente». Está tratando de mantenerlos juntos… cuando lo que realmente tiene que mostrarles es que hay algo después de esta roca. No hay tiempo para ganarse a la gente. Elija un camino. Y a los que no quieran caminarlo…

—¿Los empujamos? —dijo Korsin con una mueca. Realmente no era su estilo. Gloyd le devolvió la sonrisa y hundió sus dientes en la raíz. Estremeciéndose cómicamente, el jefe de artillería se excusó. No iban a vivir con los productos de la tierra… no de *esa* tierra, al menos.

Volviendo la mirada a la hirviente muchedumbre, Korsin encontró sus ojos vagando hacia el oscilante tentáculo de humo que vagaba a la deriva arriba, en las alturas.

Arriba. Gloyd tenía razón. Era el único camino.

Capítulo Tres

Los massassi murieron en la montaña. Korsin había partido al amanecer con tres porteadores: los massassi más sanos, que fueron pasándose entre ellos la bombona de aire restante. No duró mucho, ni ellos tampoco. Fuera lo que fuese que había en ese planeta a lo que no le gustaban los massassi, existía tanto a mucha como a poca altitud.

Casi era mejor así, pensó Korsin, abandonando a los cadáveres color sangre donde caían. No podía gobernar a los massassi. Eran guerreros moldeables y obedientes, pero respondían a la fuerza, no a las palabras. Un buen capitán Sith necesitaba usar ambas, pero Korsin se inclinaba más hacia las últimas. Le había servido para labrarse una buena carrera.

Aunque no ahí, bajando las montañas. Las cosas iban a empeorar. Ya lo habían hech\1… Había hecho frío por la noche… más helada de lo que habría esperado en lo que parecía un clima oceánico. Algunos de los heridos más graves habían sucumbido por hipotermia o por falta de cuidado médico.

Más tarde, algún tipo de animal —Gloyd lo había descrito como un mamífero de seis patas, con una boca casi tan grande como él— saltó desde su madriguera e hizo trizas a uno de los heridos. Fueron necesarios cinco centinelas exhaustos para acabar con la bestia. Una de las especialistas mineros de Devore asó un pedazo del cuerpo de la criatura en la fogata del campamento y probó un bocado. Comenzó a vomitar sangre y murió en cuestión de segundos. Korsin se alegraba de no haber estado despierto para verlo.

El poco alivio que suponía saber que había vida en el planeta, terminaba justo ahí. La tripulación del *Presagio* no era lo suficiente numerosa para ir descubriendo lo que era seguro de lo que no. Tenían que volver a casa, sin importar lo que ocurriera con la nave.

Korsin alzó la mirada hacia el cielo de la mañana, jaspeado ahora más por cirros y otras nubes que por humo. No había hablado a los demás acerca de la cosa que había golpeado el parabrisas durante el descenso. ¿Qué era lo que había visto? Otro depredador, probablemente. No tenía ningún sentido sacarlo a relucir. Todos estaban ya bastante asustados, y el miedo conducía al odio. Los Sith comprendían eso —se aprovechaban de ello— pero, incontrolado, no iba a servirles de ninguna ayuda. El sol aún no se había puesto antes de que sables de luz aparecieran de nuevo en una pelea por un paquete de raciones. Un Sith Rojo menos. No habían pasado veinte horas desde el choque, y las cosas ya empezaban a resultar básicas. Tribales.

El tiempo *se había* acabado.

El *Presagio* había quedado reposando sobre una pequeña hendidura, un poco más abajo, al otro lado de una cresta montañosa. La nave se había detenido en la pendiente justo a tiempo, y ya no quedaba ni una sola superficie plana en el vehículo. La visión de su nave, hecha añicos en las rocas alienígenas, conmovió a Korsin sólo un poco. Había conocido oponentes —principalmente capitanes de la República— que eran sentimentales acerca de sus mandos. Ese no era el estilo Sith. El *Presagio* era una herramienta como cualquier otra, como un bláster o un sable de luz, de usar y tirar. Y

aunque la resistencia de la nave había salvado su vida, antes le había traicionado. Y no era algo que debiera perdonarse.

Pese a todo, seguía teniendo su uso. Hacerla volar de nuevo quedaba fuera de consideración, pero la visión de la torre metálica justo sobre el puente le dio esperanza. El receptor encontraría las balizas hiperespaciales de la República en un instante, permitiendo que Korsin conociera su ubicación. Y el transmisor de la nave diría a los Sith dónde encontrar el *Presagio*… y, aún más importante, los Lignan. Quizá no a tiempo para el enfrentamiento en Kirrek, pero Sadow los querría de todas formas. Caminando cuidadosamente sobre piedras sueltas hacia la escotilla, Korsin trató de no pensar en la otra posibilidad. Si la Batalla de Kirrek se había perdido por culpa de que el *Presagio* se había perdido, moriría.

Pero moriría habiendo completado su misión.

Un vial descansaba vacío sobre la mano abierta y temblorosa de Devore.

Devore había conseguido llegar de alguna forma el primero al *Presagio*… y estaba sentado en el asiento del comandante. Bueno, más exactamente, encorvado.

—Veo que tu camarote está intacto —dijo Korsin. Recordó cómo Seelah volvió a los habitáculos en busca del pequeño Jariad. En un incendio, vas en busca de aquello que amas.

—No fui allí primero —dijo Devore, dejando caer el vial sobre la cubierta junto al sillón de mando. Allí había otro contenedor, con partículas de brillante especia a su alrededor. *Lleva aquí un buen rato*, supuso Korsin. Tenía la acuciante sospecha de que la especia era lo que había conducido a Devore hacia la minería en primer lugar; ciertamente había sido la causa de que cortase su carrera naval—. No fui allí… quiero decir, no fue el primer sitio al que fui —dijo Devore, señalando vagamente al techo—. Fui a mirar la matriz transmisora.

—La estructura parecía en buenas condiciones.

—Desde el exterior, quizás. —Encorvado en el sillón de mando, Devore observó inexpresivo cómo su hermano se abría paso sobre vigas caídas para alcanzar la escalera. Sobre los paneles del techo, Korsin vio lo que Devore debía haber visto: una masa fundida de componentes electrónicos, fritos cuando se abrió una brecha en el casco durante el descenso. El transmisor externo seguía en pie, de acuerdo… pero como un monumento a su antiguo propósito, nada más.

Descendiendo, Korsin se abrió camino hacia el panel de control de comunicaciones y presionó el botón varias veces. Nada. Suspiró. En todas partes del puente era la misma historia. Intentó activar el transmisor por última vez y retrocedió unos pasos sobre los escombros. El *Presagio* estaba muerto. Pero los Sith habían sobrevivido a la muerte con anterioridad, y las entrañas del *Presagio* aún contenían suficientes piezas de recambio para permitir un trasplante. Sus ojos buscaron el pasillo. Seguramente, en el taller…

—¡Desaparecido, junto a la santa bárbara!

La explosión había lanzado la mayor parte de las dependencias al espacio. Devore enterró su rostro entre sus manos, dándose por vencido.

Korsin aún no lo había hecho.

—La bahía de atraque. Las Cuchillas.

Los cazas estaban en vuelo cuando el *Presagio* realizó su súbita salida, pero algo de la bahía de atraque podría ser útil.

—Olvídalo, Yaru. La cubierta quedó aplastada cuando chocamos. Ni siquiera pude llegar allí.

—¡Entonces cortaremos la nave en pedazos, cubierta a cubierta, y fabricaremos las piezas que necesitamos!

—¿Con qué? ¿Con nuestros sables de luz? —Devore se puso en pie, incorporándose sobre el reposa-brazos—. ¡Estamos acabados! —Su tos se convirtió en risa. Los cristales Lignan ofrecían poder a los Sith… sólo que no de la clase que sirve para hacer funcionar una baliza de emergencia, un receptor, o siquiera el atlas celestial—. Estamos *aquí*, Yaru. Estamos aquí y estamos fuera de la acción. Fuera de la guerra. Fuera de todo. ¡Estamos fuera!

—*Tú* estás fuera.

Korsin trepó a un pasillo y comenzó a rebuscar en armarios, en busca de algo que pudiera servir de ayuda a los de abajo. Por desgracia, el *Presagio* había sido acondicionado para una misión en el espacio profundo. Entre los Sith, los encargados de los suministros eran parcos. Nada de generadores portátiles. Otro compartimento. Ropa. Eso ayudaría esa noche, pero no iban a quedarse.

—Tenemos que quedarnos —dijo Devore, como si hubiera leído los pensamientos de Korsin.

—¿Qué?

—Tenemos que quedarnos —repitió Devore. Poniéndose en pie sin ayuda, como una lápida en las sombras del pasillo, hablaba con una voz que retumbaba como un terremoto—. Han pasado dos días. No lo entiendes. Han pasado dos días.

Korsin no detuvo su búsqueda, pasando frente a su hermano hacia otra puerta, atascada por los daños.

—Han pasado dos días, Yaru. Naga Sadow pensará que hemos huido. ¡Para quedarnos los cristales Lignan para *nosotros*!

—Culpará a *Saes* —dijo Korsin, recordando.

Naga Sadow nunca había confiado plenamente en el Jedi caído que comandaba el *Heraldo*. Había pedido a Korsin que mantuviera observado a Saes, para informarle. Cuando lo hiciera —si lo hacía— Korsin pretendía explicar cómo el *Heraldo* había perdido el control, cómo el *Heraldo* había golpeado al *Presagio*. Con suerte, Sadow ya tendría al *Heraldo*…

Korsin soltó la manilla de la puerta. No pudo ver lo que le ocurrió al *Heraldo* después de la colisión, pero era una apuesta segura pensar que Sadow ya se habría encargado del tullido *Heraldo*. Y Saes, allí sentado con sólo la mitad del cargamento de cristales

Lignan, e incapaz de entregarlo, estaría suplicando por su vida, diciendo cualquier cosa sobre el *Presagio*. Estaría cantando armonías de las que los Khil estarían orgullosos.

Korsin volvió la mirada al pasillo.

—Allá, en Primus Goluud. En la estación. Te reuniste con Sadow, ¿no es cierto?

Devore se acercó arrastrando los pies.

—Para discutir la operación Lignan.

—¿No discutisteis acerca de alguna otra cosa? ¿Como quién debería comandar esta misión?

Devore le miró con los ojos inyectados en sangre. Sea mirada de nuevo.

—Discutisteis acerca de quién debería comandar esta misión —presionó Korsin, sorprendido por su propia calma—. ¿Qué dijiste cuando te dijo que no?

La sangre del comandante se congeló. Sabía cómo funcionaban siempre las cosas con Devore… cómo debían haber ido las cosas. Sadow rechazó a su hermanastro, y Devore dijo algo. ¿Qué? No lo suficiente para ofender a Sadow… no, Devore seguía allí, en los restos de la nave, respirando trabajosamente. Pero Sadow habría tenido razones para sospechar de la lealtad de Devore, y eso habría causado que se preguntase si sus cristales estaba a salvo. Lo único que Yaru Korsin poseía era su reputación de jugar limpio… pero ahora, como mínimo, Sadow sabría que Korsin no era el amo absoluto en su propia nave. Y si él no era…

La mano de Devore se agitó… y su sable de luz voló hacia ella. El arma que había matado a Boyle Marcom se activó en su mano.

—¿Qué es lo que te dije? —gritó Korsin, acercándose a él de todas formas—. *¡Nada de juegos en mi nave!*

Agitado, Devore salió corriendo hacia el puente. Korsin le siguió.

—¡El único modo de poder salir de esta es si estamos completamente limpios, Devore! ¡Sadow no puede pensar que hicimos esto a propósito! —Llegó al umbral—. ¡Nada de juegos en mi nave!

Korsin se adentró en un huracán. Devore estaba de pie sobre el sillón de mando, convocando todos los escombros del puente como una deidad en la cima de un monte. Korsin comenzó a dar vueltas, con fragmentos de transpariacero arañando su rostro y desgarrando su uniforme. Consiguió llegar a la estación de Gloyd, y montó su propia defensa, creándose una coraza de Fuerza contra la ofensiva. Devore era tan fuerte como cualquiera de su familia… y ahora estaba bajo los efectos de drogas que Korsin no comprendía.

Una viga chocó contra el mamparo… y el *Presagio* se estremeció. Un segundo golpe, y el puente se inclinó hacia delante, derribando a Devore de su posición. Korsin no le dejó volver a levantarse. En cuanto la cabeza de Devore apareció detrás del asiento, Korsin le arrojó con un empujón de la fuerza a través del ventanal destrozado. Tenía que arreglar esto en el exterior, antes de que todo se perdiera.

Korsin salió corriendo como un rayo por el pasillo hacia la esclusa, refunfuñando. *¿Luchar contra un asaltante enloquecido por la especia en una tambaleante trampa*

mortal? ¡Debería ser yo el loco! El paso para salir del portal era ahora un salto. Al golpear el suelo, su bota se hundió en una zona blanda, torciéndole el tobillo y haciendo que cayera dando tumbos por la pendiente pedregosa. Mordiéndose los labios, trató de regresar al borde, hacia la abollada proa del *Presagio*. Una sombra caía sobre él. Activó su sable de luz…

De repente lo vio… o ello le vio a él. Otra criatura alada, en lo alto sobre el risco cercano, dando vueltas y observando. Observándole *a él*. Korsin parpadeó para quitarse la arena de los ojos mientras la criatura se alejaba volando. Era la misma que la que se habían topado durante el descenso… casi. La diferencia era…

¡Zum! Korsin sintió que le elevaban en el aire y, antes de saber qué estaba pasando, chocó contra los restos del *Presagio*. Devore apareció ante su vista, con los cantos rodados que le seguían como atraídos por un imán. Atrapado en el abollado armazón, Korsin luchó por levantarse. El parecido familiar de su padre había desaparecido del rostro de Devore, reemplazado por un sombrío vacío.

—Se ha terminado, Yaru —dijo Devore, alzando su sable de luz—. Deberíamos haber hecho esto antes. Ha sido decidido. *Yo* soy el Comandante Korsin.

¿Ha sido decidido? El pensamiento cruzó la mente de Yaru Korsin justo cuando el sable de luz pasó rozando su oreja. Levantó chispas contra el baqueteado blindaje del *Presagio*. El comandante alzó su arma para bloquear el siguiente golpe… y el siguiente, y el siguiente. Devore atacaba a martillazos. Sin estilo, sólo furia. Korsin no encontraba a dónde escapar, excepto siguiendo el lateral de la nave, retrocediendo y deslizándose hacia los tubos de torpedos de babor. Tres de las puertas habían sido abiertas durante el descenso. La cuarta…

Korsin vio la caja de control, exactamente igual a la que había manipulado a distancia durante el descenso. Trató de alcanzarla con la Fuerza, y se agachó. El perno de disparo se activó, saliendo disparado hacia delante y alcanzando a Devore en el hombro del sable de luz. La puerta del torpedo intentó girar para abrirse, pero atrapada contra la tierra, sólo se enterró en la superficie, lanzando un flujo de rocas deslizándose bajo la nave. El *Presagio* volvió a inclinarse hacia delante, con Devore deslizándose ante él hacia el borde y el océano que había debajo.

Korsin tardó un minuto en soltarse de la agarradera que había encontrado en la nave, y el polvo tardó otro minuto más en asentarse. Encontrando el *Presagio* sorprendentemente quieto, caminó amargamente por las destrozadas rocas de pizarra. La proa del *Presagio* se había empotrado en una afilada elevación del promontorio, a tan solo metros del borde.

Por delante, parcialmente enterrado entre las rocas, yacía su hermano. Con su uniforme dorado hecho jirones y su hombro sangrando, Devore se retorcía de dolor en el precipicio. Trató de arrodillarse, apoyándose en las rocas de alrededor, sólo para volver a derrumbarse.

Devore seguía aferrando su sable de luz. Cómo podía seguir agarrándolo con el universo entero desmoronándose a su alrededor, Korsin no lo sabía. El comandante sujetó su propio sable de luz en su cinturón.

—¿Yaru? —dijo Devore. Ahora era un gimoteo—. Yaru… *no puedo ver*. —Su rostro estaba manchado por las lágrimas, pero intacto. Entonces su sable de luz se liberó, rodando, cayendo hasta perderse de vista por el borde el precipicio y revelando la oleosa mancha rosa en su mano. *La Ira Roja*. Eso es lo que había en los viales, pensó Korsin. Eso es lo que había dado a Devore su salvaje poder, y eso era lo que se lo estaba arrebatando ahora.

La herida del hombro no era grave, comprobó Korsin, poniendo a su hermano en pie. Devore era joven; con Seelah cuidando de él, podría sobrevivir incluso ahí fuera, suponiendo que pudiera vivir sin la especia. Pero… ¿y entonces qué? ¿Qué podría decirse que no se hubiera dicho ya?

Ha sido decidido.

Un agarre de ayuda se convirtió en una firme presa… y Yaru Korsin giró a su hermano para ponerlo de cara al sol que se ponía sobre el océano.

—*Completaré* mi misión —dijo, mirando por encima del hombro de su hermano al océano que bostezaba a lo lejos—. Y protegeré a mi tripulación.

Lo soltó.

Capítulo Cuatro

Ya era casi de noche cuando Korsin apareció en el rastro por el que ya había pasado, tirando de un improvisado trineo hecho con una mesa del comedor. Con mantas térmicas y los restantes paquetes de raciones amontonados encima, Korsin había necesitado recurrir a la ayuda de la Fuerza unas cuantas veces en su descenso de la montaña. Las correas le cortaban los hombros y el cuello, dejándole feos cardenales. La única hoguera del campamento se había convertido en varias. Se alegró de verlas.

Ravilan también pareció contento de verle, tras una inicial reacción de sorpresa.

—¡La baliza! ¿Está funcionando?

—Yo mismo pulsé el botón —anunció Korsin.

—¿Y?

—Y ahora esperamos.

Ravilan entornó los ojos en la humeante neblina.

—¿Sabes dónde estamos? ¿Has hablado con alguien? —La atención de Korsin ya se había dirigido a descargar los paquetes para sus ansiosos tripulantes. Ravilan bajó la voz—. ¿Dónde… están tus massassi?

Korsin no alzó la vista.

—Todos muertos. ¿No creerías que yo quería hacer esto en persona, verdad?

El rostro carmesí del intendente palideció un poco.

—No, por supuesto que no… comandante. —Volvió la mirada hacia la cima, que se desvanecía en la oscuridad que les rodeaba—. Quizá algún otro de entre nosotros podría echar un vistazo al transmisor. Podríamos…

—Ravilan, si quieres volver allí arriba, eres libre de hacerlo. Pero yo llevaría un equipo con equipamiento pesado, porque si no ponemos algunos apoyos bajo esa nave, la siguiente persona que suba a bordo se la llevará en su último vuelo. —Korsin dejó el último paquete en el suelo y alzó la cabeza—. ¿Dónde están tus massassi?

Ravilan le miró fijamente.

—Todos muertos.

Korsin se liberó finalmente, de los arneses que había usado para tirar del trineo. La hoguera brillaba de forma atrayente. ¿Por qué tenía tanto frío entonces?

—Seelah.

—¿Dónde está Devore?

Él la miró fríamente. Seelah estaba de pie, con su ajado uniforme dorado parpadeando a la luz de la hoguera.

—¿Dónde está Devore? —repitió él.

—Subió hacia… —dijo ella, deteniéndose a mitad de la frase. Nadie debería haber dejado el campamento. Y ahora, esa mirada en los ojos de Yaru.

Abrazó con fuerza a Jariad, que se despertó llorando.

Las palabras de ánimo comenzaron como solían hacerlo habitualmente las de Korsin: con un resumen de Cosas Que Ya Sabe Todo El Mundo. Pero este discurso fue diferente, porque había demasiadas cosas que nadie sabía, incluido él mismo. La afirmación de que Naga Sadow aún apreciaba su cargamento cobró rango de verdad para todos, y aunque estaban claramente a mucha distancia de cualquier lugar, pocos podían imaginar que el deseo del Señor del Sith estuviera fuera de su alcance. Incluso si eran menos optimistas acerca de lo que Sadow pensaba sobre ellos, Korsin sabía que su tripulación aceptaría que alguien, en algún lugar, les estaba buscando.

Simplemente, no necesitaban saber cuánto tiempo podría tardar. Era demasiado pronto para eso. Sadow, lo descubriría más tarde. Este no era lugar para pensar en qué iba a ser lo próximo. Había que pensar en el ahora.

Hacia el final del discurso, Korsin se encontró cada vez más inusualmente filosófico:

—Era nuestro destino aterrizar en esta roca; y estamos ligados a nuestro destino. Por un tiempo, aparentemente, estamos también ligados a esta roca —dijo—. Que así sea, entonces. Somos Sith. Hagámosla nuestra.

Miró hacia una hoguera cercana y vio a Gloyd y al resto de su equipo de artillería luchando contra el viento helado. Les hizo gestos con la mano para que se acercasen a la hoguera principal. Korsin sabía que iba a ser otra dura noche, y los suministros que había traído se agotarían pronto.

Pero sabía algo más. Algo que nadie, excepto él, había visto.

La bestia alada tenía un jinete.

La Fuerza estaba con ellos.

Sujetando con fuerza a su hijo, Seelah vio cómo el círculo se rompía. Con ligeros gestos de sus cabezas, los Sith humanos se pusieron a sus tareas, caminando alrededor de Ravilan, el amo sin massassi. Estaba de pie, distante, condoliéndose con los Sith Rojos y el resto de escasos alienígenas supervivientes. Lleno de energía y triunfante, Yaru Korsin conversaba con Gloyd… guardando sus confidencias, como siempre hacía, para el inmenso alienígena. Demasiado fuerte para ser derrotado, demasiado estúpido como para traicionarle… e incapaz de usar la Fuerza. El aliado perfecto.

Alejándose del houk, Korsin vio a Seelah. Una nueva tierra para quebrarse ante su voluntad, y nadie que se interpusiera en su camino. Sonrió.

Seelah le devolvió la mirada con frialdad. Pensando en Devore, pensando en el pequeño Jariad, tomó una rápida decisión. Convocando toda su rabia, todo su odio, toda su voluntad…

…Seelah le devolvió la sonrisa.

Devore había subestimado a Yaru Korsin. Pasase lo que pasase, pensó Seelah, ella no lo haría. Esperaría el momento oportuno.

Tiempo, tenían de sobra.

Libro 2
Celestiales

5000 años ABY

Capítulo Uno

—*¡Hereje!*

—Yo también me alegro de verte, Madre —dijo Adari—. ¿Se han portado bien los niños?

Aún no se había cerrado del todo la puerta cuando el hijo menor estaba en los brazos de Adari, aupado hasta allí por Eulyn. El hijo mayor de Adari entró de un salto en la habitación, cojeando hacia ella. Bajo el ataque de cuatro brazos púrpura, Adari caminó tambaleándose hacia el muro, buscando un lugar para dejar caer su carga inerte. El zurrón de tela cayó con un ruido seco cobre el suelo de madera.

—¡Hereje! Eso es lo que tu tío dice que te llaman —dijo Eulyn—. Estuvo aquí… y el vecino Wertram, el sastre. Y también su mujer… ¡ella, que nunca abandona su choza para nada! ¡*Ocho personas* han estado en lo que va de día!

—Bueno, no mires afuera —dijo Adari—. Me han seguido más a casa. —Apartó a su alborotador hijo mayor y trató de rescatar su cabello dorado de la boca de su retoño. El cabello corto no era la moda en las mujeres keshiri, pero para Adari era autodefensa. En lo que respectaba a su hijo menor, nunca lo tendría suficientemente corto—. ¿Está ya el potaje?

—¿Potaje? —Eulyn recuperó a su pequeño nieto, sólo para ver cómo Adari salía disparada hacia la cocina. Enrojeciendo de irritación, la piel de Eulyn tomó un tinte violeta que casi igualaba a la de su hija—. ¡Estás preocupada por la comida! No tienes ni idea de lo que ha estado pasando aquí, ¿verdad?

—Es la pausa de la comida. He estado trabajando.

—De trabajando, nada. ¡Sé dónde has estado!

Adari miró fijamente la vasija de barro gris llena de carne y vegetales cocidos y suspiró. Por supuesto que su madre sabía dónde había estado. *Todos* lo sabían. Adari Vaal, coleccionista de rocas y piedras; joven viuda del valiente jinete de uvaks sobre el que habían recaído tantas esperanzas. Adari Vaal, enemiga de la ley y el orden; madre ausente y desorientadora de los hijos de otras personas. Hoy había sido su tercer día de testimonio ante el Neshtovar. Había ido igual de bien que los otros dos.

—¿Qué es ese *sonido*?

—Están tirando piedras contra la casa —dijo Adari, regresando con un bol humeante que dejó sobre la mesa. Poniéndose de nuevo en pie, abrió de par en par la puerta principal y vio como varios regalos de la comunidad rebotaban en el umbral. Cerró rápidamente la puerta de un portazo. Una piedra de color pimentón bajo la cuna vacía llamó su atención. La recogió con un brazo nervudo y lleno de arañazos—. Esta es buena.

—No es de por aquí.

Aparentemente, estaba atrayendo a gente de todas partes. Tendría que echar un vistazo más tarde. ¿Quién necesitaba expediciones cuando tenías una multitud furiosa para recoger muestras?

Adari se acuclilló y dejó su descubrimiento en su bolsillo, ya lleno a rebosar de piedras de todas las formas y colores. Sobre ella, el estrépito era cada vez más fuerte. El niño más pequeño comenzó a llorar. Los grandes ojos oscuros de Eulyn se ensancharon por el horror.

—¡Adari, escucha! —dijo—. ¡Ahora están golpeando el tejado!

—En realidad, eso es un trueno.

—¡Es una prueba, eso es lo que es! Los Celestiales te han abandonado.

—No, Madre, es una prueba de que me están *protegiendo* —dijo Adari, comiendo de pie—. Si llueve, la multitud no puede prender fuego a nuestra casa.

No era probable que pasara eso: la viuda de un Neshtovari era una persona protegida, era improbable que la asesinasen en una revuelta. Sin embargo, no había nada que impidiera hacer su vida miserable, y debido a su pecado contra los propios Nestovar, ninguna autoridad iba a detenerles. De hecho, las pequeñas demostraciones como estas eran buenas para el orden público.

Adari se asomó al patio trasero. No había rocas allí. Sólo el uvak, haciendo lo que había hecho durante todo el último año: ocupar la mayor parte del espacio y apestar. Los ojos reptilianos color esmeralda se abrieron el tiempo suficiente para lanzarle una fiera mirada. Agitó las alas, de aspecto similar al cuero, rozándolas contra las paredes del corral. A la bestia no le importaba la lluvia helada, pero el ruido de la calle había perturbado su siesta regia.

Los uvak sin jinete eran todo pereza y malos modos, pero a Nink no le había gustado su jinete cuando había tenido uno. Era la cosa que menos le gustaba a Adari, pero venía junto con la casa. De algún modo, la casa era de él.

En los viejos tiempos, cuando un Neshtovari —un jinete de uvaks— moría, la comunidad asesinaba también a la familia del difunto. Esa práctica había terminado, quizá la única vez que los Neshtovar habían permitido que el sentido práctico venciera a la tradición. Los uvaks eran preciados, temperamentales, y apegados a sus jinetes; mantenerlos con los supervivientes del jinete muerto a menudo mantenía a las bestias lo bastante sanas para que sirvieran en el mercado de reproducción. Por no mencionar, murmuró Adari, lo que eso habría supuesto para la reproducción de los *Neshtovar*. Los jinetes no habían tenido unas vidas sociales muy buenas cuando la muerte entraba en juego. Pero desde el cambio, los jinetes de uvaks se habían vuelto muy buscados como parejas en la sociedad keshiri.

Adari no había buscado a Zhari Vaal en absoluto. Ella estaba interesada en las rocas; Zhari tenía la misma conversación que ellas. En nueve años, le había dado dos hijos con pocas luces, una descripción que le parecía menos severa de lo que la caridad maternal dictaría. Los quería bastante, pero no mostraban ninguna señal de ser más amables o inteligentes de lo que había sido su padre. Auténtica raza de estúpidos. Era ella la

estúpida, por no escapar; él, bueno, él era Zhari Vaal. El «joven y valiente jinete de los Neshtovar sobre el que recaían tantas esperanzas» —esa era la frase del epitafio— había maltratado a Nink una vez de más. Una hermosa mañana, la bestia voló conduciendo a Zhari lejos, sobre el mar, y lo dejó caer sin más ceremonia. Adari estaba segura de haber visto un indicio de satisfacción en los brillantes ojos verdes de la criatura cuando regresó a casa. Nunca se había llevado muy bien con Nink anteriormente, pero al menos ahora le mostraba cierto respeto. Con respecto a Zhari, el uvak había tenido más sentido común que ella.

No era todo culpa suya, lo sabía. La unión era el resultado de los años de presión de Eulyn, buscando un seguro para la posición de su familia en el futuro. Sólo los hombres se convertían en jinetes, pero la propiedad keshiri se heredaba matriarcalmente; ahora Adari y su madre tenían el uvak y la casa de madera, mientras que sus vecinos aún vivían en chozas de brotes de hejarbo entrelazados. Eulyn estaba encantada… y Adari también estaba contenta de dejar los niños a cargo de Eulyn. Adari había cumplido con su deber; los keshiri habían avanzado otra generación. Ahora podía concentrarse en algo importante.

Si le dejaban.

—Tengo que volver —dijo, retirando a su hijo pequeño de su trabajo de destruir la mesa del comedor. La vista de la tarde había sido muy larga, y se presentaba una sesión vespertina sin precedentes.

—Sabía que harías algo así —dijo Eulyn, taladrando con la mirada la espalda de su hija—. Siempre dije que todo eso de escarbar en la suciedad no te traería nada bueno. ¡Y discutir con los Neshtovar! ¿Por qué siempre tienes que tener *razón*?

—No lo sé, Madre. Pero es algo con lo que tendré que vivir —dijo Adari, ofreciéndole el retoño goteante. Una impronta olorosa quedó en su túnica; no había tiempo de cambiarse—. Intenta que Tona y Finn duerman de verdad esta noche. Volveré.

Abrió la puerta con cuidado para descubrir que la lluvia había dispersado a la multitud. La comodidad triunfaba sobre las creencias en Kesh. Pero las rocas permanecían, docenas de irónicas pequeñas afirmaciones esparcidas por todo el porche. Si las vistas duraban más tiempo, no tendría que hacer más trabajo de campo en toda la temporada; todo lo que necesitara estaría en su umbral.

Quizá debería ofender a los Celestiales cada año.

—Estábamos hablando acerca de las piedras de fuego —recordó Adari al jefe de los Neshtovar.

—*Tú* estabas hablando —dijo Izri Dazh—. Yo no acepto tal término. —El anciano jinete y alto consejero cojeaba por el borde del Círculo Eterno, una plaza en la que una alta columna servía como gigantesco reloj de sol. Adari miró a su alrededor. Otra noche preciosa, para un lugar en el que no las había de otro tipo. Era la misma cada día, en el interior: una breve y precisa lluvia vespertina seguida de una brisa fresca que seguía soplando a lo largo de la noche. Pero ahora la mitad del pueblo había abandonado los

auténticos entretenimientos para observar cómo un hombre calvo y enjuto arengaba a una mujer joven—. No *existen* las piedras de fuego —dijo, señalando a un par de piedras carmesíes sobre un pedestal cerca de la columna central—. Yo ahí sólo veo piedras corrientes de Kesh, como las que pueden encontrarse en cualquier ladera.

Adari tosió.

—¿Tienes algo que decir?

—Más bien no. —Adari alzó la vista desde su asiento en el claro arenoso… y luego echó un vistazo a los espectadores a su alrededor. ¿De qué serviría? Nadie hiba a hacerle caso. ¿Por qué seguir empeorándolo…?

Volvió a mirar a Izri. Ese espectro de color lavanda era el hombre que había elogiado a Zhari. ¿Qué sabía él? ¿Por qué motivo los Neshtovar tenían que decirle *a nadie* qué era lo que tenían que pensar, sólo por que eran capaces de convencer a unos pocos animales perezosos para que les llevasen en su lomo de vez en cuando?

De acuerdo, pensó, levantándose. *Estas serán dos piedras menos que puedan tirarme.* Tomó una de las piedras del pedestal.

—Yo he… los académicos de Kesh hemos recolectado piedras de cada parte de este continente. Registramos lo que encontramos. Comparamos. Esta roca vino del pie de la Aguja Sessal, en la costa sur.

La muchedumbre murmuró. Todo el mundo conocía la Aguja humeante, retumbando y burbujeando en el borde de la civilización. ¡Alguien *debía* haber estado loco para ir hasta allá a recoger piedras!

—La Aguja creó esta piedra, de las llamas que guarda en su interior. Y esta —dijo Adari, recogiendo la otra piedra—, fue encontrada aquí, a las afueras del pueblo, enterrada en el lecho del río. —Las piedras eran idénticas—. Ahora, las montañas que rodean nuestra meseta no son humeantes… lo que llamamos volcanes… al menos, no ahora. Pero que esta roca esté aquí sugiere que puede que alguna vez lo hayan sido. Todo este continente de hecho, podría haber sido creado por ellos.

—*¡Hereje!*

—¿Está mi madre por aquí? —Adari estiró el cuello, buscando entre la multitud. Alguien se rió disimuladamente.

Izri le quitó las piedras y murmuró mientras recorría el perímetro de la audiencia.

—Dices que estas piedras vineron… de *abajo* —dijo, dejando caer de su boca con esfuerzo la horrible palabra—. Y que crearon todo lo que es Kesh.

—Entonces, y ahora. Los humeantes siguen construyendo más tierra en todo momento.

—Pero tú sabes que todo lo que Kesh es provino de los *Celestiales* —dijo Izri, apuntando con su bastón en su dirección—. ¡Nada puede volver a nacer de Kesh!

Lo sabía; todos los niños lo sabían. Los Celestiales eran los grandes seres de arriba, lo más cercano a deidades que tenían los kesh. Bueno, había algo más cercano: Los Neshtovar, como autoproclamados Hijos de los Celestiales, podrían perfectamente haber *sido* los Celestiales en cuanto a la vida en Kesh se refería. La fe keshiri era vertical; arriba

era sagrado. Lo elevado era venerado. Era el grupo de jinetes de uvak de Izri el que, hacía mucho tiempo, había traído desde el majestuoso lado del océano el conocimiento de la gran batalla de la creación. Cabalgando en un colosal uvak de cristal, los Celestiales habían luchado contra el Otrolado en las estrellas. La batalla rugió durante eones, con el Otrolado hiriendo a los Celestiales antes de ser vencidos. Gotas de sangre de los Celestiales cayeron sobre los turbios y negros mares, formando la tierra que dio lugar al pueblo keshiri.

Adari se preguntaba acerca de la biología de una raza gigante y de sangre arenosa… pero la doctrina de los Neshtovar tenía algo que la apoyaba: El aspecto de los escasos mapas de la tierra de los keshiri era como si uno de sus hijos hubiera derramado algo sobre ellos. Largas penínsulas montañosas surgían en todas direcciones desde un grupo de mesetas, formando suficientes enormes y a menudo impracticables líneas costeras y fiordos, como para arrancar a los keshiri la vida marina para siempre. Cuanto más ascendían los numerosos ríos en las mesetas, los granjeros obtenían más productos del rico suelo. La población de los keshiri era tanto vasta como bien alimentada.

Acerca del Otrolado, Adari encontraba que los Neshtovar pecaban de falta de curiosidad. «Aquello que se opone a los Celestiales» significaba muerte, enfermedad, fuego, rebelión —en ningún orden en concreto—, cuando no tomaba formas letales de acuerdo con las necesidades de quien contaba la historia. El Otrolado venía «de abajo», otro elemento en el mensaje de la fe vertical. Y eso era todo lo que había que decir. Dada la devoción de los ancianos a los Celestiales, Adari estaba sorprendida de que no hubieran acabado a martillazos con quien quiera o lo que fuera que fuese el Otrolado. Pero entonces, si lo hubieran hecho, se habrían inventado un nombre mejor.

Lo que no detenía a Izri de invocarlo repetidamente mientras la increpaba.

—Tus palabras glorifican al Otrolado, Adari Vaal. Es por eso que estás aquí. Estás aquí por predicar…

—¡Enseñar!

—¡… contar esas *mentiras* sobre la Gran Batalla a tus acolitos!

—¿Acólitos? ¡Son *estudiantes*! —Buscó rostros familiares en la multitud. Sus estudiantes se habían escabullido el día que las cosas se torcieron, pero algunos de sus padres estaban allí—. ¡Tú, Ori Garran! Tú mandaste a tu hijo con los académicos porque no era bueno en el molino. Y Wertram, a tu hija. Todos los que estáis aquí en Tahv… ¿creéis que el pueblo va a *caer en un agujero* porque yo haya hablado a vuestros hijos acerca de unas *rocas*?

—*¡Bien podría ser!* —Izri tomó su bastón de su lugar junto al pedestal y lo agitó—. Esta tierra fue parte de los Celestiales vivientes. ¿Crees que no te oyen? Cuando la tierra tiembla, cuando los humeantes arden… son sus restos que actúan en simpatía con sus deseos. Son sus deseos lo que honramos, ¡y su odio al Otrolado!

Otra vez eso.

—Sé que eso es lo que piensa —dijo Adari, esforzándose por usar tonos lentos y neutrales—. No pretendo saber cómo actúan las fuerzas del mundo…

—¡Eso es obvio!

—… pero si las palabras desagradables causasen que el mundo temblase, ¡Kesh se agitaría cada vez que maridos y mujeres se pelean! —Respiró profundamente—. Ciertamente, los Celestiales tienen asuntos más importantes que vigilar nuestros pequeños desacuerdos particulares. Sé que los tienen.

Silencio. Adari miró a su alrededor. Oscuros ojos keshiri, que antes le miraban a ella, apuntaban ahora abajo y hacia otro lado. Algo había ganado, esta vez. Quizá no lo suficiente para que le dejasen mantener su trabajo, pero lo bastante para poder seguir recogiendo…

¡Krakka-búuum!

Rostros púrpuras se giraron al oeste, hacia las Montañas Cetajan. Sobresaliendo en el océano a lo lejos, el conjunto proporcionaba al pueblo de Tahv una de sus mejores puestas de sol… pero ahora las llamas estaban saliendo del propio pico de la montaña. Una columna de ardientes cenizas surgía de la cima.

No tenía sentido. Adari ayudó a Izri a levantarse.

—Eso… eso es un pico de granito —dijo sobre el eco de fondo—. ¡No es volcánico!

—*¡Lo es ahora!*

Capítulo Dos

Una roca era una cosa sencilla, pero como le decía su abuelo, «A través de las cosas sencillas, conocemos el mundo». Adari nunca se había avergonzado por las horas que había pasado buscando en los lechos de los arroyos, o por encontrar más interés en las astillas de una piedra rota que en las primeras palabras de sus hijos. Ella educaba a sus hijos… pero la roca le educaba *a ella*.

Ahora, gracias a una simple roca, estaba descubriendo más cosas acerca del mundo de las que hubiera visto nunca antes… desde lo alto, colgando del ancho lomo de Nink. Era una posición improbable para ambos, pero llevaba haciéndolo durante buena parte de la noche y parte del día. Su primer vuelo de uvak. No había sido elección suya.

Las horas después de la explosión de la montaña no habían transcurrido tan mal, pensó. Los miembros del tribunal de su audiencia habían huido a sus hogares. Ella hizo lo mismo después de que Dazh y sus cohortes se marcharan juntos, discutiendo acerca de señales y augurios.

A la mañana siguiente, en cualquier caso, había cambiado el humor de la gente del pueblo. El lejano pico Cetajan seguía humeando, pero había quedado claro que no suponía ningún peligro para Tahv o los pueblos más alejados de la cuenca. Todo el mundo podía salir con seguridad al exterior… salir al patio delantero de Adari, para expresar sus sentimientos acerca de la falta de fe de sus palabras y la ardiente adición a la linea del paisaje que estas habían causado. Los Celestiales *habían* escuchado. ¿Qué más pruebas hacían falta? Si los keshiri no podían silenciar a Adari Vaal, al menos se aseguraban de que sus voces fuesen más potentes que la de ella.

Estaban haciendo un buen trabajo al respecto cuando Adari envió a Eulyn y los niños fuera para que se refugiaran en casa de su tío. La creciente multitud, que seguía apedreando la casa, se había apartado para dejar que los inocentes se marchasen. Pero la turba permaneció allí durante toda la tarde lluviosa… y al anochecer, los propios Neshtovar estaban ahí fuera, con sus uvak amarrados a una distancia prudencial de la muchedumbre. Para cuando Izri Dazh subió los escalones para golpear a su puerta, Adari ya había visto las primeras antorchas encendidas en el exterior.

Eso ya había sido demasiado para ella. Las antorchas podían ser para iluminación… pero podrían haber sido para algo peor. Claramente había sobrepasado cualquier protección que la viuda de un jinete de uvak pudiera permitirse. Los keshiri no eran muy dados a la violencia, pero tampoco tenían demasiada variedad en su castigos sociales. Teniendo en cuenta que esta tampoco parecía una turba muy dispuesta a perdonar, Adari había ido presa de la desesperación a su propio patio trasero, a la parte que menos le gustaba de su legado: Nink.

Su partida por encima del tejado sorprendió a la gente casi tanto como el éxito de la maniobra le había sorprendido a ella. El uvak era el más sorprendido de todos. Con la pérdida de su jinete, Nink casi esperaba no volver a ser cabalgado nunca. Los uvak tomaban nuevos jinetes tan raramente que casi siempre eran apartados de inmediato para

usarse como sementales. Al despertarse y encontrarse con Adari tratando de trepar sobre su lomo carnoso, Nink podía haber hecho cualquier cosa, ido a cualquier parte.

Y fue hacia arriba.

Había pasado el resto de esa noche a ratos gritando, y a ratos esquivando la persecución de los voladores Neshtovar. Este último desafío resultó más sencillo por la insistencia de Nink en planear lejos, hacia el océano. Esos habían sido los peores momentos para Adari, que conocía el pasado del animal. Pero algo por parte del uvak, tal vez la curiosidad, evitó que la enviase a la tumba de Zhari. Justo antes del amanecer, Nink finalmente encontró un lugar junto al mar donde posarse, y Adari se derrumbó inmediatamente, exhausta. Sorprendentemente, cuando se despertó, el uvak aún seguía allí, llenando el buche con el escaso follaje que allí había. Claramente, su casa ya no le resultaba demasiado atractiva tampoco a Nink.

Ahora, la segunda mañana después de la explosión, Adari pudo ver que su incontrolado vuelo nocturno le había conducido cerca de la fuente de su ansiedad. La Sierra Cetajan era una cadena de escarpados colosos tallados en la tierra… una parte prominente del paisaje cuando se veía desde el interior, pero tan inaccesible como la mayoría de los lugares de la costa occidental. Una expedición de cazadores de rocas había traído lo poco que Adari sabía acerca de ese lugar… y eso había requerido que un simpatizante Neshtovari estuviera dispuesto a ser voluntario para volar en una misión de recogida de muestras. Al ver la montaña ante ella, Adari fue poseída por la necesidad de ver la verdad de cerca. Si la explosión no fue volcánica, podría arreglar las cosas entre ella y la comunidad. Y si la montaña era volcánica de pronto, eso también le causaba curiosidad. ¿Cuál sería el proceso causante?

¿O es que los eruditos estaban equivocados acerca del origen de la sierra? ¿Acaso el jinete de uvak había tomado las muestras equivocadas?

Probablemente sea eso. La rabia de Adari creció conforme Nink ascendía. El uvak pasó limpia y cómodamente sobre la cadena montañosa preparándose para un acercamiento desde el océano. Sería poético, pensó Adari, si el único proyecto que los eruditos habían confiado a un Nesthovar hubiera acabado con información errónea. *Nada de muestras de la Sierra Cetajan*, pensó. *¡Ese idiota probablemente nos trajo rocas del camino de entrada a su casa!* Se estremeció, y no sólo por el aire helado. ¿Por qué tenía que estar sufriendo ella por culpa de su colosal…?

De pronto estuvo a la vista la fuente de la columna de humo. Adari casi se cayó de Nink en ese momento. Estaba esperando encontrar una caldera abierta, soltando vapor como los humeantes —en realidad, *humo* era una denominación incorrecta— que había visto al sur. En cambio, había una gigantesca *concha* brillante en un saliente en el lado de la montaña que daba al mar. Esa era la palabra que vino a su mente, aunque la escala no era la adecuada: sus bordes afilados y ondulados se parecían a las de las antiguas conchas que había visto recuperar del lecho marino. ¡Pero esta concha era del tamaño del Círculo Eterno!

Y esta concha tenía humo —no vapor— surgiendo de varias fracturas. Tremendas fisuras abiertas bajo su cuerpo mostraban que había caído golpeando el suelo con cierto ángulo. Los fuegos en su interior estaban ya casi extinguidos, pero por la masa fundida pudo deducir que antes debieron ser mucho más grandes. La explosión que produjo la columna de humo que vieron desde el interior debió haber ocurrido justo cuando esa cosa aterrizó, pensó.

¿Aterrizó?

Antes de que Adari pudiera pensar en ello, sus ojos captaron movimiento. Por una de las aperturas de la concha estaba surgiendo algo, algo que golpeó la gravilla del suelo y desapareció deslizándose con el polvo. Indicó al uvak que se acercase. Un relámpago de luz carmesí apareció dentro de la pequeña nube… y en uno de sus extremos…

…un hombre.

El hombre alzó la mirada hacia ella. Tenía la piel pálida, más clara que el keshiri más enfermo que jamás hubiera visto. Y en su mano izquierda tenía un rayo de brillante luz roja del tamaño del bastón de Izri.

¿Lo tenía en su mano… o era parte de su mano? Adari fue presa del pánico, y Nink también, alejándose con un rápido movimiento. Una violenta pero bienvenida maniobra ascendente les llevó a ambos de vuelta sobre el mar.

Adari agitó violentamente la cabeza y cerró sus ojos cuando Nink encontró un ritmo de vuelo más suave. ¿Qué era lo que había visto? Tenía la forma de un hombre, sí. Cabello más oscuro que el de cualquier keshiri… pero, ¿esa luz roja? *¿Qué era esa luz?* Y había algo más moviéndose también por la montaña, algo que había visto por el rabillo del ojo. ¿Era esa concha algún tipo de nido?

Tragó saliva, con la garganta seca por el viento y la elevación. Todo eso era demasiado macabro. Misiones de recogidas de muestras, investigaciones de los Neshtovar… ninguna de sus anteriores preocupaciones era nada comparada con lo que acababa de ver. Abriendo los ojos, hizo que Nink diera la vuelta en un rizo de aproximación paralelo a la playa dentada. La concha gigante colgaba cerca del extremo de un pronunciado barranco, muy por encima de ella. Esta vez se aproximaría desde abajo, ascendiendo cuidadosamente hasta poder echar un vistazo más de cerca.

Adari pronto descubrió que su plan, aunque razonable, era completamente inadecuado para un jinete novato. Nink se resistió a sus ordenes, llevándola en una ruta en espiral ascendiente que le revolvió el estómago. Mareada, luchó por mantener la mirada en la parte superior del precipicio. La figura de antes estaba allí, sin la brillante luz roja. Pero sosteniendo otra cosa…

Algo pasó zumbando junto a ella, descendiendo a tal velocidad que Nink recogió sus alas asustado. Adari se deslizó de verdad esta vez, cayendo hacia atrás. Agitándose frenéticamente en su caída, agarró el pie con forma de garra del uvak con una mano… y desesperadamente lo rodeó con el otro brazo.

—*¡Nink!*

Trató de mirar hacia arriba, pero Nink ya se estaba moviendo, alejándose del risco y de sus extraños sucesos tan rápido como sus alas de reptil podían llevarles. Colgando, vio que Nink se dirigía hacia la seguridad del lugar en el que se habían posado anteriormente, alejado de la cadena montañosa. Obviamente había tenido suficientes sorpresas en un día.

Y ella también. Pero al menos ella se estaba acostumbrando a las sorpresas.

O eso pensaba.

Poco antes de que el sol se deslizase tras el océano occidental, observó cómo los últimos jirones de humo desaparecían de la cima de la montaña. Adari no creía que pudiera persuadir a Nink para volver a subir allí antes de que su odre de agua se agotase. Las raciones de remolacha brekka seca ya se habían agotado. Había salido huyendo tan rápidamente que no había rellenado su mochila de expediciones.

Ahora, sentada en una cornisa rocosa y observando la puesta del sol, dibujaba un continente invisible sobre su rodilla, preguntándose lo lejos que tendría que volar para alcanzar un asentamiento que no hubiera oído hablar de su situación. Probablemente ese lugar no existía. Los Neshtovar no eran sólo los guardianes de la paz y los legisladores, también eran el sistema de comunicaciones en ese apartado mundo de Kesh. Los jinetes del circuito ya habrían echo correr la noticia desde Tahv a los jinetes ancianos de cada pueblo. Había escapado, pero la libertad no era ninguna liberación para ella.

Liberación.

La palabra le llegó con el viento. Ni siquiera era una palabra, realmente… al menos no una que hubiera escuchado anteriormente. Una extraña y melódica combinación de sílabas que no significaba nada para su oído. Y a pesar de ello su mente la reconoció como un concepto familiar: *liberación*.

Instintivamente, volvió la mirada hacia el pico misterioso, que se ocultaba en las sombras. Algunas luces brillaban en la oscuridad, cerca de su gigantesca base. Fuegos… pero no los fuegos incontrolados que debían haber estado presentes en la cima del monte. Esos fuegos habían sido creados a propósito.

Adari se puso en pie de un salto, y al hacerlo el odre de agua se le cayó por el borde de la cornisa de roca. ¡Los Neshtovar! ¡Le habían perseguido, y habían acampado, y por la mañana la encontrarían! No se molestarían en descubrir lo que ella había visto en lo alto de la montaña, no cuando ella había empeorado su delito al atreverse a montar en Nink.

Una brisa estaba soplando hacia el mar desde la dirección de la montaña. Fresca, relajante. *Liberación*, llegó la palabra de nuevo. Le siguió otro sentimiento, complejo, y enfático: *Somos tuyos… y tú eres nuestra.*

Adari trató de luchar contra sus desconcertantes lágrimas y caminó hacia el uvak durmiente. El viento se alzó de nuevo.

Ven a nosotros.

Se había equivocado al ir allí. El cielo le había dicho que lo hiciera, pero eso no se parecía a ningún tipo de liberación que Adari conociera.

Arrugó la nariz ante la fetidez. El barranco estaba oscuro, pero estaba claro que algo horrible se había quemado allí. Ni siquiera los pozos sulfurosos del sur olían tan mal. Volvió la mirada a Nink, que bostezaba en el bosque negándose a seguirla más lejos. *Qué animal más listo.*

Los fuegos activos estaban más adelante, más allá de los árboles sobre la colina. El aire la acariciaba conforme trepaba. Lo que fuera que estuvieran quemando, no era lo mismo que se había quemado en el barranco.

En el claro de la colina, Adari los vio: personas. Tantas personas como las que se habían reunido en su audiencia final, sólo que agrupadas en torno a múltiples hogueras. Volvió a pensar que eran los Neshtovar, que la estaban esperando. Si se trataba de eso, entonces probablemente lo mejor era que llegase a pie. Se esforzó por distinguir sus voces conforme se acercaba. Reconoció una, pero no sus palabras. Se acercó un poco más…

…y sus pies se separaron del suelo por completo, saliendo despedida hacia un árbol. Agitándose frenéticamente, Adari golpeó con fuerza contra él, cayendo sin aliento junto a su base. Desde las sombras, unas figuras salieron corriendo hacia ella. A duras penas podía verlos; sus cuerpos no estaban iluminados por las hogueras, sino por los rayos de energía magenta que surgían de sus manos, tal y como había visto antes. Tropezó con una raíz.

—*¡No!*

No llegó a golpear el suelo. Una fuerza invisible la atrajo entre el laberinto de figuras, depositándola bruscamente ante la mayor de las hogueras. Alzándose, dando la espalda a las llamas, observó a los espectros que se acercaban. Eran personas, pero no como ella. No de color púrpura, sino beis, marrón, rojo, y más… de todos los colores salvo del que se suponía que debían ser. Y algunos rostros no eran en absoluto como el suyo. Pequeños tentáculos se retorcían en papadas rojas. Una figura gorda y leprosa, el doble de voluminosa que el resto y con una piel como la de Nink, estaba de pie tras todos ellos, gruñendo guturalmente.

Adari gritó… pero ellos no la estaban escuchando. Todos estaban ahora a su alrededor, hombres, mujeres, y monstruos, vociferando palabras sin sentido. Apretó sus manos contra sus oídos. No sirvió de nada. Las palabras penetraban a través de sus oídos. Penetraban hasta su mente.

Los alfileres mentales se convirtieron en navajas. Adari se tambaleaba. Los extraños avanzaron tanto físicamente como etereamente… empujando, apartando, buscando. Oleadas de imágenes aparecieron ante ella, de sus hijos, de su casa de su gente… todo lo que Adari era, todo lo que Kesh era. Aún veía las bocas moverse, pero la cacofonía ahora retumbaba dentro de su cabeza. Palabras, palabras sin significado…

…que de algún modo comenzaron a conectarse con impresiones familiares. Igual que anteriormente con la brisa, las voces eran extrañas, pero podía sentir los sonidos tomar forma alrededor de pensamientos racionales.

—*Estás aquí.*

—*Hay más. Hay más.*

—*Tráelos aquí.*

—*¡Llévanos allí!*

—*¡Tráelos aquí!*

Adari daba vueltas, o todo Kesh lo hacía. Sobre ella, el grupo se apartó para dejar paso a una nueva presencia. Era una mujer. De piel más oscura que los otros, llevaba a un bebé cuidadosamente envuelto en una tela roja. *Una madre*, pensó Adari frente el clamoroso asalto. Un signo de esperanza. De misericordia.

—*¡TRÁELOS AQUÍ TRÁELOS AQUÍ TRÁELOS AQUÍ!*

Adari gritó, estremeciéndose bajo las garras invisibles que le arañaban. Los demás se estaban apartando. La mujer que estaba sobre ella no. Adari se tambaleó. Creyó ver las venosas alas de Nink, alejándose volando sobre su cabeza.

Una mano apareció desde atrás sobre el hombro de la madre, apartándola. El estruendo se desvaneció en la mente de Adari. Alzó la mirada para ver… *¿a Zhari Vaal?*

No, se dio cuenta, conforme sus ojos llorosos enfocaban. Era otra de las figuras extrañamente vestidas, pero corpulento y de baja estatura como su marido. Una vez se había imaginado a Zhari en el fondo del mar, con su intenso color malva perdido. Este hombre era aún más pálido, pero su oscura mata de pelo y sus ojos marrones rojizos le proporcionaban un aspecto de seguridad y confianza. Le había visto antes, en la montaña. Le había escuchado antes, en el viento.

—*Korsin* —dijo él, simultáneamente en su mente y con una voz tan relajante como la de su abuelo. Hizo un gesto señalándose a sí mismo—. Me llamo Korsin.

La oscuridad se cerró en torno a ella.

Capítulo Tres

En su tercer día entre los recién llegados, Adari aprendió a hablar.

Había pasado el primer día completo después del aterrador encuentro durmiendo, si se le podía llamar así a una somnolencia febril y de pesadilla interrumpida por breves retazos de delirio. Varias veces, había abierto los ojos sólo para cerrarlos rápidamente al ver a los extranjeros pululando a su alrededor.

Pero estaban cuidando de ella, no acosándola… tal y como descubrió la segunda mañana, al despertar entre una manta increíblemente suave y el áspero suelo. Los recién llegados habían encontrado un lugar apartado y seco para ella, con varias figuras sentadas para vigilarla. Adari bebió el agua que le ofrecieron, pero eso no le devolvió la voz. Aún le zumbaba la cabeza, y su mente estaba aturdida por el asalto anterior. Ninguna palabra de su vocabulario acudió cuando las llamaba. Se había olvidado de cómo se hablaba.

Korsin estaba sentado junto a ella cuando finalmente lo recordó. Él llamó a Hestus, una figura del color del óxido con una máscara brillante que cubría parte de su rostro quemado por ácido. Casi parecía que formaba parte *de* su rostro… algunos pedazos se ocultaban bajo su piel. Adari se estremeció de miedo, pero Hestus simplemente se sentó con calma, escuchando cómo Korsin trataba de hablar con ella.

Y hablaron. Con dificultad, al principio, con Hestus interviniendo ocasionalmente para repetir alguna nueva palabra keshiri que ella dijera, seguida por el equivalente en su propio lenguaje. Adari estaba maravillada. Las palabras keshiri que Hestus pronunciaba sonaban exactamente igual a como las había dicho ella… incluso con su misma voz. Korsin había explicado que el «oído especial» de Hestus le proporcionaba ese talento, ayudándole a acelerar el intercambio de información.

Adari estaba interesada en ese intercambio, pero la mayor parte de la información circuló en el sentido opuesto. Consiguió saber que la gente que Korsin lideraba había salido realmente de la concha plateada, y que ésta había caído de algún modo desde el cielo. También estaba claro que, tan poderosos como eran, ahora no tenían medios de abandonar la montaña, rodeada como estaba de agua y terreno impracticable. Korsin escuchaba con interés mientras ella hablaba acerca de Kesh y los keshiri, de los uvak y los pueblos del continente. Sólo mencionó a los Celestiales una vez, antes de detenerse con embarazo. No sabía quienes eran los recién llegados, pero se avergonzaba de sacar el tema.

Ahora, en la tercera tarde desde su llegada, Adari hablaba cómodamente con los recién llegados; e incluso ella misma había aprendido algunas palabras en su lenguaje. Eran algo llamado «Sith», y Korsin era «humano». Repitió las palabras.

—Prestas mucha atención —dijo Korsin, animado.

También dijo que otros habían trabajado con ella mientras dormía —no dijo cómo— tratando de mejorar la comunicación. Ahora estaban progresando rápidamente, y no todo era gracias a ellos. Incluso alterada, Adari seguía siendo lista.

—Nuestra preocupación más inmediata, Adari Vaal —dijo Korsin, vaciando un brillante sobre de polvos en una copa para ella— debe ser alcanzar el continente.

Allí no había suficiente comida ni refugio para su gente, y la montaña tenía escarpados precipicios sobre el mar de abajo. Su uvak podría haber proporcionado una salida para algunos, pero Nink, tan temeroso de los recién llegados como de las formas de vida salvajes nativas de la montaña, había pasado los últimos días más arriba, muy lejos de su alcance.

Bebiéndose el caldo —era saciante, no como el potaje de su madre, pensó—, Adari luchó como el problema. Nink *podría* volver cuando lo llamase, pero sólo si estaba sola en un espacio despejado. Podría volar a tierra y volver con ayuda.

—Aunque no podré llevar a nadie conmigo. —Nink podría no aparecer si estaba acompañada, y en cualquier caso un jinete novato nunca podría llevar un pasajero—. Tendré que ir sola. Pero volveré tan pronto como pueda.

—*¡No lo hará!*

Adari conoció la voz incluso antes de levantar la mirada. *La vociferadora.* La madre del niño pequeño salió corriendo hacia la hoguera ardiente.

—¡Nos abandonará!

Korsin se levantó y se llevó aparte a la mujer. Adari escuchó un intercambio de palabras acaloradas que no le eran familiares. Pero cuando le indicó a la mujer que se marchase, dijo unas palabras que Adari pudo reconocer.

—Nosotros somos su liberación, y ella es la nuestra.

Adari miró a la mujer, que aún la observaba desde la distancia.

—No le gusto.

—¿Seelah? —Korsin se encogió de hombros—. Está preocupada por su pareja… perdido en el lugar del accidente. Y con un niño, está ansiosa por abandonar esta montaña. —Sonrió, ofreciéndose para ayudar a Adari a levantarse—. Como madre, estoy seguro de que lo entiendes.

Adari tragó saliva. No había mencionado a sus hijos. Se dio cuenta de que apenas había pensado en ellos desde que había llegado entre los recién llegados. Agitando la cabeza por la culpa, se dio cuenta de algo más: que los keshiri podrían no hacerle caso.

Korsin no parecía sorprendido… ni alterado.

—Eres lista, Adari. Conseguirás que te escuchen. —Cubrió suavemente sus hombros con la manta azul celeste bajo la que había dormido—. Quédatela —dijo—. El sol se pondrá pronto. Pasarás frío en tu viaje.

Adari miró a su alrededor. Seelah estaba de pie, con furia silenciosa, en el mismo lugar de antes. Los demás que Korsin le había presentado miraron a su líder con nerviosismo; Ravilan, con su papada de tentáculos rojos, intercambió una mirada de preocupación con Hestus. Incluso el inmenso Gloyd, quien, a pesar de su bestial apariencia, era claramente el mayor aliado de Korsin de los presentes, se apartó incómodo. Pero nadie le impidió abandonar el campamento.

Cuando una fuerte mano la detuvo al borde del claro, se sorprendió al ver a quién pertenecía: a Korsin.

—En cuanto a los keshiri —dijo Korsin—. Nos has hablado acerca de Tahv, tu ciudad… parece ser de buen tamaño. ¿Pero cuántos son los keshiri? ¿Cuántos keshiri hay en total, quiero decir?

Adari respondió inmediatamente.

—Somos innumerables.

—Ah —dijo Korsin, suavizando su postura—. Quieres decir que nunca han sido contados.

—No —dijo Adari—. Quiero decir *que no tenemos un número tan grande*.

Korsin quedó inmóvil, endureciendo el agarre sobre su brazo. Sus ojos oscuros, ligeramente más pequeños que los de un keshiri, se enfocaron en la espesura a lo lejos. Ella nunca le había visto perder los nervios. Si eso era lo que había pasado, duró menos de un segundo antes de que retrocediera un paso.

—Antes de que te vayas —dijo, encontrando un árbol en el que apoyarse—, cuéntame lo que sepas sobre los Celestiales

Korsin había llamado *Presagio* a la nave en la que habían llegado. La palabra no sólo existía en la lengua keshiri, sino que era una de las favoritas de los Neshtovar desde hacía mucho tiempo. Al ver lo que estaba pasando ahora en la plaza conocida como Círculo Eterno, Adari supuso que incluso los jefes de los jinetes de uvak se habían percatado de la ironía.

Había vuelto con Korsin tan sólo un día después, justo una semana después de que el *Presagio* colisionase con la montaña… y con su vida. Había sido sencillo para ella atraer a los jinetes de uvak hasta allí; tan pronto como las patrullas les detectaron a Nink y a ella, les siguieron durante todo el camino hasta la Sierra Cetajan. El lugar había sido el escenario de varias sorpresas en los últimos tiempos, pero ninguna superaba al momento en el que los Neshtovar se encontraron con Adari de pie, desafiante entre 240 visitantes de lo alto que la apoyaban, casi cada uno de ellos señalando su presencia con un brillante sable de luz color rubí. Ella no tenía uno de los extraños aparatos, pero parecía brillar de igual modo desde su interior. Adari Vaal, recogedora de rocas y enemiga del orden era ahora Adari Vaal, descubridora y rescatadora; respondedora de la llamada de la montaña.

Añadid «profeta» a eso, pensó mientras observaba a la docena de veintenas de visitantes —algunos de ellos cojeando por su terrible experiencia— entrar en el Círculo Eterno. Pasaron entre multitudes de keshiri embobados y silenciosos, muchos de los cuales eran la misma gente que estaba a su puerta la semana pasada. Más adelante, en el Círculo, estaban presentes todos los Neshtovar de la región, más de los que había visto nunca. Tres días de operaciones de rescate aéreo habían traído a los recién llegados desde la montaña, y durante esos días se había extendido la voz lejos por las tierras del interior.

Los Celestiales habían llegado a Kesh.

Ninguna razón inferior podría explicar por qué los jinetes habían tomado obedientemente sus posiciones no en el Círculo Eterno propiamente dicho, sino en el perímetro alzado. Los ciudadanos habían visto el discurso de Adari desde ahí; ahora los Neshtovar la estaban viendo en el Círculo, desfilando detrás de Korsin. Tras ellos, se alineaban los visitantes, formando su propio perímetro interior sobre el que los Neshtovar se esforzaban en ver.

Izri Dazh parecía pequeño, de pie bajo la columna de tres veces su altura que servía como gnomon del reloj de sol. Normalmente, eso le hacía parecer más alto. Hoy no. Avanzó cojeando y saludó a Korsin y a sus acompañantes con zalameras palabras de alabanza antes de volverse hacia la audiencia. Esforzándose para ver por encima de la línea de visitantes, Izri hizo su declaración oficial. Estos *eran* los Celestiales, dijo, que habían descendido desde la misma montaña desde la que sus sirvientes habían traído la ley siglos atrás. Adari sabía que no era la misma montaña; tal vez los textos se cambiarían más adelante. Pero Izri ignoró ese detalle por el momento. Los visitantes habían establecido su identidad para satisfacción de todos los Neshtovar, dijo.

—No les creíste cuando hicieron levitar tu bastón —susurró Adari, incapaz de resistirlo.

—Eso cambió cuando me hicieron levitar *a mí* —dijo secamente Izri, apenas audible. Se giró para ver a los ciudadanos vitoreando… no a sus palabras, sino a Yaru Korsin, Gran Señor de los Celestiales, quien acababa de cubrir de un salto la distancia hasta lo alto de la columna.

Cuando los vítores finalmente se apagaron, Korsin habló en las palabras keshiri que su interlocutora, la honrable Adari Vaal, Hija de los Celestiales, le había enseñado esa mañana.

—Como decís vosotros, *hemos* venido desde lo alto —dijo, llegando a todos con su profunda voz—. Hemos venido para visitar la tierra que era una parte de nosotros, y a la gente de esa tierra. Y Kesh nos ha recibido.

Más vítores.

—Encontraremos… un *templo* en lo alto de la montaña del descubrimiento —continuó—. Estaremos allí muchos meses de trabajo, atendiendo a la nave que nos trajo y en comunión con los cielos. Y durante ese tiempo, estableceremos nuestro hogar aquí en Tahv, con nuestros hijos… ayudados por los Neshtovar, que han sido aquí tan buenos administradores durante nuestra ausencia. Hoy partirán de aquí, llevados por sus alas a todos los rincones de Kesh, para difundir la palabra de nuestra llegada, y encontrar los artesanos que necesitamos. —Habló sobre los aplausos—. Somos los Celestiales… ¡y *volveremos* a las estrellas!

Un feliz caos se adueñó de todo. El hijo menor de Adari, Tona, se apretó contra su pierna. Ella espió a su madre y a Finn en un lugar de honor justo fuera del Círculo, radiantes de alegría. Adari volvió la mirada a Korsin… y tragó saliva.

Todo era tan perfecto.

Y tan equivocado.

Capítulo Cuatro

El entusiasta estado de ánimo de los Kesh duró justo hasta el Día del Traslado. Los Celestiales se habían asentado en las lujosas casas de los Neshtovar mientras los jinetes difundían la noticia. Conforme los Neshtovar iban regresando uno tras otro, sus invitados declaraban invariablemente su preferencia por permanecer en sus relativamente suntuosas acomodaciones. Después de que el sexto jinete apelase a Izri, el anciano declaró que *todos* los jinetes debían trasladar sus familias a casas más humildes, para que los Celestiales pudieran ver su devoción. Korsin y Seelah habían estado viviendo en la casa del propio Izri desde el primer día.

Todos se mudaron salvo Adari. Por su servicio a los Celestiales, se le había permitido permanecer en la casa de Zhari. Eso también la mantenía cerca de Korsin, a quien veía a diario en su papel informal de embajadora y ayudante. Veía a todos los Celestiales importantes a diario: el gruñón pero amable Gloyd, que era algo llamado houk; Hestus, atareado en indexar el vocabulario keshiri; y Ravilan, del color del óxido, que a menudo parecía perdido, una minoría dentro de una minoría. También veía a Seelah, quien se había instalado en los fastuosos alojamientos de Korsin. Según averiguó Adari, el hijo de Seelah era sobrino de Korsin.

Seelah siempre miraba con aprensión a Adari cuando estaba cerca de Korsin. Incluyendo hoy, mientras Adari se encontraba de pie junto a él en una excavación al borde de la Sierra Cetajan, a la vista del océano al que había huido un mes antes. Los Celestiales necesitaban estructuras para estabilizar y proteger el *Presagio*, pero antes necesitaban un paso claro por tierra hacia la península. Los Celestiales, en cuyo número se encontraban muchos mineros, estaban dando forma a una ruta, tallando gigantescos pedazos de roca estratificada con sus sables de luz.

—Los sables funcionarán mejor cuando recuperemos algunos de los cristales Lignan para alimentarlos —dijo Gloyd. Korsin presentó una muestra de roca a Adari. Granito. Los esfuerzos no eran para ella, por supuesto, pero siempre se había preguntado que había bajo la superficie. Ahora lo sabía.

—Tenías razón después de todo —dijo Korsin, viendo cómo estudiaba la piedra. Ella no había mencionado su conflicto con los Neshtovar, pero había estado ansiosa por confirmar sus teorías con alguien que lo supiera. Los volcanes *realmente* creaban nueva tierra. Y las montañas de la Sierra Cetajan no eran volcanes; aunque el granito sí que provenía del magma, según le dijeron, se formaba en las profundidades de la tierra en el transcurso de eones. Por eso sus rocas tenían un aspecto distinto al de las piedras de fuego—. No entiendo ni la mitad de lo que me cuentan mis mineros —dijo Korsin—, pero dicen que podrías ayudarles fácilmente… si no me estuvieras ayudando a mí.

Korsin comenzó a hablar con Gloyd acerca de su próximo proyecto, una excavación para encontrar metales necesarios para reparar el *Presagio*. Adari comenzó a protestar cuando vio a Seelah a su alrededor. Adari se estremeció cuando la mujer dejó de estar a la vista. ¿Qué había hecho Adari para merecerse semejante odio?

No me estaba observando a mí, se dio cuenta Adari. *Estaba mirando a Korsin.*

—Te vi —dijo de pronto Adari a Korsin.

—¿Qué?

—Te vi una segunda vez sobre la montaña, aquel día. Arrojaste algo por el precipicio.

Korsin apartó la vista de su trabajo. Hizo un gesto… y Gloyd se apartó.

—Te vi arrojar algo —dijo Adari, tragando saliva. Miraba hacia abajo, al océano, chocando contra los acantilados—. No supe qué… hasta que me hiciste regresar al pueblo. —Korsin avanzó cauteloso hacia ella. Adari no podía parar de hablar—. Volé allí abajo, Korsin. Lo vi allí abajo, sobre las rocas. Era un hombre —dijo—, como tú.

—¿Como yo? —dijo Korsin con un bufido—. ¿Aún… aún está allí?

Ella negó con la cabeza.

—Le di la vuelta para poder verle —dijo—. La marea se lo llevó.

Korsin era igual de alto que ella, pero conforme ella se iba encogiendo, el parecía cada vez más amenazante.

—Viste eso… y pese a ello trajiste a los Neshtovar para que nos encontrasen.

Adari quedó inmóvil, incapaz de responder. Miraba a las rocas, lejos por debajo, tan parecidas a las que había en la sierra, más arriba. Korsin se acercó a ella como había hecho otras veces…

…y retrocedió. Su voz se suavizó.

—Tu pueblo se volvió contra ti para proteger su sociedad. ¿Eras un peligro?

¿Cómo lo ha sabido? Adari alzó la mirada hacia Korsin. Cada vez se parecía menos a Zhari.

—Creía en algo en lo que ellos no creían.

Korsin sonrió y tomó suavemente su mano.

—Esa es una lucha con la que mi pueblo está familiarizado. El hombre que viste… era un peligro para *nuestra* sociedad.

—Pero era tu *hermano*.

Korsin agarró con más fuerza por un instante antes de soltarle la mano completamente.

—Prestas *mucha* atención —dijo, enderezándose. Ese hecho no había sido difícil de descubrir—. Sí, era mi hermano. Pero era un peligro… y ya teníamos suficientes peligros cuando nos encontraste —dijo. Miró profundamente en los ojos de ella—. Y creo que eso es algo sobre lo que ya tienes conocimiento, Adari. Ese mismo mar también se te llevó algo a ti. ¿No es cierto?

Adari se quedó boquiabierta. *¿Cómo?* Zhari había muerto allí, pero los Neshtovar nunca se lo habrían dicho a Korsin. Hablar de la caída de un jinete era uno de sus mayores tabúes: caer era ser reclamado por el Otrolado. Nadie había visto como ocurría, salvo Nink… *y los omniscientes Celestiales.*

O bien Korsin era un lector de mentes, o era lo que decía ser. Apenas pudo articular palabra.

—No… no es lo mismo. *Tú* empujaste a ese hombre. Yo no tuve nada que ver con lo que le ocurrió a mi…

—Por supuesto que no. Los accidentes ocurren. Pero no te importó que muriera —dijo—. Puedo verlo en ti, Adari. Era un peligro para ti… para la persona en la que te estás convirtiendo. —Korsin alzó sus pobladas cejas—. Te alegras de que ya no esté.

Adari cerró los ojos. Poniendo su brazo sobre los hombros de ella, Korsin la volvió hacia el sol.

—No pasa nada, Adari. Entre los Sith, no hay que avergonzarse de eso. Nunca podrías haber sido lo que eres hoy con él retrasando tu avance. Al igual que nunca serás lo que vas a llegar a ser con *Izri Dazh* retrasando tu avance.

Al escuchar el nombre, Adari abrió los ojos. La luz del sol le deslumbró, pero Korsin no le permitió girarse.

—Tenías miedo de nosotros —dijo él—, y tuviste miedo cuando viste el cuerpo. Sabías que moriríamos en la montaña si no nos traías ayuda. Y aún así trajiste a los Neshtovar… porque pensaste que podríamos ayudarte contra ellos.

La soltó. Adari miró ciegamente al sol durante un instante antes de apartar la mirada. Tras ella, Korsin hablaba con los tonos tranquilizadores que había usado cuando su voz le llegó por primera vez con el viento.

—Ayudarnos a interactuar con los keshiri no es sólo ayudarnos a nosotros, Adari. Aprenderás cosas acerca de tu mundo que nunca imaginaste. —Dio vueltas a la roca en su mano—. No sé durante cuánto tiempo estaremos aquí, pero te prometo que en los próximos meses aprenderás más que en toda tu vida. Más de lo que haya aprendido *cualquier* keshiri.

Adari tembló.

—¿Qué… qué es lo que…?

—Una cosa muy sencilla. Que olvides lo que viste ese día.

Korsin cumplió su palabra. En sus primeros meses con los Celestiales, Adari había aprendido mucho sobre su hogar. Pero también había aprendido algunas cosas sobre de dónde habían venido *ellos,* y sobre quienes eran. Prestaba mucha atención. *A través de las cosas sencillas, conocemos el mundo.*

Los Sith de Korsin eran los seres de lo alto cuya existencia ella había negado… pero no eran los dioses de la leyenda keshiri. No exactamente. Tenían poderes asombrosos, y tal vez vivían en las estrellas. Pero no sangraban sangre, y no eran perfectos. Discutían. Envidiaban. Mataban.

Los Sith podían leer mentes, hasta cierto punto. Korsin lo había usado para pedirle ayuda tras verla en el aire. Ella lo descubrió tras un sencillo y clandestino experimento que involucraba a Ravilan. Ella le sugirió que visitase un restaurante en el barrio más ajetreado de Tahv. Él fue allí, perdiéndose en el mismo vecindario en el que ella siempre se perdía. Los poderes sensoriales de los Sith eran asombrosos, pero seguían necesitando conocimiento preciso por parte de los demás.

Trató de proporcionárselo, acompañando a Korsin a muchos lugares de trabajo, en la mayoría de los cuales se empleaban joviales trabajadores keshiri. Los Celestiales eran lo bastante perfectos para los keshiri… y lo bastante perfectos para ella. Yaru Korsin estaba tan por encima de Zhari Vaal en intelecto como lo estaba ella por encima de las rocas, y mientras aprendiese a evitar la mirada de Seelah, otra viuda de un hombre caído, podría esperar aprender mucho más aún.

Al mismo tiempo que su conocimiento avanzaba, la fe de Izri se glorificaba cada vez más. Eso le divertía un poco a Adari, aparte de la risita ocasional que ella se permitía por tener un papel más detallado que él en la historia. Ella era la Descubridora, y sería recordada por siempre en la sociedad keshiri. Nadie recordaría a Izri.

Observando como se creaba otra cantera, se preguntó qué aspecto tendría esa sociedad. Ella sabía algo que los Sith desconocían: Llevaban mucho tiempo allí. Se lo había mencionado una vez a un minero, quien rápidamente lo descartó como un consejo de los ignorantes locales.

Pero ella no era una ignorante. Los metales que los Sith buscaban no estaban en el suelo de Kesh. Los estudiosos habían buscado en cada parte del continente. Habían registrado lo que habían encontrado. Si las sustancias que el pueblo de Korsin necesitaba estaban ocultas a más profundidad de la superficie, haría falta tiempo para encontrarlas… *mucho* más tiempo.

Tiempo, los Sith tenían de sobra.

¿Pero qué, se preguntaba, es lo que tendrían los keshiri?

Libro 3
Parangón

4985 años ABY

Capítulo Uno

El agua estaba tan templada como cualquier otro día, cayendo sobre el cuerpo de Seelah desde de la grieta en el mármol del muro. No había habido unidades sanitarias, ni ninguna otra comodidad moderna para los Sith que llevaban atrapados en Kesh desde hacía quince años estándar. Pero habían aprendido a vivir con lo que tenían.

Las brillantes gotitas de agua derretida que pendían de su piel marrón provenían de un glaciar a medio continente de distancia. Los voladores de uvak keshiri, cargando a sus bestias con inmensas barricas, habían cargado el agua desde ese lugar lejano hasta el retiro de montaña de los Sith. En el tejado, sirvientes calentaban el agua según sus especificaciones exactas, canalizándola por un sistema meticulosamente limpiado a diario de hongos y otros contaminantes.

Abajo, Seelah frotaba meticulosamente su muñeca con piedra pómez traída desde el pie de la Aguja Sessal, a kilómetros de distancia. Los artistas keshiri habían tallado las piedras con formas que a ella le gustasen. Los nativos estaban más interesados en la apariencia que en la funcionalidad… pero, en ese aspecto, tenían un aliado en ella. Seelah miró con su habitual desdén a la cabina de ducha, construida para su uso personal por sus hermanos Sith inmediatamente después de que se mudase a las cámaras del comandante Korsin. Ese lugar parecía más un templo que un hogar.

Bueno, no podía tenerlo todo. Allí no.

Quince años. Eso era también según el calendario keshiri… ¿aunque quién podía confiar en eso? Salió goteando de la ducha, preguntándose a dónde había ido el tiempo. No a su cuerpo, según pudo ver en el colosal espejo; trabajar el vidrio era otra cosa en los que los keshiri eran buenos. Madre por dos veces, subsistiendo con comida apenas digna para animales de granja allá en su hogar, y aún así Seelah tenía tan buen aspecto como siempre. Le había costado trabajo. Pero tiempo era algo que tenía de sobra.

—Sé que estás ahí, Tilden —dijo Seelah. Tilden Kaah, su ayudante keshiri, siempre se encontraba fuera de la mirada del espejo, sin recordar nunca que ella podía sentirle mediante la Fuerza. Ahora se encontraba en la puerta, apartando sus grandes ojos opalinos y presentándole una bata con sus manos temblorosas.

Quince años no le han cambiado a él tampoco, pensó Seelah con una silenciosa risita burlona mientras agarraba la bata. ¿Pero por qué no podría mirar? Toda esa monótona piel púrpura; llamarla lavanda sería un halago. Y el pelo blanco; el color de la edad y la inutilidad. Si los keshiri encontraban antes bellos a otros keshiri, sólo era porque aún no habían visto a los Sith.

Y, además, el trabajo de Tilden consistía en adorarla. Siendo uno de los sumos sacerdotes más joven de la fe keshiri —que reconocía a Seelah y a sus compatriotas Sith

como antiguos dioses de los cielos—, Tilden vivía para seguirla a todas partes. Ella disfrutaba bastante torturándolo de esa forma por las mañanas. Ella era el sacrilegio con el que él empezaba el día.

—Vuestro hijo estará cazando con los jinetes hasta la noche —dijo él—. Vuestra hija está en Tahv con los educadores que envió vuestra gente.

—Bien, bien —dijo, descartando la túnica que él le ofrecía en favor de otra más brillante—. Pasa a algo importante.

—Milady, se os espera en la sala principal esta tarde para la revisión —dijo, alzando la mirada de su pergamino—. Por lo demás, tenéis el día libre.

—¿Y el Gran Señor?

—Su Eminencia, nuestro salvador de las alturas, ha comenzado sus reuniones con sus consejeros. Las personas habituales, nacidas en lo alto como Milady. Su amigo gigante también está allí. —Bajó la mirada a sus notas—. Oh, y el *hombre carmesí* ha solicitado una audiencia.

—¿El hombre carmesí? —La mirada de Seelah permanecía sobre el espumoso océano bajo ellos—. *¿Ravilan?*

—Sí, milady.

—Entonces debería ir.

Seelah se estiró poderosamente antes de girarse bruscamente para buscar sus zapatos. Tilden los tenía. Eran las únicas prendas de vestir rescatadas del accidente del *Presagio* que ella continuaba usando. Los keshiri seguían sin conseguir fabricar calzado decente.

—Yo… yo no quería obligaros a comenzar la jornada de trabajo tan pronto —tartamudeó Tilden, abrochándole los zapatos—. Perdonadme. ¿Habéis acabado vuestro baño? Podría hacer que los guardaespaldas reciclen el agua.

—Relájate, Tilden; *quiero* salir —dijo ella, recogiendo su cabello oscuro con un pasador de hueso tallado, un regalo de algún noble local al que no podía recordar. Se detuvo en el pulido umbral—. Pero haz que el equipo aumente las entregas de agua… y que la traigan del lado opuesto de la cadena de montañas. La de allí es mejor para la piel.

Seelah bostezó. El sol aún no había llegado siquiera a la mitad del cielo y la pantomima diaria ya estaba funcionando a toda marcha. El comandante Yaru Korsin, el salvador de las alturas de los keshiri, estaba sentado en su viejo asiento del puente, escuchando igual que solía hacerlo en la cubierta de mando del *Presagio*. Pero ahora los destrozados restos de la nave yacían tras él, refugiados en una parte de la sólida estructura que no se usaba como residencia, y su baqueteado asiento estaba incongruentemente plantado en mitad de una columnata de mármol que se extendía centenares de metros. Allí, al aire libre en las alturas de los Montes Takara —recientemente rebautizados en honor de su preciosa madre, donde rayos estuviese—, Korsin atendía a su corte.

La arquitectura y el lugar resultaban un buen espectáculo para los pueblerinos keshiri que ocasionalmente volaban hasta allá. De acuerdo con lo planeado. Pero también era lo bastante grande para acomodar a todos los atolondrados suplicantes a los que Korsin

quería dedicar su día. Seelah vio a Gloyd el artillero, el «amigo gigante» de Korsin, en el primer lugar de la fila, como de costumbre.

Las papadas del houk de cabeza bulbosa temblaron cuando presentó su última idea alocada: usar uno de los láseres perforadores que aún tenían carga para lanzar señales al espacio. Seelah se sintió perforada por el aburrimiento… y Korsin tampoco parecía estar entusiasmado. ¿Cuánto tiempo llevaría cotorreando Gloyd antes de que ella llegase?

—Esta vez funcionará —dijo Gloyd, transpirando por su piel moteada—. Todo lo que debemos hacer es captar la atención de un carguero de paso. De un observatorio. *De cualquier cosa.*

Se limpió el sudor de la frente. Seelah siempre pensó que, para empezar, la lotería genética no había sido amable con los houks. Pero ahora parecía como si la edad y el sol estuvieran causando que a Gloyd se le derritiera la piel del cráneo.

—La intensidad se disipará a la inversa del cuadrado de la distancia de Kesh —dijo una voz humana detrás de Korsin. Parrah, el navegante de apoyo del *Presagio* y ahora su principal consejero científico, dio un paso al frente—. No será más que ruido de fondo cósmico. ¿No te enseñaron nada en el sitio de donde vienes?

Probablemente no, rumió Seelah. Gloyd había sido un náufrago incluso antes de unirse a la tripulación del *Presagio*. Mientras que otros extranjeros evitaban la Caldera Estigia, el equipo de bribones de Gloyd supuso que allí debería haber algo realmente asombroso. Lo había: el Imperio Sith. Pocos de los compañeros de Gloyd habían sobrevivido al descubrimiento. Pero como artillero y soldado de infantería, había entablado combate con los Jedi muchas veces en su vida anterior, haciéndolo útil para Naga Sadow y, después, para Yaru Korsin.

¿Pero últimamente? No demasiado.

—No creo que vaya a funcionar, viejo amigo —dijo Korsin, espiando a Seelah con el rabillo del ojo y haciéndole un guiño—. Y además no podemos correr el riesgo de agotar más equipo. Ya sabes cómo va esto.

Todos lo sabían. Incluso mientras construían su refugio de piedra para el *Presagio* en los meses siguientes al accidente, la tripulación había ido extrayendo equipo regularmente. Parte de ello esperaban hacerlo funcionar de nuevo con algunas piezas fabricadas; el resto estaba disponible para usar inmediatamente. Y lo usaron.

Eso había sido un error. Resultó que en Kesh no podía encontrarse ningún metal. Los Sith habían abierto y desgarrado la superficie, usando la mayor parte de sus municiones de supervivencia sin ningún resultado. Por arriba, Kesh era un lugar agradable a la vista… pero por debajo, parecía no ser más que una bola de barro. Gran parte del equipo que funcionaba con energía interna chisporroteó y murió. Aún peor, algo del campo electromagnético de Kesh estaba interfiriendo con todo, desde las ondas de radio hasta la generación de electricidad. Los sables de luz aún funcionaban —y eso gracias a los cristales Lignan—, pero los náufragos, intrépidos como eran canibalizando el material, no iban a ser capaces de reinventarlo todo. Simplemente, no tenían las herramientas necesarias.

—Lo comprendo —dijo Gloyd, aparentando menos altura que antes—. Ya me conoces. Estoy construido para la lucha. Este pacífico paraíso me está volviendo…

—Yo sé de algo contra lo que podemos luchar —dijo Seelah, con su caftán agitándose mientras se ponía en pie y rodeaba a Korsin con un brazo—. Creo que los he visto preparando la comida en el salón principal.

Korsin sonrió.

Gloyd miro fijamente a la pareja durante un instante antes de ponerse a reír a mandíbula batiente.

—¿Qué puedo decir? —dijo, dándose golpecitos en la tripa y girándose—. La dama me conoce bien.

Korsin miró más allá de la mole que se retiraba para ver otra figura.

—¡Ravilan! ¿Cuál es *tu* siguiente plan maestro para sacarnos de esta roca?

—Nada en ese sentido —dijo Ravilan. El hombre carmesí de la descripción de Tilden avanzó unos pasos y observó educadamente a su líder—. Hoy no.

—¿En serio? Vaya, nos estamos haciendo viejos. La mente olvida cosas.

—La mía no, comandante.

Ravilan se pasó el dedo por el tentáculo de su mejilla derecha; una expresión de estar meditando entre los Sith rojos. Hizo que a Seelah se le pusiera la carne de gallina. Agarró más fuerte a Korsin. Anteriormente intendente del cuerpo adicional de guerreros massassi del *Presagio*, Ravilan había quedado sin misión después de que su carga muriera durante sus primeros días en Kesh. Desde entonces, se había encargado de una serie de extraños trabajos. Aún más importante, se había convertido en portavoz de los Cincuentaysiete —los miembros supervivientes de la tripulación cuyo linaje con la especie de Sith de piel roja permanecía pura— y de aquellos que, como Gloyd, estaban menos interesados en vivir en Kesh que en abandonarlo.

Pero el grupo de Ravilan cada vez se debilitaba más. Su gente no había simado la cantidad de cincuenta y siete desde su llegada. Una docena había caído debido a un accidente o incompetencia profesional, y ninguno de los hijos de la gente de Ravilan había vivido más de un día. Kesh no había sido igual de amable con todos sus huéspedes. Mientras que en general los motivos para querer irse se desvanecían, los suyos eran cada vez más fuertes.

Pero, aparentemente, eso no le había llevado hoy ante Korsin.

—Hay otra cosa —dijo Ravilan, mirando a Seelah—. La gente al servicio de tu… tu esposa ha estado tratando de documentar los ancestros de toda nuestra tripulación. Se han vuelto bastante insistentes —añadió, arqueando el zarcillo de una ceja.

Sintiendo que el agarre de Seelah se apretaba aún más, Korsin se alzó.

—Tu gente no tiene que preocuparse de eso, Rav. Sólo la tripulación humana.

—Sí, pero muchos de nosotros tenemos parte de sangre humana —dijo Ravilan, caminando por la columnata con Korsin. La multitud se fue; Seelah caminaba amargamente tras ellos—. Y muchos de los tuyos tiene parte de la nuestra. La mezcla de

la linea de los Jedi Oscuros con la de mis ancestros Sith es cuestión de orgullo para mi… para *nuestra* gente, Korsin. Dejar que alguien nos separe…

Korsin siguió caminando, disfrutando de la vista del océano, con hebras de plata en su cabello brillando al sol. Seelah aceleró su ritmo para acercarse.

—Sigue siendo un planeta extraño —dijo Korsin—. No sabemos qué mató a tus massassi cuando aterrizamos. No sabemos qué está pasando con… bueno, ya sabes.

—Desde luego que lo sé —dijo Ravilan, mirando al océano aparentemente sin verlo. Su color se había convertido en un tono granate sombrío en su estancia en Kesh, y sus pendientes y los demás adornos Sith sólo servían para hacer parecer más anodino al hombre—. Este es un mundo gobernado por la tragedia, Korsin. Para *todos* nosotros. Si aceptas a alguien de mi gente en la maternidad como partera, podríamos ser capaces de entender mejor…

—¡No! —dijo Seelah, interponiéndose entre los dos—. No son personal médico, Korsin. ¡En condiciones como esta, tenemos que tener ciertos controles!

Ravilan se encogió.

—Esto no es un desprecio, Seelah. Tu personal lo ha hecho muy bien desde que nuestra misión tomó… naturaleza *generacional*. Los Sith prosperan. —Su rostro, arrugado por la edad y la preocupación, se suavizó—. Debería ser así para *todos* los Sith.

Seelah miró con aire de urgencia a Korsin, quien agitó la mano como si estuviera despachando a alguien. *¿Nos despachas a los dos?*, se preguntó ella.

—Hablaremos más tarde sobre ello —dijo Korsin—. ¿Había algo más?

Ravilan hizo una pausa.

—Sí… Voy a ir al sur, como pediste, a visitar los pueblos de los Lagos Ragnos. —Seelah conocía el proyecto: Los keshiri habían estado recolectando algún tipo de algas fluorescentes, y Korsin había asignado a Ravilan para que las analizase, para su uso potencial iluminando las estructuras Sith—. Hay ocho pueblos en varias superficies de agua, todas con diferentes especímenes para examinar.

—Eso es mucho territorio —dijo Korsin—. ¿Tú solo?

—Como solicitaste —dijo Ravilan—. Comienzo en Tetsubal, el más alejado.

Seelah sonrió. Era justo la clase de trabajo intrascendente que volvería loco al intendente.

—Llevate a todo tu séquito —dijo Korsin, dándole una firme palmada en el hombro a Ravilan. Korsin no se había vuelto más físicamente imponente durante su exilio, pero seguía caminando como un hombre del tamaño de Gloyd—. Es importante… e iréis más rápido si os dividís. Y *todos* vosotros podéis permitiros salir de estas montañas unos días. —Se acercó más a Ravilan y le habló a su oído hundido—. Y, mira… la próxima vez Seelah preferiría que te dirigieras a mí como Gran Señor.

—Eso sólo es un nombre para los keshiri.

—Y había keshiri allí. Es una orden, Rav. Que tengas un vuelo seguro.

Seelah observó como Ravilan se alejaba renqueando. Había perdido una discusión con un uvak en su segundo año allí. Era una de una serie de pérdidas… y ella no estaba por la labor de dejarle ganar una discusión ahora. Se llevó a Korsin aparte.

—¡No te *atrevas* a aceptar a nadie de su gente en mis salas!

—Qué guapa te pones cuando defiendes tu territorio.

—*¡Korsin!*

Él la miró con ojos penetrantes.

—Ya no estás viviendo en Rhelg. ¿Cuánto vas a tardar en dejar marchar el pasado?

Seelah dejó que una ardiente mirada hablase por ella… pero Korsin la ignoró. Al ver algo tras ella, sonrió y se giró para dirigirse a la muchedumbre que aguardaba.

—Siento tener que dar esto por terminado, y os agradezco a todos que hayáis venido… pero veo que ya ha llegado mi compañía para el almuerzo.

Seelah se giró.

Adari Vaal esperaba en el borde de la plaza.

Capítulo Dos

El Imperio Sith de la juventud de Seelah era un nido de sistemas estelares ligados por una herencia, ambición y avaricia común. También era, en cierto sentido, un agujero negro del que pocas cosas lograban escapar.

Los efectos limitadores de la Caldera Estigia en el viaje hiperespacial eran desproporcionados, haciendo mucho más fácil que los desafortunados extranjeros vagasen por el espacio Sith, que para los Señores Sith aventurarse fuera de él. Aquellos que encontraban el camino de llegada, raramente volvían, convirtiéndose en esclavos de uno u otro principucho. Los llegados frecuentemente cambiaban de manos a lo largo de las generaciones, olvidando completamente sus hogares. Ellos, también, eran ahora los Sith.

Algunos Señores Sith, como Naga Sadow, veían un valor en el trabajo de los descendientes de los refugiados tapani originales. Mientras que sus amos con tentáculos en el rostro y linajes ligados a la especie Sith estaban más interesados en la brujería, el pueblo de Seelah era experto en ciencias. Cuando se les permitía practicar, lo hacían, creando las infraestructuras industriales y médicas para varios Señores. Algunos incluso resolvían problemas de fabricación de cristales para sables de luz y generación de energía que seguían sin solución para los Jedi de la República. Esos logros nunca eran anunciados; ningún Señor Sith compartiría un arma nueva. Si el fracaso era un huérfano, el éxito, para los Sith, era un preciado hijo secreto.

La hija Seelah había tenido sus propios éxitos, sirviendo en Rhelg con el resto de su familia en las fuerzas de Ludo Kressh, el gran rival de Sadow. Con trece años, Seelah ya era una talentosa curandera, basándose tanto en la Fuerza como en el conocimiento médico de sus ancestros. La devoción ya había dado sus frutos.

—Estamos avanzando con este movimiento —le había dicho su padre—. Lo has hecho bien, y eso ha sido recompensado. La gloria en el honor, Seelah… es lo más grande que nos puede suceder.

Le habían encargado del cuidado de los pies de Lord Kressh.

Estuvieron fuera toda la noche una vez más, los dos. Tilden se lo había dicho, y Seelah tenía otros confidentes que le proporcionaban informes regularmente. Korsin y la mujer keshiri habrían estado paseando por los caminos laboriosamente tallados en la anteriormente traicionera montaña, hablando de… ¿qué? No de demasiado, maldita sea, por lo que ella sabía.

Sus caminatas se remontaban al comienzo de la relación de la propia Seelah con Korsin. Por aquel entonces, estaban en apuros. La mujer Vaal había descubierto a los Sith en la montaña, y actuó como intermediaria con los keshiri. Pero conforme pasaban los años y la necesidad de un único embajador desapareció, las caminatas continuaron,

alejándose cada vez más. Después del nacimiento de la hija de Seelah y Korsin, Nida, los paseos habían pasado a ser diarios… incluyendo algún ocasional vuelo en uvak.

Seelah sabía lo suficiente por sus fuentes como para no sospechar de infidelidad —como si eso le importase—, pero la mujer nativa había tomado medidas para mejorar su simple apariencia. Había comenzado recientemente a ponerse marcas faciales vor'shandi, una decoración inaudita para la viuda de un jinete de uvak keshiri. Pero los cotilleos confirmaban que la sustancia generalmente estúpida de sus conversaciones no había cambiado. *¿A dónde va el sol por las noches, Korsin? ¿El aire es parte de la Fuerza, Korsin? ¿Por qué las rocas no son comida, Korsin?* Si ella era un espía, era bastante inútil como tal… pero si que disponía de una gran parte del tiempo del Gran Señor. Y más.

—Ella… tiene algo especial, ¿verdad? —había preguntado él de improviso una noche, después de que Adari volviera volando a Tahv.

—Creo que tus estándares sobre tus juguetes han caído por los suelos —había respondido Seelah.

—Junto con mi nave.

Y mi auténtico marido, fue lo que ella no dijo. Seelah volvió ahora a pensar en ese momento mientras se encontraba fuera de la sala. Quince años con el odiado hermano de su amado esposo. Quince años con el hombre que probablemente había convertido a su hijo en huérfano. *Deja que el viejo espectro púrpura lo tenga*, pensó. Cuando menos viera a Yaru Korsin, mejor.

La conquista de Seelah por parte de Korsin no duró mucho tiempo, una vez que ella lo convenció de que no se iba a encontrar con una daga en las costillas. Era un arreglo aceptable para ambas partes. Consiguiendo su aprobación, el comandante hizo más sólidos sus lazos con los impacientes mineros que transportaba su nave… y arrancaba algo que había pertenecido a su odiado hermano. Ella incluso le dejó pensar que había sido idea de él, aunque ese primer año se mordió los labios hasta hacerse sangre para no hablar.

Por su parte, Seelah ganó poder e influencia en el nuevo orden… beneficios que iban mucho más allá de unas abluciones matutinas adecuadas. El pequeño Jariad crecería en los mejores alojamientos, estuvieran donde estuvieran; primero en la ciudad amurallada nativa de Tahv, más tarde en el complejo de la montaña.

Y tenía un trabajo. La administración del hospital de los Sith parecía una sinecura sin importancia dada la fuerte salud de la gente mimada por los keshiri. Desde luego, nadie más quería el puesto, no con un mundo que conquistar y una fuga interestelar que fraguar. La mayoría de los Sith heridos en sus disputas nunca acudían a un curandero de todas formas.

Pero Seelah llegó a saber más que nadie acerca de los Sith que quedaron atrapados en Kesh, incluyendo al oficial del *Presagio* encargado originalmente de llevar el listado de la tripulación. Ella sabía quién había nacido, y cuando, y de quién era hijo… y eso era el equilibrio de poder. Los demás ni siquiera se molestaban en prestar atención. Sus ojos

estaban aún en el cielo, en escapar. Sólo Korsin parecía entender que podrían estar asentándose en una situación permanente… aunque claramente trabajaba para evitar que nadie excepto Seelah lo sintiera. Ella no entendía por qué había sido tan abierto con ella acerca de eso.

Tal vez la esposa de Yaru Korsin no mereciera esperanza. No importaba. No la necesitaba, en cualquier caso. Ella veía el futuro… ahí, en el patio de reuniones detrás del hospital, cuando lo cruzaba en sus revisiones periódicas. Ahí, la juventud de los Sith se presentaba para verla. O, más bien, para que ella los viera.

—Esta es Ebya T'dell, hija del minero Nafjan y la cadete de puente Kanika. —Orlenda, la esbelta ayudante de Seelah, estaba junto a una niña rosa de rostro severo y leía de un pergamino—. El próximo mes cumplirá ocho años, según nuestras cuentas. Sin enfermedades.

Las manos de Seelah se cerraron formando una V alrededor de la barbilla de la joven niña. Seelah miró a izquierda y derecha, inspeccionando a la niña como si fuera ganado.

—Maxilares altos —dijo, apretando con su dedo índice el rostro de la pequeña. La niña no se quejó—. Conozco a tus padres, niña. ¿Les causas muchos problemas?

—No, Lady Seelah.

—Eso está bien. ¿Y cuál es tu deber?

—Ser como usted, milady.

—No es la respuesta que tenía en mente, pero no puedo quejarme —dijo Seelah, soltando a la niña y volviéndose a Orlenda, su ayudante—. No veo ningún defecto en el cráneo, pero me preocupa su pigmentación —dijo—. Demasiado rubicunda. Comprueba de nuevo la genealogía. Aún podría tener una familia, si elegimos adecuadamente.

Orlenda le propinó una palmadita en el trasero a Ebya T'dell, quien volvió a jugar en el patio exterior, momentáneamente a salvo en la convicción de que su vida no sería un callejón sin salida genético.

Era un asunto importante, pensó Seelah mientras observaba a los niños luchar entre ellos con bastones de madera. Todos los niños que se encontraban allí habían nacido después del aterrizaje forzoso. Aparte de la infusión de juventud a la población Sith, parecía que muy pocas cosas habían cambiado. Todos los colores del espectro de la humanidad estaban representados en la tripulación original del *Presagio*, y eso continuaba siendo así. Sin embargo, ninguno de los ocasionales emparejamientos con keshiri habían producido descendencia —Seelah daba gracias al lado oscuro por ello— y, por supuesto, estaba el problema de la gente de Ravilan. El número de los humanos de sangre relativamente pura había ido creciendo establemente. Al igual que la pureza de esa sangre.

Ella había velado por ello… con la total aprobación de Korsin. Era sensato. Kesh había matado a los massassi. Si aún no había matado a los humanos, entonces los Sith necesitaban más humanos. *Adaptarse o morir*, había dicho Korsin.

—Esta semana hay varios niños más en la lista —dijo Orlenda—. ¿Quieres verlos hoy, Seelah?

—No estoy de humor. ¿Hay algo más?

Orlenda enrolló su pergamino e indico a los niños restantes que salieran al patio de ejercicio.

—Bueno —dijo—, necesitamos un nuevo porteador keshiri para el hospital.

—¿Qué pasó con el último, Orlenda? —dijo Seelah con una sonrisita—. ¿Finalmente lo mataste con tus amabilidades?

—No. Está muerto.

—¿El grande? ¿Gosem?

—*Gorem* —dijo Orlenda con un suspiro—. Sí, murió la semana pasada. Lo enviamos con el equipo de Ravilan a desmontar una de las cubiertas del *Presagio*, en busca de cualquier cosa de utilidad que pudieran encontrar. Gorem era, bueno, ya recuerdas, tan *fuerte*…

—Ve al grano.

—Supongo que estuvo moviendo placas pesadas, y allí arriba, debajo de ese techo, hace calor. Se desplomó justo al salir de la nave.

Orlenda chasqueó la lengua con disgusto.

—Hmmm. —Seelah pensaba que los keshiri estaban hechos de una pasta más fuerte. Sin embargo, era una buena oportunidad para burlarse de su lozana amiga—. Supongo que lo inmolaste en una pira funeraria.

—No, lo arrojaron por el precipicio —dijo Orlenda, alisándose el rubio cabello—. Fue aquel día de los fuertes vientos.

Justo antes de que se hiciera de noche, Seelah volvió a encontrarse a Korsin en la plaza. La mujer keshiri se había ido, y Korsin se estaba mirando a sí mismo… o, más bien, a una réplica bastante mala. Los escultores de Tahv acababan de entregar una estatua de cuatro metros de alto, no muy a imagen y semejanza de su salvador, esculpida en un enorme bloque de cristal.

—Es… un primer paso —dijo Korsin, sintiendo su llegada.

—Desde luego.

Seelah pensaba que esa cosa desluciría incluso en los campos de muerte de Ashas Ree. Pero su ayudante keshiri pensaba que era maravillosa. Como mínimo.

—Es completamente *estupenda*, milady —dijo Tilden—. Algo verdaderamente digno de los Celestiales… quiero decir, los *Protectores*.

Se corrigió rápidamente en presencia del Gran Señor, pero aún parecía atragantarse con la nueva palabra, tan recientemente añadida a la religión que profesaba desde su nacimiento.

El primo de Ravilan, el cyborg Hestus, había trabajado durante años con otros linguistas del *Presagio* para sondear las historias orales de los keshiri. Buscaban cualquier pista con la que alguien hubiera dado… alguien que pudiera regresar a Kesh de nuevo, para proporcionarles el modo de escapar. No habían encontrado mucho. Los Neshtovar, los jinetes de uvak que hasta hacía poco habían gobernado el planeta, habían

basado su religión de los Celestiales y el antagonista Otrolado sobre relatos anteriores de Protectores y Destructores. Los Destructores volvían periódicamente para asolar Kesh con desastres; los Protectores estaban destinados a acabar con ellos, de una vez por todas. Korsin, ahora en el centro de la fe keshiri, había fingido tener un momento de revelación y había decretado volver a los viejos nombres.

Eso, como muchas otras cosas a lo largo de los años, había sido idea de Seelah. Los Neshtovar se habían considerado a sí mismos como Hijos de los Celestiales. Pero ningún keshiri vivo reclamaba tener parentesco con los lejanos Protectores. Cualquier estatus que los nativos pudieran tener anteriormente había desaparecido. Y ahora, pudo ver Seelah, los keshiri estaban mostrando su respeto con bloques de cristal de ojos saltones.

Será mejor que aprendan a representar mejor nuestras caras antes de que me «respeten» a mí, pensó Seelah.

—No es que tenga mal aspecto —dijo, una vez que Tilden se hubo marchado—. Es que *aquí* no parece su sitio adecuado.

—¿Pensando otra vez en mudarnos fuera de las montañas? —Korsin sonrió, con las arrugas curtidas por el viento oscureciéndose en las sombras—. Creo que ya abusamos bastante de la paciencia de los keshiri cuando permanecimos en Tahv la primera vez.

—¿Y qué diferencia supone eso?

—Ninguna. —El le tomó la mano, sorprendiéndola—. Escucha, quiero decirte lo mucho que aprecio el trabajo que has estado haciendo en el hospital. Es todo lo que me esperaba… todo lo que sabía que eras capaz de hacer.

—Oh, no creo que sepas todo lo que soy capaz de hacer.

Korsin apartó la mirada y rió.

—Bueno, no sigamos con esto. ¿Estarías más interesada en cenar?

Sus ojos brillaban. Seelah reconoció esa mirada. El hombre era capaz, como siempre, de tener varias cosas en cuenta al mismo tiempo.

Antes de que pudiera responder, un grito sonó sobre ellos. Korsin y Seelah miraron a la torre de vigía. Ningún atacante les amenazaba; los Sith habían purgado el entorno de depredadores años atrás. En cambio, los centinelas simplemente estaban sentados meditando, escuchando en la Fuerza en busca de mensajes de los Sith que viajaban por las lejanas extensiones de tierra.

—Es Ravilan —exclamó un joven centinela de rostro rojo, sólo un niño cuando el *Presagio* se estrelló—. Algo ha ocurrido en Tetsubal. Algo malo.

Korsin lo miró con rostro grave. Él también podía sentir algo en la Fuerza —algo caótico—, pero no tenía ni idea de qué se trataba. Ese era precisamente el motivo por el que no deberían haber pirateado sus comunicadores personales en un intento de fuga temprano.

Seelah alzó la mirada a la torre.

—¿Acaso… —balbuceó—… acaso Ravilan se está muriendo?

—No —dijo el heraldo, escuchando a duras penas las palabras de la mujer—. *Se están muriendo todos los demás.*

Capítulo Tres

Los Sith se basaban en la glorificación del individuo y la subyugación de los demás. Esto tenía sentido, tal como la joven Seelah veía la vida en el palacio de Ludo Kressh.

Lo que no tenía sentido era por qué tantas personas de su pueblo —¡de su propia familia!— abrazaban las enseñanzas Sith sin tener la menor esperanza de poder avanzar. ¿Por qué un Sith viviría como esclavo?

No era así para todos. En el esquema general de las cosas, el Imperio Sith llevaba descansando en paz desde hacía años, pero un imperio de Sith es un imperio de esquemas más pequeños. A las órdenes de Kressh, la recién llegada a la edad adulta Seelah había visto a su maestro enfurecerse por las acciones de Naga Sadow. Ella había visto a Sadow en compañía de Kressh en varias reuniones, y casi todas ellas habían acabado en un estallido de furia. Los dos líderes diferían en todo, mucho antes de que el descubrimiento de una ruta espacial que conducía al corazón de la República los pusiera a discutir por la futura dirección del Imperio Sith.

Sadow era un visionario. Sabía que el aislamiento permanente era prácticamente imposible en un Imperio que comprendía tantos sistemas y tantas rutas hiperespaciales potenciales; la Caldera Estigia era un velo, no un muro, y podía ver las oportunidades a través de ella. Y en el entorno de Sadow, Seelah había visto muchos humanos y miembros de otras especies con estatus aparente. Incluso se encontró una vez con el padre del capitán Korsin.

Para Sadow, el contacto con lo nuevo era una cosa deseable… y los extranjeros podían ser tan Sith como cualquiera nacido en el Imperio. Para Kressh, que pasaba sus días en la batalla y sus noches trabajando duro en un aparato mágico para proteger a su joven hijo de todo mal, no podía haber un destino peor que escapar de la cuna cósmica de los Sith.

—¿Sabéis por qué hago esto? —habría preguntado Kressh una vez. En su borrachera de ira, había conmocionado a toda la casa, incluída Seelah—. He visto los holocrones… sé qué espera más allá. Mi hijo se parece a mí… al igual que el futuro de los Sith.

”Pero sólo mientras permanezcamos aquí. Allí fuera —escupió las palabras entre gotas de saliva y sangre—, allí fuera, el futuro se parece a vosotros.

En una ocasión, Adari Vaal le había dicho a Korsin que los keshiri no tenían un número lo bastante grande para describir su propia población. La tripulación del *Presagio* había tratado de hacer estimaciones en sus primeros años en Kesh, sólo para encontrarse con más pueblos más allá del horizonte. Tetsubal, con dieciocho mil residentes, había sido una de las últimas ciudades censadas antes de que los Sith finalmente se rindieran.

Ahora se habían vuelto a rendir. Los muros de Tetsubal estaban llenos de cadáveres, haciendo imposible un recuento de los cuerpos. Cuando llegaron aquella noche a lomos de uvak, Seelah, Korsin y sus acompañantes pudieron verlos a todos desde el cielo, cubriendo los caminos de tierra como ramas después de una tormenta. Algunos se habían derrumbado junto a las puertas de sus chozas de brotes de hejarbo. Pronto pudieron ver que el espectáculo era el mismo en el interior.

Lo que no vieron fue supervivientes. Si existía alguno, se estaba escondiendo muy bien.

Dieciocho mil cuerpos era una buena estimación.

Lo que fuera que había sucedido, ocurrió rápidamente. Una niñera había caído, sujetando aún al niño en un abrazo letal. Surcos de agua corrían por las calles, provenientes del acueducto; varios keshiri habían caído dentro y se habían ahogado justo junto a sus flotantes baldes de madera.

Vivo y solitario estaba Ravilan, nervioso e inquieto sobre a la puerta de la ciudad que permanecía cerrada. Había mantenido su posición en Tetsubal durante toda la tarde, y por eso aún lucía peor aspecto. Korsin se acercó a él en cuanto desmontó.

—Comenzó después de que me reuniese con mis contactos de aquí —dijo Ravilan—. La gente comenzó a desplomarse en los restaurantes, en los mercados. Luego comenzó el pánico.

—¿Y dónde estabas *tú* durante todo esto?

Ravilan señaló al círculo de la ciudad, una plaza con un inmenso reloj de sol muy parecido al de Tahv. Era la estructura más elevada de la ciudad, aparte del sistema de poleas accionado por uvak que alimentaba al acueducto.

—No podía encontrar a la ayudante que venía conmigo. Subí aquí de un salto para llamarla… y para supervisar lo que estaba pasando.

—Supervisar —bufó Seelah—. ¿No me digas?

Ravilan suspiró con rabia.

—¡Sí, estaba tratando de mantenerme a salvo! ¿Quién sabe qué plaga podría tener esta gente? Estuve aquí arriba durante horas, viendo cómo caía la gente. Llamé a mi uvak, pero él también estaba muerto.

—Amarrad a los nuestros fuera de los muros —ordenó Korsin. Parecía nervioso a la luz de las antorchas. Extrajo un trapo de su túnica y se lo colocó sobre la boca, aparentemente sin darse cuenta de que era el último del grupo en hacerlo. Miró a Seelah—. ¿Agente biológico?

—Yo… no sabría decirlo —dijo. Su trabajo había sido con los Sith, nunca con los keshiri. ¿Quién sabría qué podría afectarles?

Korsin tiró de Gloyd hacia sí.

—Mi hija está en Tahv. Asegúrate de que regresa a la montaña —dijo—. *¡Ve!*

El houk, inusualmente agitado, salió corriendo hacia su montura.

—Podría ser un agente aéreo —dijo Seelah, caminando aturdida entre los cadáveres. Eso explicaría cómo había afectad a tantos, tan rápido—. Pero a nosotros no nos ha afectado…

Un grito les llegó desde arriba. Allí, Seelah vio lo que su explorador había encontrado bajo otro cuerpo: la ayudante perdida de Ravilan. La mujer tendría unos cuarenta años, como Seelah. Humana… y muerta.

Seelah apretó con fuerza la gasa contra su rostro. *Estúpida, estúpida… ¡Soy una estúpida! ¿Ya es demasiado tarde?*

—Es lo bastante tarde —dijo Ravilan, atrapando su desprotegido pensamiento. Se dirigió a Korsin—. Ya sabes lo que hay que hacer.

Korsin habló con voz monótona.

—Quemaremos la ciudad. Desde luego, la quemaremos.

—Eso no basta, comandante. ¡Tenemos que acabar con ellos!

—¿Acabar con *quién*? —dijo Seelah bruscamente.

—¡Con los keshiri! —Ravilan señaló a los cuerpos que los rodeaban—. ¡Hay algo que los está matando y que puede matarnos a nosotros! ¡Tenemos que eliminarlos de nuestras vidas de una vez por todas!

Korsin parecía completamente abatido.

Seelah le tomó del hombro.

—No le escuches. ¿Cómo viviremos sin ellos?

—¡Como Sith! —exclamó Ravilan—. Este no es nuestro modo de vida, Seelah. Os habéis… *nos hemos* vuelto demasiado dependientes de estas criaturas. No son Sith.

—Tampoco lo somos *nosotros*, a la luz de tu gente.

—No me vengas con política —dijo Ravilan—. ¡Mira a tu alrededor, Seelah! Sea lo que sea esto, ya debería habernos matado. Si no lo ha hecho, deberíamos tomarlo por lo que es. *Esto es una advertencia del lado oscuro.*

Bajo la tela, Seelah se quedó boquiabierta. Korsin volvió de pronto a la realidad.

—Espera —dijo, tomando el brazo de Ravilan—. Hablemos de esto…

Korsin y Ravilan comenzaron a caminar hacia la puerta, que en ese momento estaba siendo abierta por sus ayudantes. El propio pueblo pareció exhalar, con el aire maldito pasando por la abertura. Seelah no se movió, hechizada por los cuerpos que la rodeaban. Todos los keshiri muertos le parecían iguales, rostros púrpuras y lenguas azules, caras retorcidas en una mueca de agonía.

Su equilibrio falló, y vio a la ayudante de Ravilan. ¿Cómo se llamaba? *¿Yilanna? ¿Illyana?* Seelah había comprobado el árbol genealógico completo de esa mujer el día anterior. ¿Por qué no podía recordar su nombre ahora, cuando la mujer estaba en el suelo, ahogada con su lengua, hinchada y azul…?

Seelah se detuvo.

Se arrodilló junto al cadáver, cuidando de no tocarlo. Extrajo su *shikkar* —la hoja de cristal que los keshiri habían fabricado para ella— y cuidadosamente abrió la boca de la

mujer. Allí estaba, la lengua de un azul enfermizo, los vasos sanguíneos hinchados y reventados. Lo había visto anteriormente en humanos, en los límites de su memoria…

—Tengo que volver —dijo Seelah, saliendo rápidamente por las puertas del pueblo—. Necesito regresar a casa… al hospital.

Korsin, que estaba dirigiendo a sus hombres para montar una hoguera, parecía confuso.

—Seelah, olvídate de que haya supervivientes. *Nosotros* somos los supervivientes. O eso esperamos.

Ravilan, intentando infructuosamente calmar a los uvak reunidos que Korsin había amarrado fuera de los muros del pueblo, alzó la mirada alarmado.

—Si estás pensando en llevar esta enfermedad a nuestro santuario…

—No —dijo ella—, me voy sola. Si los que estamos aquí estamos infectados, ya nada importa de todas formas. —Le arrebató a Ravilan las riendas de un uvak y le ofreció una sonrisa sin mucho entusiasmo—. Pero si no estamos infectados, es lo que tu dices. Es una advertencia.

Korsin la vio irse y regresó a la tarea de quemar el pueblo. Seelah no miró atrás, elevándose en la noche. No quedaba mucho tiempo. Necesitaba reunirse con toda su plantilla del hospital, con sus ayudantes más leales.

Y necesitaba ver a su hijo.

Cuando el alba asomó sobre las Montañas Takara, Tilden Kaah no se encontró a Seelah en la ducha… por mucho que ella ahora sintiera que necesitaba una. Seelah no había dormido en toda la noche. Cuando Korsin y Ravilan volviern al caer la noche, el refugio se había convertido en un centro de crisis.

Las comunicaciones eran el auténtico problema. Las muertes de keshiri anónimos causaron poca perturbación en la Fuerza para aquellos que en realidad no se preocupaban por ellos. Pero las repercusiones habían creado tal confusión en las mentes de los Sith que hasta los heraldos más experimentados estaban teniendo problemas para distinguir los mensajes. Korsin había sido cauto al llamar a su gente para que volviera de los pueblos y ciudades keshiri; hasta ahora, Tahv y el resto de las ciudades importantes no se habían enterado del desastre de Tetsubal, y no quería que una retirada en masa pusiera a los nativos en guardia. Los Sith dispersos tenían instrucciones de apartarse sin llamar la atención del contacto publico y comenzar el camino de vuelta.

Lo que había caído sobre Tetsubal aún no había golpeado las principales ciudades… pero los vuelos de reconocimiento aún estaban fuera, comprobando las zonas circundantes. Para cuando la voz se corriera hacia el interior, todos los Sith estarían a salvo en su reducto.

Seelah vio a Korsin varias veces a lo largo de la mañana mientras iba de un lado a otro. Él quería que su plantilla estableciese cuarentenas para la entrada al complejo. Ninguno de los Sith que habían quemado Tetsubal estaba mostrando síntoma alguno de

enfermedad, pero había mucho en juego. Seelah tenía sus propias tareas en el hospital, y de hecho pocos de los miembros de su plantilla médica aparecían en público.

—Estamos trabajando en el problema —les había dicho.

Al llegar a casa a mediodía, Seelah vio a Ravilan de pie junto a Korsin, revisando informes. Korsin estaba demacrado por la falta de sueño… ¡su pequeño peluche púrpura no vendría hoy a comer! Pero Ravilan, a pesar de las desgarradoras experiencias del día anterior, parecía rejuvenecido; su cabeza calva mostraba un robusto color magenta.

—La cosa va mejor de lo que nos temíamos, Korsin —dijo Ravilan. *Nada de Gran Señor ahora*, advirtió Seelah. *Ni siquiera comandante.*

Korsin gruñó.

—¿Toda tu gente ha vuelto?

—Me han informado de que acaban de llegar todos a los establos. No es que sean unas vacaciones —dijo Ravilan, con sus tentáculos faciales agitándose ligeramente—, pero hay mucho trabajo que hacer. En nuestras nuevas prioridades.

Seelah alzó la mirada. Ese parecía el momento adecuado.

—¡Se acerca un jinete!

El heraldo sintió la aproximación del uvak mucho antes de que apareciera por el horizonte del sur. Se dirigió directamente hacia la columnata, el jinete posó su bestia y saltó a la superficie de piedra. Todos los ojos estaban dirigidos al recién llegado. Todos excepto los de Seelah.

—Gran Señor —dijo, falto de aliento—. Ha… ha vuelto a pasar… *¡en Rabolow!*

Seelah escuchó el jadeo de Korsin… pero vio como los ojos amarillos de Ravilan casi se salían de sus órbitas. Al intendente le costó unos instantes recuperar su compostura.

—¿Rabolow?

—Eso está en los Lagos Ragnos, ¿no es cierto? —Seelah miró hacia Ravilan y sonrió con falsa cortesía—. Allí es donde se asignó a tu gente ayer, ¿no es así, Ravilan? Los pueblos junto a los Lagos Ragnos.

Él asintió. Todos habían estado allí cuando se habló de ello. Ravilan se aclaró la garganta, seca de repente.

—Yo… debería hablar con mi socio que acaba de regresar de allí. —Pasó a toda prisa junto a Seelah, se giró e hizo una reverencia—. Yo… realmente debería reunirme con ellos. Comandante.

—Hazlo —dijo Seelah. Korsin no dijo nada, aún estupefacto por la noticia reciente y la coincidencia. Vio cómo Ravilan desaparecía de la vista, dirigiéndose a los establos.

—*¡Se acerca un jinete!*

Korsin alzó la vista. Seelah pensó que casi parecía asustado, temeroso de las noticias que el jinete pudiera traer.

Las noticias eran otra ciudad de muerte, en otro de los Lagos Ragnos. Un tercer jinete habló de una tercera. Y un cuarto. Cien mil keshiri, muertos.

Korsin tenía los ojos abiertos como platos.

—¿Algo que ver con los lagos? ¿Con esas… qué eran… algas de Ravilan?

Seelah cruzó los brazos y miró directamente a Korsin, encogido y casi a la misma altura que ella. Estaba tentada de dejar que ese momento durase…

…pero había trabajo que hacer. Llamó a Tilden Kaah.

Su preocupado ayudante apareció desde la dirección del hospital sujetando un pequeño contenedor. Ella lo tomó y le indicó que se marchase.

—¿Sabes qué es esto, Korsin?

Korsin dio vueltas al vial vacío en su mano.

—¿Silicato cyanogénico?

Era de sus suministros médicos del *Presagio*… y también de las provisiones que Ravilan guardaba para las criaturas a su cargo. En su forma sólida, explicó, era usado como agente cauterizador por sanadores que trabajaban con los massassi. Ella había visto como lo usaban una y otra vez estando al servicio de Ludo Kressh. Nada más débil podía hacer nada en las pieles de esos salvajes.

—Ya es bastante malo por sí mismo —dijo—. Pero si lo alcanza la humedad, se disuelve… y se intensifica un millar de veces. Una partícula por mil millones podría hacer cualquier cosa.

Las espesas cejas de Korsin se alzaron.

—¿Qué… qué podría hacer en una masa de agua? *¿O en un acueducto?*

Seelah le tomó las manos con firmeza y miró directamente a sus ojos.

—*Tetsubal.*

Ella explicó la historia detrás de la muerte del porteador del hospital. El robusto Gorem habñia sido asignado al equipo de Ravilan para ayudar a recuperar lo que quedaba en las destrozadas secciones del *Presagio*. Aparentemente había tocado una cubierta sucia del botiquín de los massassi y murió en el exterior, no poco después de lavarse las manos. La muerte no fue instantánea, pero la víctima no llegó lejos.

Ravilan debió de haber visto la muerte de Gorem, dijo ella, y se dio cuenta de que tenía una herramienta contra los keshiri. Un arma que podría obligar a Korsin y al resto de los humanos a olvidarse de construir en este mundo… y a volver a comprometerse a abandonarlo.

Y ahora cada ciudad que los miembros de los Cincuentaysiete habían visitado el día anterior habían seguido el mismo destino que Tetsubal.

Korsin se giró y estrelló su silla del puente contra una columna de mármol, haciéndola añicos. No usó la Fuerza. No le hizo falta.

—*¿Por qué harían eso?* —Agarró con fuerza a Seelah—. ¿Por qué lo harían, cuando resulta tan obvio que seguiría el rastro hasta ellos? ¿Tan estúpidos… tan *desesperados* pueden llegar a estar?

—Sí —dijo Seelah, rodeándolo con sus brazos—. Tan desesperados *pueden* llegar a estar.

Korsin miró al sol, descendiendo ahora hacia la montaña. Soltándola, miró a los rostros del resto de sus consejeros, todos expectantes y asombrados.

—Que vengan todos los demás —dijo—. Diles que ha llegado el momento.

Capítulo Cuatro

Seelah ya se había decidido a abandonar a Ludo Kressh antes de que este ejecutase a su familia. Había sido una trivialidad; se había herido el tobillo en una batalla, y ella no había conseguido detener la infección. Mató al padre de Seelah la primera noche, y eso hizo que ella se afianzase más en su decisión. Seelah encontró su oportunidad de marcharse pocos días después, cuando uno de los equipos mineros de Sadow se detuvo en Rhelg para repostar. Para entonces, ya no tenía a nadie a quien dejar atrás.

Devore Korsin había sido su medio de escape. Ella vio su inmadurez y su temeridad, pero también vio algo con lo que poder trabajar. Él, también, luchaba contra las cadenas invisibles que limitaban su ambición. Podía ser su aliado. Y al servicio de Sadow, al menos, algo podría ocurrir… mientras Devore no lo estropease.

Y si lo hacía, bueno, siempre quedaba su hijo…

Los sables de luz relampagueaban en la noche de la montaña… pero no en la plaza principal. Seelah caminaba tranquilamente por la oscura columnata, ornadas ahora con decoraciones añadidas: las tentaculadas cabezas de los Cincuentaysiete, clavadas en estacas a intervalos regulares.

Estaba el joven centinela de la torre, atrapado y asesinado. Nunca abandonó su puesto. A la derecha estaba Hestus, el traductor; Seelah había estado involucrada personalmente en su captura. Korsin dijo que por la mañana volvería donde Hestus, para retirarle los implantes cibernéticos. Quién sabe, podría haber algo de utilidad en ellos.

Ahora podía sentir a Korsin y sus principales lugartenientes al otro lado del muro exterior, conduciendo al resto a un último enfrentamiento junto al precipicio donde el *Presagio* casi encuentra su fin. No se ofrecería cuartel; podía imaginarse a Korsin arrojando por el acantilado a cualquiera que se rindiese.

Bueno, tiene experiencia en ello.

El silo de piedra del jefe de los establos se alzaba ante ella. Los recintos de los uvak se extendían en todas direcciones desde ese núcleo central, donde los ayudantes keshiri ayudaban a lavar a las apestosas bestias. Los keshiri se habían ido esa noche, según pudo ver al entrar en la sala redonda. En el centro, vigilado sólo por un guardia en las sombras, colgaba inerte, pero aún vivo y respirando, el cuerpo de Ravilan. Fuertes cuerdas de fibra tejida por los keshiri enlazaban sus brazos abiertos a cornisas elevadas a ambos lados de la estructura. El dispositivo estaba diseñado para impedir que los uvak se escapasen durante el baño. Ahora estaba realizando la misma función para Ravilan, con sus pies colgando a escasos centímetros del suelo. Seelah retrocedió unos pasos cuando un chorro de agua surgió de ranuras en la parte superior de la torre, casi ahogando al prisionero.

El flujo se detuvo un minuto después, pero aún pasó más tiempo antes de que el agotado Ravilan notase la presencia de su visitante.

—Todos muertos —dijo con voz ahogada—. ¿No es así?

—Todos muertos —dijo ella, acercándose a él—. Eres el último.

Ravilan fue atrapado pronto, cuando su pierna mala le falló por última y definitiva vez.

Ravilan negó con la cabeza.

—Sólo lo hicimos una vez —dijo, con una voz que sonaba como si tuviera piedras en la garganta—. En Tetsubal. Esas otras ciudades… No lo sé. Nunca lo planeamos…

—… para *mí* —dijo Seelah.

Había sido sorprendentemente fácil, una vez que se dio cuenta de la treta de Ravilan en Tetsubal. El único elemento era el tiempo. Regresó al retiro de la montaña por la noche y convocó a sus ayudantes de más confianza en el hospital. Poco después de medianoche, sus lacayos estaban en el aire, dirigiendo a sus criaturas hacia las ciudades de los lagos del sur que se había encargado visitar el día anterior a la gente de Ravilan. Su hospital contenía la única otra fuente superviviente de silicato cianogénico; ahora estaba en los pozos y acueductos de las ciudades de los lagos… y en los cuerpos de los keshiri muertos. El tiempo era el elemento clave… pero había tenido ayuda coordinándolo todo.

—¿T-tú has hecho esto? —Ravilan tosió y consiguió emitir una débil risita—. Diría que es la primera vez que te gusta una de mis ideas.

—Cumplió su objetivo.

La retorcida sonrisa de Ravilan se desvaneció.

—¿Qué objetivo? *¿Genocidio?*

—*¿Ahora* te preocupas por los keshiri?

—¡Sabes a qué me refiero! —Ravilan se revolvió en sus ataduras—. ¡Mi gente!

Seelah puso los ojos en blanco.

—Aquí no está pasando nada que no hubiera terminado pasando en el Imperio. Sabes cómo marchaban las cosas. ¿De parte de quién estabas, de todas formas?

—Naga Sadow no quería esto —dijo Ravilan con voz rasposa—. Sadow apreciaba el poder cuando lo veía. Apreciaba lo viejo y lo nuevo. *Nos* apreciaba…

Ella hizo un gesto al guardia… y otra aplastante columna de agua golpeó a Ravilan.

Esta vez le costó más tiempo recuperarse.

—Podría haber funcionado —dijo entre jadeos—. *Podríamos* haber funcionado… juntos, como los Sith y los Jedi caídos de la antigüedad. Si tan sólo nuestros hijos… *mis* hijos… hubieran vivido… —Ravilan alzó la vista, con el agua chorreando de su rostro hundido—. Tú. —Seelah fijó su silenciosa mirada en los surtidores, aún goteantes, cerca del techo, en lo alto—. *Tú* —repitió, más alto—. Tú dirigías la maternidad. Tú y tu gente. —Su rostro se retorció en un grito agónico. El futuro de su gente ya había sido suprimido, mucho antes—. ¿Qué hiciste? *¿Qué nos hiciste?*

—Nada que con el tiempo tú no nos hubieras hecho a nosotros. —Caminó hacia las sombras, cerca del guardia—. Nosotros no somos tus Sith. Somos algo nuevo, una oportunidad de hacer las cosas bien. *Una nueva tribu.*

—Niños… ¡bebés! —Abatido, Ravilan gemía—. ¿Qué… qué clase de madre *eres*?

—La madre de un pueblo —dijo, mirando hacia al guardia en las sombras—. Ahora, hijo mío.

El guardia avanzó unos pasos… y Ravilan vio la forma animal de Jariad Korsin acercándose a él, con la hoja alzada, y el rostro de ojos salvajes de su padre bajo el cabello negro azabache. El adolescente saltó hacia el prisionero, clavándole una vibrohoja dentada sin remordimiento. Al final, sacó su sable de luz y cortó a Ravilan en canal en un violento relámpago carmesí.

—Hoy has cambiado el mundo —dijo Seelah, acercándose a su hijo y asociado. Él había sido clave para coordinar la jugada de la noche anterior, llevando a sus cómplices donde a ella le convenía. Era justo que hubiera tomado parte de este momento.

El chico jadeó, mirando su víctima en el suelo.

—Él no es a quién quería matar.

—Sé paciente —dijo Seelah, revolviéndole el cabello—. *Yo lo he sido.*

Tilden Kaah caminaba en silencio por los caminos oscuros de Tahv, que hasta hacía poco aún no estaban pavimentados con piedra. Los Sith habían echo marchar a los demás ayudantes keshiri a primera hora de la mañana, cuando comenzó la agitación; había sido uno de los últimos en marcharse. Las calles, habitualmente pobladas por juerguistas incluso a esa hora, estaban alarmantemente tranquilas. Sólo vio a un miembro de mediana edad de los Neshtovar, montando guardia en un cruce; despojado de su uvak hacía años, parecía estar aburrido.

Tilden saludó al vigilante con un gesto de la cabeza y pasó a una plaza cerca de uno de los muchos acueductos del pueblo. Láminas de fresca agua de las montañas caían en largas medias lunas desde manantiales, una refrescante presencia en lo que estaba siendo una noche cáliente. Llegando junto a un muro de agua, Tilden se puso la túnica que llevaba, se subió la capucha, y caminó a la cascada.

O, mejor dicho, a través de ella.

Tilden caminó, goteando, por el oscuro pasaje que conducía a las profundidades de la estructura de piedra. Siguió el sonido apagado de unas voces hasta el final del pasaje. No había luz… pero había vida. Mientras se aproximaba, Tilden escuchó parloteos agónicos: las horribles noticias del sur habían comenzado a llegar. Probablemente, se esperará que los supersticiosos keshiri asuman el horror en silencio, dijo una voz desde las sombras. Probablemente se culpará a los Destructores.

—Ya está hecho —dijo Tilden a la oscuridad—. Seelah ha librado a los Celestiales de los Cincuentaysiete. De la gente que no son como ellos, sólo queda el hombre inmenso, Gloyd.

—¿Seelah no sospecha de ti? —respondió una ronca voz femenina desde la negrura—. ¿No ha *leído tu mente*?

—No cree que merezca la pena. Y yo no hablo más que de las viejas leyendas. Me toma por tonto.

—No puede distinguir a nuestros grandes eruditos de nuestros tontos —dijo una voz masculina.

—Ninguno de ellos puede —dijo otra voz—. Bien. Dejemos que siga así. Seelah nos ha hecho un favor, reduciendo sus números. Puede hacernos más.

Un destello cegador apareció cuando un anciano keshiri encendió una linterna. Allí había varios keshiri, apiñados en el reducido espacio… pero su atención no iba dirigida a Tilden, sino a la figura que salía de las sombras tras él. Tilden se giró para reconocer a la mujer que le había hablado en primer lugar.

—Mantente fuerte, Tilden Kaah. Con tu ayuda, y con la ayuda de todos los aquí reunidos, los keshiri terminaremos el trabajo. —La rabia brilló en los ojos de Adari Vaal—. Yo traje esta plaga sobre nosotros. *Y yo acabaré con ella.*

Libro 4
Salvadora

4975 años ABY

Capítulo Uno

—Hijos de Kesh, vuestros Protectores han vuelto a casa con vosotros. *¡Nuevamente!*

Korsin aguardó a que el clamor de la multitud se apagase. No lo hizo. El comandante Yaru Korsin, Gran Señor de la Tribu de los Sith en Kesh, se alzó en lo alto de la plataforma de mármol y recorrió con la mirada el revuelto océano de rostros de color púrpura. Tras él se alzaban las columnas y cúpulas de su nuevo hogar. Anteriormente un pueblo nativo, Tahv era ahora una capital Sith.

Los edificios habían sido construidos rápidamente en el emplazamiento del antiguo Círculo Eterno para esta fecha, exactamente un cuarto de siglo en años estándar tras la llegada de los Sith a Kesh. Korsin estaba determinado a que este aniversario fuera algo para celebrar, más que para lamentar. Con los actos de ese día, Korsin indicaba que la intención de su pueblo era vivir entre los keshiri para siempre.

Ahora, años después del accidente, estaba claro que no podía hacerse nada más para reparar el *Presagio*. No había razón para vivir en su altivo templo en el lugar del accidente cuando tal belleza existía bajo ellos. Korsin alzó la mirada, hacia el pico nublado en el horizonte occidental. Un reducido equipo de trabajadores Sith y keshiri se encontraba allí, ultimando los detalles en la montaña. Sellado en la seguridad de su santuario, el *Presagio* estaría allí si lo necesitaban.

Korsin sabía que no sería así. Todo era una farsa. Nadie vendría a por ellos; lo supo tan pronto vio las tripas fundidas del transmisor. El planeta Kesh estaba en ninguna parte, lejos de cualquier otro sitio, de lo contrario Naga Sadow ya los habría encontrado. A ellos, y a sus preciosos cristales Lignan.

Se preguntaba qué habría sido del capitán Saes y el *Heraldo*. ¿Habrían sobrevivido a la colisión que mandó al *Presagio* a la deriva? ¿Habría obtenido el Jedi caído la gloria que debería haber pertenecido a los Sith, tras una victoria en Primus Goluud? ¿O Naga Sadow lo habría asesinado por su incompetencia?

¿Sadow aún seguiría vivo?

Todo eso eran pensamientos vanos, y Korsin lo sabía. Pero tenía que mantener esas preguntas vivas en su pueblo, mientras hubiera gente que recordase de dónde venían. La estabilidad así lo requería.

Había sido necesario un elegante acto de equilibrio. Unos Sith enfrentándose a un futuro *únicamente* en Kesh, estarían eternamente luchando por el poder… lo que significaba más días como aquél, años atrás, en el que él y Devore se enfrentaron. Miró a los Sith, de pie en posición de firmes a ambos lados de la ancha escalinata que descendía de la plataforma. Tanta gente, tantas ambiciones que controlar. Por eso Korsin les había permitido creer que había activado realmente la baliza de emergencia una vez, antes de

que fallase. La perspectiva de salir de allí tenía el poder de unirles; al igual que el espectro de la llegada de un poder superior y castigador.

Pero también tenía que asegurarse de que cualquier intento de escapar siempre fuera secundario frente a su *verdadero* trabajo: reformar Kesh como un mundo Sith. Lo que le había pasado a la gente de Ravilan fue en parte debido al fracaso de Korsin para controlar eso, aunque no le importase demasiado el resultado. Al contrario que su mujer, él no tenía nada contra los Sith de piel carmesí, pero las facciones amenazaban el orden. Un pueblo Sith homogéneo era más fácil de gobernar.

Su mujer. Casarse con Seelah había sido otra concesión para la estabilidad, un puente entre la tripulación del *Presagio* y su pasaje compuesto por equipos mineros. Allí estaba ella, al otro lado del estrado, saludando a los dignatarios que los keshiri estaban autorizados a tener. Saludándolos, claro está, sin llegar realmente a *tocar* a ninguno de ellos. Korsin ya no la tocaba, tampoco. Era una lástima: ahora *estaba* bellísima, con su cabello negro cayendo en tirabuzones sobre su perfecta piel morena. No sabía qué oscuros sortilegios habría llevado a cabo su equipo de expertos, pero apenas parecía mayor de treinta y cinco años.

Este paso había sido idea de ella. Odiaba la esterilidad del retiro de la montaña; su nuevo hogar era más cálido, tanto en temperatura como en apariencia. Los artesanos keshiri y los diseñadores Sith habían aprendido mucho los unos de los otros. Había piedra, sí, pero flores dalsa espinosas cubrían los muros exteriores. Aquí y allá surgían jardines, junto a burbujeantes estanques alimentados por acueductos. Era un lugar para la vida.

No todas las ciudades keshiri habían sido lugares para la vida, pensó Korsin mientras saludaba a los ancianos que pasaban renqueando. Podía haber perdido a todo su pueblo, años antes. Las muertes en masa en las ciudades junto a los lagos habían sido satisfactoriamente atribuidas a la falta de fe de los residentes acerca de la divinidad de la Tribu. Incluso habían organizado un espectáculo para los escépticos: un conocido disidente keshiri fue conducido al Círculo Eterno a realizar su proclama contra los «supuestos Protectores», sólo para caer, aparentemente ahogado hasta morir por sus propias palabras. El mismo Korsin pudo entonces mostrarse benevolente y conmocionado… pero el mensaje estaba claro. Las plagas y la peste aguardaban a los desafiantes.

Gloyd había preparado esa pequeña atracción. Perro viejo, el bueno de Gloyd. Aunque ahora, más viejo que bueno. El serio houk se encontraba tras él, con el sable de luz desenfundado, como guardaespaldas ceremonial de Korsin… pero ahora el antiguo artillero parecía necesitar *él* la protección. Era el último no humano que quedaba de la tripulación original. Una era moriría con él.

—La Hija de los Celestiales, Adari Vaal —anunció Gloyd. Korsin se olvidó inmediatamente de la arquitectura y de los houks astutos. Adari, su antigua rescatadora nativa, se acercó lentamente hacia él e hizo una reverencia.

Korsin observó el frío recibimiento con el que Seelah la obsequió. Si no estuvieran delante de medio Kesh, habría sido incluso más frío. Siempre se asombraba cuando veía a las dos juntas. No había comparación posible. Seelah era atractiva, pero lo sabía… y nunca dejaba que nadie lo olvidase. Ella encontraba que la keshiri era fea: razón de más para no confiar jamás en su criterio.

Como keshiri, Adari era mucho menos que Seelah… y al mismo tiempo mucho más. No estaba tocada por la Fuerza, pero tenía una mente ágil, capaz de resolver asuntos mucho más allá de las obvias limitaciones de su pueblo. Y, si bien no las creencias, tenía la voluntad de un Sith. Sólo dos veces había visto que su fortaleza le fallase; la más importante, la primera vez, cuando estuvo de acuerdo en mantener la muerte de Devore en secreto. Eso había hecho que muchas cosas fueran posibles… para ambos.

Caminando ante él, Adari observo a Korsin con sus ojos oscuros y escrutadores, llenos de misterio e inteligencia. Korsin le tomó la mano y sonrió. *Olvídate de Seelah.*

Veinticinco años. Había salvado a su pueblo.

Era un buen día.

Puedes leer mi mente. ¿Acaso ignoras lo incómodo que eso es para mí? ¿No te importa?

Adari liberó su mano del agarre de Korsin y consiguió sonreír. El «saludo» de Seelah sólo le había causado un suave escalofrío. Pero Yaru Korsin siempre la miraba como a un carro que estuviera a punto de comprar a mitad de precio.

Trató de retroceder y continuar por la fila de la recepción, pero Korsin le tiró del brazo.

—Este también es tu día, Adari. Quédate con nosotros.

Maravilloso, pensó. Trató de evitar la mirada de Seelah, insegura de que el cuerpo de Korsin fuera suficiente para bloquearla. Pero al menos esa era una incomodidad que había aprendido a superar a diario. En cambio, los espectáculos públicos como ese eran algo a lo que nunca había llegado a acostumbrarse.

Y todos ellos habían transcurrido muy bien para ella, sin importar su edad o estatus. Justo allí, en ese sitio, había sido acusada de herejía. Y luego, días después, festejada como una heroína… a pesar de que acababa de atraer una plaga sobre su pueblo en la forma de los Sith.

Ahora que la antigua plaza estaba enterrada bajo ese nuevo edificio, allí estaba ella de nuevo, mirando hacia un mar de ignorancia. Los keshiri celebraban alegremente su propia esclavitud, ignorando a los incontables hermanos y hermanas que habían muerto desde la llegada de los Sith. Muchos habían perecido en los desastres de las ciudades de los lagos… pero muchas más vidas se habían perdido en los duros trabajos, tratando de complacer a sus invitados caídos del cielo. Los Sith habían retorcido la fe de los keshiri de modo que nada de eso importara. Cualquier vana esperanza que la gente hubiera tenido jamás estaba invertida ahora en los Sith.

Ni siquiera Adari era inmune. Sus pensamientos volvieron a su pobre hijo Finn… desangrado y aplastado. Él había insistido en unirse a los grupos de trabajo cuando llegó a la adolescencia. Ningún hijo de la Hija de los Celestiales necesitaba trabajar, pero el hijo menor de Zhari Vaal se rebeló exactamente al cumplir la edad, corriendo a apuntarse a un grupo de trabajo.

Un andamio, levantado apresuradamente, cedió. Adari también fracasó ese día, transportando a su hijo destrozado al templo, a los pies de Korsin. Korsin inmediatamente fue junto a Finn, realizando su magia Sith; por un instante, Adari se encontró a sí misma deseando que Korsin pudiera realmente devolver a su hijo a la vida. Pero, por supuesto, no pudo.

Ella ya sabía que no eran dioses.

Korsin se ganó una disputa con Seelah ese día —la sanación era el dominio de *ella*—, pero Adari no pensó ni por un instante en consultar a los médicos. Los doctores Sith sólo se habían preocupado por los keshiri durante el tiempo suficiente para descubrir que las enfermedades locales no suponían ninguna amenaza para ellos… y que no podían proporcionar descendencia a los Sith. Tal vez por eso Seelah toleraba la relación de Adari con Korsin.

Pero esa amistad nunca fue la misma después de ese día. Adari disfrutaba aprendiendo de Korsin, pero la muerte de Finn despertó su conciencia. Ella significaba algo para su gente. A partir de entonces, significó algo más… como líder del movimiento de resistencia clandestino, compuesto por otros que habían recobrado la razón.

Y ahora, una docena de años después, finalmente estaban listos para actuar.

Desde el sur, se escuchó retumbar un sonido atronador. La Aguja Sessal había estado últimamente rememorando su juventud volcánica. Lo suficientemente alejada para no suponer ningún riesgo, pese a todo descomponía la perfecta formación de los jinetes de uvak que volaban sobre la procesión.

Adari alzó la mirada para mirarlos… y luego miró fijamente a Korsin, cuyo cabello ahora era gris pizarra. Había aprendido a ocultar sus pensamientos de él manteniendo una actitud firme y sin emociones. Ahora necesitaba hacerlo, más que nunca.

Consiguió sonreír. Años atrás, Korsin la había llamado para ayudarle en su liberación. Pronto, ella liberaría a su propio pueblo.

No soy la ganga que crees que soy. Ni tampoco Kesh lo es.

Seelah observó cómo el grupo de uvak aterrizó en el claro bajo ellos. Habían realizado una aproximación torpe; no lo bastante como para arruinar el día, pero suficiente para atraer la atención a donde no debía.

Principalmente, *no* debía estar en la jefa de los jinetes, que ahora había desmontado y caminaba hacia la escalinata. Para su vigésimo cumpleaños, Yaru Korsin había nombrado a la inútil de su hija líder de algo que no existía: los Rangers Celestiales. Era poco más que un club de ocio de jinetes Sith, útil tan sólo para demostraciones públicas como ésta. Nida Korsin acababa de demostrar que ni siquiera era demasiado buena en eso.

Que Nida fuera también hija *de ella* era un detalle meramente genealógico. La vestimenta de la chica era una abominación contra la moda. Seelah imaginaba que el jubón y los zahones de cuero de uvak debían hacer que pareciera una persona dura y activa, pero conforme caminaba hacia la fila de la recepción, la pequeña Nida simplemente tenía un aspecto cómico. Seelah reconocía sus propios ojos y pómulos en la muchacha, pero poco más; el pelo muy corto y las pinturas de colores en su rostro desperdiciaban cualquier belleza natural que Nida pudiera haber heredado. La chica nunca podría haber superado una de las infames inspecciones de Seelah.

—Es la hija del Gran Señor —dijo secamente Seelah a Korsin cuando su hija pasó a su lado—. ¿Qué deben pensar los *keshiri* de ello?

—¿Desde cuándo te preocupa *eso*?

Nida salió del estrado con un ligero movimiento de cabeza de Korsin. Era el momento del auténtico espectáculo.

El público estalló en alaridos; primero de sorpresa, luego de júbilo. Desde varios puntos de la multitud, dos docenas de bufones disfrazados con máscaras ceremoniales keshiri saltaron en el aire, despojándose de sus capas al hacerlo. Aterrizando en el suelo limpio de transeúntes por poderosos empujones de Fuerza, los acróbatas vestidos de negro se pusieron en pie revelándose como los Sables, el nuevo destacamento de honor de la Tribu. Los sables de luz carmesíes bailaron mientras realizaban complicados ejercicios. La floritura final resultó en una explosión de alegría de los keshiri, seguida por un anuncio por parte de Gloyd:

—¡El Sumo Señor Jariad, del linaje de Korsin!

El líder de los Sables avanzó firmemente por la escalera central hasta el estrado, dejando al los keshiri sin aliento con cada paso decidido. Con el cabello y la barba de ébano perfectamente peinados, Jariad hacía de cada pausa una pose para la historia. El hijo salvaje de Devore Korsin y Seelah ya era todo un adulto.

Con el sable aún encendido, Jariad se detuvo ante Yaru Korsin. Sobrino e hijastro, Jariad era cerca de treinta centímetros más alto… un hecho que no se le escapaba a nadie que estuviera observando. Se intercambiaron una mirada gélida. De pronto, Jariad se arrodilló, sosteniendo el sable de luz a escasos centímetros sobre su propia nuca bronceada.

—Vivo y muero a sus órdenes, Gran Señor Korsin.

—Álzate, Sumo Señor Korsin.

Seelah observó con alivio cómo su hijo se levantaba para recibir un cálido abrazo. La muchedumbre rompió en susurros. A pesar de sus títulos y la conexión familiar, Jariad no era más heredero al poder de Yaru Korsin de lo que era Seelah; Korsin había dejado durante mucho tiempo sus planes de sucesión en secreto. Los siete Sumos Señores que había nombrado eran meros consejeros. Pero Seelah sabía que si Jariad era un público favorito, tanto los Sith como los keshiri reconocerían su derecho… de un modo u otro. Estaba complacida: Jariad había actuado tal y como ella le había aconsejado. El momento de Yaru Korsin estaba a punto de llegar, pero este no era el lugar para ello.

Jariad saludó a los demás, prestando especial atención a Adari. La mujer keshiri retrocedió inmediatamente y bajó la mirada. Seelah sabía que no se trataba de modestia… aunque esa pelma insufrible tenía mucho por lo que mostrar modestia. Desde que su hijo había crecido hasta parecerse a su padre, Seelah siempre había captado pensamientos perdidos de Adari cada vez que Jariad estaba cerca. Durante mucho tiempo se había preguntado el por qué. ¿Acaso Korsin había presumido de haber matado a Devore delante de su fulana? ¿Eso sería suficiente para causar una reacción tan fuerte?

Con el tiempo, Seelah encontró la respuesta, en lo más profundo de sus propios pensamientos. Había rebuscado en la mente de Adari varios años antes, cuando se encontraron por primera vez en la oscuridad de la montaña. Entonces, Seelah había buscado cualquier indicio de un rescate. Pero al considerarlo, Seelah se dio cuenta de que el mar de piedras y rostros púrpuras en la estúpida mente de la alienígena incluía algo más. Algo visto a medias, pero impactante para Adari… y, en aquel momento, reciente: un cuerpo, arrojado desde un precipicio al mar enrabietado.

Adari Vaal había visto a Yaru asesinar a Devore Korsin.

Y, finalmente, Seelah también lo vio.

Jariad volvió junto a su madre y le dirigió una mirada llena de intención.

—Pronto —susurró ella.

Había que ser precavido. Korsin tenía amigos, la mayor parte de la tripulación permanente del *Presagio*. Pero muchos de los partidarios de Devore Korsin aún estaban allí. Las historias que se susurraban acerca del comandante reteniendo información acerca de su situación de náufragos hacían que se ganasen nuevos aliados. Ella vería quién era cada cual en el momento y lugar adecuados.

La multitud volvió a rugir cuando Korsin le tomó la mano y se giraron hacia los escalones que dirigían a su nuevo hogar. Seelah sonrió.

Veinticinco años. Había acumulado todo su odio.

El fin estaba cerca.

Capítulo Dos

Korsin reconoció el sonido de inmediato. Sables de luz chocaban en la galería de la capital, justo en el exterior del vestíbulo de su oficina.

Girando como un torbellino por el suelo brillante, Jariad embestía a tres atacantes vestidos con las ropas negras de los Sables. Sus hojas no trazaban inocuos recorridos en el aire esta vez. Los asaltantes de Jariad arremetían con fuerza contra él, sólo para retroceder antes su furiosa respuesta.

Uno tras otro, Jariad superó a sus oponentes… dirigiendo a uno bajo una estatua desplomada, lanzando a otro a través de una flamante vidriera. El tercero vio como su sable de luz rebotaba por un pasillo cuando Jariad separó su mano enguantada de su muñeca.

Korsin salió del vestíbulo, sosteniendo el sable de luz… y la mano amputada.

—¿Seguro que quieres llamar los Sables a este grupo tuyo? No parece que los tengan.

Jariad desactivó su arma y soltó el aire.

—Esto es lo que quería mostrarte, Gran Señor. Han sido desarmados demasiado rápido.

—No deberías desarmarlos de forma tan tajante, hijo —dijo Korsin, lanzando la mano a su propietario, que se retorcía de dolor en el suelo—. No es que tengamos aquí un laboratorio médico excesivamente moderno.

—¡No hay lugar para la incompetencia!

—Se trataba de un ejercicio, Jariad, no del Gran Cisma. Tómate un respiro y acompáñame fuera —dijo Korsin con un suspiro. A pesar de sus sentimientos hacia su antiguo hermanastro, había tratado de ser un guía para Jariad. Pero no estaba funcionando. Jariad tenía demasiados de los mismos defectos egoístas que habían arruinado a Devore. O no hacía nada en absoluto… o se pasaba de la raya. *Menos mal que no hay ningún estupefaciente en Kesh*, pensó Korsin; *Jariad habría continuado donde su padre lo dejó.*

Korsin salió al exterior bajo el débil sol. El volcán había arruinado últimamente muchos días bonitos. Un criado keshiri apareció, portando refrescos.

—Las cosas no están bien aquí —dijo Jariad, apareciendo de golpe—. Hay demasiadas distracciones aquí en esta ciudad.

—Desvían la atención —dijo Korsin, echando un vistazo al patio. Adari Vaal había llegado.

Jariad la ignoró.

—Gran Señor, solicito permiso para conducir a los Sables a un retiro al Extremo del Norte para una misión de entrenamiento. Allí, pueden concentrarse.

—¿Hmm? —Korsin volvió a mirar a su sobrino—. Oh, claro. —Tomó la segunda copa de la bandeja—. Discúlpame.

Korsin pensó que Adari le estaba mirando. Al unirse a ella en el jardín, descubrió que realmente estaba mirando a un relieve que estaban tallando en un frontón triangular en el edificio sobre ellos.

—¿Qué… qué es *eso*? —preguntó.

Korsin entrecerró los ojos.

—Si no me equivoco, es una representación de mi propio nacimiento. —Tomó un sorbo—. No estoy seguro de cómo el sol y las estrellas están involucrados. —Mirase donde mirase en ese palacio, los keshiri habían esculpido algo representando su divinidad. Río para sí mismo. *Lo hemos vendido realmente bien*—. No te esperaba hoy.

—Ahora somos vecinos —dijo ella, tomando ociosamente la copa.

—Con una casa de este tamaño, somos vecinos de la mitad de Kesh.

—Y la otra mitad está dentro de la casa, limpiando el suelo… —Adari se detuvo de golpe y le miró a los ojos. Muy a menudo, ella flirteaba con la idea de cruzar la línea. Korsin rió con ganas. Ella siempre le hacía reír.

Pero cuando unas alas curtidas se agitaron sobre ellos, Korsin vio el motivo real de la visita de Adari. Tona, el hijo que le quedaba, salió corriendo de una adornada estructura exterior para tomar las riendas del uvak que estaba aterrizando. Nida Korsin había regresado de su paseo matinal.

Korsin había nombrado a Tona jefe de establos de viaje del grupo de Nida justo después de su fundación. El joven parecía bastante afable, aunque no especialmente agudo. Y Nida parecía haberse encariñado con él. Adari se llevó a su hijo aparte e intercambiaron unas silenciosas palabras.

Luego, Adari volvió hacia Korsin.

—Lo siento, pero tengo cosas que hacer en la ciudad.

—¿Volveré a verte?

—¿Cuándo, hoy?

—No, quiero decir *alguna vez* —Korsin volvió a reírse. *Está intranquila*, pensó. Se preguntó por qué—. Claro que hoy. Ahora estamos en la misma ciudad, ¿no es así?

Adari puso los ojos en blanco ante el colosal edificio que se alzaba tras ellos.

—Ese es un esfuerzo colosal sólo para tenerme más tiempo cerca. —Consiguió mostrar una sonrisa.

—Bueno, que sepas que yo *no* estaré aquí mañana —dijo Korsin—. El centro médico de Seelah se va a trasladar aquí desde el templo. Subiré allí por la mañana para inspeccionar todo el lugar antes de cerrarlo por completo. Sólo será un día.

Absorbiendo sus palabras, Adari le rozó la mano.

—Debería irme ya.

Conforme ella se alejaba, Korsin volvió a mirar a su hija, al otro lado del patio. Nida se había detenido para mirar como Jariad y sus humillados combatientes marchaban decididos hacia sus propias monturas.

Y pudo ver cómo Tona la observaba.

—Tu hijo debería tener cuidado, Adari —dijo Korsin—. Ha estado pasando mucho tiempo con Nida. —Sonrió ligeramente—. Parece que el encanto de los Korsin os mantiene a los Vaals cerca.

—Bueno, hoy no, Su Gran Señoría —dijo Adari, haciendo un gesto a su hijo que se acercaba—. Tona viene hoy conmigo. Asuntos de familia.

—Comprendo —dijo Korsin. *Asuntos de familia.* Al observar cómo Jariad se alejaba volando hacia el norte, pensó que ojalá él mismo tuviera menos de esos asuntos.

Años atrás, Izri Dazh había sido su atormentador. Inquisidor de los Neshtovar, Dazh había tachado a Adari Vaal de hereje por no comulgar con las leyendas acerca de la creación de Kesh… y con el papel jugado en ellas por sus dioses de lo alto, los Celestiales.

Dazh llevaba mucho tiempo muerto. Pero ahora sus hijos y nietos estaban sentados en silencio frente a Adari en el salón de los Dazh, a la luz de las velas. El movimiento de resistencia de Adari se había reunido en diversos lugares a lo largo de los años, desde debajo de un acueducto hasta la parte trasera de un establo de uvak que Tona regentaba en Tahv. Pero raramente se habían reunido en un lugar tan lujoso… o que habría considerado lujoso, antes de que Adari introdujera entre su gente a unas personas que decían ser los Celestiales y reformaron los estándares keshiri. Ahora, en la morada que una vez albergó temporalmente al propio Gran Señor Korsin, los Neshtovar y la hereje decidían juntos el destino del pueblo keshiri.

—Esto funcionará —dijo ella—. Lo que me habéis enseñado acerca de los uvak… lo que hemos acordado que haga tu gente. Funcionará.

—Más vale —murmuró el mayor de los hombres—. Estamos renunciando a mucho.

—*Ya* habéis renunciado a mucho. Esta es la única forma de volver a como estaban las cosas antes.

Adari sabía que había corrido un gran riesgo al llevar a miembros de los Neshtovar dentro de su círculo. Pero debía hacerse, ya que los Neshtovar más mayores aún recordaban lo que los Sith les habían arrebatado. El recuerdo de los beneficios que la antigua sociedad había proporcionado injustamente a los pilotos de uvak había logrado ahora su cooperación.

Adari había descubierto recientemente que los uvak eran la clave. Los Sith eran poderosos; uno, actuando solo, podía mantener a docenas de keshiri a raya, tal vez a un pueblo entero. Pero tenían que *llegar* antes al pueblo. Y ahí Kesh, con sus grandes extensiones de tierra, jugaba en su contra.

Los Sith eran ahora cerca de seiscientos; casi el doble de los que eran cuando llegaron. Pero los pueblos de Kesh seguían siendo más numerosos. Mantener el orden requería que los Sith volaran frecuentemente con sus uvak hacia el interior. Los jinetes Neshtovar de otras épocas habían unido el continente sobrevolando las numerosas barreras naturales. Ahora los Sith usaban la misma estrategia, despachando jinetes que

iban recorriendo el terreno, apareciendo en los lugares y consultando con las burocracias locales, en su mayoría compuestas por antiguos miembros de los Neshtovar.

Pero, siendo los lugartenientes de los Sith en tierra, ahora los Neshtovar también estaban *confinados a la tierra*. Aunque los Sith habían tomado los uvak más fuertes para ellos poco después de su llegada, eso aún dejaba muchos miles de bestias domesticadas para los keshiri. Muchas se habían usado como animales de labor, pero inicialmente aún se permitía que los Neshtovar volaran en uvak para visitar el retiro Sith de la montaña, entre otras tareas administrativas.

Eso terminó tras el desastre de los lagos. Los jinetes de uvak eran tradicionalmente los mensajeros de noticias de los keshiri, pero los Sith no querían que se expandiera más voz que la suya. Los antiguos jinetes que no fueron reducidos a trabajos policiales, se dedicaban ahora a cuidar los establos, alimentando a criaturas que nunca se les permitiría montar. Sus uvak pertenecían a Sith que probablemente aún estarían en la guardería. Adari había sido autorizada a conservar a Nink para que pudiera seguir visitando a Korsin, pero era la única.

—Korsin va a ir mañana al templo de la montaña —dijo—. Seelah está allí… y Jariad ha partido hacia el norte.

Los hombres Neshtovar se miraron entre ellos asintiendo.

—Muy bien —dijo el mayor—. Tenemos suficientes personas colocadas en todas partes, si tus cálculos son correctos.

—Lo son. —Su movimiento incluía a keshiri que servían como ayudantes a muchos de los Sith más importantes. Tilden Kaah había estado reclutando gente entre el séquito de Seelah; también tenía otra gente cercana a Korsin y Jariad. Su propio hijo estaba controlando al grupo de jinetes de Nida—. Mañana a mediodía. *Esto funcionará.*

Pensó en Korsin al salir al callejón iluminado por antorchas detrás de la morada. AL ser convocado a ir al templo —¿por Seelah?—, Korsin no iría sólo por muy mundano que fuera el motivo. Comprobó otra vez las cifras que tenía escritas en la mano. Sí, tenía allí suficiente gente, entre los mozos de cuadra que estaban desmontando el lugar.

Tona apareció desde la oscuridad.

—Te he estado esperando.

—Lo siento —dijo Adari, alzando la mirada—. Querían repasarlo todo de nuevo.

Pudo ver un parpadeo de disgusto en su hijo cuando este salió a la luz. Siempre había pensado que sus dos hijos habían salido a su padre; ahora, cerca de los treinta años, Tona la sorprendía por lo mucho que se parecía a ella.

—Debería haber estado contigo, madre. Yo también soy de los Neshtovar.

—Sólo están siendo cuidadosos, Tona. Cuanta menos gente conozca los detalles, mejor.

—Quiero volar contigo mañana —dijo Tona.

—Tienes un trabajo que hacer aquí —dijo Adari—. Y me verás cuando lo hayas completado. —Le acarició la mejilla—. No deberías alejarte tanto tiempo de Nida y su gente. Mañana estaremos ocupados. Ve a dormir un poco.

Adari lo observó perderse en la noche. El dulce y simple Tona. No le había contado todo… ¿pero cómo podría hacerlo? Su difunta madre nunca había entendido su herejía… ni su canonización. ¿Cómo podría su hijo aceptar su martirio?

La edad dorada había comenzado, pensó Seelah al comprobar su sala de oficiales vacía. Y ella era la responsable.

Habían hecho un buen trabajo allí durante los años que ella había dirigido la plantilla médica de la Tribu. Todas las enfermedades locales habían sido identificadas y controladas. Con ayuda de los keshiri, los biólogos de Seelah habían peinado los campos, clasificando remedios botánicos útiles para los humanos. La habilidad curativa mediante la Fuerza de su plantilla, lejos de atrofiarse, se había incrementado. Al igual que la tasa de supervivencia de los amputados.

La tribu era un pueblo más puro, también… gracias a su atención a la eugenesia. No pasarían demasiadas generaciones antes de que la sangre de los Sith en Kesh fuera completamente humana. Sólo lamentaba que no estaría viva para verlo.

¿O sí lo estaría? Un pensamiento placentero.

Pero los Sith ya eran más atractivos *a la vista*. Había instigado en los jóvenes el respeto a sus cuerpos, el anhelo de la perfección física. Los Señores Sith que habían dejado atrás eran unos modelos de conducta atroces: la mayoría de ellos llenos de colgantes y baratijas bárbaras y pinturas de guerra. La Tribu de Seelah no tendría nada de eso. Los tatuajes eran etiquetas para esclavos. Un Sith de Kesh ya era una obra de arte nata.

Y después de las pérdidas en la purga, los números de la Tribu habían comenzado a crecer rápidamente en los últimos años. La perspectiva de un hogar cálido cerca del nivel del mar era suficiente para plantar la idea de crear una familia en la mente del Sith más independiente. Fuera, en el patio, Seelah vio a la mayor hedonista de toda la Tribu, Orlenda, luciendo un embarazo muy avanzado. Nunca dejaba de asombrarse.

—Eso es todo —dijo Orlenda, apoyándose contra un carro de suministros que estaba a punto de marchar hacia Tahv. La mujer más joven bajó la mirada con nerviosismo; Korsin podía llegar en cualquier instante—. ¿Quieres… quieres que me quede? No puedo volar, pero puedo bajar montada en este carro con los objetos frágiles.

Seelah se mordió el labio. Ver a Orlenda junto a Seelah cuando llegase tranquilizaría a Korsin. Pero si algo iba mal, Orlenda podía asegurarse de que las políticas de Seelah continuasen.

—Vete —le dijo con un suspiro—. Pero date prisa. Están a punto de llegar.

Orlenda salió andando tras los porteadores keshiri. Aparte de los uvak, eran las únicas bestias de carga de Kesh.

Ya era hora. Seelah salió corriendo hacia la plaza formada por las viviendas y el santuario del *Presagio*. La comitiva de Korsin había aterrizado en el otro extremo. Justo según lo previsto, para variar. Los cuatro guardaespaldas de Korsin y Gloyd ocuparon sus posiciones mientras los sirvientes keshiri apartaban los uvak. Sus establos serían lo último que se cerrase.

Korsin estudio la plaza a su alrededor.
—Ah, Seelah. Estás aquí. —Caminó hacia ella. Hacia el espacio abierto.
—Sí. Aquí estás. —Ella cerró los ojos y se concentró. *¡Ahora, Jariad!*

Capítulo Tres

No fue tanto la multitud de cuerpos, sino su procedencia, lo que sorprendió a Korsin. Sith vestidos de negro descendieron sobre la plaza desde los alojamientos —puertas, ventanas superiores, tejados— y desde las murallas del templo multinivel del *Presagio*. Korsin activó su sable de luz y se afirmó en el terreno conforme los invasores se acercaban. Eran los Sables de Jariad, el mismo equipo de la mañana anterior.

Korsin intercambió una mirada con Gloyd. Su guardaespaldas estaba flanqueándolo, creando un grupo defensivo de cara al exterior. *Cuatro a uno.*

—No nos separemos.

Korsin observó como Jariad salía avanzando con paso resuelto y el arma encendida por la puerta del templo.

—No me parece que esto sea el Extremo del Norte, Jariad.

Su sobrino no dijo nada. Volvía a tener esa mirada salvaje. *La mirada de Devore.*

—Consentí en la creación de tu pequeño grupo para que tuvieras algo que hacer —exclamó Korsin. Se dirigió a los compañeros de Jariad—. Deberíais estar avergonzados. Volved a Tahv.

—Yo no soy como Nida —dijo Jariad, sin dejar de acercarse—. No necesito hobbys. Ya se ha malgastado demasiado tiempo. —Rodeó a sus socios, que ahora formaban un perímetro de sables encendidos alrededor del grupo de Korsin—. Es hora de que ajustes cuentas, *Comandante* Korsin. Tú mismo nos lo dijiste. Ha amanecido una nueva era. Es hora de que termine la autoridad militar. Se trata de la sucesión… de quién dirigirá mejor a la Tribu.

—¿Quién? *¿Tú?* —Korsin trató de hacerse el sorprendido… y soltó una risita—. Oh, Jariad… a mí no me lo parece. Vete a casa.

Jariad se quedó inmóvil, evidentemente consciente de la atenta mirada de sus propios hombres. Gloyd, que parecía haber captado la idea, estalló en carcajadas.

—Comandante, yo no pondría a este ni a cargo de limpiar de estiércol los establos de uvak.

—¡Soy el futuro! —estalló Jariad—. Soy el más joven de los nacidos en lo alto. Todos los Sith después de mí son nacidos en Kesh. —Alzó su sable de luz—. El líder de los Sith debe ser especial.

Korsin le miró… y soltó un gruñido.

—Tú no eres especial. Ya he visto antes gente como tú.

Una voz de mujer resonó entonces.

—*¡Cuéntaselo!*

Seelah. La había olvidado. Se encontraba en un extremo de la plaza, acompañada por varios de sus leales criados. Todos ellos armados.

—Dile cómo viste *morir* a su padre, Yaru. ¡Dile cómo lo mataste y arrojaste su cuerpo a las rocas, sólo para mantener tu poder sobre nosotros!

Korsin comenzó a responder, sólo para ver cómo Jariad daba un paso hacia atrás. Los Sables se acercaron. Claramente, Jariad iba a dejar que ellos recibieran los primeros golpes antes de entrar a matar. Korsin se armó de valor… y miró a las nubes. *Mediodía.*

De pronto, figuras sombrías cubrieron el cielo del sector. Cinco, diez… docenas de criaturas ocuparon el cielo, alzándose desde detrás del tempo. Uvak.

Los suyos.

—¿Qué demonios! —Jariad miró a su madre. Seelah parecía no tener mucha más idea que él de lo que ocurría.

Finalmente llegó una respuesta por parte de uno de sus ayudantes que subía apresuradamente y sin aliento la escalinata hasta la plaza.

—¡Los mozos de cuadra… los keshiri! *¡Están robando los uvak!*

Varios de los Sables de Jariad alzaron la mirada, aturdidos. Korsin vio su oportunidad. Él y Gloyd se lanzaron contra los hombres vestidos de negro de su lado, abriéndose letalmente camino hacia el edificio más cercano. Sus guardaespaldas los seguían de cerca, bloqueando la persecución lo mejor que podían.

Korsin y Gloyd corrieron por el edificio, seguidos por una multitud de Sables. Korsin consiguió llega a la escalera, indicando a Gloyd que le siguiera.

—Buen truco, comandante —dijo Gloyd—. ¡Pero nos habría venido bien algo más que eso!

—No es cosa mía —dijo Korsin, llegando a una ventana—. ¡Y tienes razón!

Miró con ansiedad al cielo y sondeó la Fuerza en vano. Había sido liberado de la montaña años atrás. Pero podía sentir que ahora su libertadora estaba muy lejos.

Su habilidad al montar había mejorado desde su primer vuelo desesperado, años atrás. Ahora Adari guiaba hábilmente a Nink en su planeo, siguiendo el dentado litoral bajo ellos. Tras ella volaban más de un centenar de uvak; la población entera de los establos del templo de la montaña, cabalgados por mozos de cuadra, criados y obreros keshiri. Todos ellos agentes del movimiento de Adari, todos ellos cuidadosamente ubicados allí para este día. Si había quedado alguna montura para los Sith en el templo, nadie la estaba usando para seguirles.

La bandada que se acercaba desde la lejanía, al este, era una de las suyas. Habría otras. En distintos pueblos por todo el continente, estaba ocurriendo lo mismo: los conspiradores Neshtovar que, en teoría, únicamente cuidaban de los uvak, en lugar de eso saldrían volando con ellos, sin dejar ni uno atrás.

No habría suficientes jinetes, pero eso no importaba. Aunque no eran unos animales gregarios por naturaleza, incluso los uvak salvajes eran fuertemente sugestionables por los estridentes balidos de los machos de más edad… precisamente los ejemplares cuidados por los Neshtovar. Se contaban historias de rodeos aéreos, con jinetes conduciendo nubes enteras de esos reptiles por el cielo. La de Adari sería un gran frente tormentoso, barriendo a todos los animales de la zona en grandes y sucesivas oleadas.

Habían trazado sus rutas para conducir a todo uvak que no estuviera atado hasta la Aguja Sessal, que se alzaba ante ellos con su humeante majestuosidad.

Allí, a una distancia segura del cráter, los jinetes principales posarían sus bestias el tiempo justo para desmontar. Aún en el aire, Adari ordenaría a Nink que lanzase un grito de anidación: una poderosa orden que compelía a seguirle a cualquier uvak que la escuchase. A sus cuarenta años, bien cuidado, Nink era el uvak más mayor que se recordase. Todos los uvak obedecerían ciegamente su orden… por un breve espacio de tiempo. Pero lo bastante, esperaba Adari, para que ella planease hacia las nubes en lo alto sobre el cráter humeante… y desapareciera.

No sería un suicidio. Sería una liberación.

Los Sith habían viajad mucho a lomos de los uvak, pero los Neshtovar eran los receptores de generaciones de conocimiento de las corrientes de aire de Kesh. Conocían las cosas extrañas que la corriente de aire hacía cuando la Aguja Sessal actuaba. Los jinetes que volaban lo bastante alto, simplemente desaparecían, precipitándose más allá del horizonte de la mañana, en las lejanías del gran mar oriental. Ella ascendería a lo alto… y el viento la reclamaría a ella y a cualquier uvak que la siguiera.

A pesar de que al principio le disgustaban los uvak, se estremecía al pensar en lo que iba a pasar. La bandada frenética lucharía contra el torbellino, pero a semejante altura Kesh estaba al mando. Tal vez un fenómeno semejante había incapacitado a la nave Sith; Adari no lo sabía. Pero para cuando los vientos se debilitasen, ella —y todos los uvak que fuera capaz de convencer—, estarían destinados a un final pasado por agua. *Justo igual que mi marido*, murmuró.

Sus co-conspiradores amaban a sus uvak, pero odiaban más a los Sith. A menudo habían discutido acerca de lo que pasaría después. Los líderes Sith descenderían por el camino de servicio, pero les llevaría tiempo… tiempo durante el cual los aliados de Adari atacarían a los principales simpatizantes Sith de cada pueblo. No habría apenas resistencia. Serían hojas shikkar en la noche. Los Sith podrían estar orgullosos.

En realidad, por supuesto, los Sith contraatacarían. Tahv seguramente sentiría su ira. Pero los Sith tendrían que efectuar su linchamiento a pie. Sus transportes habrían desaparecido del mapa… literalmente. Y los keshiri encontrarían más fácil matar a los uvak retrasados que quedasen que a los Sith.

Los Sith tenían ahora a sus propios jóvenes que proteger; podrían simplemente reclamar un trozo de territorio para ellos y dejar ahí el asunto. O, aún mejor, podrían retirarse definitivamente a su refugio de la montaña. La mayoría de los keshiri aún idolatraba a sus Protectores… pero mientras algunos de ellos estuvieran dispuestos a envenenar a sus amos, seguirían siendo una amenaza,

Suponiendo que el veneno sirviera realmente para matar a los Sith. Adari realmente nunca había compartido el entusiasmo de sus aliados sobre el resultado de la acción. Sabía de lo que eran capaces los Sith. Haría falta un millar de keshiri para matar a uno solo. Pero, ¿aunque así fuera? Ahora mismo, las probabilidades seguían favoreciendo a los keshiri. No sería así más adelante. *Por eso esto debe hacerse hoy*, pensó.

Kesh bullía de vida. Que una de sus especies fuera a pagar un precio por su utilidad era trágico. Pero los keshiri ya habían pagado un precio por resultar ellos mismos de utilidad a los Sith. Ambas cosas iban a terminar.

Su grupo se juntó con los que venían volando del este, y Adari dio la vuelta a Nink, mirando en dirección a Tahv. Esa sería la gran oleada.

Cuando llegase.

¿Dónde *estaban*?

Seelah cruzó corriendo el tejado de su antiguo hogar. Durante media vida, se había despertado con la misma vista del mar que se había tragado a Devore. Ahora, al mirar abajo, veía las fuerzas que se cerraban sobre el hombre que lo había enviado allí.

No había visto cómo, pero Korsin y Gloyd se habían separado. El torpe houk seguía con vida, lo sabía… sus leales ayudantes lo habían perseguido hacia otra parte del complejo. Pero Korsin era la clave. Había elegido bien a sus guardaespaldas. Dos seguían con vida, heridos pero eficientes en su equivocada defensa.

El equipo de Sables de Jariad, mientras tanto, había demostrado falta de entrenamiento formal. Él había insistido en ser su único mentor, pero sólo había comenzado un entrenamiento en combate serio en las últimas semanas, después de que Seelah tomara la decisión de atacar. Jariad le recordaba cada día más a su padre. No había atajo que Devore Korsin no tomara.

La desaparición de los uvak era un problema imprevisto, pero les afectaba a todos por igual, eliminando la escapatoria para todos. Los keshiri se habían llevado a todos los animales. ¿Acaso Jariad había preparado aquello sin decírselo a ella? Improbable. Pero parecía haber afectado a las esperanzas de Korsin. Allí, en la pendiente reforzada junto al templo del *Presagio*, continuaba mirando a lo alto. Seelah estaba segura de que no la miraba a ella.

Saboreó las vistas. Jariad ya tenía a Korsin. Entrenados o no, los Sables eran superiores en número. Conforme sus guardaespaldas se quedaban atrás, Korsin retrocedió hacia el precipicio, al mismo lugar en el que Devore había caído. A Jariad le gustaría eso. Parecía estar disfrutando de cada momento: lanzando sablazo tras sablazo contra Korsin, con su hoja encontrando ocasionalmente su objetivo. Ahora Korsin estaba herido… sangrando gravemente. Jariad empujaba con más ímpetu, haciendo retroceder a su tío.

Y, pese a todo, Korsin seguía mirando hacia arriba.

¿Qué estaba esperando?

Un ruido a su espalda llamó su atención. La forma inerte de uno de sus ayudantes salió disparada por una claraboya y desapareció de su vista cayendo por un lado. *De modo que ahí está Gloyd.* Había que contenerle, apartarlo de la acción que tenía lugar abajo. Furiosa porque le negaban la ocasión de ver morir a Korsin, se giró hacia la destrozada claraboya…

…sólo para perder el equilibrio cuando un furioso batir de alas pasó a toda velocidad cruzando el tejado. Seelah se tiró rodando hacia un lado, evitando los golpes de las patas provistas de garras. ¡Los uvak habían vuelto!

Arrojándose por el agujero abierto, Seelah golpeó el suelo de piedra aterrizando sobre sus cuatro extremidades. La batalla de Gloyd estaba en la habitación de al lado, pero corrió hacia la ventana de todos modos. Tenía que verlo. ¿Acaso los keshiri habían regresado con los uvak? ¿O se trataba de alguien con quien nunca había contado, que nunca había tenido en cuenta?

Mirando al exterior, la vio.

Nida.

Capítulo Cuatro

Korsin había jugado su baza.

Sabía que la mera existencia de Nida era parte del juego de Seelah para mantenerse a sí misma y a Jariad cerca del trono del poder. Seelah había encontrado «bondadosamente» una serie, primero de niñeras, y luego de tutores keshiri para que cuidasen de la niña, trasladándola continuamente de un pueblo a otro. Oficialmente, era un gesto de la confianza de los Sith en los keshiri; en realidad, reflejaba el hueco que siempre había sabido que existía en el corazón de su esposa.

Era más que eso. Seelah no estaba tan sólo apartando a Nida de su camino; Korsin sabía que estaba evitando que su hija obtuviera algo más que un entrenamiento superficial en el camino de los Sith. Seelah administraba el censo de los Sith en Kesh; sabía en todo momento dónde estaban todos los mentores potenciales.

Pero Korsin tenía varios miembros leales en su equipo, deseosos de servirle de cualquier manera. Con la ayuda de Gloyd, Korsin había fingido sus muertes en áreas remotas de Kesh e hizo que se ocultasen. Siempre durante la noche, en el aparente exilio de Nida, la chica había estado estudiando en secreto los caminos del lado oscuro… mientras que, durante el día, ganaba amigos keshiri y construía una red de informantes. Todo ello en su aparentemente insignificante —pero extremadamente móvil— papel como embajadora aérea de los Sith.

Mientras Seelah se esforzaba por presentarse como el modelo de los Sith en Kesh, Korsin estaba moldeando un líder, alguien con talento para luchar *y* para gobernar. Una heredera… y hoy, una salvadora.

La noche anterior, uno de los keshiri conocidos de Nida había revelado el plan de robar los uvak mientras los principales Sith estaban en la cima de la montaña. Nida había pasado la mañana asegurándose de que lo que hicieran los keshiri no fuera más lejos, antes de unirse a Korsin allí… junto con sus Rangers Celestiales y varios partidarios de Korsin. No muchos, y no tan pronto como él esperaba… pero suficiente, y a tiempo. Había barrido a sus enemigos al ir allí; su sorpresa era completa.

Nida saltó a tierra, con el sable de luz brillando, empalando al aterrizar a uno de los matones de Jariad. Un segundo se aproximó a su posición, sólo para ser partidos por la mitad. Lanzó a un tercero contra la pared del templo, justo tras ella. No había mucho terreno para luchar junto al acantilado, pero Nida ya lo estaba dominando. El propio Jariad ya había retrocedido ante esas muertes, uniéndose a sus Sables en su lucha.

Una explosión amortiguada provino de la mansión más arriba, en la colina. *Gloyd*, pensó Korsin. Apretando los dientes, se palpó el corte en su pecho. Sabía que no iba a salir de esta. El suelo temblaba bajo sus pies. No quedaba mucho.

Pero alzó de nuevo la mirada hacia Nida.

Tan fuerte. Su futuro de los Sith, luchando contra el futuro de Seelah. Y ganando.

Con una mueca de dolor, Korsin volvió arrastrándose desde el precipicio hacia la refriega.

—Tienes razón, Jariad —dijo Korsin, escupiendo sangre—. Es hora de que me vaya… pero no sin mi último acto oficial. *Y ya va con retraso.*

Adari debería haber estado más sorprendida. Para la caída de la noche, más de un millar de keshiri habían llegado a los pies de la Aguja, conduciendo a cinco veces esa cantidad de uvak sin jinetes. El tropel de bestias que daba vueltas sobre la formación de humo le había dado la apariencia de un halo vivo, como de cuero. Era conmovedor, pero decepcionante: esa cantidad apenas llenaría los establos de uvak de las colinas sur.

Adari había renunciado a seguir escaneando el horizonte mucho antes que sus compatriotas. A medianoche, un jinete solitario llegó desde Tahv, aterrorizado y sin aliento. Su informe confirmaba sus sospechas. Tona había caído bajo el hechizo de Nida Korsin y le había revelado todos sus planes.

No había habido esperanza desde un principio: alguien les traicionaría. Tona había resultado ser el más débil. Adari dio media vuelta antes de escuchar si Nida había recompensado a Tona, o si lo había matado. Ya nada importaba.

Lo que *había* sorprendido a Adari fue lo que sucedió después. Esperaba que todo el mundo huyese. Que salieran volando, liberasen sus uvak, y se mezclasen con la sociedad keshiri antes de que los Sith los encontrasen. En lugar de eso, cuando despegó sombríamente sobre Nink hacia las nubes y se dirigió a la oscura corriente de aire, descubrió que todo su séquito la estaba siguiendo.

Se durmió, asumiendo que Nink terminaría rindiéndose ante la gravedad a lo largo de la noche. Muchos otros ya habían caído. Su turno llegaría.

Pero despertó para encontrarse otra cosa.

Desde arriba, el trozo de tierra era poco más que una semilla entre las olas, una cadena de arrecifes rodeando una mugrienta superficie apenas mayor que su antiguo barrio. Nada en él hacía pensar en un refugio. Pero la corriente de aire se había agotado… y Nink también. De los jinetes que habían comenzado, quedaban menos de trescientos. Era eso, o nada.

Y esto es bastante cercano a nada, pensó mientras caminaba por la tierra salobre de la playa. El continente había proporcionado todo lo que los keshiri necesitaban para prosperar. Aquí, tendrían que luchar por las necesidades más básicas. Las infrecuentes lluvias creaban pequeños estanques de agua fresca en arrecifes cóncavos. Los uvak, inútiles en ese estado, tendrían que ser dramáticamente sacrificados de forma selectiva para dar una oportunidad a la escasa vegetación. Su carne apenas era comestible; sus esqueletos proporcionaban los únicos materiales de construcción.

Para sus búsquedas intelectuales, la isla no ofrecía nada en absoluto. Sólo la misma roca volcánica desde la playa hasta la colina más alta. Parecía que tener que pasar años en un purgatorio que ella misma había creado no era suficiente: ahora tendría que aburrirse hasta la muerte. Todo lo que había encontrado era un antiguo cadáver keshiri… otra víctima solitaria de las corrientes de aire oceánicas.

¿Por que los Sith no habrían aterrizado aquí?

Sabía la respuesta. Los Sith habían quedado atrapados en un lugar similar. Para salvarse a sí misma —de ellos, y de los ancianos—, los había liberado. Korsin había tenido razón, hace tantos años. *Todos hacemos lo que debemos hacer.*

Lo estaban haciendo ahora. Adari miró a Nink, moribundo por el cansancio, con sus patas con forma de horquilla respondiendo apenas a la caricia del oleaje. No podría enterrarlo sin más cuando llegase el momento; habría que hacer uso de él, igual que con el resto. Los uvak eran parte integral de su supervivencia… pero había que sacrificar alguno cuando era necesario.

Los Sith habían contemplado a los keshiri exactamente del mismo modo.

Adari estudió a su gente, trabajando duro y en silencio en la isla. No esperaban sobrevivir más de un año. Peor aún, cualquier que viniera a buscarles no sería un salvador.

Tal vez los Sith de Korsin estaban preocupados por lo mismo. Tal vez las historias eran ciertas. Tal vez los verdaderos Celestiales, los auténticos Protectores de la leyenda, estaban ahí fuera, en algún lugar, persiguiendo a los Sith.

No creía que así fuera.

Pero, en realidad, nunca lo había hecho.

Seelah se despertó sobre una losa en su vieja enfermería. No había ninguna diferencia entre las camas de los pacientes y las camillas de la morgue; todo era frío mármol, al igual que todo lo demás en ese maldito templo.

Ahora podía moverse… sólo sus piernas no lo hacían. Lo recordaba todo. Segundos después de que llegase Nida, Gloyd atrajo el fuego hacia su cámara. Gloyd siempre había bravuconeado con que quien acabase con él no viviría para celebrarlo. Efectivamente, arrinconado por Seelah y sus aliados, Gloyd había activado algo que debía haber tenido literalmente oculto en la manga desde el accidente: un detonador de protones. La póliza de seguros del houk hizo que la sala se derrumbase sobre todo el grupo.

La Fuerza ayudó a Seelah a liberarse de los escombros que la habían atrapado por debajo de las rodillas, pero nada conseguiría que pudiera volver a andar. No necesitaba su entrenamiento médico para darse cuenta de eso. Había trabajado incansablemente para llegar a ser el perfecto ejemplar de la humanidad, algo a lo que la Tribu pudiera aspirar. Ahora, tratando de incorporarse para examinar sus cortes y magulladuras, sabía que nunca viviría para volver a ser su antiguo ejemplo.

—Estás despierta —dijo una suave voz femenina—. Bien.

Seelah giró el cuello para ver a su hija en la puerta, vistiendo su traje del Día de la Dedicación. Como Nida no hizo ningún movimiento para entrar, Seelah usó sus doloridos brazos para girarse hacia ella por sí misma.

—Vas a tener que hacer eso muchas veces —dijo Nida, caminando al interior e introduciendo una copa en una tina de agua. Bebió un largo trago y respiró profundamente—. Oh, cuando la necesites, el agua está aquí —dijo, apartando la mirada.

Nida explicó cómo había descubierto a través de Tona Vaal el plan para robar los uvak de los Sith, programado justo cuando la mayor cantidad posible de Sith importantes estaría en la montaña. Le había costado más tiempo del esperado, pero había arruinado el complot en Tahv y luego salió al auxilio de su padre.

—Supongo que puedes sentirlo… Padre ha muerto.

Seelah se lamió los labios, saboreando su propia sangre seca.

—Sí. ¿Y Jariad?

—Padre trató de arrojarlo por el precipicio con la Fuerza —dijo Nida—. Lo intentó… y cuando fracasó, *yo* lo hice.

Seelah miró inexpresiva a su hija.

—Odié usar al pobre Tona de ese modo —dijo Nida—, pero él pensaba que tenía algo que yo quería. —Tomó otro sorbo de agua y dejó caer la copa—. ¿Sabes? Tenemos algo en común. Nuestras madres no encontraban ninguna utilidad a nuestros padres.

Tona reveló que los conspiradores iban a llevarse los uvak a la Aguja Sessal, pero no sabía nada más.

—No hay rastro de ellos allí —dijo Nida—. Suponemos que se arrojaron a sí mismos al pozo de lava. Por despecho… o por miedo. No importa.

Sith o keshiri, se acabaron los disidentes en Kesh. Había sido un día productivo.

—Vine aquí porque acabamos de tener la lectura del testamento de Padre —dijo. Existía… y estaba a su cargo—. Me pasa a mí su legado… y los tres Sumos Señores supervivientes lo han ratificado. ¿Ves? *Eres* la madre del nuevo Gran Señor. Enhorabuena. —Nida sonrió radiante. Con su edad, era de esperar que gobernase Kesh durante muchas décadas venideras—. O hasta que los Sith vengan a rescatarnos.

Seelah hizo una mueca de desdén.

—*Eres* una niña. —Se deslizó por la losa, sólo para volver a agarrarse con sus manos a ella cuando sus pies no la sostuvieron—. Nadie va a venir por nosotros. Tu padre lo sabía.

—Me lo dijo. En realidad, de un modo u otro, no me importa.

—Debería —dijo Seelah, luchando por ponerse en pie—. Si se lo contase a la gente, ahí fuera…

Nida volvió a dejar la copa en su sitio con aire despreocupado y comenzó a avanzar hacia la puerta.

—No hay nadie, ahí fuera —dijo—. Tal vez deberías escuchar el resto de la última voluntad de Padre. —De ahora en adelante, explicó, a la muerte del Gran Señor, el cónyuge y los criados de esa persona deberían ser también sacrificados—. Técnicamente, para honrarle… pero tú y yo sabemos de qué se trata en realidad. —Recorrió su cabello con sus dedos enguantados—. Supongo que esto va a limitar mucho mi vida social, pero lo superaré.

Seelah mantuvo el aliento.

—¿Quieres decir…?

—Tranquila —dijo Nida—. *De ahora en adelante*. No, he ordenado que todos los Sith se retiren de esta montaña, en honor a la muerte de Padre. Mientras yo viva, nadie regresará aquí. Este es tu nuevo hogar… de nuevo.

Y diciendo eso, salió al patio.

Seelah necesitó varios dolorosos minutos para seguirla, apoyándose en las paredes de piedra. Nida estaba subiéndose al estribo de su uvak, rodeada por cestas fabricadas con hejarbo, llenas de frutas y vegetales. Vuelos regulares de uvak —las únicas criaturas, salvajes o domesticadas, a as que se les permitiría surcar el espacio aéreo sobre el templo— dejarían caer más, dijo Nida. En el resto de lugares del complejo, el acceso al *Presagio* había sido cortado. Más abajo, incluso ahora, el camino a la montaña había sido bloqueado. Había sido tallado laboriosamente, pero ahora estaría bloqueado para siempre.

Lo que quedaba, según pudo ver Seelah al mirar a su alrededor, era el frío templo que había llegado a aborrecer como hogar. Un hogar que sólo servía para una diosa… para la eternidad. Una eternidad de soledad.

—Nida —dijo Seelah entre toses mientras Nida comenzaba a despegar—. Nida, *eres mi hija*.

—Sí, eso me suelen decir. Adiós.

Libro 5
Purgatorio

3960 años ABY

Capítulo Uno

Su tarde comenzó como siempre lo había hecho. El rastrillo cayó, creando ordenados surcos en el barro negro. Levantándolo para hacer otra pasada, el portador lo dejó caer de nuevo, dividiendo perfectamente los surcos por la mitad.

Ori Kitai, observaba desde el otro lado del seto. El joven granjero se movía con gran lentitud. El rastrillo, un insustancial el matrimonio de brotes hejarbo y rocas silíceas, partía sin embargo el rico suelo con facilidad. Pero Jelph de Marisota parecía no tener ninguna prisa; en esta o ninguna otra cosa.

¿Hasta qué punto puede llegar a ser monótono?, pensó Ori. Durante todo el día, todos los días, el hombre del sombrero de paja de ala ancha atendía a sus labores, sin ningún lugar al que ir ni amigos que ver. Su finca se encontraba solitaria en un recodo del río Marisota, lejos de la mayoría de los centros de la cultura Sith en Kesh. Nada existía aguas arriba, salvo volcanes y jungla; nada río abajo, salvo los pueblos fantasmas de los Lagos Ragnos. Esa no era vida para un ser humano.

—Dama Orielle —dijo Jelph, quitándose el sombrero. Su cabello color arena caía en una larga trenza fuera del cuello de su camisa empapada.

—Sólo Ori —dijo ella—. Te lo he dicho una docena de veces.

—Y eso significa una docena de visitas —dijo con ese extraño acento suyo—. Me siento honrado.

La delgada mujer de cabello castaño rojizo caminó a lo largo del seto, lanzando miradas de reojo al trabajador. Ella no tenía ningún motivo para ocultar por qué seguía yendo allí; no con el futuro de su familia a punto de quedar asegurado. Ori podía hacer lo que quisiera. Y, sin embargo, cuando salió a través de la abertura al camino de grava, se sintió apocada, como si volviera a ser una quinceañera. Y no un Sable Sith de la Tribu, diez años mayor.

Con sus ojos marrones mirando fijamente al suelo, se rió entre dientes para sí misma. No había motivo para la modestia. Ori llevaba el uniforme negro de su cargo. Jelph vestía harapos. Ella había superado las pruebas de aprendizaje en los terrenos del palacio, en el paseo glorioso por el que había caminado el Gran Señor Korsin hacía más de un milenio. El hogar de Jelph era una choza, y su explotación, más que una granja, era un depósito para los suelos fertilizados que proporcionaba a los jardineros de las ciudades.

Y sin embargo, el hombre tenía algo que nunca había encontrado en otro ser humano: No tenía nada que demostrar. Nunca nadie la miraba directamente en Tahv. Jamás. La gente siempre tenía un ojo puesto en lo que la conversación podría significar para ellos, en cómo su madre podría ayudarles. Jelph no pensaba en progresar.

¿De qué le servirían esos pensamientos a un esclavo?

Dejando el rastrillo en el suelo, Jelph salió del barro y sacó una toalla de su cinturón.

—Sé por qué estáis aquí —dijo, limpiándose las manos—, pero no por qué estáis aquí *hoy*. ¿Cuál es la gran ocasión esta vez?

—El Día de Donellan.

Jelph la miró fijamente.

—¿Es una de vuestras fiestas Sith?

Ori inclinó la cabeza mientras le seguía alrededor de la choza.

—Tú fuiste Sith una vez, también, ya sabes.

—Eso es lo que suelen decirme —dijo, lanzando la toalla. Aterrizó en un cubo en el suelo, fuera de su vista—. Me temo que aquí, en el interior del país, no cultivamos mucho los recuerdos ancestrales.

Ori sonrió. Él era tan instruido, para un ser inferior. Jelph cultivaba en abundancia, oculto a la vista del camino donde había dejado pastando su hasta que estuviera lista irse volando de nuevo. Detrás de la casa, detrás de los pequeños montículos de arcilla de río con los que comerciaba con los keshiri, mantenía seis enrejados de las flores dalsa más hermosas que jamás hubiera visto. Al igual que la cabaña y el rastrillo, los enrejados estaban hechos con brotes hejarbo entrelazados… y, sin embargo, eran un visión que rivalizaba con las maravillas hortícolas del Alto Asiento. Ahí, detrás del hogar de un esclavo en medio de ninguna parte.

Tomando la hoja de cristal que le ofrecía, el granjero de ojos color avellana comenzó a cortar los ejemplares que ella elegía. Como de costumbre, estas decorarían las urnas en el balcón de su madre durante los festejos.

—Entonces, ¿qué es lo que celebráis? —Haciendo una pausa, bajó la mirada hacia ella—. Si es que queréis decírmelo, claro.

—Mañana harán mil años de que naciera el primogénito de Nida Korsin.

—Oh —dijo Jelph, mientras continuaba podando—. ¿Llegó a ser Gran Señor o algo así?

Ella sonrió.

—Oh, no.

El reinado de Nida Korsin había iniciado una era robusta, gloriosa para los Sith, explicó ella. Donellan sabía que su padre, el Señor Consorte, sería condenado a muerte cuando Nida muriera. Esa era la voluntad de Yaru Korsin. Pero esperó demasiado tiempo para actuar. El único hijo de Nida murió siendo un anciano, esperando su oportunidad de ascenso al poder. Fue el final de un sistema dinástico; tras su muerte, una Nida sin herederos instituyó la sucesión en base al mérito.

—¿De modo que ese tipo fracasó, y tiene su propio día?

A los Sith les gustaba el mensaje de la historia de Donellan, le dijo ella. Muchos Sith eran pacientes maquinando sus ascensos, pero era posible ser demasiado paciente.

—El Día de Donellan también es llamado el Día de los Desposeídos. Y, piensa en ello —dijo ella, admirando sus musculosos brazos a través de las hendiduras de las mangas—. ¿Acaso esta Tribu ha *necesitado* alguna vez un motivo para una celebración?

Él se rió una vez, una risita gutural que hizo que Ori sonriera.

—No, supongo que no —dijo—. Por lo menos, mantiene ocupada a la gente de mi oficio.

Los siete Altos Señores siempre trataban de superarse unos a otros en la decoración de sus palcos en los juegos. Ocupándose personalmente del diseño de la cabina de su madre ocho meses antes, Ori supo de Jelph y su jardín secreto de uno de los floristas keshiri de Tahv… si bien de manera indirecta. Detectando una mentira cuando el keshiri afirmó que las flores eran suyas, Ori lo siguió un día con su uvak. Estando las bestias voladoras todavía prohibidas a los keshiri, el florista viajó a pie para reunirse con una caravana que transportaba fertilizante del Marisota. Allí encontró a Jelph… y lo había encontrado de nuevo muchas veces desde entonces, excepto cuando estaba ausente con su balsa, en la selva.

La selva. Ori miró por encima del enrejado hacia las verdes colinas, que ascendían alejándose hasta las cumbres humeantes del este. Ni siquiera la Tribu subía a esa maraña de maleza y follaje colgante.

—Ninguna persona en su sano juicio *debería* ir allí —había dicho Jelph. Pero lo que trajo al regresar en su pequeña embarcación era el secreto de su éxito hortícola… y de los éxitos de todos los clientes que dependían de él—. Para cuando los sedimentos descienden río abajo —le había explicado una vez—, se han perdido muchos de los nutrientes.

Ori había pasado noches en vela imaginando al hombre metido hasta la cintura en un oscuro arroyo de montaña, paleando lodo en su barcaza.

Tonterías. Un exceso hedonista. Pero ella era Sith, ¿no? ¿A quién más debería complacer?

De rodillas, él arregló cuidadosamente las flores cortadas sobre un paño desplegado en el suelo. Sus grandes manos manchadas de tierra trabajaban con sorprendente delicadeza, apartando los brotes que habían caído si querer. Jelph la miró profundamente.

—Ya sabéis que puedo daros los nombres de mis clientes más cerca de Tahv. Ellos cultivan las plantas con la misma tierra.

—Las tuyas son mejores —dijo.

Eso era cierto. Tal vez las flores sólo crecían mejor en un aire más cercano a su tierra natal. Tal vez eran los cuidados a mano de un humano, en lugar de un keshiri.

O tal vez se trataba de *ese* humano. Cuando ella lo conoció, supuso que Jelph acababa de convertirse recientemente en esclavo. Ningún trabajador que hubiera conocido, humano o keshiri, tenía su vocabulario. Tenía que haber *sido* alguien antes, en las ciudades Sith. Pero él había contestado sin vacilar:

—No soy nadie. Nunca *conocí* a nadie, antes que a vos.

Había nacido en la esclavitud, y allí permanecería. Él, y cualquier hijo que alguna vez pudiera tener.

La clase de los esclavos humanos se había desarrollado poco después de que la línea Korsin terminase. Aunque muchos de los descendientes del *Presagio* eran sensibles a la

Fuerza, aquellos que no lo eran habían formado su propia capa de la sociedad por debajo de aquellos que servían al Gran Señor. Miembros libres de la Tribu, esta hidalguía ayudó a mantener productivos a los keshiri, que permanecían por debajo de todos. Pero cuando cualquier ciudadano Sith era condenado por un Señor, sus derechos de nacimiento podían perderse para siempre. Jelph de Marisota no tenía apellido porque su padre no tenía ninguno que darle. Era mejor que un keshiri —ella *nunca* permitiría que uno de los siervos de piel púrpura la llamase por su nombre de pila— pero sólo porque era humano, no porque fuera Sith. Jelph debía lealtad y servicio a los Sith, si así lo deseaban, pero sólo Ori había tratado directamente con él para cualquier cosa.

Qué desperdicio, pensó, admirando tanto al trabajador como a su trabajo.

—Sabes, mi madre es un Gran Señor.

—Lo habéis mencionado alguna vez.

—Ella es poderosa, pero las tradiciones son muy fuertes —dijo—. Es una pena que no haya ninguna forma de que vuelvas a ser uno de nosotros.

—Nunca lo he *sido* —dijo—. ¿Y qué haría yo en Tahv? Difícilmente encajaría con vuestra hermosa gente.

Mirando hacia ella, le guiñó un ojo. A la luz del sol, podía ver la larga cicatriz rojiza corriendo por su mejilla derecha hasta el cuello. A veces había imaginado que se debía a alguna gran batalla, en lugar de un accidente de granja, años atrás. Pero él tenía razón. Incluso si tuviera un nombre y apellido, su desfiguración le haría difícil encajar en la Tribu.

Jelph se puso en pie bruscamente.

—*Vas* a aplastarlas —dijo ella, pasando los ojos rápidamente de él a las flores.

—En realidad, tengo algo para vos —dijo, señalando con el pulgar detrás de él—. En honor de vuestro Día de la Desposesión.

—Es «de los Desposeídos».

—Os pido disculpas.

La condujo al interior de la granja, más de lo que nunca había estado antes, más allá de los montículos hasta una estructura que sólo había visto desde el cielo. Situada cerca de la orilla del río, la cabaña era más grande que su vivienda y el doble de alta.

Ori palideció.

—¿Qué hay aquí atrás? ¡Apesta!

—El estiércol suele hacerlo. El de uvak se lleva la palma —dijo, acercándose a la puerta de barrotes. Lo que antiguamente era un establo para un anterior ocupante que pudiera poseer uvak, ahora le proporcionaba un lugar al refugio del viento para almacenar la carga de estiércol que necesitaba para mezclar su tierra—. No os gustaría estar cerca cuando tengo lo acarreo hasta aquí.

Abrió la puerta.

—Sin duda, *este* no es tu regalo para mí —dijo ella, entornando los ojos y tapándose la nariz.

—Por supuesto que no. —Alargó la mano al interior de la puerta y recogió un yugo de aspecto extraño—. Es algo en lo que he estado trabajando. He alargado unos odres y los he añadido a parte de un arnés para uvak. —Equilibrando las correas centrales en sus manos, le mostró cómo las largas bolsas colgaban a ambos lados—. Siempre habéis tenido que volar de vuelta con las dalsa en un paño húmedo. Con esto, podéis llevarlas directamente… y no acabaréis empapada cuando lleguéis a vuestra casa.

Ori abrió mucho los ojos, mientras él cerraba la puerta del apestoso lugar.

—¿Has hecho eso para mí?

Jelph miró a su alrededor.

—Hmm. No veo hoy aquí a ningún Gran Señor, así que… claro. Supongo que es para vos.

Regresaron caminando a lo largo de la orilla del río, más allá de la pequeña barcaza atada en el bancal. Tras terminar de pastar, Shyn, el uvak de Ori, se acercó volando y se posó en un claro. Jelph caminó con seguridad hacia el animal y levantó el yugo sobre su marco de cuero. Un ajuste perfecto. Shyn, que no soportaba a nadie, asintió con la cabeza pasivamente.

Por eso vengo aquí, pensó Ori. La vida en la corte era despiadada; aquel mes, más de lo habitual. Aunque muchos no estaban motivados por el ansia de poder, sino por el miedo a perder el poder que tenían. Este hombre no tenía nada y no temía a nada.

Su madre le había dado un nombre: la Confianza del Callejón Sin Salida.

Jelph llenó parcialmente los pellejos con agua y luego depositó las flores cortadas en el interior. Shyn parecía ahora un animal de desfile, adornado con flores. Eso podría ser buena idea para algún momento, pensó Ori… pero no para mañana. Observó cómo sujetaba la parte superior para proteger las flores.

—Ya está. Listas para un Gran Señor.

La ayudó a subir a lomos del uvak.

—Jelph —dijo ella, mirando hacia abajo—. Con todo lo que sabes hacer, realmente deberías estar enseñando a los keshiri cómo cultivar las cosas. No vendiendo tierra.

—Cuidado —dijo, señalando hacia el granero de compostaje—. Mi vida está en esa tierra. —Dio unas palmaditas en el alargado rostro de Shyn y se volvió hacia su barcaza, flotando en el del agua—. Y puede que no sea de la Tribu, pero al menos *tengo* una «nave». —Se rió—. ¡Aunque tenga este aspecto!

Capítulo Dos

Los Sith *tenían* una nave, Ori lo sabía, pero nunca la había visto. Nadie vivo lo había hecho. Una de las últimas acciones de Yaru Korsin fue trasladar a todo el mundo desde su cómodo retiro hasta Tahv, donde los recién llegados podrían aumentar su número y su alcance. Centinelas aéreos protegían en todo momento el santo y prohibido Templo frente a los intrusos, fueran Sith o no. Pero la montaña seguía siendo visible sobre los ahora inservibles muros protectores de Tahv, un recordatorio de sus orígenes estelares.

Ori podía ver claramente el monte desde el nuevo y lujoso compartimento de su madre en la Korsinata. Múltiples gradas se alzaban sobre un terreno de juegos pentagonal, con la sección del Gran Señor sobre todas ellas. Precisamente esa mañana, la madre de Ori había sido agraciada con una codiciada sección del estadio junto al Gran Señor, cuyo palco siempre miraba hacia el Templo.

—Más cerca de las estrellas —dijo Ori en un susurro. *Estamos ascendiendo.*

Estudió el horizonte. Allí, a kilómetros de distancia, el *Presagio* yacía en su edificio protector, esperando el día en que los Sith llegaran a buscar a su tribu perdida. Pero nadie había llegado, y había pocas explicaciones agradables del por qué. El legendario Señor Sith Naga Sadow ya debería de haberlos encontrado, si es que había ganado su guerra. Si los Sith y los Jedi se habían aniquilado entre sí, puede que nunca llegase nadie.

¿Y si habían vencido los Jedi? Tal como le había pasado en la granja, Ori palideció sólo de pensarlo. Sabía quiénes eran los Jedi sólo a través de sus maestros, que mantenían viva la historia. Ori sabía lo suficiente para odiar a los Jedi y todo lo que representaban. Debilidad. Piedad. Abnegación. Ser descubiertos por los Jedi sería realmente un cruel destino.

Pero lo peor acerca del paso del tiempo había sido el descubrimiento de que, en sus intentos de escapar del planeta, esos mismos pioneros legendarios de hacía un milenio habían malgastado la mayor parte de los recursos que podrían ser de utilidad hoy en día a la Tribu. Seguían circulando gran cantidad de los cristales Lignan de la bodega del *Presagio*, pero sólo servían para hacer sables de luz y poco más. Y cualquier conocimiento acerca de cómo funcionaba el *Presagio* se había desvanecido; ahora era competencia de estudiosos que ya no tenían acceso a la nave. Sólo un Gran Señor podía anular la prohibición de Korsin y devolver los ojos de la Tribu al espacio.

No sería *esta* Gran Señora, la mayor inútil que jamás obtuviera el puesto. Ori hervía de rabia mientras miraba a la pálida vieja bruja en su pedestal hermosamente decorado. Lillia Venn se balanceaba en su trono, con su mano atrofiada moviéndose arrítmicamente con la melodía de los músicos que tocaban abajo. La Gran Señora Venn había sido una candidata de compromiso un año antes, cuando los otros seis Sumos Señores habían sido incapaces de ponerse de acuerdo en un nuevo líder. Siendo la mayor de los Sumos Señores por veinte años de diferencia, Venn no era una figura a temer; nadie imaginaba que durase demasiado. Los partidos políticos rivales, distinguidos por las bandas rojas y doradas que llevaban, juraron vasallaje a la mujer mientras continuaban tramando sus

siguientes pasos. Esta Gran Señora era un cadáver ambulante que aún no sabía que estaba muerto.

—No olvides saludar, cariño.

Ori volvió la mirada a los oscuros ojos de Candra Kitai. Vibrante a sus cincuenta años, la más reciente de los Sumos Señores se acercó a la barandilla, se giró educadamente al palco real, e hizo una reverencia. Cuando la Gran Señora no respondió, el rostro de Candra se puso tan tenso que Ori temió que se resquebrajase.

—Tranquila, mamá —dijo Ori—. Tal como me dijiste, hoy es nuestro gran día.

Meses antes, la madre de Ori había tomado el lugar de Venn entre los siete Sumos Señores, convirtiéndose instantáneamente en la segunda persona más importante de la Tribu. Manteniendo en privado sus preferencias acerca de las facciones rivales, Candra resultaba ser quien rompería el empate: la persona que tendría la palabra definitiva en la elección del sucesor de la anciana líder.

Reconociendo la nueva importancia de Candra, Venn le había ofrecido la sección más cercana a ella, al alcance de incluso sus debilitados ojos. Si jugaba bien sus cartas, Candra podría mantener indefinidamente en punto muerto a los demás Sumos Señores, esquivando todos los desafíos.

¿Y después? *Quién sabe*, pensó Ori. *Para el próximo Día de Donellan, puede que seamos nosotras quienes estemos en el palco real.*

Sus propios rivales en el liderazgo de los Sables, los hermanos Luzo, flanqueaban a la Gran Señora. La pareja, de pecho robusto, devolvió la mirada a Ori, sin ocultar apenas su desdén. Probablemente molestos, pensó ella, porque este era el único momento en el que no podían sabotear sus esfuerzos. Habían estado observándola durante meses, ansiosos por aprovecharse de cualquier desliz. Con un poco de suerte, el fin de Venn también sería el fin de los Luzos.

—Tranquila, querida —dijo Candra, captando sus pensamientos—. Hoy todos somos amigos.

La más reciente de los Sumos Señores se giró y saludó a los líderes de las dos facciones rivales, sentados en sus habituales palcos rojo y dorado. Los sumos Señores Dernas y Pallima eran tan importantes para ella como lo era la Gran Señora… y ella para ellos.

—Amigos. Claro. —Ori puso los ojos en blanco.

—Pero nuestro palco luce precioso. Un gran trabajo, una vez más.

Al recordárselo, Ori volvió la mirada hacia algo más agradable: las flores dalsa, frescas y vibrantes en la barandilla. Puede que Jelph de Marisota nunca apareciera por allí, pero al menos una parte de él había hecho el viaje.

Desde abajo llegó un sonido atronador. Ori miró hacia abajo, a los jinetes vestidos con el antiguo uniforme de los Rangers Celestiales de Nida Korsin que entraban al campo con sus uvak mutilados. El más cruel de los deportes sangrientos de Kesh, la monta-rastrillo comenzaba ya con sangre. Se cortaban los músculos de las alas de los cachorros uvak, manteniéndoles permanentemente en tierra y conservándoles a un tiempo cierto

margen de movimiento. Con fragmentos de cristal incrustados en los duros bordes de sus alas, las criaturas adultas caminaban lentamente, agitando sus alas transformadas en peligrosas armas.

Entornando los ojos, Ori trató de identificar a los jinetes. Dernas y sus Rojos tenían sus favoritos, al igual que Pallima y los Dorados. Venn tenía dos candidatos, promocionados por los hermanos Luzo. Sin embargo, el último en entrar al campo era el que importaba a Ori: Campion Dey, un criador de uvak de las tierras del sur que Candra patrocinaba. Dey saludó a Ori y a su madre,

—Creo que lo hará bien —comentó Ori.

—Morirá —dijo Candra.

Ori volvió la mirada, sorprendida. Candra estaba acomodada en su confortable silla, indiferente a los tambores que retumbaban abajo. Analizando el rostro de su madre, Ori descubrió la verdad. Estos eventos deportivos siempre eran representaciones de las luchas por la sucesión. Las facciones rivales podrían tratar de ganarse el favor de Candra permitiendo que su candidato ganase, pero la más reciente de los Sumos Señores no iba a inquietar a la Gran Señora Venn. No hoy.

—Algún día tendremos que ganar —refunfuñó Ori.

—Hoy no —dijo Candra. Campion Dey podía darse por muerto.

Al toque de concha-cuerno, el campo se convirtió inmediatamente en una nube de polvo y sangre. En la monta-rastrillo no había estrategias ni posiciones. Los jinetes tenían sus sables de luz, pero cualquiera con dos dedos de frente se preocupaba de las riendas y de nada más. Como cualquier Sable, Ori disfrutaba con una buena pelea… pero esto no era más que una lucha entre animales: titanes, dando bandazos, desgarrándose entre sí.

Y el candidato de su familia estaba allí simplemente para decorar el lugar, no más importante que las flores del…

—*¡Mirad!*

Todos los ojos se volvieron hacia Campion Dey, cuyo uvak retrocedió de repente sobre sus pies con garras. Cargó hacia delante, con sus alas con bordes como cuchillas extendidas. Pero en lugar de provocar una carnicería en el oponente que se encontraba caído e indefenso ante él, la criatura saltó…

…y *voló*. Unas alas que no deberían funcionar se agitaron poderosamente, permitiendo a uvak y jinete salir de la lucha hacia las tribunas.

Dey, de pie en su silla de montar, alzó su sable de luz rojo y gritó algo que Ori no pudo escuchar. De acuerdo, él tenía el control. Activando su propia arma, Ori subió de un salto a la barandilla, lista para golpear si pasaba cerca. Pero la bestia renqueante fue hacia la izquierda, ascendiendo con dificultad entre la multitud presa del pánico hacia el lujoso compartimiento de la Gran Señora.

Ori vio a Lillia Venn ponerse en pie, sin inmutarse, cuando el atacante escaló hasta su tribuna y se acercó a ella. Alzando sus temblorosas manos, la Gran Señora desencadenó un torrente de energía del lado oscuro. Llamas azules chisporrotearon en sus alas, y el sorprendido animal cayó hacia atrás, a la tribuna inferior, arrojando al jinete de su lomo.

Los Luzos saltaron desde el palco real, con sus propias armas convertidas en borrones rojos mientras se lanzaban contra el aspirante a asesino.

—¡Madre, atrás! —gritó Ori.

Más allá, un sirviente keshiri cerró los postigos del compartimiento de la Gran Señora. Ori hizo entonces lo mismo, haciendo caer en el proceso grandes macetas de flores de Jelph. Se volvió hacia su madre, que se encontraba estupefacta, paralizada ante el espectáculo.

—¿Qué ha ocurrido, Madre?

Conocían a Campion Dey desde hacía años, y habían apoyado su entrenamiento. ¿Qué podía haber causado que cometiera semejante locura?

Candra sólo agitó la cabeza. Brotaba sangre de un rostro que sólo momentos antes parecía juvenil.

—Será… será mejor que te vayas, Ori.

—Los otros Sables se están ocupando de Dey —dijo Ori, vigilando la entrada al compartimiento.

—No me refiero a eso.

Ori miró a su madre, aturdida.

—Nosotras no hemos hecho esto. No tenemos nada de lo que preocuparnos. ¿Verdad? —Agarró el brazo de la mujer mayor—. ¿*Verdad*, madre?

Convocando una reserva de calma insólita, Candra se puso en pie.

—No sé qué es lo que acaba de pasar. Pero lo *sabré*, de un modo u otro.

Comenzó a andar, dejando atrás a su hija, y abrió la puerta. Fuera, Sith y keshiri se apresuraban como locos huyendo por las rampas exteriores de la Korsinata.

—¡Madre!

Candra le devolvió la mirada con ojos tristes.

—Ahora no puedo hablar, Ori. Vuelve a nuestra finca y asegúrate de que los esclavos sepan que no volveré a casa esta noche.

Y desapareció en la multitud.

Una estrella cayó, inofensiva, desde el cielo. Aterrizando en una colina, iluminó la noche, haciendo que los jardines de Kesh florecieran como nunca antes.

Hasta que volvió a alzarse, prendiéndole fuego a todo. Las piedras del hogar de Ori se convirtieron en cenizas antes de que el viento ardiente la expusiera al infierno. Carbonizada y moribunda, persiguió la estrella hasta la jungla para preguntarle por qué había destruido su mundo. Esta respondió: «Porque creíste que era una amiga.»

Ori había experimentado esa visión de la Fuerza durante su segundo día como Tyro, el nivel más bajo en la jerarquía de la Tribu. Nunca había significado nada para ella. Pero al llegar a Lluvia de Estrellas, la casa de campo de su madre al sur de Tahv, tuvo ocasión de recordarlo. Una procesión de trabajadores keshiri estaba saliendo de la mansión de mármol, llevando pertenencias a una pira en el césped.

Sus trabajadores. *Sus* pertenencias.

Dejando a Shyn junto a las columnas que se alineaban en la avenida principal, Ori corrió hacia la hoguera. Sacando su sable de luz, se enfrentó a la frágil figura púrpura que dirigía los actos: el mayordomo de su madre.

—¿Qué está pasando? —Ori agarró al hombre—. ¿Quién te dijo que hicieras esto?

Reconociendo a la hija de su ama, el keshiri miró furtivamente a ambos lados antes de tocar la muñeca de Ori. Le habló en un leve susurro.

—Fue la propia Gran Señora quien ordenó esto, milady. Hace sólo un par de horas.

¿Un par de horas? Ori agitó la cabeza. El intento de asesinato había sido sólo dos horas antes. ¿Cómo era esto posible?

El mayordomo señaló a la entrada principal. Allí, dos aprendices de los hermanos Luzo se encontraban de pie en la gran puerta, observando cómo pasaban los trabajadores cargados con muebles. Ori vio que aún no habían reparado en su presencia… pero ella iba a cambiar eso. Ori dio un paso hacia la casa.

Agarrándola del brazo, el viejo hizo retroceder a Ori.

—Hay más de ellos dentro —dijo, llevándola tras la hoguera, fuera de su campo de visión—. También se van a llevar las cosas de su madre.

—¿Sigue siendo una Suma Señora? —preguntó Ori.

El mayordomo bajó la mirada.

Otro pensamiento la asaltó.

—¿Sigo siendo un Sable?

Sintiéndose súbitamente mareada, Ori se acercó tambaleándose a las llamas y trató de recordar lo que había visto y oído en su camino al huir de la Korsinata. Había habido un gran caos. Con Campion Dey muerto segundos después de su ataque frustrado, por todas partes había rumores atribuyendo sus actos. La facción Roja aseguraba que su madre había realizado un funesto pacto con los Dorados, y viceversa. Algunos decían que Venn había muerto en su palco, sucumbiendo a sus esfuerzos y a la agitación; otros informaban haber visto las ejecuciones de los Sumos Señores Dernas y Pallima, en sus propios palcos del estadio. Nada de eso tenía sentido.

La única cosa en la que todos estaban de acuerdo era en quién había llevado al asesino al estadio en primer lugar: la familia Kitai.

Tenía que volver a Tahv y hablar con sus aprendices leales con acceso al Alto Asiento. Defensores de los intereses de su familia, ellos sabrían qué estaba pasando ahora. Era importante no sucumbir a la rabia por la hoguera, un obvio intento por parte de la Gran Señora de provocar una reacción y revelar deslealtad.

Volviendo la mirada a la mansión, Ori sonrió con suficiencia. Las habilidades políticas de Candra no tenían rival. En ese mismo momento, ya habría desviado exitosamente la culpa de sí misma y habría descubierto quién salió vencedor. Para cuando Ori llegase a Tahv, Candra probablemente se encontraría sentada a la derecha de quien quiera que hubiera ganado. Ahora no era el momento de caer en una torpe trampa tendida por los Luzos.

—Esto se solucionará —dijo al mayordomo, volviéndose hacia su uvak.

—Adiós, Ori.

Subiendo sobre Shyn, Ori tomó las riendas. De repente se detuvo, llamando al anciano keshiri que se estaba retirando.

—Espera. Me has llamado *Ori*.

El keshiri bajó la mirada y salió corriendo.

Por el lado oscuro, pensó. *Cualquier cosa menos eso.*

Jelph inclinó el tambaleante carro hacia atrás, permitiendo que otro montón de tierra se vertiese en la zanja. Conforme pasaba el verano, los montones se secarían, volviéndose más ácidos; un baño alcalino tendía a fortificar las reservas. Sus clientes keshiri no sabían nada de iones de hidrógeno, pero así y todos eran bastante maniáticos.

Escuchando un sonido, Jelph dejó caer su pala y caminó rodeando la choza. Allí, en los menguantes rayos de luz de la tarde, se encontraba su visitante del día anterior, cara a cara con su uvak, sujetando la brida.

—Me sorprende verte —dijo Jelph, acercándose a ella desde atrás—. Espero que no hubiera ningún problema con las dalsas.

Dándose la vuelta, ella soltó el arnés. Sus brillantes ojos marrones estaban llenos de dolor y rabia.

—He sido condenada —dijo Ori de Tahv—. Soy una esclava.

Capítulo Tres

Jelph vertió un poco más de la mezcla terrosa en el cuenco de Ori. Pese a ser un plato de indigentes, los insípidos cereales se transformaban en otra cosa en sus manos, sazonados con especias de su jardín y pequeñísimos trocitos de carne en salazón. Ori no sabía de qué animal era, pero igualmente devoraba su comida con avidez. Dos días de orgulloso ayuno habían sido demasiado.

Aún le parecía tan extraño verle ahí, fuera de los campos. Cada una de las dos mañanas anteriores, él se había levantado antes del amanecer, comenzando temprano sus tareas para tener más tiempo para ella. Se lavaba en el río antes de que ella se despertase. Cuando le tocaba a ella, él se retiraba al rincón de la choza que hacía las veces de cocina para preservar su intimidad. Ori no creía necesitarlo, pero sin embargo comenzaba a acostumbrarse a esa extraña mansedumbre. Él no era un juguete de los keshiri, sino un humano, aunque fuera un esclavo.

Como ella.

Por alguna razón, no le había contado nada aquella primera noche. No había apenas nada que él pudiera hacer, y todo le quedaba demasiado grande. Ori se sentó en silencio junto a la puerta de la choza, observando la nada hasta que se quedó dormida. Se despertó a la mañana siguiente en el interior, en el camastro de paja que él mismo usaba. No tenía ni idea de dónde había dormido él aquella noche, si es que había dormido.

La segunda noche, después de una cena que dejó intacta, se decidió a contárselo: todo lo que había descubierto en su viaje a Tahv. Los líderes de las dos facciones que no lograban ponerse de acuerdo en un Gran Señor habían caído ante su anciana candidata de conveniencia. La situación había llevado a que sus esbirros decapitasen —literalmente— el liderazgo de las facciones Roja y Dorada.

Las fuentes de Ori le habían asegurado que su madre aún vivía, aunque en las garras de la vengativa Venn. Era demasiado tarde para que Candra pudiera salvar su carrera, pero aún podría salvar su vida, si decía las cosas adecuadas sobre las personas adecuadas. Como Donellan, Candra había esperado demasiado para elegir un bando y promocionarse como sucesora. Un año como Sumo Señor le había parecido demasiado poco tiempo. Pero para Venn, que casi consideraba como un milagro cada segundo de vida, la necesidad de sobrevivir a sus rivales era primordial.

Al descubrir que había sido condenada a la esclavitud, Ori fue corriendo hacia su uvak oculto y salió volando al único lugar seguro que conocía. Tras un largo momento de duda, Jelph la acogió… aunque tenía menos seguridad acerca de qué hacer con Shyn. Como esclavos, ninguno de ellos podía poseer un uvak. Recordando la compostera que anteriormente había servido como establo, Ori le instó a esconder a la criatura allí, tras los montones de estiércol almacenado. Al principio dudó, pero finalmente Jelph cedió ante la presión de Ori. Ya se sentía mareada, y las arcadas fueron más fuertes en cuanto se abrió la puerta de ese asqueroso lugar. Le pasó lo mismo la segunda noche, tras relatar la historia completa de la caída de su pequeña pero importante familia.

En esos momentos, Jelph se mostró dispuesto y servicial, atendiéndola con paños y agua fresca del río. Ahora, en el crepúsculo de la tercera noche, ella *realmente* estaba poniendo a prueba los límites de su hospitalidad. Sintiéndose mejor, Ori había pasado todo el día dando vueltas por la granja, repasando la secuencia de hechos en su cabeza y planeando el regreso al poder de su familia, aunque ahora la familia solamente fuera ella. Durante la cena, puso a prueba tanto el conocimiento como la paciencia de Jelph.

—No entiendo —dijo él, arañando el fondo de su cuenco de concha orojo—. Creía que la Tribu encontraba normal que la gente desease los trabajos de los demás.

—Sí, sí —dijo Ori, sentada en el suelo con las piernas cruzadas—. Pero no matamos para obtenerlos. Matamos para mantenerlos.

—¿Hay diferencia?

Ori dejó caer su cuenco vacío al suelo de la choza. *Menuda mesa de comedor,* pensó.

—Realmente *no* sabes nada acerca de tu gente, ¿verdad? La Tribu es una meritocracia. Quien sea el mejor en un trabajo puede obtenerlo… en el supuesto de que se haga un desafío público. Dernas nunca hizo un desafío público para ser Gran Señor. Ni Pallima.

—Ni tampoco tu madre —añadió, arrodillándose para recoger el cuenco de Ori. Se mostró ligeramente asombrado cuando ella usó la Fuerza para hacerlo levitar hasta su mano—. Gracias.

—Escucha, es muy sencillo —dijo ella, poniéndose en pie y haciendo un esfuerzo inútil por limpiar la suciedad de su uniforme—. Si alcanzas a tus rivales antes de que estén listos, puedes hacer lo que quieras… incluyendo el asesinato.

Él la miró con la frente fruncida.

—Suena como un baño de sangre.

—Normalmente lo dejamos en cosas de más bajo nivel, por el bien del orden. Envenenamientos. Una cuchilla *shikkar* en la garganta.

—Por el bien del orden.

Ella se plantó en la entrada y le miró fijamente.

—¿Vas a criticarnos, o vas a ayudarme?

—Lo siento —dijo Jelph, poniéndose de pie—. No quería enfadarte. —Agitó la cabeza—. Es sólo que pensar en tener normas para esa clase de cosas parece… bueno… extraño. Hay normas para romper las normas.

Ori caminó hacia el bancal del río y miró al oeste. El sol parecía hundirse en el propio río, haciendo que el agua tomase un brillo de color naranja. *Era* un lugar bonito, y había fantaseado anteriormente con pasar noches allí. Pero esto no era en absoluto lo que había imaginado. No iba a ser capaz de planear su regreso desde este lugar. Y necesitaría más ayuda que un robusto granjero.

—Tengo que volver —dijo—. A mi madre le tendieron una trampa para incriminarla. Quien nos hizo esto, lo pagará… y recuperaré mi honor. —Se volvió para mirar a Jelph, que se encontraba masticando una ramita de algo que había recogido del suelo—. ¡Tengo que volver!

—Yo no haría eso —dijo él, uniéndose a ella en la orilla del río—. Sospecho que vuestra Gran Señora se encargó personalmente de todo esto.

Ori le miró, sorprendida.

—¿Y tú qué sabes de esto?

—No mucho, tienes razón —dijo Jelph, mascando—. Pero si tu madre era la llave para elegir al reemplazo de Venn, puedo entender que la vieja la quisiera fuera de su camino.

Incrédula, Ori volvió la mirada hacia las crecientes sombras.

—Dedícate al fertilizante, Jelph.

—Míralo de este modo —dijo él, asomándose al campo de visión de Ori—. Si Venn no hubiera escenificado el intento de asesinato y realmente sospechase de tu madre, no habríais sido condenadas. Estaríais muertas. Pero la Gran Señora no *tiene* que mataros, porque sabe que no hicisteis nada. Sois más útiles como ejemplo. —Arrojó la rama al río—. Convirtiendo en esclavas a la Suma Señora y a su familia, mientras vosotras viváis serviréis como ejemplo disuasorio viviente para todos los demás.

Ori le miró, atónita. Tenía sentido. Dernas y Pallima habían muerto a la vista de todo el mundo. La hoguera en su finca había atraído la atención de humanos y keshiri por igual. Si hubiera permanecido en Tahv, ya estaría presa, haciendo trabajos forzados a la vista de todo el mundo.

—¿Y entonces qué hago?

Él sonrió, suavemente. Su cicatriz era invisible ahora.

—Bueno, no lo sé. Pero se me ocurre que, mientras aún no sientas a través de tu Fuerza que tu madre esté sufriendo, la forma de frustrar a Venn es… *no ser un ejemplo*.

Él no dijo el resto, pero ella lo escuchó. *El modo de no ser un ejemplo es no estar allí.* Ella le miró a los ojos, que reflejaban la luz de las estrellas que iluminaba el agua.

—¿Cómo puede un granjero saber de estas cosas?

—Ya has visto mi trabajo —dijo él, posándole una mano en el hombro—. Trato con muchas cosas que apestan.

Ella se rió, a su pesar, por primera vez desde que había llegado. Dio un paso alejándose del río en la oscuridad, y su pie flaqueó sobre la tierra blanda.

Él la sostuvo. Ella le dejó.

De pie en la entrada de la choza pasada la medianoche, Jelph observó la figura durmiente de Ori en el camastro de paja. Pensaba en que había sido un error dejar que Ori permaneciera tanto tiempo… y ciertamente había sido un error dejar que las cosas llegasen tan lejos como lo habían hecho en los últimos nueve días. Pero, bueno, para empezar había sido un error fomentar sus visitas.

Caminando al exterior, alisó su harapienta túnica. Después de muchos días sofocantes, esa noche el viento soplaba con un frío poco habitual para esa época. Encajaba con su humor. La presencia de Ori lo ponía todo en peligro, de modos que ella

nunca podría imaginar. Porque había mucho más en juego que la fortuna de una familia Sith.

Y, aún así, la había acogido. Era una Ori Kitai distinta la que había venido a verle, una ante la que no podía resistirse. Parecía tan orgullosa en sus visitas anteriores; imbuida del nocivo engreimiento de su gente, segura tanto de su estatus como de sí misma. Con la pérdida del primero, lo demás desapareció. Había visto a la persona que se ocultaba debajo: indecisa e insegura. Pese a lo enfadada que seguía estando por lo que había pasado, también estaba triste por la pérdida de la visión de sí misma que un día había tenido. Y últimamente la tristeza estaba ganando, y sus días se limitaban a pasear de la choza al jardín.

Humildad en un Sith. Era una cosa asombrosa de atestiguar, algo imposible. Su armadura se había fundido, las impurezas parecían haberse esfumado. ¿Era posible que no todos los Sith de Kesh hubieran nacido corruptos? Su rabia por haber sido desposeída no parecía… superior a lo normal. No más de lo que él habría sentido, y había sentido, en situaciones similares. No era la clase de furia que destruía civilizaciones por diversión. No era Sith.

Se dio cuenta de que era un error que la mayor desgracia en la vida de Ori sólo la hubiera hecho más atractiva ante sus ojos. La defensa que tanto había trabajado en crear se había desmoronado después de esa noche en la orilla del río. En ese momento, ella le necesitaba, y había pasado tanto tiempo desde que nadie le había necesitado… No había mucho mercado para los don nadies, ni en el campo ni en ningún otro lugar. Pero el riesgo siempre estaba allí, acompañando a la felicidad.

Miró hacia el norte. Un débil rayo de luz anidó entre las nubes y las colinas. Estaba comenzando de nuevo la aurora. En un par de noches, el cielo septentrional estaría en llamas. Pronto sería el momento.

Echando un vistazo al almacén, calculó cuánto tiempo tendría que estar fuera de la granja. No era seguro dejarla sola allí en su ausencia. Ella tendría que irse.

Pero él no podía dejarla marchar.

Capítulo Cuatro

Jelph se marchó al alba, con su larga pértiga de hejarbo en la mano para impulsar su barcaza río arriba. Al ver perturbada su paz, Ori estalló en una tormenta de protesta. ¿Qué importaba lo que sus clientes necesitasen para la temporada de siembra otoñal? ¿Qué le debía a esa gente? Todo lo que obtenía por su trabajo eran unos pocos objetos que él no era capaz de obtener de la tierra.

Pero Jelph había seguido mirando a los terrenos de la salva, y al cielo. Aseguraba que tenía más responsabilidades que las que ella conocía. Ori se burló de él, más pesadamente y durante más tiempo del que pretendía. Eso la preocupaba ahora, al retirar dos de las trampas que había tendido para los roedores en la linde del bosque. Jelph no se había marchado enfadado, pero se había marchado de todos modos, a pesar de sus ruegos.

Eso no le gustaba. Él había sido el bálsamo que necesitaba, haciendo que desaparecieran todos sus quebraderos de cabeza. Durante demasiado tiempo en su vida había dependido tanto del oficio de su madre que había sido seductoramente fácil poner su existencia en sus manos. Pero su marcha le había recordado que él podía rechazarla. Ella no tenía poder sobre nadie.

Y no podía vivir sin él. Sin Jelph, ya no había nadie más en absoluto.

Nadie salvo Shyn. Ori echó un vistazo a la puerta trasera del cobertizo de compostaje, un poco más arriba, que se encontraba entreabierta para permitir la circulación. Ni siquiera un uvak debería vivir en semejante lugar, aunque el hedor proviniera de su especie. Respirando profundamente, se acercó. Le había tomado la mayor parte del día comprobar y limpiar las trampas, recogiendo algunas de las alimañas que Jelph usaba para complementar su dieta. *Maldita sea.* Al menos ver al uvak le recordaba que seguía teniendo cierta libertad, cierta posibilidad de…

Ori entrecerró los ojos. Algo había cambiado en la Fuerza. Dejando caer las trampas, corrió hacia el cobertizo y abrió de golpe la desvencijada puerta.

Shyn estaba muerto.

La gran bestia yacía sangrando sobre el sucio suelo, con profundos cortes con bordes quemados sobre su largo cuello dorado. Reconociendo inmediatamente las heridas, Ori encendió su sable de luz y registró el edificio.

—¡Jelph! Jelph, ¿estás ahí?

Excepto unas cuantas herramientas alineadas en la pared, no había nada allí, salvo el gigantesco montón de estiércol cerca de la entrada.

—Te dije que la encontraríamos aquí —dijo la voz de un hombre joven en el exterior—. Sólo había que seguir el hedor.

Ori salió, con su arma preparada. Los hermanos Luzo, sus rivales en el cuerpo de Sables, estaban ahí fuera ante sus propias monturas uvak. Flen, el mayor de ellos, sonrió con suficiencia.

—El hedor a fracaso, quieres decir.

—¿Queréis morir, Luzo? —Ori dio un paso adelante, sin ningún miedo.

La pareja de hermanos no se movió. Sawj, el más joven, hizo un gesto de desdén.

—Hemos matado a dos Sumos Señores esta semana. No creo que vayamos a mancharnos las manos con una esclava.

—¡Habéis matado a mi uvak!

—Eso es diferente —dijo Sawj—. Puede que no sepas esto, pero nosotros los Sables nos encargamos de mantener el orden. ¡Una esclava no puede poseer un uvak!

Llena de odio, Ori dio otro paso adelante, lista para atacar… cuando vio que Flen Luzo se giraba hacia su uvak.

—Los comerciantes nos dijeron que te gustaba venir aquí —dijo, abriendo su alforja—. Hemos venido para hacer un trato.

Arrojó dos pergaminos a los pies de Ori.

Arrodillándose, Ori observó lacre de los pergaminos. Ahí estaba el sello de su madre, un diseño que solamente conocían ella y los miembros más cercanos de su familia. Algo así estaba reservado para validar un testamento final. Desenrollando el pergamino, comprobó que, en cierto modo, esto lo era.

—¡Aquí dice que conspiró con Dernas y los Rojos para asesinar a la Gran Señora!

—Y el otro dice que conspiró con Pallima y su gente —dijo Flen, con una mueca—. Como ves, firmó ambas confesiones.

—¡Podríais haber conseguido cualquier cosa bajo coacción!

—Sí —dijo Flen.

Ori examinó el documento. Candra Kitai rendía ahora su eterna lealtad a la Gran Señora Venn, quien la mantendría con vida —de forma pública y visible— como su esclava personal. Venn ahora tendría que nombrar sus propios tres Sumos Señores de repuesto, dijo Flen, bloqueando de forma efectiva cualquier movimiento que pudiera quedar en los bandos de sus rivales. Ori pudo suponer por el sonido de la voz de Flen que los hermanos podrían encontrarse con un súbito ascenso debido a su lealtad.

—Como dije —añadió Flen—, hemos venido a hacer un trato. Tu sable de luz, por favor.

Ori arrojó los pergaminos al suelo.

—¡Tendréis que quitármelo!

Él simplemente se cruzó de brazos.

Tu madre nos dijo que cooperarías. Estoy seguro de que no quieres ser la causa de su sufrimiento.

—¡Ella ya está sufriendo! —Dio otro paso hacia ellos.

—Y entonces nuestros Sables llegarán aquí en tropel y acabarán con esta pequeña granja. *Y* con ese chico granjero tuyo —dijo, con sus ojos brillando de maldad—. Ya tienen órdenes de hacerlo, si no nos entregas tu sable de luz.

Ori se quedó inmóvil. Al recordarlo de pronto, miró desesperadamente al río. Él regresaría pronto en su barcaza.

Flen habló con aire de complicidad.

—No nos importa lo que haga una esclava, ni con quién lo haga. Pero no serás una esclava hasta que no tengamos ese arma. —Los hermanos encendieron sus sables de luz al unísono—. De modo que, ¿qué vas a hacer?

Ori cerró los ojos. No merecía lo que le había pasado, pero él lo merecía aún menos. Y él era lo único que tenía.

Pulsando el botón, desactivó el sable de luz y lo arrojó al suelo.

—Ha sido lo correcto —dijo Sawj Luzo, desactivando su sable de luz y tomando el de ella. Ambos hermanos retrocedieron hacia sus animales y montaron en ellos.

—Oh —dijo Flen, alcanzando algo que estaba atado al arnés de su uvak—. Tenemos un regalo de la Gran Señora… para que empieces tu nueva carrera.

Arrojó el objeto alargado, que aterrizó con un golpe seco a los pies de Ori.

Era una pala.

Su hoja de metal hacía que fuera realmente un tesoro: pudo ver que estaba forjada a partir de uno de los escasos fragmentos de los restos del aterrizaje del *Presagio*. El material había sido trabajado una y otra vez durante siglos, cuando fue notoria la escasez de hierro en la superficie de Kesh. Una última recompensa de su vida pasada. Con la pala en sus manos, escuchó a los hermanos reírse mientras se alejaban hacia el norte.

Ori miró a su alrededor, a lo que le quedaba. La choza. El cobertizo. Montones y montones de barro. Y los enrejados, hogar de las dalsas que la trajeron en primer lugar hasta allí…

—*¡NO!*

Con la rabia hirviendo en su interior, arremetió, golpeando las frágiles estructuras con la pala. Un poderoso golpe destrozó todo el armazón, lanzando las flores con fuerza contra el suelo. Los restos de brotes de hejarbo estallaron, volando en astillas por el poder de su mente.

Enfurecida, cargó contra la granja, reduciendo a pedazos el destartalado carro de Jelph. Tanta rabia y tan poca cosa que destruir. Se volvió y vio el símbolo de su desposesión: el cobertizo de compostaje. Arremetió contra la puerta, haciéndola saltar de sus goznes y entrando al interior. Con su rabia potenciada por la Fuerza, arrancó las miserables herramientas de las paredes, haciéndolas volar por el aire en un torbellino de odio. Y estaba ese montón de estiércol, grande y apestoso. Con un giro, introdujo la hoja de la pala en su interior…

¡Clanc! Al golpear algo bajo la superficie del estiércol, la pala se liberó de sus manos, haciéndole perder el equilibrio en el lodo.

Recobrando la calma mientras volvía a ponerse en pie, Ori miró la pila con asombro. Allí, bajo la masa hedionda, había una sucia lona cubriendo y protegiendo algo grande.

Algo metálico.

Recuperando la pala, empezó a cavar.

Se había sentido de forma horrible, dejando a Ori con un trabajo que le llevaría todo el día. Pero él tenía su propia trampa que comprobar, ahí bajo las copas frondosas. Jelph

no había capturado nada durante meses, pero sus mejores posibilidades siempre parecían coincidir con las auroras.

Acercándose al montículo aislado, encontró su tesoro, oculto bajo las hojas gigantes. Respiró más rápido por la expectación. A lo largo de los últimos días de turbulencia y tranquilidad, había sentido de alguna manera que algo estaba a punto de suceder. Después de tanto tiempo, este podría ser el día que había estado esperando…

Jelph se detuvo. Algo estaba pasando, pero no era allí. Mirando a través del follaje hacia el oeste, tuvo esa corazonada de nuevo. Algo *estaba* sucediendo, y estaba sucediendo ahora.

Corrió hacia la barcaza.

Ori encontró el extraño objeto bajo la lona cubierta de estiércol. En realidad no había acumulado encima mucho de ese asqueroso material; sólo lo suficiente para dar la impresión de que lo que había debajo era algo distinto de lo que en realidad había.

Y lo que había, era grande: fácilmente como dos uvak de largo. Un gran cuchillo de metal, pintado de rojo y plata, con una extraña burbuja negra colocada en la parte trasera. Hacia atrás salían extensiones, como alas, en forma de uve invertida, cada una rematada con dos largas lanzas que le parecían sables de luz.

Ya se había olvidado del olor, y cada vez respiraba más rápido a medida que pasaba la mano por la superficie del misterio de metal. Estaba fría y llena de imperfecciones, con abolladuras y marcas de quemaduras por toda su longitud. Pero aún le esperaba la auténtica sorpresa. Al llegar a la sección redondeada de la parte trasera, presionó su rostro contra lo que parecía de cristal negro. En el interior, encajada en un espacio increíblemente pequeño, vio una silla. Había una placa grabada justo detrás del reposacabezas, con caracteres de aspecto similar a los que sus mentores le habían enseñado:

Caza de Ataque Táctico clase Aurek
Sistemas de Flota de la República
Modelo X4A - Lote de Producción 35-C

Ori abrió los ojos como platos. Reconoció lo que estaba viendo como lo que era. *Una forma de regresar.*

Durante toda su vida, Jelph Marrian había temido a los Sith. La Gran Guerra Sith había concluido antes de que él naciera, pero la devastación causada a su planeta natal de Toprawa fue tan completa que había dedicado su vida a evitar su regreso.

Había ido demasiado lejos, ganándose la antipatía de los conservadores líderes que dirigían la Orden Jedi. Expulsado, había tratado de continuar su vigilia, en colaboración

con un movimiento clandestino de Caballeros Jedi dedicado a impedir el regreso de los Sith. Durante cuatro años, había trabajado en las sombras de la galaxia, asegurándose de que los señores del mal realmente eran sólo un recuerdo.

Las cosas habían vuelto a ir mal. Durante una misión en una remota región hacía tres años, descubrió la caída de la Alianza Jedi. Temeroso de volver, se dirigió hacia las regiones inexploradas, seguro de que nada podría restaurar nunca su nombre y su lugar en la Orden.

En Kesh, había encontrado algo que podría hacerlo… envuelto en su peor pesadilla hecha realidad. Había sido atrapado en una de las colosales lluvias de meteoritos de Kesh, estrellándose en la remota selva como una estrella caída más. Incapaz de solicitar ayuda a través de los extraños campos magnéticos de Kesh, se había aventurado hacia abajo, hacia las luces que había visto en el horizonte.

La luz de una civilización, inmersa en la oscuridad.

Aún a metros de la orilla, saltó de la barcaza.

—¡Ori! ¡Ori, he vuelto! ¿Estás…?

Jelph se detuvo cuando vio los enrejados, cortados. Asimilando los daños, se lanzó hacia el cobertizo.

La puerta estaba abierta. Allí, expuesto en el crepúsculo de la tarde, estaba el caza dañado que había estado rescatando cuidadosamente de la selva, un pedazo cada vez. Encontró otra cosa, a su lado: una pala de metal, desechada.

—¿Ori?

Entrando en las sombras del cobertizo, vio el cadáver del uvak, del que ya se estaban alimentando pequeñas aves carroñeras. Detrás de la construcción, encontró las trampas que le había enviado a Ori que comprobase, abandonadas en el suelo. Ella había estado ahí… y se había ido.

Frente a la choza, encontró otros rastros. Grandes botas Sith y huellas de más uvak. También estaban allí las huellas más pequeñas de Ori, dirigiéndose más allá del seto hacia el camino de carros que conducía a Tahv.

Jelph buscó en el interior de su chaleco el bulto que siempre llevaba en sus viajes. Una luz azul brilló en su mano. Él era un Jedi solitario en un planeta lleno de Sith. Su existencia los amenazaba… pero la existencia de los Sith lo amenazaba todo. Tenía que detenerla.

Sin importar a qué coste.

Se lanzó por el camino, hacia la oscuridad.

Libro 6
Centinela

3960 años ABY

Capítulo Uno

—Creo que… puede que haya arruinado mi vida.

—Suena como si hubieras conocido a una mujer —dijo el camarero de rostro púrpura, rellenando la jarra—. ¿Quieres que deje aquí la botella?

Sólo si puedo usarla para romperla en mi cabeza, pensó Jelph Marrian. Era agua dulce, de todos modos… Nada que pudiera ayudarle a olvidar. Con el sudor goteando desde su apelmazado pelo rubio, bebió un profundo trago. La jarra vacía brilló, atrapando la luz del fuego en sus caras talladas. Jelph la hizo dar vueltas en su mano, siguiendo las reflexiones. Desde su llegada a Kesh, sólo había bebido en conchas orojo. Pero la artesanía del vidrio de los keshiri era preciosa… Incluso allí, para servir a los huéspedes en una modesta estación de paso.

El camarero le pasó un plato de gachas.

—Amigo, parece como si hubieras venido corriendo desde Talbus del Sur.

—Y más.

Jelph no añadió que había estado corriendo prácticamente sin pausa desde la noche anterior. Ahora, mientras el sol se ponía otra vez, se había detenido, medio muerto de sed y de hambre, en un tugurio junto a las alargadas sombras de los muros de la capital. Jelph simplemente asintió con la cabeza al agradable anciano keshiri y se retiró a un rincón con su comida. Los nativos de Kesh siempre se sentían más libres para familiarizarse con los esclavos humanos que con los Sith. *No deben tener muchos problemas para diferenciarnos*, imaginó; esa noche, sus harapientas ropas empapadas, probablemente fueran una pista de que él no había nacido en lo alto.

En realidad, por supuesto, Jelph era el único mortal en Kesh nacido «en lo alto.» Provenía del espacio, aunque no había ningún planeta al que llamase hogar. Los tres años que el antiguo Caballero Jedi había pasado en su pequeña granja junto al río Marisota fueron el periodo más largo que había vivido en un único lugar en años. Había tenido suerte de encontrarla. Jelph había descubierto la finca abandonada pocos días después de estrellarse con su caza en las tierras altas de la selva, cuando el hambre lo hizo lo suficientemente valiente para ir a explorar. Los ocupantes originales se habían marchado mucho antes, probablemente por temor a las historias de que el río Marisota estaba maldito. Al sentir el lado oscuro de la Fuerza a su alrededor, Jelph había comenzado a opinar lo mismo… hasta que se aventuró hacia el norte y se dio cuenta de que, de hecho, el planeta entero estaba bajo una maldición. Kesh pertenecía a los Sith.

Jelph había dedicado toda su vida adulta a evitar el regreso de los Sith a la galaxia. Toprawa había sido devastado por la guerra de los Jedi contra Exar Kun; Jelph había nacido en un mundo que ya había perdido toda esperanza. Huérfano de padre, de su

madre sólo escuchó historias de horror acerca de la ocupación Sith. Cuando ella desapareció una mañana para nunca más volver, el joven Jelph podría haber perdido también la esperanza… si no hubiera llegado en forma de exploradores Jedi. La mujer que le presentaron le salvaría la vida.

Krynda Draay también había perdido a alguien en Toprawa —su marido Jedi— y habían creado un Pacto, un grupo de Caballeros Jedi dispuesto a hacer cualquier cosa para evitar el retorno de los Sith. Ayudándola en sus atentas visiones se encontraban las Sombras, agentes al servicio de su hijo, otro Jedi de gran visión. El Maestro Lucien había eliminado de alguna manera a Jelph del listado de Jedi, proporcionando al joven una movilidad total y completa. Durante años, Jelph había sido el agente secreto perfecto, viajando por todo el Borde Exterior investigando posibles amenazas Sith mientras que la verdadera Orden Jedi se entretenía con asuntos de menor importancia. Se encontraba satisfecho con su éxito…

…hasta que empezó la guerra de la República con los acorazados mandalorianos, cuando todo cambió. Jelph nunca supo exactamente qué había sucedido, aparte de que algún cisma había decapitado el Pacto, revelando su existencia, entre otras cosas. Considerado entonces por los Jedi como un forajido, Jelph encontró que su única opción era huir. ¡Qué ironía que, al elegir Kesh como su refugio, había encontrado precisamente aquello con lo que había jurado acabar!

Jelph terminó su comida y se frotó los ojos. Hasta ahora lo había hecho todo bien. Después de la vida como una Sombra, esconderse de los Sith en Kesh no había resultado difícil. Sabía como ocultar su presencia en la Fuerza. Y la existencia de una clase de parias humanos facilitó que se mezclase con ellos, siempre y cuando viviera en las tierras interiores y redujera el contacto al mínimo. En poco tiempo, había aprendido el dialecto local y adoptado su acento, dándole acceso a las necesidades de la vida. Una vida dedicada a atender su granja durante el día… y trabajar para reparar su caza estelar dañado por las noches.

El caza estelar. Ya había terminado la reparación de la mayoría del daño causado al Aurek por la tormenta de meteoros; sólo quedaba volver a instalar la consola de comunicaciones y seleccionar el momento y el modo de su partida. Entonces, se convertiría realmente en el centinela que había pretendido ser, advirtiendo a la República y a los Jedi de la presencia de los Sith, y recuperando su buen nombre.

Pero entonces la conoció a *ella*. Ori Kitai era de los Sith, y se había acercado demasiado a ella, a pesar de su buen juicio. Había dejado que lo distrajera de su misión. La había admitido en su casa. Y ahora ella había descubierto su caza… y se había ido, probablemente para advertir a los Sith.

¿O tal vez no?

Había salido de la granja rápidamente. No había otra elección. Prefería no poner en marcha el caza sin el sistema de comunicaciones, y reinstalarlo tardaría una semana. Merecía la pena intentar al menos atrapar a Ori. Pero ahora se maldecía a sí mismo por no haber estudiado las pistas más detenidamente. Sí, alguien había entrado al cobertizo,

matado a su uvak, y descubierto el caza estelar. Pero no estaba claro quién había hecho qué. Sí, Ori había desaparecido, y sus huellas conducían hacia el sendero. Pero otras personas a lomos de uvak también habían estado allí recientemente, y se habían marchado. Sólo Sith con derechos especiales podían montar uvak… pero supuestamente todos ellos eran hostiles hacia Ori, a quién ahora consideraban como una esclava. ¿Había ha cambiado algo? Ella no se habría ido con ellos, en ningún caso.

Su apuesta era que la Tribu no sabía aún de su secreto. Si los jinetes de uvak Sith hubieran descubierto su nave, habrían dejado a alguien para protegerla. Eso dejaba a Ori. El día anterior, cuando él se encontraba en la selva, había sentido una profunda punzada de traición por parte de ella a través de la Fuerza. Había visto la destrucción que había causado en su pequeña granja. Y ahora ella se dirigía hacia la capital con un conocimiento capaz de difundir la destrucción a escala galáctica.

Tenía que ser ella. El rastro de Ori había desaparecido antes de la encrucijada, pero Jelph seguía seguro de que se estaba dirigiendo hacia Tahv. No había nada salvo selva al este, y nadie a quien decirle nada aguas abajo, en los pueblos abandonados de los Lagos Ragnos. Con las lluvias del monzón ahogando el río Marisota, se habían cerrado los vados a las escasas ciudades del sur. Eso dejaba la capital, una ciudad que nunca había visitado. El centro del mal en Kesh, sede de la Gran Señora Lillia Venn y de toda su maldita Tribu.

Miró por la ventana hacia las ahora inútiles murallas de la ciudad. ¿Dónde podría estar Ori? ¿Adónde habría ido?

—No pareces feliz, amigo mío. —El preocupado anciano keshiri tomó el cuenco vacío—. Yo siempre trato de tener algo que ofrecer a los pobres. Siento que no sea nada mejor.

—No es eso —dijo Jelph, volviendo a la realidad.

—Ah. La mujer. —El anciano se retiró detrás del mostrador—. Puede que no sea de tu especie, joven humano, pero puedo decirte algo universal. Deja que una mujer entre en tu vida, y podrá suceder cualquier cosa.

Jelph dio un paso hacia la puerta, se volvió y asintió.

—Eso es lo que me da miedo.

Los últimos visitantes abandonaron el zoo. Así era como Ori lo había llamado siempre, pero su auténtico nombre era algo más complicado. Originariamente había sido un parque en honor a Nida Korsin y los Rangers Celestiales, y desde entonces había recibido los nombres de otros dos o tres Grandes Señores, aunque a Ori eso no le parecía un honor especialmente elevado. Tiempo atrás, en su interior había habido animales salvajes, los últimos especímenes de algunas de las especies depredadoras de Kesh. Pero hacía tiempo que los Sith los habían liberado del parque para cazarlos y matarlos por deporte.

Ahora las instalaciones servían como establo público para las monturas uvak usadas en la monta-rastrillo… al menos para aquellos escasos uvak que sobrevivían a sus

enfrentamientos en ese violento deporte. Ciudadanos Sith y keshiri acudían por igual para maravillarse ante las poderosas bestias, a las que se cuidaba y preparaba para sus encuentros en la cercana Korsinata.

Últimamente, sin embargo, acudían para ver otra cosa. O, más bien, a una persona.

Ori encontró a su madre donde esperaba encontrarla: limpiando los establos de los uvak. Jelph había estado completamente en lo cierto: la Gran Señora Venn había convertido la caída de Candra Kitai del poder en un espectáculo público. Bajo los observantes ojos del corpulento guardia nocturno, la depuesta Suma Señora continuaba con el trabajo que había estado haciendo durante todo el día como atracción para los transeúntes. Llevando todavía la túnica ceremonial del Día de Donellan, sólo que ahora sucia y raída, Candra se apoyaba sobre la punta de sus pies, moviendo delicadamente montones de estiércol con una larga pala.

Mirando hacia abajo desde donde se encontraba colgada, en el techo del refugio, Ori esperó a que el guardia estuviera justo bajo ella. Entonces se impulsó, dejándose caer y dejando al centinela sin sentido de una patada. Se arrodilló para recoger el sable de luz del hombre y lo arrastró detrás de uno de los establos de los uvak.

Con los ojos húmedos por el hedor, Candra alzó la mirada hacia su hija con aire cansado.

—Has vuelto.

—Sí.

—Han pasado semanas y semanas.

—Tan sólo dos —dijo Ori, examinando a su madre. Había pasado tan poco tiempo desde la festividad, y apenas podía reconocer a esa mujer. Las canas que habían sido siempre cuidadosamente ocultadas por las esteticienes keshiri ahora estaban descuidadas y a la vista. Candra apestaba por todas las asquerosidades que se encontraba en su trabajo. Sus manos, sin embargo, permanecían libres de callos. Ori pudo ver el por qué cuando Candra volvió como un autómata a su trabajo, sujetando con cautela la pala y haciendo movimientos cortos.

—Siguen alimentándolos con unas gachas que les hacen ponerse enfermos —refunfuñó Candra—. Sé que lo están haciendo a propósito.

—Nunca terminarás de hacer este trabajo si usas la pala de ese modo —dijo Ori, acercándose y tomando la herramienta de sus manos. Mirándola por un instante, de pronto recordó que no era ninguna granjera y la arrojó a un lado—. ¿Has estado aquí todo este tiempo?

Candra señaló débilmente a un establo vacío al otro lado del edificio.

—A veces me dejan dormir ahí. —Con cansancio, miró a Ori—. Pareces cansada, cariño. ¿Has descansado?

Ori resopló. Había estado corriendo toda la noche y el día anterior desde la granja de Jelph después de descubrir su secreto en el cobertizo, llegando finalmente a Tahv una hora antes. Ahora, por fin, estaba allí… y tenía algo con lo que negociar. ¿Qué era él? ¿De dónde venía? SISTEMAS DE FLOTA DE LA REPÚBLICA, decían los caracteres

antiguos. La República, según recordaba de sus estudios, era la herramienta de los Jedi; el organismo títere mediante el cual los Caballeros Jedi gobernaban a los débiles de la galaxia.

Definitivamente era una información que valdría algo para alguien. Pero, ¿para quién?

—Voy a sacarte de aquí —le dijo a su madre.

—No puedo irme sin más —dijo Candra—. Nos encontrarán, donde quiera que vayamos… y ambas acabaremos de vuelta aquí.

Mirando rápidamente al exterior de los establos, Ori condujo a la mujer de más edad hacia las sombras.

—No voy a hacer que escapes. He… *descubierto* algo. Algo que nos restaurará… que *te* restaurará. Tienes que conseguir que pueda ver a los Sumos Señores.

Candra la miró, desconcertada, durante un buen rato antes de volver los ojos hacia la pala, con aire de culpabilidad.

—Será mejor que vuelva al trabajo, antes de que alguien venga a controlar…

Ori agarró a su madre por las muñecas antes de que ésta pudiera moverse.

—¡Madre, necesito saber con quién hablar!

Sacudiendo la cabeza, Candra luchó por evadir la mirada de su hija.

—No, Ori. No sé lo que piensas que has encontrado, pero nada supondrá una diferencia. Hemos perdido.

—¡*Esto* supondrá una diferencia! —Ori no tenía la menor duda al respecto. Se lo explicó brevemente. Había otra nave estelar en Kesh, otra aparte del *Presagio*, Una nueva, oculta en una granja junto al Río Marisota. Los susurros de Ori crecieron en volumen por la excitación—. ¡No se trata tan sólo de nuestra familia, Madre! ¡Se trata de reunir a la Tribu con los Sith!

Candra simplemente la miró, incrédula.

—Te has vuelto loca. Te has inventado toda esta historia, para tratar de volver…

Escuchando que el guardia comenzaba a moverse, Ori miró frenéticamente a Candra.

—Conoces la política. Necesito saber qué hacer. ¿A quién puedo acudir?

Ante la palabra *política*, los ojos de Candra parecieron concentrarse. Volviendo a mirar con tristeza a la pala, habló en voz baja. Tres de los Sumos Señores eran títeres recién nombrados por la Gran Señora, dijo. Pero eso dejaba a otros cuatro que podrían escuchar… dos de cada una de las antiguas facciones Roja y Dorada. Ellos formaban el equilibrio del poder político, y bien podrían premiar a la familia Kitai por llevarles la noticia primeramente a ellos.

—Si esto es real, tienes que llevarlos allí, para que lo vean por sí mismos —dijo Candra—. Envíales mensajes a través de Gadin Badolfa, el arquitecto. Él se ve con todos ellos, y yo todavía confío en él. No les digas exactamente lo que has encontrado; de esa manera, no quedan comprometidos por ir a encontrarse contigo.

Ori reflexionó. El muy demandado Badolfa se encontraba muy elevado en la sociedad Sith, y era una figura con los mejores contactos que una persona fuera de la jerarquía

pudiera tener. Los Sumos Señores podrían no creer que las invitaciones fueran legítimas, incluso aunque llegasen a través de un amigo de confianza de la familia como Badolfa… pero no quedaban muchas opciones.

Arrastró el cuerpo del guardia de vuelta al establo. Antes había pasado junto a un abrevadero que serviría perfectamente como hogar temporal para él; los otros guardias asumirían que se encontraba borracho durante su turno. Pero se quedó con el sable de luz. Sólo había pasado un día desde que los hermanos Luzo habían tomado el suyo, pero se sentía bien al tener uno de nuevo en su mano.

—Madre, ¿estás segura de que no quieres venir conmigo?

Apoyada en el mango de la pala, Candra lanzó una larga y dura mirada a su hija.

—No, ahora mismo este es mi lugar. Yo sólo te retrasaría. —Bajó la mirada al suelo del establo e hizo una mueca—. Y si este plan tuyo no funciona, no te molestes por mí aquí. No espero durar aquí mucho más tiempo de todos modos.

Capítulo Dos

Odio: puro, y opresivo. Tahv era un monumento a ello. Jelph lo sentía en cada callejuela, en cada encrucijada. El lado oscuro de la Fuerza impregnaba este lugar, como en ningún sitio que hubiera visitado nunca.

Muchas veces, mientras crecía en Toprawa, Jelph había pensado que se estaba volviendo loco. Se veía acosado por constantes dolores de cabeza, cada momento de vigilia le pasaba factura. Sólo más tarde se dio cuenta de que la causa había sido su sensibilidad a la Fuerza al desarrollarse, en respuesta a las cicatrices psíquicas que Exar Kun y su clase habían causado a su mundo, años antes.

Pero su mal era pasado. El ácido psíquico que corría por las calles de Tahv estaba vivo. Estaba en todas partes. El edificio junto al que se ocultaba era el hogar de un anciano Sith que castigaba violentamente a un sirviente keshiri. La ventana de enfrente, más allá de la cual una joven pareja planeaba las muertes de sus vecinos. El vigilante que caminaba por la calle, cuyos recuerdos albergaban cosas peores de lo que Jelph era capaz de imaginar.

Jelph trató de rechazar las impresiones que le llegaban a través de la Fuerza sin atraer la atención sobre su presencia psíquica. Era casi imposible. Los Sith difundían felizmente su odio y su ira, como animales salvajes aullando a las estrellas.

Apoyándose contra una pared, Jelph se inclinó hacia delante. Demasiado tarde, se dio cuenta de que no había sido una buena idea comer antes de venir aquí. Se levantó, jadeando y limpiándose el sudor de la frente. ¿Cuántos Sith vivían aquí?, se preguntó. ¿En Tahv? ¿En Kesh? Nunca lo sabría. Seguía siendo un explorador de los Jedi, aunque no lo reconocieran como tal; le habría gustado entregar un informe completo cuando regresara. Pero cada vez que se había acercado a algún núcleo de población, había caído enfermo. Incluyendo ahora, cuando más necesitaba sus facultades.

Jelph luchó por ordenar sus pensamientos. *Ori*. Necesitaba encontrar a Ori. Su nombre, su rostro sería su salvavidas. Ella era la razón de que estuviera allí… y de que no se hubiera marchado.

Él conocía muy bien la presencia de Ori a través de la Fuerza, pero no tenía ninguna esperanza de encontrarla en el mar de fuertes sentimientos que era Tahv. Se preguntaba cómo había ella sobrevivido siquiera allí. Su naturaleza oscura nunca le había parecido del mismo tipo que la de los demás Sith de Kesh, por mucho que ella adoptase esa pose. Ori era orgullosa, no venal, indignada, no llena de odio. De haber sido de otro modo, él habría retrocedido ante su toque. *Tenía* que estar en lo cierto acerca de ella.

Pero, ¿y si estaba equivocado? ¿Estaba ella siquiera aquí?

Jelph estaba a punto de rendirse a la desesperación que le rodeaba cuando vio una cosa que hizo que algo se agitase en su memoria. En uno de sus primeros encuentros, Ori se había jactado acerca de cómo ninguno de los otros Sables tenía su conocimiento del sistema de acueductos de la ciudad. Era su territorio de patrulla, junto con sus aprendices. Jelph levantó la vista para ver uno de los varios gigantescos edificios de piedra repartidos

por toda la ciudad, que recogían el agua que llegaba desde la sierra. Construidos en primer lugar por los keshiri, el sistema había sido mejorado por los primeros Sith, que añadieron depósitos de almacenamiento a decenas de metros del suelo. Ori estaba en lo cierto: desde allá arriba, podía verse todo Tahv. *Y, con suerte, no sentirlo*, pensó.

Se dirigió hacia las sombras bajo un inmenso soporte del acueducto, un pilar casi del tamaño de una manzana de casas. La sensación del lado oscuro no era tan mala allí. Jelph escaló el soporte de apoyo, cuidándose de permanecer constantemente en la oscuridad hasta que llegó a la cima.

Con una ancha cornisa a cada lado de las rugientes aguas canalizadas, el canal de piedra tenía el tamaño de una calle de la ciudad. Tumbado boca abajo en la cornisa, Jelph se maravilló del hecho de que los keshiri habían sido capaces de construir, en efecto, un río en el aire mucho antes de que los Sith hubieran llegado. ¿De qué podrían haber sido capaces de no haber sido molestados? Sacudiendo la cabeza, alcanzó su mochila y sacó sus macrobinoculares.

Estudiando la zona, advirtió una cadena de montañas que acechaba lejos hacia el oeste. Le llenó de terror. Había escuchado que los Sith mantenían su nave naufragada allí, en un templo. ¿Serían capaces de utilizar materiales de su caza para repararla? ¿O tal vez un Sith simplemente trataría de escapar en su caza, planeando volver más tarde en busca de los demás? En cualquier caso, la búsqueda de Ori era ahora lo más importante. Devolviendo su atención hacia la ciudad que se alzaba bajo él, puso el visor de visión nocturna y escaneó las calles que conducían al gran palacio. ¿Habría ido ella allí, incluso a sabiendas de lo que la Gran Señora Venn había hecho a su familia? Tratando de ver más allá, se atrevió a ponerse en pie.

—Ori, ¿dónde *estás*?

De repente, una mano invisible le golpeó, haciéndole caer hacia atrás en la corriente de agua. Sus manos dejaron caer los macrobinoculares, que rebotaron una vez en la cornisa y se destrozaron, sin que él pudiera verlo, en un tejado de mármol mucho más abajo. Una vez que tocó fondo en el canal de un metro de profundidad, Jelph afianzó sus botas de trabajo contra el resbaladizo suelo de piedra y se dio impulso hacia arriba… sólo para salir volando de nuevo hacia atrás, empujado por la Fuerza. Incapaz de incorporarse, la corriente le arrastró.

La fuerza de la corriente disminuyó, depositándolo en un estanque de recogida… mucho más abajo, pero todavía muchos metros por encima de los tejados más cercanos. Luchó por llegar a la parte menos profunda, desenganchó el sable de luz de su cinturón, y lo encendió. Con destellos de luz azul en la noche, Jelph avanzó con dificultad en el agua que le cubría hasta la cintura, en busca de su asaltante.

—*¡Mentiroso!*

El grito provenía de arriba, en el canal. Allí Jelph vio la silueta de una mujer que se lanzaba hacia él, blandiendo un sable de luz carmesí. Agarrando el arma con ambas manos, desvió el potente golpe, permitiendo que la fuerza del ataque de la mujer la

hiciera caer en el depósito con él. Ella recuperó su posición con rapidez y golpeó de nuevo.

—¡Mentiroso! —repitió Ori, con sus ojos normalmente marrones ardiendo en color naranja.

—Lo descubriste —dijo Jelph, chocando su sable de luz contra el de ella en un crepitante bloqueo. Era todo lo que se le ocurrió decir.

Ori gruñó algo inaudible y le lanzó una patada a través del agua. Jelph esquivó el movimiento, causando que ambos perdieran el equilibrio… y provocando que a Ori se le cayera su sable de luz a la parte más profunda del estanque.

Al verla chapoteando, buscando el arma, Jelph dio un paso atrás para darle espacio.

—Lo descubriste —dijo, desactivando su sable de luz—. Lo descubriste… y destruiste el jardín. No te culpo.

—¡Yo sí te culpo! —Poniéndose en pie de nuevo, lanzó la mano hacia el agua, sin éxito—. Eres un mentiroso. ¡Eres un *Jedi*!

—Lo fui —dijo. No tenía sentido negarlo—. Es mi nave espacial lo que encontraste. Gracias a la Fuerza que no trataste de entrar…

—¿Qué? ¿No crees que sea lo bastante *inteligente*? —Con el agua goteándole por todo el cuerpo, le miró fijamente—. Para ti sólo soy una estúpida… ¡no mejor que los keshiri!

—¡Eso no es cierto!

—Llegamos del espacio, ya lo sabes. ¡Y volveremos a él! ¿Es eso de lo que tienes miedo?

—Sí… entre otras cosas. —Recordando de repente dónde estaba, Jelph miró nerviosamente hacia arriba. El depósito estaba demasiado alto para que pudieran escucharles desde abajo, pero antes había visto centinelas aéreos. Al menos la había encontrado—. ¿Qué… qué estás haciendo aquí?

Ori caminaba por el agua pisando con fuerza, todavía incapaz de encontrar su sable de luz.

—¡Vine a Tahv para hablarles de ti! ¡Para advertirles!

—¿Aquí arriba? —Él había esperado que ella fuera directamente a ver a alguien de importancia. La estudió mientras ella se sacudía el agua del cabello—. Espera. *Sí* que viste a alguien importante. A tu madre.

La mujer Sith tan sólo frunció el ceño.

—Creía que tu madre ya no estaba en el poder…

—¡Eso va a cambiar! —El rostro de Ori se llenó de rabia—. ¡Con lo que sabemos ahora, ella volverá! ¡*Yo* volveré!

Jelph dio un paso atrás, como empujado por la fuerza de sus palabras.

—Esto no es propio de ti —dijo—. A la persona que estuvo conmigo esos días ya no le importaba eso. Esa persona…

—Esa no era *yo* —escupió Ori—. ¡Esa era *un fracaso*!

—Pero a mí me gustaba esa otra tú… y no me importa cómo la llames. Era una parte de ti.

—¡Esa persona no era Sith! —Señaló a las estrellas, que asomaban entre las nubes en lo alto—. ¡Aquello nos pertenece! No se trata sólo de mí. Hemos vivido aquí mil años, a la espera de volver allí. ¡A la espera de recuperar lo que es nuestro!

Jelph empezó a decir algo, pero se detuvo.

—Eso es cierto —susurró, pensando. La tribu era un remanente de la Gran Guerra Hiperespacial, que había tenido lugar más de un milenio antes. Ella no sabía lo que había ocurrido después.

Él tenía un arma. *La Historia.*

—Ya no existen los Sith —dijo Jelph.

—¿Qué?

—Ya no existen los Sith —repitió—. Se extinguieron.

—Estás mintiendo —dijo Ori, vadeando hacia el borde—. ¡Esa nave que ocultabas era una nave de guerra! Esas grandes… *puntas* a cada lado. ¿Me estás diciendo que son por decoración?

Jelph negó con la cabeza.

—Sí, tenemos enemigos. E incluso hemos luchado contra los Sith en tiempos recientes. Un Jedi, Exar Kun, cayó en el lado oscuro y revivió el movimiento. Pero fueron erradicados. Derrotados… todos ellos. —Con cuidado, comenzó a acercarse hacia ella—. Por lo que sé, tu pueblo son los únicos Sith que quedan con vida en la galaxia. Siente mis pensamientos. Sabes que estoy diciendo la verdad.

Respirando con dificultad, Ori le devolvió la mirada. Su ira pasó, se izó en el borde del estanque y se quitó la bota. Cayó agua de su interior.

—Nos alzaremos —dijo, más tranquila ahora—. Solos contra un Jedi, o contra mil millones. Nos arriesgaremos.

—Los Jedi os aplastarán.

—¿Sabe alguien siquiera que existamos? —preguntó ella—. Si los Sith no nos han estado buscando, no creo que los Jedi lo hayan hecho.

—Me están buscando a mí —dijo él—. Y créeme, los Jedi os están buscando.

No sabía que había sido de todos los miembros del Pacto desde que huyó… pero sabía que mientras Lucien Draay siguiera vivo, alguien estaría buscando a los Sith.

Ori se frotó la frente, exasperada.

—Si no puedo salvar a mi familia… y no puedo salvar a mi pueblo… ¿entonces qué se supone que debo hacer?

—¿Qué se supone que debes hacer? —Jelph se echó a reír—. Tú eres la que siempre dice que establece su propio camino. —Se acercó vadeando hacia su posición en el borde—. Simplemente decide lo que deseas.

Durante un largo momento, Ori lo miró, de pie ante ella en el agua iluminada por las estrellas. Finalmente, cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Nunca seremos capaces de confiar el uno en el otro —dijo.

Jelph la miró inquisitivamente.

Ella abrió los ojos y lo miró.

—Puedo sentirlo en tus pensamientos. Crees que soy hermosa. Crees que me quieres. Quieres confiar en mí. Pero estás examinando cada palabra que digo, tratando de descubrirme, tratando de atraparme. Por ser quien soy.

Jelph bajó la mirada hacia el agua. Él no había sabido por qué había venido hasta aquí, cuando tantas cosas estaban en juego. No hasta ese momento.

—Creo que sé quién eres, Ori.

Dio un paso adelante y le puso la mano en el hombro. Ella se encogió ante su toque.

—Jelph —dijo ella, agarrando su mano, pero sin apartarla—. No puedo ser la persona que era entonces en la granja. Si la única manera de estar contigo es ser débil, entonces no puedo hacerlo.

—Puedes ser fuerte —dijo él, agarrándola y tirando de ella fuera del borde, introduciéndola en el agua ante él. Cuando ella tocó el fondo con los pies, levantó la mirada hacia él—. *Eres* fuerte —dijo él—. Solo que no tienes por qué gobernar la galaxia.

Ella apartó la mirada de él, bajándola hacia el agua.

—Sabes que para eso es para lo que nacemos. Para gobernar la galaxia.

—Entonces la Tribu se basa en un truco —dijo él—. En un engaño. Todo el mundo está luchando por algo que sólo una persona puede tener. Sólo una. Lo que significa que ser un Sith… es ser *un fracaso casi seguro*. Casi todos los que siguen vuestro Código están condenados al fracaso, incluso antes de empezar. —Jelph soltó una risita burlona—. ¿Qué clase de filosofía es esa? —Alzándole la barbilla con su mano, la miró a los ojos, marrones de nuevo—. No te dejes engañar. No se puede perder si no se juega.

La besó, sin preocuparse de lo que cualquier centinela aéreo Sith pudiera ver. Ori le devolvió el abrazo antes de retroceder.

—Espera —dijo ella—. *Ya* estamos jugando. Está en movimiento. No puedo pararlo.

—¿Qué quieres decir?

Frunciendo el ceño con aire tenebroso, Ori explicó lo que su madre había sugerido que hiciera.

—Ya he mandado aviso a los Sumos Señores rivales —dijo—. Se reunirán conmigo en tu granja para ver la nave espacial.

Súbitamente de vuelta a la realidad por la conmoción, Jelph la soltó.

—¿Qué… qué les has dicho?

Aturdido, salió del depósito.

Ori le siguió, apelando a él. Su madre le había dado una frase para que la usase… un código dentro de la pequeña comunidad de los Sumos Señores para un descubrimiento que pudiera conmocionar Kesh por su importancia.

—No les hablé acerca de la nave espacial, pero saben que es importante —dijo—. Se supone que se encontrarán conmigo allí mañana al atardecer.

—¡Al atardecer! —Jelph quedó abatido. Había tardado todo un día y una noche sólo para llegar allí a pie—. ¿Cómo pretendías llegar allí?

—Iba a robar un uvak —dijo Ori, de pie sobre el borde y señalando una figura oscura arriba en el cielo—. Es por eso que vine aquí arriba: sabía que desde el acueducto podría atraer a uno de los centinelas aéreos aquí abajo. —Ella le devolvió la mirada con petulancia—. Por supuesto, eso era cuando todavía tenía un sable de luz.

—Suerte que has hecho un amigo —dijo él, de pie en el borde a su lado y mirando al centinela volador. Sonrió—. ¿Sabes, Ori? Eres el primer Sith contra el que he luchado.

—Puede que tengas que esforzarte más contra este otro —dijo ella, viendo cómo su sable de luz cobraba vida—. No todos nos dejamos encandilar tan fácilmente.

Capítulo Tres

Era agradable volar de nuevo. Ori miró hacia abajo, a la campiña que se deslizaba bajo las batientes alas del uvak. De vez en cuando, se volvía para mirar a Jelph, aferrándose a ella mientras manejaba las riendas. Seguía sonriendo. Volar no era un misterio para él, ella lo sabía… pero había vivido en tierra durante tres años, observando cómo volaban los Sith. Este era un cambio bienvenido.

Se preguntó cómo sería volar en su nave espacial. Ahora sabía por qué él no se había marchado antes simplemente volando en ella… pero ahora que se habían encontrado el uno al otro, ya no había nada que los atase a Kesh por más tiempo. Estarían un poco incómodos en la única plaza del vehículo, y sabía que él quería volver a instalar algún tipo de sistema de comunicación antes de partir. Pero a pesar de que no habían hablado de ello, ella esperaba fervientemente esa huida.

¿Cómo sería la vida para ella, una hija de la Tribu en una galaxia dominada por los Jedi? Muy parecida a lo que Jelph debía haber sentido estos últimos años, se imaginó. Ahora estaba empezando a pensar de esa manera. La empatía era un rasgo que los Sith sólo entendían como un medio de conocer mejor a los enemigos; de otra manera no tenía ninguna finalidad práctica. Ori había comenzado a ver las cosas de manera diferente.

Como Candra, por ejemplo. Había muchas razones por las que Ori había querido restaurar la anterior posición de su madre… pero la mayor parte giraba en torno al orgullo, la venganza, y la vergüenza por su estado actual. Ahora se daba cuenta de que era más importante simplemente mejorar la vida de su madre consiguiendo liberarla de las garras de Venn. Los cuatro Sumos Señores podrían hacer eso, le aseguró Gadin Badolfa cuando contactó con él. Ella sólo necesitaba algo para negociar con ellos en lugar de la nave espacial de Jelph. Jelph había sugerido las cuatro armas bláster en perfecto funcionamiento que tenía escondidas en su casa; ella podría afirmar que las había descubierto en una tumba en alguna parte. Todas las armas que tenían de la tripulación del *Presagio* hacía mucho tiempo que se habían agotado. El descubrimiento de unas armas cargadas supondría una importante diferencia en la violenta política de los Sumos Señores.

—No vamos a llegar a tiempo —dijo Jelph. Su uvak no había querido llevar a dos jinetes extraños y había luchado con ellos todo el camino—. ¿Qué es eso allá arriba?

Ori levantó la vista para ver un grupo de uvak que volaba formando una V —una figura solitaria seguida por tres más a cada lado— y se alzaba en el aire por encima de ellos.

—¡Maldición! —Se dio cuenta de que habían encontrado la corriente de aire—. ¡Van a llegar allí antes que nosotros!

—Mantén el rumbo —dijo Jelph. Se agarró más fuerte a ella—. ¡Pero más rápido!

Ori dejó que Jelph saltara a tierra lejos de la vista de la granja antes de aterrizar. Vio cómo se posaba con agilidad en el suelo y rodaba para ponerse a cubierto. Era tan

sorprendente verlo en acción, con la misma capacidad física que un Sable Sith en todos los sentidos. Y además sigiloso. Los visitantes, con sus criaturas estacionadas detrás de la casa, no llegaron a ver nada.

Respirando profundamente, Ori desmontó. El paquete de los blásters estaba donde Jelph había dicho que estaría, debajo del abrevadero. Se parecían mucho a los que había visto en el museo. Con suerte, bastarían para comprar la redención de su madre… y hacer que los visitantes se marcharan.

En voz baja, ensayaba lo que iba a decir mientras rodeaba la casa hacia el enrejado destruido. Sabía qué cuatro de los Sumos Señores esperar. Sintiendo familiares presencias oscuras, los saludó.

—Señores, tengo lo que estaban buscando…

—Sí, eso creo.

Ori palideció ante el sonido de la voz ronca. *¡La Gran Señora!*

Pálida y encogida, Lillia Venn salió del establo. Levantando una mano manchada, agarró a Ori mediante la Fuerza, inmovilizándola. Cuatro de sus leales guardias aparecieron desde detrás del granero y sujetaron físicamente a Ori. Dándose la vuelta, la líder Sith habló hacia el granero.

—¡Señores Luzo!

Ori sintió que su columna vertebral se convertía en gelatina cuando Flen y Sawj Luzo abrieron las puertas del establo detrás de Venn, revelando la masa metálica del caza de ataque Aurek en el interior. Badolfa le había contado que Venn había ascendido a Flen y Sawj Luzo al rango de Señores por su lealtad. Ahora, los maquiavélicos hermanos habían regresado a la granja… con su peor enemiga.

—¿Cómo ha pasado esto? —preguntó Ori, debatiéndose contra los guardias—. ¿Badolfa me traicionó?

—Oh, permitimos que Badolfa entregara tus mensajes —dijo Sawj Luzo, alzando su voz chillona con deleite—. Tu madre hizo otro trato.

—*¿Qué?*

—Sí —dijo Venn, girándose y cojeando hacia el interior—. Ella no creía que tu descubrimiento existiera… ni que los otros Sumos Señores acudirían. Por lo que nos alertó acerca de la reunión.

Ori parecía horrorizada.

—¿A cambio de qué?

Venn se lamió los labios secos.

—Podrías llamarlo… *mejores condiciones de trabajo*. De haber acudido alguno de los Sumos Señores, los habría juzgado por traición. —Señaló el vehículo espacial—. Pero esto es un premio mucho mejor.

Luchando contra sus captores, Ori miró a su alrededor. Sabía que Jelph estaba ahí fuera, pero ellos eran demasiados. Y ahora el mayor de los hermanos Luzo estaba ayudando a la Gran Señora a avanzar a través del montón parcialmente excavado de estiércol del establo hacia su descubrimiento.

—Lo logré —dijo Venn, triunfante—. He vivido para ver este día. —Soltó el brazo de su acompañante y se apoyó en el caza estelar—. La vida es una broma cruel, Lord Luzo. Te pasas años tratando de llegar a la cima del poder… sólo para que entonces todo el mundo piense que es hora de que mueras.

—Ninguno de nosotros piensa eso, Gran Señora.

—Cállate. —Ella acarició el frío metal del vehículo—. Bueno, la vida de Lillia Venn no ha terminado. Hay otra cima, otro lugar que conquistar. Comenzaré de nuevo… en las estrellas. —Vagamente consciente de los pasos de sus aliados tras ella, añadió—: Os llevaré a todos conmigo, por supuesto.

—Por supuesto, Gran Señora.

En el exterior, dos de los guardias —que una vez fueron compañeros de Ori en los Sables— se apartaron de Ori, atraídos por las emociones del interior. Ni ellos ni los dos guardias que seguían sujetándola se habían percatado del paquete sin abrir de las armas, detrás de ellos, que levitaba en silencio hacia los arbustos junto a la granja. Pero Ori sí, comenzando a moverse incluso antes de que ella escuchar la orden mental de Jelph.

¡Ori! ¡Abajo!

En lugar de liberarse para salir corriendo, Ori lanzó todo su peso hacia al suelo, sorprendiendo a los hombres que sujetaban sus brazos. La distracción fue suficiente para Jelph, que surgió de la granja disparando. Rayos brillantes que no se habían visto en Kesh desde el primer siglo de la ocupación golpearon a los dos guardias por la espalda. Más adelante, el resto de los Sables se quedó en estado de shock.

En el interior, la avejentada forma de Venn recuperó el movimiento. Lanzó una mirada a sus nuevos Señores.

—¡Asegurad esta zona!

Jelph cargó hacia el patio, disparando de nuevo. Los demás Sables, que nunca en sus vidas habían desviado un disparo de bláster, se movieron frenéticamente para bloquear la energía. Ori rodó por el suelo, tratando de encontrar el sable de luz de alguno de los guardias caídos. Más adelante, vio a los hermanos Luzo montando guardia en la puerta del establo… mientras que tras ellos, la Gran Señora se había encaramado de alguna manera encima del caza estelar.

No, advirtió sobresaltada. No encima de la nave. *Dentro de ella.*

Ori se volvió hacia Jelph, que había llegado a su lado. Él también lo había visto Por un momento se quedó paralizado, dejando de disparar. La vieja estaba dentro de su preciada nave estelar. Agarró el brazo de Ori y la ayudó a ponerse en pie.

Disparando de nuevo contra los Luzos y sus guardias, le tiró del brazo.

—¡Ori, vamos!

Lanzada al movimiento de repente, Ori volvió la mirada hacia el granero. Era evidente que él no lo entendía.

—¡Jelph, no! La Gran Señora está aquí —dijo ella—. ¿Qué estás haciendo?

Jelph no respondió. En lugar de eso, la empujó hacia adelante. Lejos de la granja… hacia el río.

En el interior, la anciana agarró el acelerador.

Una voz metálica llegó desde el compartimiento.

—Sistema automático de navegación activado. Modo de suspensión activo.

Venn abrió los ojos como platos cuando comenzó a ascender.

Fuera del Aurek, los hermanos Luzo ordenaban a los Sables supervivientes que vigilasen la entrada ante Ori y su desconocido protector. La puerta trasera del establo estaba diseñada para uvak de alas anchas; fácilmente permitiría la salida de un caza estelar en suspensión.

—Semejante poder —dijo Sawj Luzo, observando alzarse al monstruo de metal—. Ni siquiera nos necesitará para cortar los amarres.

—¿Amarres?

Flen miró debajo de la nave. Dos pequeñas cuerdas de monofilamento atadas alrededor de los trenes de aterrizaje eran ahora apenas visibles a la luz. Cuando las cuerdas quedaron tensas, los ojos amarillos del joven Señor fueron disparados a los otros extremos, enterrados en el cieno donde había estado estacionada la nave.

Allí, en el suelo, unos pequeños agarres saltaron… y derribaron los sueños de un Señor Oscuro.

El dispositivo de seguridad se había instalado antes de que Jelph trajera la primera pieza del caza estelar desde la selva. El Aurek había estado oculto bajo un montículo de estiércol en el granero… pero bajo él había enterrado algo más: dos de los torpedos de protones de la nave, rodeados de miles de kilogramos de explosivo con base de nitrato de amonio. Transformar los fertilizantes en algo que sirviera como sistema anti-robo había requerido mucha paciencia y atención… pero le había dado a Jelph una manera de convertir el trabajo que usaba como tapadera en algo útil para su misión.

Ahora, el sistema anti-robo había funcionado exactamente como estaba previsto. Cuando los cables tiraron hacia arriba, los disparadores golpearon las espoletas de los torpedos. Las armas detonaron, encendiendo los explosivos a su alrededor.

Un trueno azotó la granja cuando la bola de fuego se abrió camino surgiendo de la arcilla que lo rodeaba, consumiendo el establo y sus ocupantes en milisegundos. En el exterior, Jelph se lanzó sobre Ori, lanzando a ambos al agua justo cuando la onda de choque golpeaba el suelo tras ellos.

Lanzado a través de los pedazos del techo del granero, el caza de ataque ascendió sobre un géiser de calor y fuerza. Por una fracción de segundo la mujer en su interior se regocijó ante el movimiento, suponiendo que se trataba de una manifestación natural del poder del vehículo. Su alegría terminó cuando, con los escudos de la nave desactivados, los otros cuatro torpedos detonaron en sus tubos de lanzamiento. Incluso desde Tahv, en la distancia, los trabajadores del turno de noche pudieron ver al nuevo cometa cobrar vida brillando y morir igual de rápido, bañando el cielo del sur con una luz extraña.

Lillia Venn había encontrado su camino hacia el cielo.

Capítulo Cuatro

La pequeña choza estaba tomando forma. Bajo un denso dosel de follaje que ningún explorador a lomos de un uvak podría penetrar, la nueva estructura se alzaba sobre un montículo relativamente seco en mitad de la espesura. Los brotes hejarbo crecían mucho más fuertes en esa parte de la selva; de no haber sido por el sable de luz de Jelph, Ori nunca habría podido despejar el terreno.

Habían pasado ocho semanas desde que la explosión se llevó consigo la granja. Jelph y Ori habían descendido desde la selva sólo una vez, al amparo de la noche, para investigar lo que quedaba. No había nada que ver. Toda la orilla se había hundido en el río Marisota. Aguas oscuras se arremolinaban y giraban sobre el cráter de la explosión. Todo lo que quedaba era el muñón de un camino cubierto de maleza que terminaba en el borde del río. La pareja regresó a la selva esa noche seguros de que nadie se enteraría de que una vez hubo un caza estelar en Kesh. Ori se rió por primera vez en varios días, citando la frase favorita de su madre.

—*La Confianza del Callejón Sin Salida.*

Desde ese viaje, su atención se había centrado exclusivamente en construirse un lugar donde permanecer ocultos. Ori se dio cuenta de que ya no había vuelta atrás; no después de la traición de su madre. La muerte de Venn sin duda habría sido transmitida a través de la Fuerza… e igualmente sin duda, eso habría hecho que los Sumos Señores restantes volvieran a enfrentarse entre sí. El juego había empezado de nuevo; tal vez incluso Candra encontrase un papel que jugar. Ori no quería tener nada que ver con eso. Eso formaba parte de su pasado.

Y si nadie lamentó la muerte de Lillia Venn, tampoco nadie había ido en busca de Ori y Jelph. De hecho, ambos descubrieron menos Sith y keshiri que de costumbre en los alrededores. Presumiblemente, la desaparición misteriosa de una Gran Señora en una zona considerada embrujada desde la tragedia de los Lagos Ragnos tendría ese efecto.

Mejor para ella. Ahora tenía una nueva visión de sí misma… basada en una vieja historia que había oído de niña. La leyenda keshiri decía que, poco después de la llegada de los Sith, parte de su población nativa había escapado cruzando el océano. Habían escogido un viaje sin retorno hacia la privación y una muerte probable antes que vivir al servicio de la Tribu. Actualmente, los keshiri más devotos la contaban como una advertencia: la elección del destino era un lujo reservado a los Protectores, no a sus siervos. El precio de la arrogancia, para un siervo, era el aislamiento.

Ori la veía de otra manera. Si el éxodo realmente había sucedido, quien hubiera dirigido a los esclavos en su huída habría sido el keshiri más grande de todos los tiempos. Su destino había sido decidido… y desafiado. Jelph estaba en lo cierto. Tenía que haber una manera de triunfar en la vida, aparte de trepar a la cima de una caótica orden… sólo para ser apuñalado con un shikkar o envenenado por un presunto aliado. Se preguntaba si Venn habría sido feliz, al ser inmolada en su momento de triunfo. Los miembros de la

Tribu parecían tan irremediablemente atados a sus caminos como los keshiri que seguían siendo esclavos. ¿Y creían que eran más inteligentes?

Mirando hacia el sol que desaparecía entre los árboles, Ori comenzó a cortar los últimos de los brotes de un metro de longitud que formarían la puerta lateral. Se sentía extraña usando el arma de Jedi, pensó. Todos los sables de luz que usaban los Sith de Kesh eran de color rojo, pero algunos de los náufragos originales guardaban sables de luz Jedi como trofeos. Ella había visto a uno verde en el Museo Korsin. El color de este era extraño y hermoso, un azul brillante que no se encontraba en ninguna parte de la naturaleza. El único artefacto que indicaba el origen alienígena de Jelph.

Bueno, no el único, pensó, apagando el sable de luz.

Ella sabía que él estaría ahí ahora. Como de costumbre, se había levantado al amanecer para atrapar el desayuno y recoger fruta para más tarde. Aunque no tenía nada que ver con las condiciones para la agricultura que ofrecían las tierras bajas, la selva proporcionaba otros medios de sustento durante todo el año; en esta latitud, ella dudaba de que se enterasen cuando llegara el invierno. Pasó el resto del día construyendo su refugio, antes de retirarse, al anochecer, como siempre hacía, a mantener vigilancia junto al dispositivo… la única parte de la nave espacial que Jelph no había llevado a la granja. Se dirigió allí ahora, hasta el lugar entre los árboles donde Jelph había permanecido sentado sobre un tocón durante horas, mirando fijamente a la caja de metal oscuro y trasteando con sus instrumentos.

Él no se lo había mantenido oculto. Para los Sith, el «transmisor», como él lo llamaba, podía ser un descubrimiento tan explosivo como el caza estelar. Jelph lo había guardado por lo que representaba: su tabla de salvación hacia el exterior. Nunca había sido capaz de enviar un mensaje; como él mismo explicó, algo en Kesh y su campo magnético cambiante impedía tales intentos. Tal vez eso no fuera una situación permanente, pero podrían pasar siglos antes de que cambiara. Ori se preguntaba si ese mismo fenómeno había frustrado a los náufragos siglos antes. Todo lo que él podía hacer era configurar el dispositivo para buscar señales en el éter, registrándolas para su posterior reproducción. Tal vez, si algún viajero se acercaba lo suficiente, podría ser capaz de hacer llegar un mensaje más allá. Ori entendía ahora los viajes de Jelph río arriba durante los primeros meses: iba a la selva para ver qué sonidos había atrapado.

Normalmente, no escuchaba nada salvo estática. Pero fuera lo que fuese lo que Jelph acababa de oír le había dejado desconcertado.

—No puedo volver —dijo, mirando fijamente al dispositivo.

Ori miró al objeto parpadeante, sin comprender.

—¿Qué ha pasado?

—Capté una señal. —Le tomó varios segundos ser capaz de decir las palabras—. Los Jedi están en guerra entre sí.

—¿Qué?

—Un Jedi llamado Revan —dijo—. Cuando yo vivía allí, Revan era como nosotros… tratando de reunir a los Jedi contra un enemigo mayor. —Jelph tragó saliva, y encontró

que tenía la boca seca—. Por lo que parece, algo ha ido mal. La Orden Jedi se ha dividido. Está en guerra consigo misma.

Jelph reprodujo para ella el mensaje grabado. Un fragmento de una advertencia de un almirante de la República, que advertía a los oyentes de que no se podía confiar en ningún Jedi. La antigua unión entre la República y los Jedi había sido rota. Ahora sólo había guerra.

El mensaje terminó.

Agitado, Jelph desactivó el dispositivo.

—Esto… es culpa *nuestra*. Del Pacto.

—¿La secta Jedi a la que pertenecías?

—Sí. —Alzó la mirada al crepúsculo, incapaz de encontrar ninguna estrella vespertina a través del follaje—. Y ese es el problema. Se supone que no debería *haber* ninguna secta Jedi. Ahora la Orden está dividida… pero nosotros la dividimos en primer lugar. —Agitó la cabeza—. Que la Fuerza los ayude a todos.

Volvió de nuevo la mirada hacia la espesura. Ori le dejó sentarse en silencio. Se dio cuenta de que durante todos esos días en que ella se quejaba del mundo que había perdido, Jelph estaba viviendo con la pérdida de toda una galaxia. Y ahora la estaba perdiendo de nuevo.

Finalmente, Jelph se puso de pie y habló.

—Ya no sé qué hacer, Ori. Hemos evitado que la Tribu descubriera una forma de salir de Kesh. Pero siempre mantuve la esperanza de que, algún día, podría establecer contacto con el transmisor. Establecer contacto —dijo, mirándola por un instante—, para sacarnos de este lugar.

—Y para advertirles acerca de mi gente —dijo Ori.

Jelph apartó la mirada. No tenía sentido evitar la verdad.

—Sí.

Ori le puso la mano en el hombro.

—Es justo. Yo traté de advertir a mi gente acerca de ti.

—Bueno, ahora no tiene importancia —dijo él, agachándose para apartar una piedra de su futuro jardín delantero—. Si los Jedi están divididos, o, peor aún, si Revan o algún otro ha caído al lado oscuro, entonces llamar su atención sobre un planeta lleno de Sith es lo peor que podría hacer para la galaxia.

—Eso no lo sabes —dijo ella—. Podrías equivocarte. Tal vez los Jedi llegaran aquí para acabar con todos.

—Sí, tal vez esté equivocado. —Riendo para sí mismo, la miró—. ¿Sabes? Es la primera vez que alguien me ha oído decir eso. Tal vez si lo hubiera dicho más a menudo antes, yo no estaría aquí ahora. —Lanzó la piedra a la corriente y se arrodilló de nuevo—. He vivido toda mi vida pensando que sabía lo que tenía que hacer. Pero no sé lo que debo hacer *ahora*.

Al mirarlo, Ori vio la mirada que había visto en él en sus anteriores visitas a la granja. Era la expresión que usaba cuando trabajaba en el lodo. Entonces estaba haciendo algo

desagradable, pero que hacía porque tenía que hacerlo, para mantener vivo su jardín y contentos a los clientes. Su deber.

Deber. El término no significaba lo mismo para los Sith. En los Sables, Ori había tenido misiones que le habían encargado realizar… pero las había tomado como desafíos personales, no por ninguna lealtad a un orden superior. La galaxia no tenía derecho a darle extraños trabajos. Los seres verdaderamente libres tenían vidas. Los *esclavos* tenían deberes.

Y ahora Jelph estaba sufriendo, en la certeza de que tenía *algún* deber que cumplir, pero sin saber de qué se trataba. ¿Qué servicio le debía la galaxia… una galaxia que ya le había expulsado?

—Tal vez —dijo Ori—, tal vez la filosofía Sith tenga tu respuesta.

—¿Qué?

—Se nos enseña a ser egoístas. Nosotros no pensamos en *nosotros* y *ellos*. Eres sólo *tú*, contra todos los demás. Nadie más importa. —Rodeándole con los brazos desde atrás, ella se asomó a la corriente oscura, que burbujeaba en silencio al seguir su camino para alimentar al río Marisota—. Los Sith me expulsaron. Los Jedi te expulsaron. Tal vez ninguno de los dos lados merezca nuestra ayuda.

—¿El único lado digno de ser salvado —dijo, volviéndose hacia ella—, es el nuestro?

Ella le sonrió. Sí, había estado en lo cierto desde el principio. Él era mucho más que un esclavo.

—Inténtalo, Jedi —dijo—. Si yo puedo hacer algo desinteresado… entonces quizás sea el momento de que *tú* hagas algo egoísta.

Él la miró durante un largo instante, con un brillo en sus ojos. Sin decir palabra, rompió el abrazo y caminó hacia el receptor. Levantándolo del suelo, mostró una sonrisa torcida.

—¿Te parece bien?

Ori le vio acunar la parpadeante máquina un momento antes de darse cuenta de lo que pretendía. Exhalando, ella se acercó y le ayudó a llevar el transmisor al borde de la corriente. Con un gran empujón, lo arrojaron en ella. Golpeando un banco de arena bajo la corriente, el artilugio se rompió ruidosamente en mil pedazos. Observaron juntos por un momento como trozos de carcasa temblaban y desaparecían en la oscuridad. Luego volvieron a su casa.

Las ataduras habían sido cortadas.

Era el momento de vivir.

Libro 7
Panteón

3000 años ABY

Capítulo Uno

El tiempo es un amante, decía el viejo dicho: un amante Sith. Te tienta con la eternidad… y luego acaba contigo y te abandona en la muerte.

Con la mirada fija en el estanque reflectante, Varner Hilts estudiaba la última cicatriz del tiempo, su única relación duradera. No, no podía decir que fuera un efecto de la luz, o del agua sucia. Era real. Un surco reciente corría directamente desde su ojo izquierdo hasta su sien. Girando la cabeza y mirando más de cerca, soltó un juramento. ¿Por qué no había al menos una arruga similar en el otro lado? El tiempo no era muy dado a la simetría.

Hilts estaba cerca de convertirse en el objeto más inútil de toda la creación: un anciano en una sociedad Sith. Era la gran ironía de la Tribu en Kesh. Un hombre sin enemigos vivía mucho, pero no tenía ningún futuro. En virtud de su extraordinaria vocación, Hilts había conseguido sobrevivir a décadas de tumulto… ¿pero para qué? ¿Para poder ver en el mismo estanque como pasaban otros treinta años, observando su declive cada día de camino al trabajo?

Bueno, las tradiciones son importantes, pensaba Hilts. Arrodillándose sobre el reflejo, se llevó la mano al rostro y entrecerró los ojos. Lentamente recorrió con su dedo la nueva arruga…

¡CRAC!

La piedra antigua se quebraba. Sobresaltado, Hilts miró hacia arriba. En lo alto, una sección del acueducto suspendido de Tahv oscilaba y cedía, liberándose de su elevado pilar.

—*¡Cuidador!*

Antes de que Hilts pudiera ponerse completamente de pie, un borrón púrpura apareció desde el callejón. El hombre keshiri se lanzó de cabeza contra el vientre de Hilts, haciendo que el humano cayera de espaldas. Losas gigantes de sillería se estrellaron en la calle, pulverizándose al borde del estanque donde Hilts se encontraba arrodillado momentos antes.

Tumbado de espaldas sobre el pavimento, Hilts usó la Fuerza para evitar que los pedazos de escombro cayeran sobre él y sobre su salvador. Pero ningún poder podía detener la fuerza del agua salobre cayendo en cascada desde la esclusa destrozada. El keshiri escudó a Hilts lo mejor que pudo mientras duró la ducha de agua y rocas.

Tosiendo, Hilts reconoció a su salvador.

—¿Tratando de ganar puntos ante el jefe, Jaye? —Mientras hablaba, se puso en pie, sacudiéndose el agua turbia de su escaso pelo plateado.

—Yo… siento haberle empujado, Amo Hilts —tartamudeó el keshiri—. Yo pasaba por aquí y…

—Cálmate —Hilts sabía que era una orden inútil, incluso aunque Jaye estuviera oficialmente a sus órdenes. El nativo de rostro redondo tenía las mismas probabilidades de relajarse que Hilts de convertirse en Gran Señor—. Sólo es otro día normal en «la Corona de Kesh».

—Es la *conjunción* —dijo Jaye, sacudiendo la capa de su superior. Sus nerviosos ojos negros observaban la silueta de la capital, ahora rota—. ¡La profecía de la que le he estado hablando!

—Y hablando. Y hablando. —Hilts descubrió un grupo de humanos discutiendo cerca de la sección del acueducto caída. Al parecer, la única industria creciente de Tahv era asignar las culpas de las cosas. Tiró de la manga de su ayudante—. ¡Vayamos a la oficina antes de que alguien decida que fuimos *nosotros* quienes lo echamos abajo por respirar demasiado fuerte!

* * *

Anteriormente, los Sith de Kesh dedicaban su tiempo a conseguir poder, siguiendo temporalmente a otros para poder reclamar su premio algún día. Para la mayoría en esa era más simple, la estructura de poder de Yaru Korsin de Sumos Señores, Señores y Sables funcionaba como medios para un fin. La jerarquía sobrevivió porque servía a los propósitos de suficiente gente… gente con el poder de defender el sistema contra aquellos que quisieran destruirlo. Durante más de mil años después de la muerte del fundador, la Tribu había prosperado.

Pero el Segundo Milenio trajo implacables tribulaciones. La Gran Señora Lillia Venn desapareció hacía más de novecientos años en lo que los lugareños keshiri llamaban, de forma bastante críptica, la Noche del Meteoro del Revés. Ciertamente, eso fue un mal augurio para los nietos del *Presagio*. Al saber de su desaparición, los rivales de Venn atacaron primero a sus seguidores… y luego se atacaron unos a otros. Los combatientes vencidos abandonaron la capital y huyeron al interior, donde muchos hicieron causa común con los esclavos humanos que no tenían ni voz ni voto. Un número creciente de Sith presionaron para que los pacíficos keshiri se unieran a sus fuerzas. Durante siglos, las facciones se unían el tiempo suficiente para conquistar Tahv y asesinar al Gran Señor gobernante… sólo para comenzar inmediatamente a luchar entre sí. Una fuerza rebelde se convertía en dos, que se convertían en veinte. En la Tribu, el poder envenenaba a cualquiera que lo probase.

Un cuarto de siglo antes, Hilts había sido célebre por acuñar un término para esa época, pero no había sido necesaria mucha imaginación. «La Edad de la Podredumbre» era visible por todas partes. Bajo sucesivos asedios, las ricas calles de Tahv fueron decayendo. Desatendidos, los inmensos acueductos se obstruían y se desbordaban; la

calamidad de esa mañana era un suceso demasiado familiar. Lejos, al sur, la Aguja Sessal había mostrado su rabia como nunca lo había hecho en los anales de los keshiri, desencadenando una explosión tan atronadora que un lateral del gran estadio, la Korsinata, se derrumbó. Era como si el propio planeta estuviera luchando contra sus emigrantes venidos de fuera.

Pero protegido en un pequeño rincón del mármol erosionado del edificio capital, un lugar había permanecido libre de daños: la oficina del cuidador. Entre todas las batallas entre Grandes Señores y Antiseñores, sólo eso había permanecido intacto.

No era porque los Sith tuvieran ningún miedo de cometer sacrilegio. La oficina de Varner Hilts, fuera de la estructura de poder tradicional, había sido establecida en la época de Nida Korsin para proporcionar a la Tribu una precisa medida del tiempo y un archivo histórico. Era una designación de por vida, en parte porque había muy pocos candidatos interesados. Nadie deseaba el puesto de Cuidador; sus únicos seguidores eran un puñado de funcionarios keshiri, inservibles para el servicio el ningún ejército. Tampoco es que Hilts hubiera pedido realmente ese puesto. Estudioso de la historia, muy pronto le dijeron que con sus habilidades con el sable de luz nunca tendría que preocuparse por ningún aliado traicionero. Nadie se atrevería a permanecer cerca de él, por miedo a perder algún miembro accidentalmente.

Caminando de la antesala al Salón de las Cuentas, Hilts volvió a oír el clic-clac que le había recibido durante la mitad de su vida. Sentados sobre sus rodillas en un semicírculo, keshiri vestidos de marrón trabajaban en ábacos construidos a partir de conchas marinas y brotes jóvenes de hejarbo. Hilts se quitó su capa goteante y caminó por la sala, preguntándose sin demasiado interés en qué estarían trabajando hoy. Jaye mantenía ocupados a los empleados, la mayor parte del tiempo calculando fechas para cotejarlas con los fragmentos de información que Hilts extraía de los archivos. A menudo se maravillaba ante su precisión. Para ser una especie que carecía de base matemática cuando el *Presagio* se estrelló, los keshiri habían abrazado el cálculo con tanto vigor como lo habían hecho con todas sus otras artes.

Agarrando un ábaco de un compañero de trabajo, Jaye siguió a Hilts al atrio bañado por el sol. Siglos antes, el primer Gran Señor, Yaru Korsin, había observado a su sobrino Jariad batirse en duelo aquí… sabiendo incluso entonces, sospechaba Hilts, que Jariad tenía la intención de traicionarlo. Ahora, los Tubos de Arena dominaban la sala. Silenciosamente atendidos por tan atentas niñas keshiri vestidas de color cobrizo, la gigantesca red de frascos de vidrio rellenos de polvo medía el tiempo para la Tribu. *Como si el tiempo pudiera ser embotellado*, pensaba Hilts, rascándose el mentón.

—Quiero ser capaz de ver mi reflejo en esos tubos —ordenó—. No tengo que deciros el gran día que nos espera.

No lo hizo. Las trabajadoras abrillantaron con más urgencia el inmenso dispositivo, cuidando de no interferir con su funcionamiento. Por primera vez en sus breves vidas, iban a venir visitantes a su lugar de trabajo. Ningún Gran Señor o pretendiente había vivido en el palacio durante seiscientos años; los arquitectos de Korsin lo habían

diseñado para la belleza, no para la defensa. El Día del Testamento era el único momento en el que el edificio veía visitantes.

Cada veinticinco años, en el aniversario de la muerte de Korsin, los oyentes escuchaban de nuevo su testamento y última voluntad. Cincuenta años antes, Hilts era un niño, al que no se le permitía acceder al palacio… pero la idea de unirse con el pasado había capturado su imaginación. A través del estudio y el trabajo, se había asegurado de que, cuando llegase el siguiente Día del Testamento, él sería quien dirigiera el evento.

Ahora, como un cometa, el día había vuelto de nuevo. Pero hoy en día el palacio era un lugar en mucho peor estado, más allá de sus recursos para poder repararlo. Echando un vistazo a las grietas de las vidrieras del techo, Hilts no podía emocionarse demasiado.

Jaye no tenía ese problema.

—¡Lo han confirmado, Cuidador! —exclamó el keshiri, agitando el ábaco en su mano—. Mis cálculos sobre los Tubos de Arena…

—… No son importantes en este momento —dijo Hilts—, a menos que tengas la intención de tomar un paño y ayudar a limpiarlos. —Observó a las jóvenes en su trabajo. Al menos algunas partes de la habitación tendrían buen aspecto—. Tenemos doce días. Estaremos listos.

El secretario se mordió el labio.

—¿Realmente podemos estar listos? Esta… esta es una convergencia mística. No… una convergencia *sagrada*.

Hilts puso los ojos en blanco. Jaye no sólo amaba sus números; también les temía. Este año *era* una novedad para la Tribu. El Día del Testamento no era el único memorial semejante… y Yaru no era el único Korsin. Su hija Nida había reinado por un récord de setenta y nueve años después de su padre, y su elevación al rango de Gran Señora se conmemoraba con un festival de un mes de duración en los terrenos del exterior del palacio cada setenta y nueve años. Ni siquiera Hilts, había estado presente en el último.

—¿No lo ve, Cuidador? —Las conchas del ábaco sonaron mientras Jaye efectuaba otro cálculo—. Han pasado mil novecientos setenta y cinco años desde que el Gran Señor Korsin trascendió esta existencia y Nida le sucedió… ¡y eso son setenta y nueve veces veinticinco! ¡Esta es la primera vez que el Día del Testamento y la Ascensión de Nida han coincidido el mismo año! —Mirando rápidamente a uno y otro lado, bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Nunca antes había ocurrido, *jamás*.

—¡*Jamás!* —Hilts agarró a su compañero púrpura pálido por los hombros con fingida seriedad, haciendo que Jaye dejara caer su ábaco al suelo de piedra—. Así que lo que me estás diciendo… ¡es que ahorremos en vino esta vez! —Hilts soltó a Jaye y le dio una suave palmada en la mejilla—. No necesitamos más presagios, Jaye. Tenemos uno, en lo alto de la montaña, ¿recuerdas? Y no se permite que nadie entre en su interior.

Hilts caminó hacia su oficina privada, dejando a su ayudante con la mirada perdida en el ábaco.

—Pero, Cuidador…

—Estás exagerando, Jaye.

—Pero, ¿qué pasa con lo que he descubierto acerca de los Tubos de Arena?

—¡No empieces otra vez con *eso*! —Hilts entró en su oficina y miró con alivio su silla. Sí, esa era la respuesta. Después de una mañana como esta, sería un alivio sentarse en silencio y beber un poco de…

Se alzaron voces fuera, en el atrio. Golpeando con disgusto su copa medio llena sobre el escritorio, Hilts gritó por encima del hombro a la conmoción.

—¡Jaye, te dije que te calmases!

—Qué curioso —respondió una ronca voz femenina—. Yo acabo de decirle lo mismo. —Hilts se volvió para ver a una mujer de poco menos de treinta años vestida de negro, con un sable de luz de color rojo brillante justo debajo del cuello de Jaye. Con ojos dorados vivos con oscura inteligencia, habló de nuevo—: Tenemos que hablar, Cuidador… y no me gusta ser interrumpida.

Medía sus dos buenos metros de altura, más alta que Hilts, con diferencia. Cabello de color rojo brillante, muy bien peinado; piel de color rosa sin defectos. Le habría ido bien en las inspecciones de Seelah Korsin, siglos antes, pensó Hilts. Y esa era precisamente la cuestión.

La intrusa condujo a Hilts al atrio, donde vio a media docena de mujeres vestidas de manera similar, todas ellas perfectos especímenes de la especie humana, amenazando a los asustados trabajadores con sables de luz. Ella volvió a hablar.

—Obviamente, me conoces.

—Sólo por la reputación —dijo él, con la garganta seca. No había llegado a probar su bebida—. No salgo mucho.

—Eso ya lo veo. —La mujer mostró una falsa sonrisa y desactivó su sable de luz—. Iliana Merko. Y estas son mis compañeras Hermanas de Seelah.

—No creo que Seelah Korsin tuviera hermanas —dijo Hilts, observando a las beldades que vigilaban a sus keshiri.

—Hermanas en espíritu.

Iliana avanzó con confianza, aplastando bajo sus pies el ábaco de Jaye al hacerlo. El matemático estaba con los demás, ahora, tendido en el suelo pero a salvo. Con los tacones de las botas resonando sobre el mármol, Iliana examinó las estatuas de vidrio que se alineaban en el atrio. Todas ellas representaban bien a Yaru, bien a Nida Korsin. Iliana no parecía satisfecha.

—Lo siento —dijo Hilts—. Se llevaron las estatuas de Seelah después… después de lo ocurrido, años atrás. —Supuso que ella sabía acerca del fallido golpe de estado que Seelah había urdido con Jariad contra su marido, Yaru. Para los miembros de la facción de Iliana, era como si hubiera ocurrido ayer—. No creo que se conserve ninguna estatua de Seelah en absoluto.

—No me sorprende. Nadie dio a nuestra señora el respeto que se merecía. *Ella* fundó la tribu, ¿sabes?… No estos traidores. —Mirando a una representación de vidrio de Yaru

Korsin, la expresión de Iliana pasó a mostrar perplejidad—. ¿Realmente tenía *ese* aspecto?

—En ese entonces, los escultores Keshiri aún tenían problemas para representar correctamente los ojos humanos. —Hilts dio un cauteloso paso hacia ella. La mujer no parecía tener ninguna prisa, y él decidió pensar que eso era un buen presagio para su supervivencia. Pero, de todas formas, tampoco es que ella fuera a ser interrumpida. ¿Quién podría ir *allí*?

—Sabes por qué estoy aquí —dijo ella, enfrentándose a él.

—El Testamento todavía no será leído hasta dentro de doce días. ¿Por qué están aquí *ahora*?

Se acercó rápidamente hacia él.

—Tenemos que hablar acerca de lo que dice el Testamento de Korsin —dijo ella—. Antes de que lleguen los demás.

Hilts no pudo evitar reírse.

—Usted *sabe* lo que dice el Testamento. Todo el mundo lo sabe. Ha sido transcrito tantas veces…

Iliana cargó hacia delante, encendiendo su sable de luz y agitando la punta justo bajo la barbilla peluda del cuidador.

—¡Por supuesto que lo sabemos! Pero esto es diferente. Este Día del Testamento, esta lectura… de alguna manera, se ha convertido en un *cónclave*.

Hilts entornó los ojos.

—*La Paz del Panteón.*

—Exactamente.

De repente todo tenía sentido para Hilts. Durante siglos, el Día del Testamento y la lectura había sido la única ocasión en la que toda la jerarquía de la Tribu se reunía pacíficamente en un mismo techo —el del atrio del palacio de atrio— para escuchar las palabras de su antiguo fundador. Incluso después de que los Sith se fragmentasen, el respeto a los grandes líderes del pasado había sido suficiente para que los líderes de las diferentes facciones se reunieran a un tiempo. Nadie se atrevía a hacer de la reunión una oportunidad para sembrar el caos; algunos ahora consideraban a Korsin casi como un ser mágico, capaz de influir en los acontecimientos desde más allá de la tumba. Sus antepasados habían caminado en las estrellas.

—Todos mis rivales estarán aquí —dijo Iliana, amenazándolo aún con el sable de luz—. Algunos creen que, en el Testamento, escucharán el apoyo a su causa… el refrendo de un hombre muerto. —Volvió la mirada hacia la estatua e hizo una mueca de desdén—. Bueno, todos sabemos lo que *es*: un aburrido antiguo discurso recompensando a sus aliados por ayudarle a frustrar las intenciones de Seelah.

Hilts tragó saliva. No, Iliana y sus aliados no encontrarían mucho de su agrado en el discurso póstumo de Korsin. El líder sólo había mencionado a Seelah para desterrarla. Algunos de los otros grupos podrían encontrar cierto apoyo a sus propias pretensiones de poder en las palabras de Korsin… pero las Hermanas.

—Es por eso, anciano, que quiero que *cambies* lo que está en el Testamento. —Iliana cubrió los pocos pasos restantes entre ambos y bajó la mirada hacia el cuidador. Sonrió—. Que lo cambies… a *nuestro* favor.

Él le sostuvo la mirada por un momento.

—Habla en serio.

—Totalmente. —Con un giro, ella se apartó, apagando de nuevo su sable de luz—. Te conozco, Wilts[1]…

—Es Hilts.

—… Tú y tus insignificantes trabajadores vivís para desenterrar trivialidades inútiles. Bueno, —dijo ella, volviéndose—, pues vas a revelar que habéis descubierto el *verdadero* Testamento… uno que declara que Seelah y aquellos que hoy sigan sus enseñanzas son los legítimos herederos al poder en Kesh.

Una de las compañeras de Iliana extrajo un pergamino y lo arrojó a Hilts. Él lo desenrolló, con ojos desorbitados.

—No creo que esto vaya a funcionar.

—Oh, lo hará —dijo Iliana—. Los demás son supersticiosos; todos invocan a una u otra figura de nuestra. Viven en el temor a nuestros ancestros nacidos en lo alto… y hacen bien. Pero no respetan a quien deberían. —Señaló al pergamino que Hilts tenía en sus manos—. Eso cambiará cuando tú leas *eso* en lugar del Testamento de Korsin. Los de mente más simple lo creerán, y me seguirán. Esto debería ser suficiente.

Hilts soltó el aliento que estaba reteniendo, ahogando a duras penas una risa. Observó a la mujer, tan llena de energía e inteligencia… todo ello malgastado en vano.

No, por supuesto que no podía saberlo, pensó. *Es demasiado joven.*

Iliana se le quedó mirando.

—¿Qué?

—Lo siento —dijo Hilts, señalando el pergamino—. Admiro su iniciativa, Iliana Merko. Pero hay una razón por la que nadie ha intentado esto antes. Usted no podía saberlo, a menos que hubiera estado aquí en una lectura del Testamento… o hablado con alguien que lo hubiera hecho.

—¿De qué rayos estás hablando?

Poco a poco, para no causar alarma, Hilts se acercó a la parte derecha de los Tubos de Arena y se acercó a un pedestal cubierto.

—Yo no leo el Testamento de Korsin, ¿sabe? Los Cuidadores nunca lo hacen.

Iliana observó, perpleja, cómo él regresaba con algo envuelto en ricas telas.

—Entonces, ¿quién lo lee?

—*Yaru Korsin* lo hace.

Hilts retiró la tela, revelando un pequeño objeto en forma de pirámide. Un *dispositivo*… en una ciudad que no tenía ninguno…

---

[1] Aunque puede parecer un simple fallo al recordar el nombre, cambiando la inicial, en realidad es un insulto velado. En inglés, *hilt* = empuñadura, *wilt* = mustio, marchito. *(N. del T.)*

Capítulo Dos

—Esto… es *asombroso*.

—No es bueno, Cuidador.

—Yo no he dicho que lo fuese —respondió Hilts a su ayudante—. Pero aún así es asombroso.

Conforme el sol de Kesh lanzaba sus primeros rayos sobre la ciudad, Hilts y Jaye miraban hacia abajo a los terrenos del palacio desde el balcón. Nunca habían visto la ciudad tan viva. Una palpitante alfombra de humanos y keshiri cubría lo que antiguamente había sido el Círculo Eterno, y la gente colocaba refugios portátiles para protegerse de la lluvia volcánica.

Los celebrantes comenzaron a reunirse al día siguiente de que Iliana y sus guerreras entrasen al palacio, reservando sitios en previsión del Festival de la Ascensión de Nida. A ninguno de los ciudadanos ordinarios se le permitiría estar presente en la lectura del Testamento, pero eso no parecía importar.

—Este planeta necesita una fiesta —dijo Hilts.

—Lo que quieren es un líder —respondió Jaye. Alzó sus ojos oscuros hacia el Cuidador—. Eso es lo que escuché que decía Iliana. Todos los humanos esperan obtener alguna orientación de las palabras del Gran Señor.

Hilts se rió.

—Bueno, al menos serán *sus* palabras. —Lanzó una mirada al interior del palacio, donde Iliana y sus compañeras contemplaban con estupefacción la pirámide adornada—. Nunca averiguaran siquiera cómo encenderlo.

Eso era cierto, recordó Hilts; apenas fue capaz de hacer que el objeto funcionase durante el último Día del Testamento, veinticinco años atrás. Su predecesor lo había descrito como un dispositivo de grabación, y le había transmitido el antiguo secreto para activarlo… pero a Hilts le hicieron falta cuatro intentos para hacerlo correctamente el día señalado. Se preguntaba si tal vez algo fallase en el objeto. ¿Funcionaría este año?

No importaba. *Él* había trabajado bastante bien los últimos cuatro días, pensó Hilts. Para ganar tiempo, le había mentido a Iliana diciendo que el dispositivo sólo se activaba en el Día del Testamento. Eso no había impedido que la arrogante mujer trasteara con él, sin ningún resultado… pero la estratagema le sirvió para conseguir el alivio que esperaba. Junto al gentío que iba a la fiesta, los rivales de Iliana llegaron a Tahv mucho antes de lo previsto, evidentemente atraídos por los informes de sus espías de que las Hermanas de Seelah habían tomado el palacio. Ahora, en los campamentos de ahí fuera ondeaban los pendones de los Korsinitas, de Destino Dorado, de Fuerza 57, y un sinnúmero de otras facciones. La vanguardia de Seelah había tomado posiciones en el exterior de la entrada del palacio, pero no estaba claro cuánto tiempo podría impedir la entrada con el número de oponentes en crecimiento constante. Faltando ocho días antes del Día del Testamento, los enemigos de sangre habían aplazado la violencia, aprovechando en cambio la

aglomeración de público como una oportunidad para hacer proselitismo. La Ascensión de Nida se había convertido en un festival del parloteo.

—Buscar un líder en este grupo —dijo Hilts—. Que el lado oscuro nos ayude a todos.

—La conjunción —dijo Jaye. Hilts temió estar a punto de escuchar una nueva sesión acerca de la teoría de Jaye, y de lo que realmente era el día de hoy, cuando el keshiri suspiró y le miró a los ojos—. Cuidador, nunca entenderé por qué *usted* nunca asumió el reto de gobernar la Tribu. Usted sabe más que nadie de los caminos de los antiguos.

—Sé *demasiado* —dijo Hilts, divertido—. Estos son los días del Loco Flagrante, amigo mío. Los hombres bien informados como nosotros no podemos llegar muy lejos.

—Pero la Tribu enseña que cada hombre o mujer libre puede crecer hasta convertirse en Gran Señor.

—Y eso es algo bueno para que *yo* lo crea —dijo Hilts—. Pero si *tú* lo crees, ya no es tan bueno. Y si esos tontos de ahí fuera también lo creen —continuó, señalando a la multitud—, se convierte en algo horrible. Tu oportunidad se encuentra en mi fracaso. —Sonrió—. ¿Y qué es eso de «la Tribu enseña»? Ya nadie está de acuerdo ni siquiera en qué *es* la Tribu. —El sistema educativo había sido una víctima más de la agitación. Bajo Korsin y sus sucesores, la gente había trabajado unida. Pero a medida que los individuos iban buscando cada vez más atajos hacia el poder único, la sociedad Sith, si es que podía llamarse así, se había derrumbado. Hilts dio una palmada en el hombro del joven ayudante—. No, ya es demasiado tarde. Al igual que Donellan, el tiempo me ha pasado por encima.

—No estoy de acuerdo…

—Escucha, Jaye. Cuando un hombre de edad avanzada te dice que algo es verdad, o bien le crees, o bien asientes cortésmente —dijo Hilts, alejándose de la barandilla—. Lo último que quieres hacer es sacudir su fe en su omnisciencia.

—¿Aún si está equivocado?

—*Sobre todo* si está equivocado. —Se volvió para dar un paso hacia el interior del palacio—. Y hablando de necios…

En el interior, Iliana continuaba manipulando la pequeña pirámide. Sólo permanecían dos de sus compañeras, el resto había marchado a guardar la entrada.

—Si se trata de algún tipo de dispositivo de grabación —dijo Iliana—, debe tener una fuente de energía. Tal vez un cristal Lignan.

—Si consigue descubrir cómo funciona —dijo Hilts—, usted misma se convertirá en uno de los registros históricos.

Avanzó hacia una posición no amenazante cerca de los Tubos de Arena. Después de encerrar a sus trabajadores en otra habitación, Iliana había mantenido al cuidador y a su ayudante en el área inmediata, listos para responder a las preguntas. Hilts no iba a irse a ninguna parte, de todos modos. Todo ese asunto se había convertido en un entretenido espectáculo… y los intérpretes, divertidos de contemplar.

Encontraba a Iliana una mujer atractiva, si bien completamente venal y poco fiable. Hilts nunca había tomado pareja, en parte debido a su misión sin futuro, pero también

porque sabía que los Sith no saben compartir. Lo había visto en las historias una y otra vez: todas esas envidias y conspiraciones, incluso dentro de las familias. No era de extrañar que Yaru Korsin hubiera decretado que los cónyuges de los Grandes Señores fallecidos debían ser condenados a muerte. No había lugar para el veneno en el dormitorio.

No es que Iliana lo supiera. Ahora, como lo había hecho una vez el día antes, Iliana dio un paso hacia él y le miró a los ojos con repentina calidez.

—Cuidador, ¿estás *seguro* de que no hay manera de ver la grabación, ahora? ¿De alterarla?

Su mano enguantada acarició suavemente el brazo del hombre.

—¡Por la sangre de Gloyd, muchacha! Tengo el doble de su edad, por lo menos —dijo Hilts. La miró con incredulidad—. Y usted es una Hermana de Seelah.

Fulminándolo con la mirada, ella se echó hacia atrás.

—¡Y tú eres una vieja verruga purulenta!

—*Eso* me gusta más. ¿Podemos pasar a los hechos ahora? Aunque quisiera, yo no podría modificar el mensaje del interior. ¡Y no quiero! —Se dio la vuelta alejándose de ella y señaló las pinturas en las paredes del atrio, que representaban la llegada de los viajeros de los cielos—. Este artilugio es nuestro único enlace que funciona hacia ese pasado, a cómo llegamos a ser lo que somos. Yo no lo modificaría aunque mi vida dependiera de ello.

—¿Y si fuera la de otra persona?

Hilts escuchó el agudo siseo del sable de luz de Iliana al activarse. Girándose con precaución, vio que sus compañeras habían sujetado a Jaye por los brazos.

—Tranquilas, no creo que esto sea necesario.

—Yo creo que sí. Comienza a desmontar el dispositivo, Cuidador. Y mientras lo haces —dijo Iliana—, nosotras desmontaremos a este keshiri. Puede que quede algo de él, si trabajas lo suficientemente rápido.

La mirada de Hilts alternó entre su ayudante, retorciéndose presa del pánico, y el objeto brillante. Ni siquiera sabía por dónde empezar, pero tenía que hacer algo. A regañadientes, tomó la pequeña pirámide en la mano…

…y casi la dejó caer cuando varias figuras atravesaron las ventanas de vidrio sobre ellos, cayendo en el atrio. Vestidos con el antiguo traje de cuero de uvak de los Rangers Celestiales, los recién llegados se posaron en la superficie de mármol detrás de las mujeres que mantenían cautivo a Jaye y encendieron sus sables de luz. Al mismo tiempo, varias de las guerreras de Iliana del exterior entraron, huyendo del ataque de una espeluznante multitud de misántropos. Con su arma ya desenvainada, Iliana saltó a la defensa de sus aliadas, liberando a Jaye, que se lanzó al suelo cerca de los pies de Hilts.

—¡Ahora, muchacho! —Sujetando la túnica de su ayudante con una mano y el dispositivo grabador con la otra, Hilts saltó hacia los Tubos de Arena, lejos de la refriega. Tras ellos, energía carmesí crepitaba, desgarrando carne Sith. Se dio cuenta de que había *dos* grupos de asaltantes luchando contra Iliana.

Al reconocer quiénes eran, Hilts se dio cuenta de lo que tenía que hacer.

—¡Basura humana! —gritó con furia Iliana al entrechocar su sable de luz con el de una mujer gigantesca con cicatrices.

—¡Criada traidora! —gritó una montaña calva de ira masculina, uno de los llegados desde arriba con armadura de cuero.

Enfrentándose, los combatientes parecían tan interesados en insultar a sus enemigos como en golpearles. Tanto era así, que en medio de los golpes, pudieron escuchar…

—*¡Hey! ¡Aquí arriba!*

Las cabezas se volvieron hacia el imponente artilugio de cristal que se alzaba junto a la pared norte. Hilts, desaliñado, se aferraba a la escalera de mantenimiento de los Tubos de Arena, con un Jaye aterrorizado en los escalones inferiores. Sosteniendo el dispositivo de grabación en una mano, el Cuidador tragó saliva y habló.

—Facciones de Kesh… *huéspedes invitados*… bienvenidos. Hmm… llegáis todos muy pronto.

Capítulo Tres

Tenían que destrozar precisamente *las ventanas*, pensó Hilts. Treinta años había pasado tratando de evitar que esa parte del importante edificio se viniera abajo. Los belicosos patanes acababan de hacerle retroceder a él y a su personal otros treinta años… suponiendo que sobrevivieran a esa tarde.

—Tengo que decir que estoy sorprendido de verles a todos ustedes aquí —dijo Hilts, pasando por encima de los cristales rotos hacia el centro de la sala. Los guerreros se habían apartado entre sí, pero todavía mantenían sus sables de luz ante ellos, dejando una pequeña cuña de espacio entre ellos para él y Jaye—. Faltan ocho días hasta el Día del Testamento. Pero esto *es* un palacio. Supongo que tendremos algunas habitaciones adicionales a su disposición…

—¡Cállate, anciano! —La fornida mujer de pelo negro llena de cicatrices dio un paso adelante y apuntó a Iliana—. ¡Queremos saber por qué está *ella* aquí!

Hilts volvió la mirada para ver a Iliana y sus compañeras, algunas ensangrentadas por la batalla, apoyando sus espaldas contra los Tubos de Arena, listas para su último asalto. La cara de Iliana brillaba desafiante.

—¡No respondas a esa cretina, Hilts!

—¡No *oses* alzar tu voz en este lugar, mujer! —El hombre calvo y corpulento con bigote negro dio un paso saliendo de su círculo de secuaces vestidos de cuero y dedicó un gesto poco educado a Iliana—. En la casa de Korsin no hubo sitio para Seelah… ¡ni lo hay para ti!

Al ver que la hilera de guerreros detrás de Iliana estaba presta a actuar, Hilts se interpuso rápidamente entre ellas y el gigante.

—Ustedes… ustedes son la Liga Korsinita, ¿verdad?

—Yo soy Korsin Bentado —dijo el hombre de cráneo reluciente, con su voz profunda y atronadora resonando en la cámara. Hizo un gesto a cada lado—. Este es Korsin Vandoz, y ya conoces a Korsin Immera de la última lectura del Testamento. Hemos venido, Cuidador, para celebrar las vidas de Yaru y Nida Korsin en este momento grandioso y celestial. Esperamos que todo esté listo…

—Bueno, lo estará…

—… y esperamos que pueda mostrar a aquellos de entre nosotros que viven *desorientados* la verdad del Testamento. Que el líder vino del más allá, que la Tribu es el cuerpo del líder, y que aquellos que puedan poner en peligro el cuerpo no merecen ni misericordia, ni su vida —dijo Bentado. Miró con reverencia la estatua de la que Iliana se había burlado una vez e inclinó la cabeza—. Uno se convierte en todos, y todos en uno. Korsin ahora, Korsin por siempre.

—Lo que usted diga —dijo Hilts. Volviéndose, miró disimuladamente a Jaye y sacudió la cabeza. Hilts conocía bien a esta gente. Un antiguo esclavo había fundado la Liga Korsinita un siglo antes, tomando para sí mismo el título de *Korsin*, separado de la jerarquía de los Señores. Emancipado, modeló su vida siguiendo el ejemplo del primer

Gran Señor y su hija, su sucesora; como solía declarar, cualquiera que fuera digno podía aspirar a la Korsin-dad, al igual que había hecho él. Sus seguidores lo tomaron en serio… y, al ser Sith, decidieron que *ellos* podrían igualmente adoptar el título para sí mismos. Cosa que todos lo hicieron, pasando sobre las quejas del fundador del movimiento… y, finalmente, sobre su cadáver. Ahora había cientos de auto-denominados Korsins, de ambos sexos, deambulando por ahí, recitando mantras y declarando sus imperios de uno a las multitudes a su paso. Iniciar una conversación con un Korsinita era arriesgarse a morir por disonancia cognitiva.

—¡Todavía quiero saber por qué se le ha permitido la entrada aquí a esa… esa *mujer*! —La mujer con el rostro marcado por cicatrices golpeó a Hilts en el hombro con su mano desnuda y le hizo girarse. Hilts se dio cuenta sobresaltado de que la mano tenía solamente tres dedos palmeados.

—Usted es de Fuerza Cincuenta y Siete, supongo.

—¡Obviamente! —Sus compañeros se empujaban detrás de ella, gruñendo salvajemente. Hilts pudo ver que Neera, la mujer, era en realidad la menos horripilante del grupo. Nadie sabía mucho sobre los 57 originales; evidentemente Seelah Korsin había tomado medidas para eliminar la existencia de esa facción de la memoria. Pero los relatos keshiri contaban que esos primeros miembros de la tripulación del *Presagio* eran deformes de algún modo, al contrario que los perfectos especímenes humanos de Seelah.

Los modernos Fuerza 57 eran muchos más que cincuenta y siete en número; observando a los aliados de Neera, Hilts se preguntó si todos los seres humanos deformes que vivían en Kesh habían encontrado su lugar entre sus filas. Eran fáciles de reconocer cuando se aventuraban cerca de la capital; incluso aquellos menos castigados por su nacimiento tenían docenas de cicatrices autoinfligidas. Cincuenta y siete, imaginaba Hilts, aunque nunca había tenido la oportunidad ni el deseo de contarlas.

—Seelah desterró a nuestra especie, para poder tener su feliz perfección —gritó Neera, señalando a los muros—. ¡Este lugar es vergonzoso! ¿Veis quién falta en estas pinturas, verdad? ¿Dónde está Ravilan, el líder de Los Diferentes? Mirad, ni siquiera se molestan en mostrar a Gloyd… ¡al que los Korsins dejaron vivir, como una mascota! —Escupió sobre el mármol—. ¡A vuestro precioso Panteón le faltan miembros!

—¡A vosotros también! —replicó Iliana—. ¡Seelah hizo bien en purgar a los defectuosos! ¡Y vamos a hacerlo de nuevo!

Las Hermanas se lanzaron hacia delante… sólo para ser bloqueadas por Hilts.

—¡Señoras, señores! —Mirando hacia atrás, Hilts vio que su triángulo de terreno neutral se había reducido—. ¡Este no es el lugar para esto!

—Tienes toda la razón, Cuidador —dijo Korsin Bentado, apretando las correas de su guante en la mano que sostenía el sable de luz—. Los profanadores deben pagar por su delito. Terminaremos esta batalla, aquí y ahora… y después fuera, donde están reunidas las demás facciones. La sangre santificará este lugar. La Liga Korsinita saldrá triunfante… y dentro de ocho días, sólo nosotros escucharemos las bendiciones de Yaru Korsin.

—¡Pero hay miles de personas ahí fuera! —exclamó con voz aguda Jaye, agazapado cerca de su amo.

—Si es así como ha de ser…

—¡No tiene por qué ser así! —gritó Hilts. Recordando el dispositivo de grabación, lo alzó en el aire—. Están aquí para la lectura. ¡Podríamos hacerla ahora mismo!

Iliana lo fulminó con la mirada.

—¡Dijiste que sólo se activaba en el Día del Testamento!

Hilts la miró y se encogió de hombros.

—Soy un Sith. Mentí.

—La Liga no aceptará una lectura del Testamento ningún día que no sea el del aniversario —dijo Bentado, con sus ojos dorados brillando bajo espesas cejas negras—. ¿Estarías dispuesto a ser tachado de hereje, Cuidador, al igual que estos otros? —Las filas comenzaban a moverse de nuevo detrás de él—. Escucharemos al fundador dentro de ocho días… ¡solos!

Viendo cómo los combatientes avanzaban, Hilts sintió a Jaye aferrándose fuertemente a él. En un instante hizo una conexión.

Ocho días.

—¡Jaye! ¡Tus cálculos! —exclamó Hilts con urgencia, tomando la cabeza del Keshiri que se refugiaba en su pecho—. ¡Tus cálculos sobre los Tubos de Arena!

El asistente levantó la vista, con lágrimas de pánico fluyendo libremente.

—¿Ahora? Pero usted dijo que nadie estaría interesado en…

—¡Ahora, Jaye! —gritó—. *¡Díselo!*

Temblando de terror, el pequeño keshiri se separó de su maestro y se dirigió a la asamblea.—

—Discúlpenme, Señorías…

—¡No todos somos Señores, keshiri!

Casi se desmaya ante la respuesta de Neera. Sus inmensos ojos negros se volvieron hacia Hilts que, sin emitir sonidos, vocalizaba con urgencia: *¡Dilo!*

—Discúlpenme, pero cuando los Protectores aterrizaron, trajeron su calendario estándar, que los keshiri adoptamos a pesar de la diferente duración de nuestros días y años…

Otro sable de luz se encendió en la multitud.

—… y calibramos nuestros Tubos de Arena con su crono mágico, a bordo del *Presagio*. Cuando el templo de la montaña fue sellado y el *Presagio* abandonado, los porteadores trajeron aquí los Tubos de Arena, para seguir midiendo el tiempo…

Dos sables de luz más, y más movimiento.

—… pero hace unos años nos dimos cuenta de que, en la llanura, la arena no fluye a través de las tuberías a la misma velocidad que en la montaña. —Con la energía roja brillando en su rostro, Jaye tragó saliva—. Corre más despacio.

Bentado levantó su arma… y una ceja.

—¿Cuánto más despacio?

—Un segundo más despacio —dijo Jaye, con voz entrecortada—. Su Día Estándar es realmente un segundo más corto de lo que hemos estado utilizando durante todo este tiempo.

Neera y los miembros de Fuerza 57 rugieron con impaciencia.

—¿Y qué maldita importancia tiene eso?

Hilts apretó los puños y miró a Jaye.

—*¡Díselo!*

—¿Durante dos mil años? Supone *una diferencia de ocho días*. Lo que significa…

—Lo que significa —dijo Hilts, dando un paso junto a su tembloroso ayudante—, que de acuerdo a la auténtica medida del tiempo de nuestros fundadores, el Día del Testamento es *hoy*. Y el Festival de la Ascensión de Nida también comienza realmente hoy. —Miró a Iliana y bajó la voz—. Pero el día de Yaru es el importante.

Bentado avanzó a zancadas hacia la pareja, furibundo.

—¡Esto es absurdo! —Agarró a Jaye por la muñeca—. ¿Me estás diciendo que este loco keshiri ha contado todos los segundos prácticamente desde que aterrizó el *Presagio*? Eso deben ser diez millones de…

—La palabra en su idioma es *millardo* —apuntó Jaye con voz cascada—. Y son más de sesenta.

Iliana dio un paso adelante… y bajó su sable de luz.

—Está diciendo la verdad —dijo—. No veo ningún engaño en él. No veo gran cosa en él, realmente.

Bentado volvió la mirada a sus aliados, que asintieron con la cabeza en silencio. Incluso los deformes miembros de Fuerza 57 se habían detenido.

Hilts miró al keshiri, maravillado de que hubiera funcionado. *Bien hecho. ¡Ahora cállate!*

—La lectura está lista —dijo Hilts—. Declaro la Paz del Panteón. —Sosteniendo el dispositivo de grabación en el aire, miró uno a uno a los líderes de las diferentes facciones—. Desactiven las armas… y avisen a cada uno de sus líderes rivales para que entren —dijo—. Yo no puedo decirles cómo manejar sus asuntos. Tal vez Yaru Korsin pueda.

Capítulo Cuatro

—*...cuando aterrizamos, éramos pocos. Nuestra supervivencia no estaba garantizada. La Tribu, en lo que nos hemos convertido, era el mecanismo necesario. Una vez que supimos que Kesh no suponía un peligro para nosotros, la única amenaza provenía de nosotros mismos…*

El capitán de nave espacial estaba sentado en su sillón de mando, enfrentándose a la muerte… y, sin él saberlo, a varios de sus descendientes lejanos, separados por el tiempo. La imagen de Yaru Korsin parpadeó en el aire, creando misteriosas sombras en el atrio oscuro. No era ni el robusto Korsin de las pinturas posteriores, ni la deidad de ojos saltones de la escultura keshiri quien aparecía; era simplemente un hombre. Un rey guerrero del pasado, agarrándose el pecho y pronunciando sus últimas palabras.

—*...y así como te he entrenado en secreto, Nida, hay otros secretos que has de mantener por siempre. El verdadero poder reside tras el trono. En caso de que ocurra un desastre… recuérdalo…*

Tópicos transmitidos de un gobernante a su hija, ambos muertos desde hacía mucho. Hilts había estudiado las palabras durante tantos años, que para él ya habían perdido toda su magia. Cierto, aquella primera vez, hace tiempo, que vio a Yaru Korsin cobrar vida, había excitado su imaginación. Pero esta vez era diferente. De pie tras el dispositivo y su proyección, se encontró mirando no a la figura antigua, sino a través de ella, a la audiencia congregada. El atrio había sido limpiado de cadáveres y de guerreros vivos esa misma tarde; ahora, al caer la noche, sólo quedaban los líderes de las facciones, incluyendo una docena más que habían entrado desde fuera. Hilts examinó las caras una a una. Algunos tenían la misma mirada de asombro que una vez había tenido él; la humildad era un concepto nuevo para la mayoría de los Sith. Otros no parecían afectados en absoluto.

Hilts se centró de nuevo en Korsin. Cuando grabó eso, se estaba muriendo; desangrándose en el asiento que una vez había sido el sillón de capitán del *Presagio*, grabó apresuradamente un mensaje para su hija, quien estaba muy ocupada acabando con los rebeldes en otra parte de la montaña. Entre toses, el Korsin espectral hablaba de la jerarquía de la Tribu, y de cómo la estructura debía ser construida para evitar alzamientos como el que finalmente lo había matado. Acababa de pronunciar el fragmento acerca de matar a los cónyuges de los Grandes Señores fallecidos y de desterrar a Seelah; Hilts todavía podía sentir la rabia procedente de Iliana.

—*...eso debería mantener a la Tribu a largo plazo, pero querrás comenzar a ascender a tu propia gente al rango de Señor. Tengo algunas sugerencias, dependiendo de quién sobreviva…*

—Esta es la parte aburrida —espetó Iliana. Hilts se miró los pies. Ella estaba en lo cierto. Pese a la gran consideración en la que se tenía a ese documento, él sabía que incluía una gran cantidad de detalles logísticos. Varios de los líderes prestaban total

atención, absortos, escuchando a Korsin hablar de sus antepasados intelectuales adoptados, pero para los demás resultaba tedioso.

Mirando a los miembros más inquietos, Hilts se preguntó cuál debía ser su próximo movimiento. Ahora estaba solo; Jaye había sido expulsado junto con sus compañeros de trabajo antes de que comenzase la lectura. Eso era bueno para ellos, de momento. Pero la Paz del Panteón concluiría cuando lo hiciera la grabación… y no parecía que esas palabras condujeran a ninguna clase de solución. ¿Cómo podría seguir con vida, y mucho menos proteger a su personal y su posición, si esto no solucionaba nada? *Al infierno el futuro de la Tribu*, pensaba Hilts. *¿Qué hay del mío?*

Después de varios minutos, el discurso de Korsin se ralentizó. La herida mortal le estaba pasando factura, y las palabras se volvieron más personales. Hilts alzó la vista de nuevo, fascinado nuevamente por la momentánea conexión con un hombre de dos mil años de antigüedad.

—*...Nida, hija mía, eres más que lo único bueno que vino de Seelah. Eres el futuro de los Sith en este planeta. No fue… elección nuestra vivir aquí. Pero es… nuestra decisión no morir aquí. Esa decisión… deberás realizarla tú…*

Korsin se desplomó en su silla. La imagen se congeló.

—¿Esto es *todo*? —dijo Iliana.

Hilts la miró, sin sorprenderse de que ella hubiera ganado la carrera para hablar primero.

—Es todo.

Caminó hacia el dispositivo de grabación.

—Es suficiente —dijo con reverencia Korsin Bentado—. Acabáis de escuchar a un gran líder decirlo. Sólo puede existir una estructura de poder; la que *él* inventó. La que mi gente representará. No hay otro acuerdo.

—Estás equivocado —dijo otra voz. Hilts vio que pertenecía al líder de Destino Dorado, un grupo obsesionado con los aspectos estelares del origen de la Tribu—. Yo he escuchado a un gran conquistador describir un pueblo poderoso. Ni siquiera pretendíamos llegar aquí… y aún así sometimos este mundo al instante. ¡Cada ser humano de la galaxia es digno de tener su propio reino planetario! ¡Tenemos que dejar de luchar, volver a abrir el templo, y volver a las estrellas!

Hilts sacudió la cabeza al ver que las peleas comenzaban de nuevo. No había sables de luz, todavía; los líderes estaban demasiado ocupados contándose unos a otros lo que acababan de escuchar. Pero sólo era cuestión de tiempo. Jugueteó distraídamente con el dispositivo de grabación. Esta vez había conseguido con más facilidad que se iniciase, pero por alguna razón no se desactivaba correctamente.

Hubo un estallido de estática… y luego algo más. Imágenes fugaces, entrelazadas con la escena del Gran Señor fallecido.

—Hay algo aquí —dijo Hilts, ajustando el dispositivo—. Por debajo.

Un *palimpsesto*. Había escuchado a artistas keshiri hablar de ese concepto. En ocasiones, una segunda obra era pintada sobre una versión anterior, usando el mismo

lienzo. El concepto no tenía sentido en la escultura… ¿y acaso no era la imagen proyectada una escultura viviente? Pero aún así, había *algo* allí. ¡Tal vez cuando Korsin usó el dispositivo para grabar su mensaje, ya había otro en su interior!

Volvió a trastear con los pocos controles que comprendía…

…y un monstruo apareció.

—*¡Aquí vuestro señor, Naga Sadow, hablando con el capitán Yaru Korsin!*

Los líderes se volvieron al instante, olvidando sus discusiones al oír la voz ronca. Pertenecía a algo no del todo humano, vestido con la túnica de un gobernante Sith. El rostro de Sadow tenía una tonalidad rojiza, y terminaba en dos tentáculos puntiagudos que se retorcían cuando hablaba. Las venas se marcaban en su cráneo calvo como cadenas montañosas.

Y mientras hablaba, gesticulaba con manos —¡qué manos!— terminadas en garras propias de un uvak

Neera de Fuerza 57 habló la primera.

—¿Qué… qué es esa *cosa*?

—*Junto a Saes y el* Heraldo, *se te ordena conducir al equipo minero perteneciente a tu hermano, Devore, a Phaegon. Obtendrás cristales Lignan para mi causa y volverás a Kirrek.*

Hilts tuvo que frotarse los ojos. El lenguaje era el suyo, si bien con un fuerte acento. ¿Pero qué era quien lo hablaba? Aparte de los keshiri, no había constancia de la existencia de ninguna otra especie inteligente en el universo.

Y ciertamente ninguna que diera órdenes a los seres humanos.

—*Para esta misión, envío contigo a alguien con quien ya has trabajado, Ravilan Wroth, y sus guerreros massassi.*

La imagen cambió… y si el rostro de Naga Sadow había sorprendido a los espectadores, la aparición del llamado Ravilan y su escolta hizo que todos se quedasen boquiabiertos. De piel completamente carmesí, Ravilan parecía aún menos humano que Sadow, con protuberantes zarcillos en las cejas que hacían juego con tentáculos faciales aún más largos. Y las monstruosidades del color de la sangre que se movían pesadamente detrás de Ravilan eran grotescas más allá de toda descripción.

La imagen parpadeó, y reapareció Naga Sadow.

—*He mandado buscar a tu hermano, Devore, para informarle de que tú estarás al mando. Pero recuerda que todos vosotros estáis sujetos a* mi *ley y* mi *capricho. Es posible que dispongáis de más libertad de acción de la que otros Sith permiten a sus esclavos… pero a lo máximo que tu clase puede aspirar es a ser competente a mi servicio. Y eso es lo que pido de vosotros. Vuestro trabajo será crear mi gloria. Comenzad vuestros preparativos. Tened éxito en mi nombre. Falladme… y moriréis.*

La imagen se desvaneció, dejando el atrio casi a oscuras. La luz de las estrellas se filtraba por las ventanas rotas.

Finalmente, Iliana habló.

—¿Qué era *eso*?

—Un mensaje —dijo Hilts, pasando con cautela los dedos por el dispositivo—. Un mensaje anterior. Creo que Korsin grabó encima del mismo… y que no se suponía que nosotros debiéramos verlo. —El aparato se había estado comportando caprichosamente en las últimas activaciones. Tal vez finalmente había dejado de hacer lo que Korsin tenía previsto. Exhaló y miró a las claraboyas—. Creo que era, tal como dijo, Naga Sadow.

La multitud estalló, incrédula, y la más fuerte de las voces fue la de Korsin Bentado.

—Naga Sadow es sólo un nombre de los cuentos populares… el «aliado celestial de Korsin». Esa… esa *cosa* actuaba como si el *Presagio* le perteneciera. ¡Y también su tripulación!

—No eran conquistadores —dijo mordazmente Iliana—. Eran destripaterrones. ¡Y el gran Yaru Korsin sólo era el chico de los recados!

Los grotescos parias de Fuerza 57 parecían los más horrorizados de todos, después de haber visto el verdadero rostro de Ravilan y sus marginados.

—Eso… eso no es un Sith —dijo Neera, casi en un susurro—. Eso es una *locura*.

Hilts se había quedado sin habla. Todos los pequeños misterios de su historia y todas las secciones censuradas de los textos cobraron sentido de repente, si a esto se le podía llamar sentido. Yaru Korsin y todo el panteón de fundadores habían sido esclavos… ¿de esa *cosa*?

—No es de extrañar que Seelah Korsin quisiera que todos nosotros fuéramos especímenes puros —dijo Iliana, de pie ante los demás—. Estaba *santificando* la raza.

Korsin Bentado daba vueltas por la sala con grandes zancadas.

—No, no puede ser. No puede ser. —Miró a Hilts—. ¡Tú! ¡Cuidador! Las Hermanas llegaron ante ti con antelación. ¿Has manipulado esa cosa?

—Yo no sabría por dónde empezar —dijo Hilts. Levantó el proyector del suelo y lo colocó de nuevo en su pedestal.

—Entonces… ¿qué significa esto?

—Significa que no somos sólo la Tribu —dijo Hilts—. Somos una Tribu *Perdida*. —Casi escupió el adjetivo. No había nada de qué enorgullecerse—. Estamos perdidos. No vinimos por nuestra cuenta; fuimos enviados, aunque no aquí. Pero una vez que nos estrellamos, Korsin se quedó… porque no quería volver y enfrentarse a *eso*.

Los murmullos se hicieron más fuertes. ¿Quién podría culpar a Korsin? Pero eso los convertía en algo realmente terrible.

Esclavos fugitivos.

Como en un relámpago, Iliana encendió su sable de luz y se lanzó hacia delante. Hilts retrocedió, dando un traspié, seguro de que iba a venir por él. En vez de eso, el arma chocó contra el dispositivo de grabación, partiéndolo en dos junto con el pedestal sobre el que se asentaba.

Hilts fue apresuradamente hacia las chisporroteantes mitades del artilugio.

—¿Por qué has hecho *eso*?

—No podemos permitir que nadie lo sepa —dijo Iliana a los demás, con voz grave—. Nunca quisieron que lo supiéramos. Seelah debió haber prohibido cualquier registro de lo

que era realmente la gente de Ravilan. Es por eso que Korsin grabó encima del mensaje. Tenemos que mantener este secreto.

Hilts la miró.

—No veo cómo…

—¡No podemos dejar que los keshiri lleguen a saberlo! —dijo Korsin Bentado, el gigante estoico que ahora igualaba a Jaye en nerviosismo—. Si descubren que sus Protectores podían ser gobernados por criaturas como esa…

—No lo harán —siseó Neera—. Los mataré a todos antes.

—Eso no será necesario —dijo Iliana, aplastando los fragmentos del dispositivo de grabación con su bota—. El mensaje ya no existe.

Hilts miró los restos. Efectivamente, ya no existía.

Todo había ido predeciblemente mal. Veinte Sith no podían compartir un secreto, ni siquiera por su propia protección. Alguien había revelado la historia. Tal vez uno de los asistentes, angustiado y lleno de bebida, había revelado todo sobre los orígenes de la Tribu Perdida. Ciertamente, muchos de los camaradas de los líderes estarían ansiosos de tener noticias acerca de lo que había ocurrido durante la lectura. Y allí, acampados fuera, había humanos de todo Kesh, celebrando el Festival de la Ascensión de Nida. Humanos con uvak, listos para salir volando y transmitir las terribles noticias.

No eran especiales.

El resultado se vio con rapidez. Las ciudades de Kesh se habían ido desmoronando. Ahora ardían. Todas ellas, según las escasas noticias que llegaban desde el resto del continente. Hoy era el Día del Testamento según los calendarios habituales. Habían sido necesarios tan sólo ocho días para que la cancerosa verdad llegase a todos los lugares donde vivían humanos.

No eran nada.

Hilts echó un vistazo a las calles nocturnas desde la choza de brotes de hejarbo de Jaye. La humilde morada había sobrevivido a la primera tormenta de fuego, pero los incendiarios estaban otra vez en movimiento, y la choza no sobreviviría mucho más tiempo. Por todas partes, los keshiri observaban desde escondites, temiendo por sus vidas y al mismo tiempo fascinados por las convulsiones que se apoderaban de sus amos. La ira fluía con libertad mientras toda una raza trataba de suicidarse.

No merecían ser nada.

—Este es el final de los tiempos, Maestro Hilts —dijo Jaye, acurrucado junto a él en la puerta. El aterrorizado keshiri alzó la mirada a la nube de uvak enloquecidos, girando alrededor de las llamas.

Hilts simplemente asintió con la cabeza. Le había contado a su ayudante el contenido de la grabación. En realidad, ya no importaba. La población humana de Kesh ya se había reducido a unos cuantos miles por todas las luchas internas. ¿Cuántos podrían quedar? No había visto a ninguno de los líderes de las facciones desde que estallaron los disturbios…

ni siquiera a Iliana, que parecía confiada en que el peligro había pasado. Qué equivocada estaba. Pero ahora todo estaba a punto de acabar.

Y, sin embargo…

…Korsin había dicho otra cosa. *«El verdadero poder reside tras el trono»*, había dicho. Fue una extraña declaración. Hilts había oído hablar de una expresión keshiri donde eso se refería a las contribuciones de un cónyuge. Pero el esposo de Seelah no podía referirse a eso. Había conocido a Iliana, su descendiente espiritual. Hilts no habría confiado en que ella no saquease su cadáver. Ningún Sith confiaba en un amante… y aún menos en uno como Seelah.

Hilts estaba de pie en el umbral.

—¡Cuidador, los amotinados van a verle!

El humano de pelo gris no prestó atención, buscando, en cambio, hacia el palacio con la mirada. Lo habían evacuado cuando la multitud se puso amenazante. Pero no era lo que allí había lo que ocupaba su mente ahora. Era lo que nunca hubo allí.

Un trono.

Con su capa ondeando tras él, Hilts salió apresuradamente a la calle. Alarmado, Jaye le siguió, teniendo cuidado de no pisar —ni mirar— a ninguno de los cadáveres de sus vecinos.

—¿Cuidador, qué ocurre?

—Es el trono, Jaye. ¡El trono!

El keshiri conocía el término. Los ancianos entre los Neshtovar solían construirlos para sí mismos.

—Pero Korsin no tenía trono.

—No en el palacio, hijo mío. ¡Mira! —Agarrando a su ayudante por los hombros, hizo que el keshiri mirara al oeste… hacia los picos cubiertos de nubes de las Montañas Takara. Rejuvenecido de pronto, Hilts recitó las frases que había memorizado hacía décadas—. *«Hay otros secretos que has de mantener por siempre. El verdadero poder reside tras el trono. En caso de que ocurra un desastre… ¡recuérdalo!»* —Entrecerrando los ojos por el humo, miró al lugar prohibido—. El trono de Korsin era su asiento en el *Presagio*… ¡y se encuentra allá arriba!

—Yo… no entiendo —balbuceó Jaye.

—No se suponía que debiéramos ver el mensaje de Sadow… pero ese no es el legado de Yaru Korsin. Hay algo más… algo que él mencionó en el Testamento. ¡Algo que podría salvar a la Tribu de sí misma!

Hilts respiró profundamente, más emocionado de lo que había estado en años. Durante toda su vida, había pensado que conocía toda la historia que había ocurrido, todo lo que Korsin tenía que decir. ¿Realmente podría haber dejado… una *posdata*?

—Sólo podemos hacer una cosa —dijo Hilts, ciñéndose su capa y caminando con confianza en medio del caos—. Vamos a desprecintar el templo. ¡Vamos a subir a bordo del *Presagio*!

Libro 8
Secretos

3000 años ABY

Capítulo Uno

Como todos los Sith en Kesh durante la Edad de la Podredumbre, la familia Hilts tenía ambición. Era sólo que nunca se les había dado bien la puesta en práctica.

El padre de Varner Hilts se pasó años ganándose la confianza del líder de la facción local en Beray. Tuvo mucho cuidado en la selección de la hoja shikkar destinada a la espalda de su señor. Sin embargo, el anciano Hilts tuvo algo menos de cuidado en la fijación de la vaina de la daga, y la hoja de vidrio se cayó de su cinturón y se enterró en su tobillo. Murió consumido por la gangrena tan sólo un mes después, un periodo de tiempo misericordiosamente breve durante el que tuvo que soportar el apodo de «Hilts el resbaladizo»[2].

Sin inmutarse, la viuda Hilts siguió adelante, y a la semana siguiente puso al líder de la facción en el punto de mira de sus dotes de seducción. Sus esbirros la condujeron cuidadosamente a los aposentos privados del líder en una gigantesca urna ceremonial. Desafortunadamente, la tapa era terca, y nadie le había dicho que el líder iba a pasar todo el mes en una campaña militar por las tierras altas. Sin embargo, ella logró su sorpresa, si el horror de los empleados de limpieza contaba.

Varner Hilts había vivido más tiempo que cualquiera de ellos, ascendiendo en silencio —aunque inofensivamente— a una posición de responsabilidad dentro de la tribu. Había trabajado todos los días en el palacio más grande del continente… y había visto el Testamento de Yaru Korsin no una, sino dos veces. Se había aventurado más cerca de lo que nadie había hecho en años al Templo que contenía el *Presagio*, la nave que había traído a Korsin y a la Tribu Perdida hasta Kesh.

Y ahora estaba a punto de ser asesinado por una planta.

—¡Jaye! ¡Jaye! —gritaba Hilts, luchando boca abajo dentro de una red espinosa de enredaderas. Cada movimiento hacía que las ataduras se apretasen más alrededor de los miembros del anciano. Vio a su asistente, mirándolo desde lo alto de la piedra cubierta de trenzas verdes—. ¡Jaye, corta las ataduras!

Sus ojos negros parpadearon.

—¿Con qué, Cuidador?

—¡Con lo que sea!

—¡Oh! —El keshiri de rostro púrpura desapareció por un instante, antes de reaparecer con su cartera—. ¡El sable de luz que encontró!

[2] Juego de palabras. En inglés, *Slippery Hilts* = Empuñaduras resbaladizas. *(N. del T.)*

—¡Rayos, no! —Hilts estiró los dedos de su mano libre, presa del pánico. Como era de esperar, Jaye sostenía el arma por el extremo equivocado—. ¡Vas a matarte al encenderlo!

Jaye se arrodilló cerca de donde Hilts estaba colgando.

—¿Entonces se lo paso a usted?

—No. Mira, ve a buscar una piedra afilada —dijo Hilts, acomodándose lo mejor que pudo en su prisión con nudos—. Yo… me quedaré aquí esperando.

Hilts escuchó cómo el keshiri salía disparado y se maldijo a sí mismo por su plan salvaje. Nadie se había atrevido a acercarse al Templo de montaña durante siglos… ¿y ahora un archivero de sesenta años de edad, y su cobarde secretario iban a hacerlo? ¿Durante una semana, nada menos, en la que todos los asentamientos del continente de Keshtah hervían con convulsos disturbios?

Hilts negó con la cabeza, haciendo caso omiso de los arañazos de la enredadera que le rodeaba por debajo de la barbilla. ¡Había sido una locura hacer el viaje!

Y el viaje había sido desesperante. Hilts regresó primero a su museo en la ciudad capital de Tahv, donde había conservado durante mucho tiempo los antiguos mapas del Templo del *Presagio*. Pero los saqueadores habían asaltado el palacio, quemando cada trozo de pergamino de los archivos. Todo lo que podía romperse se había roto. La visión de los Tubos de Arena destrozados hizo que a Jaye se le saltaran las lágrimas.

Hilts estaba preparado para eso. Los alborotos auto-destructivos habían sido constantes desde que la Tribu descubrió que sus antepasados no habían sido conquistadores, sino esclavos de alienígenas. Sin embargo, la visión de tantos cadáveres tirados en las calles le había desconcertado. Ningún Sith contemplaba una sola vida como algo precioso, pero su especie como un todo ciertamente lo era. Al principio, los supervivientes del *Presagio* habían sido muy pocos. ¿El crecimiento de cuántas generaciones se había perdido? ¿Podría recuperarse algún día?

El Templo prohibido podría ser la solución… pero antes Hilts tenía que llegar hasta allí, evitando las bandas errantes de matones Sith en su frenesí asesino. Por eso había llevado a Jaye consigo. Las familias keshiri que antes adoraban a los seres humanos ahora los temían; Nadie le habría dado cobijo. Sin embargo, cualquier Sith que viajase con el inofensivo Jaye Vuhld probablemente no sería un loco homicida. Se habían refugiado en chozas keshiri durante las horas de luz del día, avanzando hacia el oeste por la noche.

El viaje era largo, pero necesario: el Templo se alzaba en lo alto de las Montañas Takara en el extremo norte de una larga península que corría paralela a la parte continental. Habría sido un breve salto sobre el lomo de un uvak… pero nada haría que Hilts montase en la espalda de una de las bestias voladoras. Habían tomado el camino más largo a lo largo de la costa sur antes de subir por la hostil lengua de tierra. Allí no había refugio, ni sustento; daba lo mismo, ya que Hilts solamente había probado el ácido de su propio estómago desde que comenzaron los disturbios. Finalmente, llegaron a la base de Los Bloques, gigantescas barreras de granito encajadas en un estrecho paso por

Nida Korsin para evitar que nadie pueda acceder a pie a las alturas prohibidas. Cada cubo de diez metros de altura, daban la impresión de ser una escalera para los dioses… un obstáculo formidable, desde luego. Pero en algún momento de los siglos transcurridos desde entonces, un resistente follaje había tomado raíces en las grietas de las piedras… fuertes enredaderas, que proporcionaban un camino hacia arriba.

O una manera de colgar boca abajo hasta desangrarse y morir, pensó Hilts. Miró hacia arriba. ¿Dónde estaba ese maldito keshiri?

Una luz brilló en el cielo. Sus ojos cansados se enfocaron. ¿Un reflejo? Pero, ¿de qué?

—¡Aquí, Cuidador!

Tan pronto como Hilts escuchó la voz chillona, sintió un violento tirón, y luego fue arrastrado por las piernas contra la pared de Los Bloques.

—¡Jaye! ¿Qué estás haciendo?

El keshiri gruñó, tirando de una maraña de enredaderas enrollada alrededor de sus dedos delgados. Hilts se enderezó y se encaramó en lo alto de la barrera, donde pasó un minuto recuperando el aliento. Dándose la vuelta, vio que Jaye había encontrado una serie de hoyos de poste en la superficie de la piedra. Cada uno de los agujeros, que habrían servido como base a algún andamio algunos siglos antes, era lo suficientemente grande como para acomodar un pie keshiri, permitiendo que el frágil empleado tuviera alguna ventaja mecánica al hacer subir a su amo por la pared.

—Esta… es la última barrera —dijo Jaye, limpiándose la sangre de las palmas de sus manos y mirando detrás de ellos. Un modesto sendero descendente conducía a un camino abierto que ascendía por la quebrada… hacia el Templo de la montaña, más arriba.

Pero algo aún más arriba mantenía la atención de Hilts.

—¡Mira allí!

En el cielo del este, un uvak batía sus alas y trazaba un arco descendente hacia el Templo. Hilts entrecerró los ojos. Había un jinete sobre él. Otro destello de luz: un reflejo, como antes. En la escasez de metales de Kesh, eso generalmente significaba una cosa: la empuñadura de una espada de luz.

Hilts frunció el ceño y miró hacia el Templo.

—Será mejor que continuemos.

Poniéndose en pie, retiró los fragmentos restantes de enredadera de su corpulenta figura. Con renovado ímpetu, dio un paso adelante…

…directamente en un agujero de poste.

—*¡Cuidador!*

El granito se sentía fresco contra el rostro de Hilts.

—He decidido, Jaye… que primero… vamos a descansar aquí… durante un rato…

El keshiri no discutió.

Debes terminar la labor de sacar la tribu de esta montaña. Nuestro destino, por ahora, reside en gobernar la parte de Kesh que vive…

Así que Yaru Korsin había dado instrucciones a su hija en el Testamento, y su decreto había sido obedecido. Obedecido, y respetado, por un pueblo que no respetaba nada. Hilts se maravillaba mientras salía del rocoso camino a la piedra azotada por el viento del lugar. Los Sith buscarían cualquier ventaja que pudieran encontrar en sus disputas, sin embargo, nadie había regresado aquí nunca, que él supiera. Podría haber sido la superstición, pero Hilts consideró que era más probable que hubieran comprendido la inutilidad de volver. ¿Que ventajas podrían encontrarse aquí que Korsin y los demás pasajeros del *Presagio* no hubieran tomado ya?

Y, sin embargo, esa era su misión. Miles de metros más abajo, en todo el continente hacia el este, su civilización estaba en el proceso de exterminarse a sí misma. Veinte facciones enfrentadas ya habían destruido el estado Sith. Pero la revelación de su origen común —y humilde— había dejado cada alma humana desarraigada y abatida. Se podía sobrevivir a un millar de años de esclerosis, pero no a otra semana de auto-mutilación.

¿Qué puedo encontrar aquí que nadie haya encontrado antes?, volvió a preguntarse Hilts mientras miraba las torres gemelas que flanqueaban la residencia real muy por delante. Sin duda, la vanidad le había llevado a esto. Pero tal vez no fuera un sueño tan loco. Todos los demás habían buscado aquí un arma, alguna tecnología antigua de las estrellas. Hilts estaba buscando un mensaje. Algo que Korsin había insinuado en sus últimas palabras, algo que podría conducir a la Tribu de nuevo a un camino singular. *El verdadero poder reside tras el trono*, había dicho Korsin. *En caso de que ocurra un desastre… ¡recuérdalo!…*

Jaye entró temeroso en la terraza sur del lugar sagrado. Ruinosos edificios de piedra se alineaban a los lados, desgastados por el viento, el sol, y el abandono.

—Es más grande de lo que me imaginaba, Cuidador.

—Está bien —dijo Hilts, ignorando su tobillo dolorido mientras se dirigía con confianza hacia delante—. Sé dónde estamos.

Y así era. Ahora no tenía los mapas, pero habían estado con él durante años. Se había aprendido de memoria esta terraza inferior, donde había vivido el personal de servicio. Al norte, más allá de los establos de uvak, estaban las escaleras a la terraza intermedia, con su academia de entrenamiento, dormitorios, almacenes y sala de oficiales. Subiendo más escaleras estaría la columnata exterior, donde Yaru Korsin había mantenido su corte pública. Luego, finalmente, el cuadrángulo de la plaza principal, formado por la residencia real al oeste, la torre de vigilancia y la caseta de guardia hacia el este, y la cúpula del Templo hacia el norte. Parte de la plaza superior se encontraba de hecho asentada sobre el venerado lugar de descanso del *Presagio*; la estructura se había construido alrededor y por encima de la nave dañada, para protegerla.

Sólo pensar en el *Presagio* trajo más ímpetu a los pasos de Hilts. Ni siquiera palideció cuando vio la cantidad de escaleras hasta la terraza media. Cualquiera que mirase el edificio desde lejos asumiría que había sido construido por una cultura que adoraba escalar.

Y en efecto, así había sido.

—Vamos, muchacho —dijo Hilts—. Mantén el ritmo.

* * *

El cuerpo había sido asesinado recientemente. Una cuchillada rápida, torpe, en la garganta había sido el final del uvak. Hilts estudió la apestosa bestia que se cocía al sol del mediodía. Sin duda era la criatura que había visto acercarse… asesinada aquí, justo en el centro de la terraza.

—Creo que los establos no eran del agrado de nuestro visitante —dijo Hilts.

Jaye se acurrucó detrás de él.

—¿Quiere… quiere usted el arma?

Hilts miró a su alrededor, sintiendo a través de la Fuerza. Había algo allí.

—Sí —dijo—. Dámela.

Jaye buscó a tientas en el interior de la mochila y extrajo el sable de luz. Hilts no había tenido uno como Cuidador —¿de qué le habría servido?— pero en su huída de Tahv le había robado uno al cadáver de un gigantesco guerrero. Nunca se sabe lo que puede resultarte útil.

—¿Sabe usted cómo se usa? —preguntó Jaye.

—Por supuesto. Ponlos de pie justo frente a mí, y la encenderé.

La frivolidad no alivió la inquietud. Hilts tampoco tenía práctica en el uso de la fuerza para la defensa. Como niño, había tenido la misma formación que cualquier otro miembro de la Tribu, pero aparte de desviar trozos del acueducto al caer, en las últimas décadas había hecho poco uso de las manifestaciones físicas de la Fuerza.

Sin embargo, reconocía un mal presentimiento cuando lo sentía… y esto no era más ácido en su garganta. De hecho, reconocía este ardor en particular…

—La cámara de oficiales —dijo Hilts, detectando la fuente de la punzada más adelante—. Quédate fuera. Si escuchas problemas, corre y no regreses jamás.

Puede que no hubiera estatuas de Seelah Korsin en el palacio de Tahv, pero la figura en el bajorrelieve tallado fuera del hospital era inconfundible. Como esposa de Yaru Korsin, Seelah era la Madre de la Tribu; pero antes de eso, había sido la esposa de Devore Korsin, y la madre de un traidor. Hilts nunca había visto ninguna representación de Seelah, pero mirando la piel suave, el cabello peinado, y la figura perfecta en el mármol, sabía que había visto a su hermana gemela… y recientemente.

—Iliana Merko —gritó, dando un paso a través de la puerta—. Soy el Cuidador Hilts. Sé que estás aquí. Creo que deberíamos hablar.

Capítulo Dos

—¿Iliana? ¿Iliana?

Hilts quedó boquiabierto al ver la figura en las sombras. Las últimas dos semanas habían sido muy duras para todo el mundo en Kesh, pero apenas reconoció a la líder de las Hermanas de Seelah. Iliana estaba sentada, acurrucada en el frío rincón de la oscura bodega, acariciando suavemente un cráneo.

Ella sollozaba suavemente, sin reaccionar a su presencia. Hilts miró con nerviosismo hacia atrás, a la habitación exterior y sus filas de mesas quirúrgicas de mármol… y luego bajó su mirada hasta el sable de luz que llevaba en la mano. Lo enganchó de nuevo a su cinturón. Iliana Merko era la peligrosa líder de una facción, pero la figura que se encontraba ante él era otra cosa. Su antaño brillante pelo estaba sucio y enmarañado, su otrora impecable piel estaba manchada de ceniza y sangre… y, sorprendentemente, con algo que nunca había imaginado que vería en su rostro: lágrimas.

—Ella murió aquí —dijo Iliana, alzando el cráneo a su frente—. Sola.

Hilts miró hacia abajo. Ahí, en la fría oscuridad, habían perdurado algunos fragmentos de un esqueleto, agrupados en una esquina. Al darse cuenta de a quién pensaba Iliana que pertenecía el cráneo, habló con cautela.

—¿Cómo sabes que es Seelah?

—Lo sé —susurró Iliana. Al abrir su mano enguantada, descubrió un anillo con el sello de la familia Korsin. Una banda de compromiso Tapani.

—Simplemente la dejaron aquí —dijo Hilts, arrodillándose para mirar los restos. Los fémures parecían enteros, pero sólo quedaban pequeños fragmentos de los huesos de debajo. Esto no lo había hecho el tiempo, pensó; y al ver el bastón cercano, la historia cobró sentido. Había sabido que la traición de Seelah había sido descubierta, y que Nida Korsin había castigado a su madre. Pero los registros nunca dijeron si se había tratado de exilio o de muerte. Ahora Los Bloques de abajo tenían sentido. La barrera habría mantenido a una Seelah lisiada aquí tanto como mantenía a los demás fuera—. Exiliada —dijo en voz baja.

—¡Fue traicionada! —Iliana se limpió las lágrimas parpadeando llena de furia—. ¡Se merecía algo mejor que esto!

—Y seguiría estando muerta, cualquiera que fuese el memorial que tuviera. —Viendo que la mujer depositaba suavemente el cráneo de nuevo en el suelo, Hilts se levantó y dio un paso atrás—. Estás sola aquí. ¿Qué pasó con…?

—¿Las Hermanas de Seelah? —Iliana mantuvo el rostro hacia la pared mientras trataba de recomponerse—. Luchamos duro cuando las facciones cayeron unas sobre otras. Pero luego nos derrumbamos… como todos los demás. —Sacudió la cabeza y le devolvió la mirada con ojos dorados inyectados de rojo—. No teníamos nada que seguir. ¡Seelah nació siendo una esclava!

—Supongo que sí.

—Lo sé —dijo, cerrando sus manos enguantadas en unos puños llenos de ira—. Cuando era una niña, una vez tuve una visión de la Fuerza de Seelah. Me pidió que la vengara.

Hilts pensó en el bajo relieve del exterior.

—Así que por eso sabías cómo llevaba el pelo.

—Pero lo que nunca dije a nadie es lo que estaba *haciendo* en la visión —dijo—. Estaba ese monstruo, ese monstruo rojo, con el mismo aspecto que ese Ravilan del mensaje. ¡Y ella le estaba lavando los pies! —Arremetió con la fuerza, haciendo pedazos los preciosos huesos contra la pared—. ¡Sus pestilentes y asquerosos pies!

Hilts asintió con la cabeza. Sí, él querría vengarse por algo semejante.

Iliana pasó junto a él y entró a empellones a la sala de oficiales

—Al parecer, algunas de las otras hermanas habían tenido visiones similares. —Se frotó los ojos para quitarse una lágrima persistente, y luego la sacudió, como si sólo fuera una mota de polvo—. No podíamos permanecer juntas mucho tiempo después de eso.

Entre los féretros de mármol, Iliana hizo una pausa. En un instante, su mano fue a su espada de luz.

—Hay alguien ahí fuera —dijo de pronto, con los ojos en la puerta—. *¡Están aquí!*

Hilts fue corriendo a la habitación, junto a ella.

—No pasa nada. Viene conmigo.

Llamó a su ayudante. Jaye apareció tímidamente desde el exterior.

Iliana bajó su sable de luz y entornó los ojos.

—¿El contable? ¡El mundo está llegando a su fin y sigues teniendo mascotas!

—Debo tener algo que cuidar —dijo Hilts—. Es mi trabajo, después de todo. —Se interpuso entre la mujer y Jaye—. Pero, ¿a qué te referías con «Están aquí»?

—Me están buscando —dijo Iliana.

—¿Quién?

—Todo el mundo. Korsin Bentado. Lo que queda de Fuerza Cincuenta y Siete. Esos locos de Destino Dorado —dijo—. Todos los que quedan. Todas las cuentas pendientes se están saldando antes de que todos muramos.

—¿Te han seguido?

—Lo harán —dijo Iliana—. Liquidé a bastantes de ellos antes de irme. Estaba volando al oeste la última vez que sus rastreadores me vieron. No hay nada más al oeste que esto.

Hilts obligó a Jaye a dar la vuelta y lo empujó de nuevo hacia la puerta.

—No tenemos mucho tiempo —dijo—. Sígueme… Te lo explicaré por el camino.

La mujer alta le miró desafiante.

—Yo no soy tu pequeño secretario. ¿Por qué debería seguirte *a ti* a ninguna parte?

El Cuidador le devolvió la mirada.

—Porque puede que necesitemos ayuda para encontrar lo que estamos buscando… y tú estás en un callejón sin salida. Tú misma lo has dicho. —Señaló hacia la salida—. Mientras tanto, en realidad tengo un plan.

Iliana respiró profundamente y dio un paso hacia la salida.

—Estoy segura de que es un plan insensato —dijo al pasar junto a él.

—Vaya, eres una cosa odiosa —dijo Hilts—. ¿Te sale de forma natural?

Ella le miró y le obsequió con una sonrisa retorcida.

—Me forjé en el espíritu de Seelah.

La mujer cuyo cráneo acabas de besar… y luego has estrellado contra una pared, quiso decir Hilts. En lugar de eso, sonrió. Iliana había elegido a Seelah para idolatrarla, pero cualquier otra persona desagradable habría servido. Nunca confiaría en ella —los Sith nunca confiaban en nadie, de todos modos—, pero estaba empezando a comprenderla.

—Vamos al portal más adelante —dijo—. Por lo menos, verás algo que nadie vivo ha visto…

Hilts observo como Iliana seguía los contornos del oscuro metal con los dedos. Así que *existía* algo que pudiera impresionarla.

—Es maravilloso —dijo.

El *Presagio* se extendía bajo los techos abovedados del Templo, suavemente iluminado por las barras de luz que Jaye iba encendiendo. Hace mucho tiempo se dijo que el *Presagio* parecía un lanvarok, una antigua arma de muñeca Sith. Pero nadie en Kesh había visto nunca un lanvarok… ni nadie había visto el *Presagio* en siglos. Los fundadores habían hecho todo lo posible para preservarlo, utilizando sólo cantería pulida a su alrededor y limitando el número de pasajes de entrada, y pese a todo la maltrecha nave mostraba una gruesa capa de polvo.

Y realmente estaba maltrecha. Incluso desgarrada en algunos lugares. ¿Qué se necesitaría para elevarse en las estrellas?, se preguntó Hilts. ¿Qué tipo de protección? Haría falta bastante, a juzgar por las retorcidas lenguas de metal medio arrancadas del casco. ¡Y cuánto metal! Había más ahí junto de lo que nadie con vida hubiera visto nunca, a pesar del hecho de que gran parte del precioso material actualmente en circulación había sido rapiñado de los fragmentos del *Presagio* que quedaron en la ladera de la montaña después de su accidente.

¡Qué desastre debió haber sido!, pensó Hilts, observando su tamaño. Era asombroso que tanto la nave como la montaña hubieran sobrevivido.

Iliana reclamó para sí los primeros pasos en el interior, como Hilts había previsto que haría. A él eso no le suponía ningún problema: se contentaba con seguirla con una de las barras de luz que Jaye había traído. Al ver al keshiri temblando tímidamente en el suelo de mármol fuera de la escotilla, Hilts le hizo un gesto para que entrase.

—Es un sacrilegio estar aquí —balbuceó Jaye—. Soy un keshiri, no soy digno…

—Olvídate de eso. Necesitamos más luz.

Hilts encontró Iliana en una sección a proa de la nave. Allí, como en el resto de lugares a bordo, el *Presagio* había visto una catástrofe. El techo sobre ellos estaba

abombado y retorcido. Los ventanales delanteros estaban destrozados, con sus bordes torcidos hacia afuera. ¿Algo los había golpeado desde dentro? Hilts no tenía ni idea.

Tampoco tenía ninguna noción de lo que estaba viendo a ambos lados. Lisos paneles de ébano se alternaban con otros destrozados que exponían las carbonizadas tripas de la nave. Hilts estudió un panel, y luego otro, reconociendo los caracteres Sith, pero no todos los términos. *Telemetría*. *Hiperespacio*. *Astrogación*. Ante sus ojos, se mostraban como palabras mágicas. Los estudiosos de la tribu habían tratado de mantener vivo el conocimiento de los viajes espaciales, pero eso se había desvanecido como todo lo demás en los últimos siglos.

Iliana golpeó varias veces en los paneles negros, como si presionando más fuerte pudiera traer la nave a la vida. *Sí, ella había estado buscando una manera de salir del planeta*, pensó Hilts. *Como todos los demás.*

La mujer golpeó con el puño en un panel, agrietándolo.

—¡Aquí no funciona nada!

—No —dijo Hilts—. Hay una cosa que funciona.

En la parte trasera del puente, Jaye estaba de rodillas, hechizado, ante una pantalla que brillaba suavemente. Números Sith aparecían en su cara, cada uno fundiéndose con el siguiente conforme pasaban los segundos. Era el dispositivo cuya emulación era el objeto del diseño de sus queridos Tubos de Arena: el crono del *Presagio*.

—Sigue funcionando —dijo Iliana, estupefacta.

Hilts se encogió de hombros. Todo a bordo del buque requería algún tipo de energía; tal vez el dispositivo de cronometraje no usase mucho. Se acercó y tocó el hombro del hipnotizado keshiri.

—¿Hoy es el día que pensabas que era, Jaye?

La boca de Jaye se abrió, pero no surgió ningún sonido. Por último, con voz seca, respondió.

—Sí. Los Tubos de Arena tenían un desfase de ocho días. Justo según mi teoría…

Al ver que se quedaba sin palabras, Hilts miró con cariño a su empleado.

—Muy bien, Jaye. Estoy impresionado.

Él y Jaye habían pasado toda su vida estudiando las grandes preguntas, sabiendo que nunca iban a descubrir si sus soluciones eran correctas. Aquí Jaye había visto reivindicados sus cálculos, de una vez por todas. Eso le pareció extraño a Hilts. Era un error pensar que los Sith y los keshiri podían aspirar a los mismos objetivos… y sin embargo él y Jaye lo habían hecho. Y ahora Jaye tenía su respuesta.

Hilts sintió una punzada repentina de celos y desvió la mirada hacia el centro de la habitación. Lo que *él* estaba buscando no estaba allí.

—¿Era aquí donde estaba el sillón de mando? —Iliana señalaba una plataforma desnuda—. ¿Lo que habías venido a encontrar aquí?

—Siempre supe que no estaría en el interior del *Presagio* —dijo Hilts, dando un paso hacia el estrado—. Pensé que querrías echar un vistazo.

Era bien sabido por las pinturas keshiri que Korsin había trasladado su asiento de capitán a la columnata en los días en que recibía a los visitantes. Sin duda no estaba ahí fuera, ahora… ni aquí dentro.

Iliana parecía angustiada.

—No lo entiendo. Con una nave semejante, ¿por qué Korsin trasladó a todos de la montaña, a Tahv? —Ella se cernía sobre él mientras Hilts se acuclillaba junto al espacio vacío—. Tal vez *su* generación no habría podido repararla… ¿pero dejar de trabajar por completo y partir? Yo estaba en lo cierto. ¡Korsin *era* un estúpido!

—Quería que la Tribu se comprometiera con sus vidas en Kesh —dijo Hilts—. Él sabía mejor que nadie en que estado estaba la nave. No iban a ir a ninguna parte. Ya has visto la sala que nos rodea; no hay manera de que el *Presagio* pueda partir a menos que se desmantele el lugar. Construyeron el refugio a su alrededor. —Se acercó al agujero que tenía delante y miró a los muros de piedra más allá—. Esto no es un establo para un uvak, Iliana. Es una *tumba*.

Recordando el rostro del Testamento, Hilts imaginó la voz de Korsin describiendo su estrategia. Korsin habría ordenado el recinto para protegerlo de los elementos, y los demás náufragos habrían estado de acuerdo. Pero una vez que los Diferentes —la grotesca gente de Ravilan— estuvieron fuera del camino, Korsin habría dirigido progresivamente la atención de los supervivientes hacia el gobierno de Kesh. Eso era lo mejor que podían esperar. Sellar el templo y abandonar la montaña acababa con la tentación.

Hasta ahora.

Un movimiento le llamó la atención, y jadeó.

—¡Hay alguien fuera!

Hilts se agachó bajo el ventanal roto. Las luces del exterior proyectaban largas sombras sobre las paredes curvas. Iliana empujó violentamente a Jaye contra la cubierta y se lanzó hacia delante para unirse a Hilts. Los dos se asomaron cuidadosamente para ver como figuras con barras de luz entraban en el Templo.

El Cuidador contó ocho recién llegados que él pudiera ver, pero podía oír las voces de otros. A algunos los reconoció al instante. Estaba el calvo y corpulento Korsin Bentado, reconocible como el líder de los Korsinitas, pero muy dañado por la violencia de la última semana, al haber perdido su mano izquierda en alguna parte. Otras tres figuras llevaban las antaño brillantes túnicas del Destino Dorado, la facción obsesionada con el origen extraplanetario de la Tribu; sus llamativos uniformes habían perdido su lustre.

Y uno le resultaba familiar.

—Conozco a ese hombre —susurró Hilts a Iliana, señalando a un joven guerrero rubio. Edell Vrai había sido uno de los pocos visitantes regulares al museo, fascinado por la arquitectura de la época de Korsin, así como por las historias del *Presagio*, un tema del que podría hablar durante horas. Hilts esperaba que Edell estuviera encantado de ver al fin la nave de sus sueños. Y sin embargo, la figura del exterior tenía una expresión agria.

—Me enferma —oyó decir a Edell—. Esto… esta *cosa*… ¡no es más que un transporte de *esclavos*!

Hilts casi se puso en pie con las palabras de Edell, pero Iliana le empujó de nuevo hacia abajo. Juntos escucharon como Edell y sus compañeros, algunos de distintas facciones, hablaban con desprecio de la nave dañada.

—Un transporte de *ganado*, querrás decir —dijo otro.

—Fue el comienzo del cautiverio de nuestra raza aquí —añadió Bentado—. En efecto *es* un presagio… pero de desesperación.

—Tienes razón —dijo Edell, con sus palabras resonando por toda la cámara—. *Tenemos que destruirlo.*

Hilts e Iliana se miraron, atónitos. Fuera se oían vehementes gritos de acuerdo, de personas que nunca habían estado de acuerdo en nada.

—Es justo —tronó la voz profunda de Bentado—. Una última y desafiante puñalada. Nuestra gente morirá… pero morirá con el puño cerrado de odio contra el destino.

—Además sé exactamente cómo hacerlo —dijo Edell—. Un último acto de cooperación. Tendremos éxito.

Hilts se sintió enfermo al oír las botas en el suelo exterior, caminando hacia la salida. Había esperado que los recién llegados tratasen de subir a bordo del *Presagio*, como ellos. Pero esto era otra cosa. ¿Acaso el ansia de autodestrucción había hecho que todo el mundo perdiera la razón?

Sí, pensó. *Sí, lo ha hecho.*

—No pueden destruir algo de este tamaño —dijo Iliana, con voz ronca, mientras miraba alrededor del puente—. No quedan explosivos. ¿Qué van a hacer, apuñalarlo con sables de luz?

Hilts no lo sabía… pero sabía que no debía dudar de Edell.

—Él encontrará una manera —dijo, levantándose. La agarró del brazo—. ¡Rápido! ¡Tenemos que encontrar lo que Korsin dejó atrás, antes de que sea demasiado tarde!

Capítulo Tres

Al asomarse por la estrecha ventana de la cúpula, Hilts se dio cuenta de que Edell había estado pensando en este plan por un tiempo. Situada sobre el tejado del Templo, la lujosa cúpula ofrecía una vista clara del rectángulo principal… y desde allí, Hilts había observado con asombro toda la actividad.

Con la puesta de sol sobre el vasto océano occidental, la jornada de trabajo de los guerreros Sith acababa de empezar. Allí había por lo menos treinta, algunos de ellos con los ropajes de sus diferentes facciones; otros habían abandonado su vestimenta partidista por completo. Muchos de ellos habían llegado mientras Hilts y sus dos compañeros esperaban su oportunidad de salir del *Presagio* sin ser detectados, y todos estaban ocupados ahora en un gigantesco proyecto de ingeniería. O, más bien, un proyecto de demolición. Los guerreros se aferraban a los lados de la gigantesca torre de vigilancia, rodeando los soportes con largos cables de cuero. La torre era una maravilla, increíblemente recargada con plataformas de observación elevadas; no haría falta un esfuerzo enorme para derribarla.

Hilts vio exactamente donde se pretendía que cayera. Edell estaba de pie en la plaza, dirigiendo a los guerreros sobre la manera de colocar sus equipos de uvak. Con las bestias en el suelo y en el aire tirando de las cuerdas al unísono, Edell claramente esperaba que la cubierta más pesada de la torre de piedra cayera justo sobre la parte superior de la cámara que albergaba al *Presagio*.

—Esa sala fue bien construida —dijo Iliana, mirando por encima del hombro de Hilts—. ¿Le causará algún daño?

—Lo romperá igual que un martillo un huevo de uvak —murmuró Hilts. Conocía a Edell: intenso, pero estudioso. Edell comprendía cómo se habían construido las estructuras clásicas, y había visto de cerca el refugio del *Presagio*—. Tal vez no hagan pedazos la nave, pero ciertamente van a enterrarla.

Iliana se burló.

—Ya estaba muerta y enterrada.

Hilts se limitó a menear la cabeza y mirar. Había muchos por ahí, todos trabajando en su causa destructiva común. Incluso reconoció a Neera, la deformada líder de Fuerza 57, ofreciendo su enorme musculatura para unirse al trabajo junto a los otros guerreros.

—¿No están con ella algunas de tus Hermanas de Seelah? —Hilts entrecerró los ojos en la creciente oscuridad—. ¿No eres su líder? ¿Te escucharían?

—¿No has visto lo que ha estado pasando últimamente? Nadie sigue a nadie ahora —dijo Iliana, encogiéndose de hombros—. Pero trabajarán juntos en esto. La gente necesita una misión.

Hilts parpadeó. La unidad que él había esperado… en la causa de aplastar toda esperanza. Estudió a Iliana.

—Puede que *te* dejen vivir… si te unes a ellos.

—No es probable. ¿Quién crees que le arrebató la mano a Bentado?

Desde atrás, en la antesala, se escuchó un fuerte chasquido.

—He conseguido abrir el pestillo, Cuidador —dijo Jaye, levantándose. La gran puerta interior de la rotonda se abrió con un chirrido por primera vez en siglos.

—Eres todo un manitas —dijo Hilts—. Viene bien tener a *alguien* que te siga.

Jaye esperó a que su amo e Iliana entrasen antes de seguirlos, con una barra de luz recién encendida en la mano.

Mientras que el hogar del *Presagio*, bajo ellos, tenía un enorme ocupante, no había nada en esta rotonda más pequeña, salvo una sola silla junto a un brasero. Hilts dio un paso hacia ella con entusiasmo. Sí, era lo que él pensaba que era. La silla de mando. *El trono del Gran Señor.*

Lo suficientemente cerca para tocar el asiento, Hilts hizo una pausa y miró a su alrededor. Era un lugar extraño para ella, ahí sola en esa sala de la cima del Templo. Miró hacia el vacío sobre su cabeza. La única barra luminosa de Jaye no era suficiente para iluminar el lugar.

—¿Veis algo allá arriba?

—Creo que ya lo tengo —dijo Iliana. Agarrando a Jaye, rasgó violentamente la parte posterior de la túnica del sobresaltado secretario. Sin decir una palabra, formó una bola con el paño y lo tiró al brasero. Con la ayuda de la herramienta de pedernal encadenada a un lado, pronto tuvo un pequeño fuego encendido. El humo ascendió flotando hasta unas rendijas cerca del vértice del techo.

Con escalofríos, Jaye se mostró inquieto.

—Alguien de fuera podría ver el humo.

—No me importa —dijo Iliana—. No me queda nada salvo luchar.

Hilts miró a su ayudante y se encogió de hombros. Ahí hacía un frío sorprendente… lo bastante como para resultar incómodo incluso a un viajero de las estrellas.

—Tan solo mantente cerca del fuego —dijo, antes de mirar hacia arriba.

Por un momento, creyó ver las estrellas del exterior. Luego, al volver a mirar, se dio cuenta de que, efectivamente, las estaba viendo… en cierto modo.

—¡Un planetario!

Incrustadas en el techo redondeado había piedras carmesíes, brillando cálidamente con el fuego parpadeante. Una a una, reconoció las estrellas del cielo de verano de Kesh… y vio muchas otras más pequeñas que no podía reconocer.

—¿Son cristales Lignan eso de allá arriba? —preguntó Iliana.

Hilts se echó a reír.

—¿Por qué no?

La tripulación del *Presagio* habría tenido un montón de ellos a su disposición.

Devolvió su atención a la silla, la pieza que faltaba del puente de la nave. No era difícil imaginar a Yaru Korsin ahí, sentado en la noche, contemplando el retorno de su gente a las estrellas. Pensó de nuevo en la frase de Korsin del Testamento. ¿Qué había detrás del trono? No había nada ahí que él pudiera ver… sólo un muro vacío. ¿Sería algo en el mapa estelar? No, eso estaba encima.

Indiferente al despliegue sobre ellos —y a cualquier sentido de la historia— Iliana se dejó caer sobre la silla, echando sus piernas con botas sobre el apoyabrazos.

Hilts la miró boquiabierto.

—¿Vas a sentarte *ahí*?

—No voy a hacerlo. Ya lo he hecho. —Con aire casual, desenganchó su sable de luz y se lo fue pasando de una mano a otra—. O bien esa gente de fuera echa abajo el Templo debajo de nosotros, o bien nos encontrarán aquí. Si voy a tener que esperar, lo haré sentada.

—Como quieras.

—Esta sala es bastante inútil, ¿sabes? —dijo Iliana, haciéndose sonar los nudillos—. Sólo muestra el cielo en un momento determinado del año.

Hilts asintió con la cabeza. Era más decorativo que útil. Pero sus pensamientos estaban todavía en la silla… y en el Testamento de Korsin.

—¿Tienes un cuchillo?

—Por supuesto —dijo Iliana, usando la Fuerza para extraer una hoja de vidrio de un compartimiento en su bota. El arma se detuvo en el aire, flotando cerca de la cara de Hilts.

—Muchas gracias —dijo él, tomándola y arrodillándose detrás de la silla.

Detrás del trono. Tentativamente, casi con miedo, Hilts deslizó la punta de la shikkar en el duro cuero del respaldo del asiento. Pudo comprobar que los Sith no equipaban sus naves para que fueran cómodas… pero incluso el basto cuero de la silla de mando no era rival para la hoja keshiri. Con cuidado de no cortar más de lo que debía, Hilts retiró el cuchillo y deslizó su mano dentro del relleno.

Aún sentada, Iliana observó como el viejo pescaba sin rumbo, con el brazo hasta el codo dentro de la silla.

—Pareces un idiota —dijo.

También él se sentía como un idiota, y estaba a punto de detenerse cuando su mano alcanzó el nivel de los apoyabrazos.

—Hay algo aquí dentro —dijo—. ¡Cosido en el interior!

Extrajo rápidamente la mano, rasgando más la tapicería al hacerlo.

El vial de vidrio contenía una sola hoja enrollada de película transparente… más delgada que el más fino pergamino que los keshiri hubieran producido nunca. Al acercarla al fuego que comenzaba a extinguirse, unas figuras comenzaron a tomar forma.

—¿Qué es lo que está escrito? —preguntó Iliana, súbitamente interesada.

—Es el canto antiguo de los Tapani… el lenguaje de los humanos bajo el gobierno de los Sith —dijo Hilts—. El lenguaje de la madre de Korsin.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he estudiado… *y ella lo escribió*. —Retiró de un empujón las piernas de Iliana del apoyabrazos y acercó la película al fuego tanto como pudo atreverse—. Takara Korsin. El padre de Korsin la abandonó por la madre de Jariad. —Sus ojos recorrieron la

página. Había pasado el año anterior estudiando un texto sobre el lenguaje. Despacio, pero seguro, fue descifrando el contenido.

—Está marcado como personal —dijo—. Entregado a Korsin por un mensajero de confianza.

Tragando saliva, recitó:

"Sé que estás cansado de oír hablar de mis visiones, hijo mío. Si actúas como siempre lo has hecho, supongo que no leerás esto hasta que tu misión esté bien avanzada. Me alegro de que se te haya dado el mando de una misión importante para Naga Sadow... incluso aunque me pese, como le pesa a toda nuestra especie, saber que tu victoria es solo para su gloria.

"Sí, he tenido otra de las visiones. He visto a nuestros descendientes gobernando un día un gran pueblo, libres de los Sith Rojos. Tendremos algo que será nuestro propio. Cuando estén bien dirigidos, veo nuevos horizontes abriéndose para nuestra gente… nuevos lugares para conquistar.

"Yaru, sólo tú eres lo suficientemente sabio como para guiar a nuestro pueblo. Devore será su propia ruina; siento fortaleza en la compañera que ha elegido, Seelah, pero eso no es suficiente. Sólo tú sabes cómo manejar las ambiciones de muchos… cómo dar forma a tu ira, y esculpirla para que se ajuste con el propósito que tienes delante.

«Tienes un propósito. Cuídalo. Si guías bien a nuestro pueblo, siempre tendrán una misión.»

Hilts retiró la carta del fuego y se quedó mirando. Ni siquiera se dio cuenta de que Jaye se había acercado con cautela, casi reverencial, detrás de él.

—Mire el sello de la fecha —dijo el tembloroso keshiri, señalando por encima del hombro de Hilts unas cifras a lo largo del borde—. Recibió esto justo antes de que el *Presagio* partiera hacia Phaegon.

Hilts asintió con la cabeza mientras pensaba en las palabras. No, Korsin no hubiera querido que nadie leyera el mensaje mientras todavía estaba trabajando para Naga Sadow, de ahí el escondite. Pero, durante un cuarto de siglo, Korsin había mantenido el mensaje siempre cerca de él.

—Siempre me había preguntado cómo encontró la fuerza para seguir adelante —dijo.

—Tonterías entusiastas de una madre que lo adoraba —dijo Iliana—. Ni siquiera Korsin podría creerse este sinsentido.

—Cállate, niña. —La miró fijamente—. Ella era *sabia*. Ella vio lo que él podía construir. Y esto demuestra que nuestro pueblo no estaba destinado a vivir como esclavos para siempre. Tenemos un futuro. —Hilts se puso en pie de repente y comenzó a andar hacia la salida—. Esa gente de ahí fuera. Si pudiera leérselo…

—No escucharían —dijo Iliana—. Esto ha ido demasiado lejos. Sé que *yo* no escucharía.

Hilts se detuvo antes de llegar a la puerta. Miró la carta de nuevo y frunció el ceño.

Iliana tenía razón. Los sentimientos eran un bálsamo para el espíritu… pero la gente necesitaba una causa específica. Como derribar una torre y destruir una nave espacial.

—¿A qué causa *sí* te unirías? —preguntó, enrollando la carta y metiéndola de nuevo en su tubo.

Iliana respondió sin pensarlo dos veces.

—A la mía.

—Hmmm.

Podía oír más gritos en el exterior, más allá de la antesala. El equipo de demolición debía ser mayor ahora. Hilts y sus compañeros no podían quedarse. No ahí, no encima del lugar de reposo del *Presagio*…

—Espera —dijo Hilts, mirando al suelo.

Jaye se estremeció junto al brasero que ya comenzaba a enfriarse.

—¿Qué ocurre, Cuidador?

—Este mensaje… esto no es lo que Korsin quería decir. —Miró a la silla donde Iliana seguía sentada—. Recuerda la cita. El verdadero poder está *tras* el trono. No *dentro* del trono. ¡No bajo quien se siente en él!

—¿Ahora quieres ponerte a discutir sobre semántica? —Iliana negó con la cabeza—. No, no. Estás buscando precisión en las palabras de un loco moribundo…

—Un loco lo suficientemente inteligente como para conquistar a todo un pueblo nativo… y para entrenar a una hija para la guerra delante de las narices de todo el mundo. No —dijo Hilts, haciendo rodar el tubo con la misiva en su mano—. Este mensaje era importante para Korsin, pero no es lo que quería decir. —Miró de nuevo al techo, donde las falsas estrellas se habían desvanecido junto con el fuego—. *Nada de esto* está bien.

Iliana se removió en el asiento.

—¿Qué quieres decir?

—Este lugar. No puedo creer que Korsin pasara aquí todo su tiempo —dijo—. Tienes razón. Este mapa de arriba… no es práctico. Es decorativo. Korsin estaba concentrado en la construcción de un imperio en Kesh. ¡No se quedaba sentado mirando las estrellas! —Hilts dio vueltas por la habitación—. Y Korsin. Ya viste en la grabación el aspecto que tenía.

—Me acuerdo —dijo Iliana, con interés creciente conforme el Cuidador se iba animando—. Se estaba desangrando hasta morir.

—La leyenda dice que Korsin fue herido de muerte en el exterior, en la vertiente occidental, y consiguió regresar a su silla para grabar el testamento.

—Hasta aquí —dijo Jaye.

—¡No! —Hilts pensó de nuevo en el brillante mensaje que había visto días antes. No, no había habido ningún fondo en la imagen. Habían sido capaces de ver la silla, pero nada más—. *Asumimos* que lo grabó aquí cuando encontramos la silla. Pero mira lo altos

que estamos. Yaru no podría haber subido todas esas escaleras con una enorme herida en el pecho. ¡Yo estoy *sano*, y casi no lo consigo!

Iliana se puso en pie y volvió su mirada hacia el asiento.

—No lo entiendo. ¿Trasladaron su silla aquí después de su muerte? —Ella se encogió de hombros—. ¿Por qué? ¿Y adónde habría ido entonces?

Hilts consideró la pregunta durante unos instantes hasta que su ayudante, que ahora se encontraba acurrucado en el suelo cerca del brasero para calentarse, elevó la voz.

—Tal vez haya algo en la cámara debajo del *Presagio*.

—*¿Debajo?* —Hilts parpadeó en la oscuridad casi total de la rotonda—. No hay ninguna cámara debajo del *Presagio*. Construyeron el Templo sobre la nave donde ésta se detuvo.

—Pero la nave aterrizó en una pendiente —dijo Jaye—, y lo que vimos estaba completamente nivelado. La apuntalaron con mampostería de piedra. —Se agitó nervioso, contando con sus dedos morados antes de mirar hacia arriba—. Entramos en el Templo a través de un pasaje abierto en el vigésimo tercer peldaño de la escalera que ascendía de la terraza media. Sin embargo, pasamos por una puerta sellada en el *séptimo* peldaño. —El pequeño keshiri se cruzó de brazos con satisfacción—. Otra cámara, en la base de la estructura de apoyo del *Presagio*.

Iliana puso los ojos en blanco.

—¿Ha *contado los peldaños*?

—Ha contado los peldaños —dijo Hilts, sonriendo.

Su momentáneamente mejorado estado de ánimo se vio interrumpido por un leve estremecimiento, que reverberó a través del suelo. Los improvisados aliados de afuera se estaban acercando a su objetivo.

—¿A qué estáis esperando? ¡Vamos!

Capítulo Cuatro

No había tenido ningún visitante en casi dos mil años… y tampoco parecía que hubiera visto mucho tráfico cuando la gente aún vivía allí. A diferencia del lugar de descanso del *Presagio* sobre ellos, y la bóveda celeste por encima de todo, este nivel más bajo no era un santuario, ni era para mostrarlo. El estrecho pasillo a través de la oscuridad carecía de sujeciones para las barras de luz, y comparada con las adornadas puertas de los demás sitios, la entrada a la sala octogonal era absolutamente modesta.

Hilts y sus compañeros habían entrado en las catacumbas después de esquivar la confusión en la plaza. Los cables se habían roto, frustrando de manera temporal el plan de Edell de hacer caer la torre sobre el *Presagio*… pero Hilts sabía que tarde o temprano encontrarían una forma de continuar. *Él* tenía que averiguar lo que Korsin había querido decir antes de eso.

Lo que era difícil en la oscuridad.

—Encuentra alguna barra de luz más —ordenó. Jaye asintió con la cabeza y corrió hacia fuera.

Entre las pocas que habían traído y la luz de su sable de luz y el de Iliana, habían sido capaces de reconocer la característica principal de la habitación. Un gran mapa de piedra tallada de Keshtah, su continente, dominaba uno de los muros; pequeños cristales Lignan habían sido insertados en el diseño para indicar los asentamientos. Era el equivalente planetario al mapa del cielo de arriba. Una pared tenía la puerta de entrada, las otras seis solamente tenían grandes losas de pizarra en blanco, del mismo tamaño que el mapa de Keshtah.

—No me gusta estar aquí —dijo Iliana, agarrando su sable de luz con fuerza—. Esto es un callejón sin salida, como una vía muerta.

—«Muerta» es correcto —dijo Hilts, mirando hacia arriba—. Yaru Korsin murió aquí. Puedo sentirlo.

Los ojos de Iliana se estrecharon por un momento.

—Yo también lo siento —dijo—. Es una sensación agradable.

Hilts no le hizo caso, de rodillas en el centro de la habitación y acercando su sable de luz al suelo.

—Surcos —dijo, tanteando la superficie de la piedra—. Cuatro de ellos. Aquí es donde se guardaba la silla de Yaru Korsin por la noche. —Miró hacia el mapa de la pared—. Y eso es lo que miraba.

—¿Por qué no dejar la silla de Korsin aquí después de su muerte?

—Tal vez Nida quisiera que cualquiera que entrase en el futuro pensara que Yaru pasaba todo el tiempo contemplando el cosmos… y su regreso.

Iliana se burló.

—Entonces tal vez debería haber abierto algunas ventanas en la sala donde guardaban la nave.

Hilts se puso de pie y caminó hacia el mapa. Sí, tenía sentido. Esto no era un lugar de lujo: era un lugar de trabajo, donde Korsin diseñaba el gobierno de la Tribu sobre su nuevo mundo. Seguramente sólo habría traído aquí a sus ayudantes keshiri de confianza, a trabajar en el mapa. Mirando hacia atrás, se esforzó para ver las demás paredes a través de la oscuridad. Gigantescas pizarras negras, clavadas a las paredes por estacas de metal que debían provenir del *Presagio*. Hilts podía imaginar a Korsin trabajando aquí, trazando con tiza sus planes para la Tribu. Si la silla del capitán siempre estaba mirando hacia el mapa —y no podía imaginar otra cosa—, entonces no había nada en absoluto «detrás del trono». Sólo paneles de piedra en blanco.

Desactivó su sable de luz y se quedó mirando la oscuridad.

¿Qué quería decir Korsin?

Con un pensamiento viniéndole a la mente, Hilts se alejó un paso del mapa…

…sólo para ver una figura que entraba agitándose, casi volando, a la sala, lanzada desde el pasillo por un enorme empujón de la Fuerza.

—¡Jaye! —gritó Hilts cuando el keshiri aterrizó pocos metros antes de la pared del fondo. El anciano corrió junto a su ayudante y le dio la vuelta… sólo para ver las heridas grabadas a fuego en el pecho desnudo del secretario.

La obra de un sable de luz. O de varios.

—Lo siento, Cuidador —dijo Jaye, tosiendo mientras la vida se le escapaba—. Traté… de encontrar… alguna barra de luz más…

Aturdido, Hilts miró a un lado, donde Iliana ya había asumido una postura defensiva. Una tras otra, las figuras que habían visto fuera del *Presagio* irrumpieron en la sala, con los sables de luz en la mano.

—Vaya, vaya —dijo Korsin Bentado, arrastrando la voz con desagradable deleite—. ¡Así que es aquí donde la Hermana jefe se había escabullido! —Levantó el mutilado brazo izquierdo—. ¡Te estaba buscando!

—Tú no eres el único —ladró Neera, junto con Edell y varios de sus compañeros de Destino Dorado, que bloqueaban cualquier escapatoria—. Muy poca amenaza… ¡es hora de acabar contigo!

—Dejémosla en la torre y observemos cómo cae —dijo Bentado.

—No —dijo otro, señalando una desfiguración que, sin duda, había sido causada por Iliana—. ¡Encadenémosla al lugar donde caerá el martillo!

—¡Olvidaos de eso! —gritó Iliana, a punto de moverse—. ¡Terminemos con esto ahora!

—*¡Quietos!*

El grito del cuidador resonó en la sala, atrayendo sobre él por primera vez la atención de los recién llegados. Acunando a su ayudante muerto en sus brazos, gritó de nuevo.

—*¿Quién de vosotros ha hecho esto?*

—¿Y qué más da? —Los dientes de Bentado brillaban a la luz que emitía el brillante armamento—. Era un keshiri. Su presencia profana este lugar.

—*¿Qué?* —Dejando a Jaye en el suelo, Hilts plantó firmemente sus pies en el suelo, sintiendo una ira que no había sentido desde su juventud—. Los keshiri ayudaron a *construir* este lugar. ¿Y profanar? ¡Sois vosotros los que tratáis de destruir el Templo, y al *Presagio* con él!

—Toda la vida es profana —dijo Neera. Se había añadido algunas cicatrices nuevas desde la última vez que la vio—. Ya has visto nuestros amos alienígenas. Ya sabes lo desagradable que puede ser la vida.

Hilts dio un paso hacia el grupo, sólo para ver a Edell dar un paso al frente de todos.

—Sé cómo te sientes acerca de este lugar, Cuidador. Pero nos ha salido el tiro por la culata… a *todos* nosotros. Todo lo que alguna vez nos dijeron acerca de la Tribu es mentira. Se acabó. No tiene sentido aferrarse a lugares como éste. Es sólo otra cuenta que hay que ajustar. Hay que eliminarlo… y luego eliminarnos unos a otros.

—Esto no es el fin —gritó Hilts—. ¡Esto no es el fin!

—No —dijo Edell, con un escalofrío en su voz—. El fin ya ocurrió. Sólo que aún no lo sabemos.

Los guerreros se lanzaron hacia el centro de la habitación, apartando a Hilts mientras trataban de enfrentarse a Iliana, la más peligrosa de sus presas.

Cayendo hacia atrás, Hilts volvió a ver las placas vacías de las paredes, suspendidas en sus picos de metal. Por alguna extraña razón, en ese momento se encontró pensando la idea que había tenido poco antes de que arrojasen a Jaye a la sala: ¿Por qué malgastar el precioso metal colgando *pizarras*?

¡De repente, lo supo!

Con un tremendo esfuerzo, Hilts tiró con la Fuerza de las barras de metal, arrancándolas de las paredes. En los seis lados de la sala, los paneles de piedra maciza se soltaron, cayendo hacia adelante y golpeando contra el suelo. Hilts tiró de Iliana, retirándola del camino de uno de los monolitos al caer.

¡Thoom! ¡Thoom! ¡Thoom! ¡Thoom! ¡Thoom!

¡Doom![3]

Viendo que los demás guerreros se estaban recuperando de la sorpresa y el impacto, Hilts se puso rápidamente en pie y cogió una barra de luz. Volviéndose hacia los muros frente a la pared del mapa, vio lo que esperaba ver…

…¡el resto del mundo!

Edell Vrai miró a la pared más cercana a él.

—¿Qué… qué es esto?

—Es un mapa de Kesh —dijo Hilts, acercando su luz a la imagen de la pared del fondo. Los paneles que habían aparecido junto al mapa de Keshtah estaban en blanco, pero los cuatro paneles al otro lado de la sala representaban un enorme continente, que

[3] En inglés, tanto *thoom* como *doom* se pronuncian de forma muy parecida, y pueden funcionar como onomatopeyas de las losas de pizarra al caer, equivalentes a "Bum" o "Pum" en castellano. Sin embargo, aquí se hace además un juego de palabras, ya que *doom* significa además fatalidad, destino, etc... Ante la imposibilidad de encontrar un juego equivalente en castellano, he optado por dejar las palabras onomatopéyicas originales. *(N. del T.)*

hacía que el lugar que conocían fuera pequeño en comparación—. Es un mapa del otro extremo de Kesh. ¡Es el resto del mundo!

Iliana se quedó boquiabierta.

—¡Pero no hay nada más allá de los océanos! ¡Lo exploraron todo después de que llegase el *Presagio*!

—Ellos sólo conocían lo que podían ver, a lomos de los uvak… y en lugares donde los uvak podían llegar —dijo Hilts, recorriendo con entusiasmo el mapa con sus dedos. Allí también había cristales que representaban ciudades, muchas más que en el mapa familiar al otro lado de la sala, y había caracteres Tapani grabados cerca—. Esto era lo que estaba detrás del trono —dijo, volviéndose hacia los demás—. ¡Esto es lo que Korsin quería decir!

A medida que el Cuidador recorría la pared, los guerreros se dispersaron por el cuarto, usando ahora sus sables de luz para iluminarse en lugar de para defenderse.

—¿Qué está escrito aquí? —preguntó Edell, frustrado—. Hay mucho texto en este lugar.

—Un momento —dijo Hilts, dirigiéndose a esa sección. Había sido grabado con una aguja de diamante… un artefacto que recordaba haber estudiado con asombro cuando era conservador en el palacio de Tahv, años atrás—. ¡Esto está escrito de puño y letra del propio Korsin!

La habitación quedó en silencio mientras estudiaba el texto. Ahí había algunas palabras nuevas, que dedujo que eran para referirse a Kesh y los keshiri, términos que no eran conocidos en el dialecto Tapani. Korsin era, evidentemente, un artesano de la palabra, igual que con todo lo demás. Vacilante, recitó, de la mejor manera que pudo…

> *“Nida, conocerás este lenguaje por los estudios que te he asignado… pero no reconocerás este mapa. Nadie lo conoce. Se basa en los últimos datos registrados por las cámaras del* Presagio *durante el descenso a través del lado oscuro de Kesh. Cuando descubrí una cámara con una pantalla que funcionaba, escondí el dispositivo, transfiriendo durante años lo que vio al mapa de los paneles de aquí hasta que finalmente se quedó sin energía.*
>
> *"Nuestro pueblo y los keshiri pensaban que este continente era todo lo que había, solitario en un mar gigantesco. Tomar el control del continente de Keshtah dio a nuestro pueblo un propósito. Pero sólo hemos estado en Keshtah Menor. Este mapa muestra* Keshtah Mayor*: ¡una masa que empequeñece la nuestra, mucho más allá del alcance del vuelo de cualquier uvak! ¡Y con mucha más gente!*
>
> *"Y sí, hay gente. Debe haberla. Los cristales representan las luces* —¡luces!— *vistas en el lado oscuro del planeta. Hay ciudades allí, otra civilización entera. Keshiri, probablemente, pero tal vez más avanzada… y que posiblemente no tema a los Celestiales. Podrían añadirse a nuestro poder… o podrían ser nuestros enemigos.*

"Durante años, he dibujado en secreto el mapa sobre la base de lo que pude descifrar antes de que las imágenes se desvanecieran. Es realmente otro mundo. Ahora he hecho todo lo que he podido, y mis keshiri de confianza están sellando los paneles del mapa antes de nuestro traslado a Tahv.

"Pero puede que un día tú —o tu descendencia— necesites una causa que una a nuestro pueblo. El conocimiento que dejo aquí es auténtico poder. La envidia ha llevado a los Sith a grandes logros. Ahora hay algo nuevo que codiciar… algo que puede estar al alcance de los que sean dirigidos adecuadamente…

La sala permaneció en silencio después de haber dejado de leer. Hilts miró las palabras una vez más —y al gran mapa nuevo, rodeando al texto— y exhaló. Torpemente, sintió un bulto en el bolsillo del chaleco y extrajo el tubo de vidrio.

—Umm… También tengo una carta de su madre.

De pie apaciblemente junto a Iliana ante el nuevo mapa, Bentado volvió a mirar a Hilts.

—Tiene más de esa misma escritura en todas partes. ¿Hay guías para ese lenguaje?

—Las había —dijo Hilts—, hasta que vosotros destruisteis mis archivos. —Arrastró los pies por el suelo—. Ahora yo soy el único que lo conoce.

Escuchando sus propias palabras, se enderezó. *¡Ahora yo soy el único que lo conoce!*

—Esto es… *inimaginable* —dijo Iliana—. ¿Por qué Korsin no se lo dijo a nadie?

—Él ya tenía un continente que conquistar —dijo Hilts—. Y su disputa con Seelah y Jariad era demasiado personal… ellos no se habrían dejado persuadir por esto. —Miró a los rivales reunidos—. Pero esto persuadirá a nuestro pueblo ahora. Si necesitas que los Sith actúen al unísono… ofréceles un enemigo.

Aprovechándose de la paz, Hilts desenrolló la misiva de Takara Korsin. Leyó acerca del destino de los humanos Tapani, que se habían extraviado en el territorio de los Sith y habían sido esclavizados… y leyó acerca de su futuro, gobernando algún lugar por su cuenta. Y luego otro lugar. Y otro. *«Si guías bien a nuestro pueblo, siempre tendrán una misión.»*

Edell parecía deslumbrado.

—¿Cómo llegaremos allí?

Todos en la sala conocían el problema. Los keshiri no eran una cultura naval. Las maderas locales eran demasiado densas para flotar o demasiado débiles como para soportar cualquier peso.

—Va a ser la misión más grande que nuestra sociedad haya emprendido jamás —dijo Hilts—. Nunca seremos capaces de lograrlo si actuamos como hasta ahora. Vamos a necesitar a todo el mundo. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la deformada Neera—. *A todo el mundo*. Se requerirá orden, y disciplina. —Hizo una pausa—. *Como en los días de la antigüedad.*

De repente Edell apagó su sable de luz.

—Modelaremos de nuevo la sociedad a la antigua usanza. —Dio un paso hacia Hilts y se arrodilló—. Tú eres el Cuidador. Sólo tú conoces la antigua lengua… y conoces las antiguas usanzas mejor que nadie. Tú guiarás bien a nuestro pueblo.

Hilts miró con asombro al joven arrodillado ante él. Los camaradas de Edell miembros de Destino Dorado se inclinaron también. A un lado, Korsin Bentado hizo una pausa… y, finalmente, asintió, agachando su cabeza calva mientras se ponía de rodillas.

—Has redimido nuestra fe en Korsin.

Incluso Neera se arrodilló.

—Cuando no existía camino, has encontrado uno lo suficientemente amplio para todos. Solo tú tienes mi confianza.

Pronto sólo Iliana quedó de pie, mirando embobada por el asombro al ver a todos sus agresores reunidos, todos arrodillados ante el estupefacto conservador del museo.

—*¡Aclamemos todos a Varner Hilts: el nuevo Gran Señor!*

Epílogo

Hilts había bautizado la época anterior. Ahora, con el final de la Edad de la Podredumbre, también había dado nombre a la era que empezaba.

La Restauración de Hilts. Le gustaba cómo sonaba.

La facción superviviente más grande después de las dos semanas de caos había sido el Destino Dorado, y resultó ser de lo más oportuno. Al igual que sus rivales, querían apoderarse del poder en Kesh, pero siempre habían tenido sus ojos puestos en la dirección correcta: hacia el exterior. Hilts no les podía ofrecer el regreso a las estrellas que querían, pero había encontrado un nuevo mundo para que lo conquistaran. Acompañado por Bentado, Neera, y los otros, regresaron rápidamente al continente, anunciando las grandes noticias. El sistema de gobierno de la Tribu sería restaurado y dirigido hacia una meta.

Hilts no se preocupó por la forma en que llegarían al nuevo continente. En su papel de ingeniero jefe, Edell se comprometió a atacar el problema con vigor, estudiando formas de abarcar distancias superiores a las que cualquier uvak o embarcación hubiera alcanzado nunca. Podría tardar años, décadas o incluso siglos… pero la Tribu lo lograría.

El nuevo Gran Señor se preguntaba acerca de lo que habían encontrado. ¿Le habría hablado Korsin a Adari Vaal acerca del nuevo continente? Tanto si fue así como si no, si de algún modo ella logró llegar hasta allí con su grupo de uvak robados, los residentes sabrían que los Sith existían. La nota de Korsin era probablemente correcta. La conquista del nuevo continente no sería tan fácil como la adquisición del antiguo.

La perspectiva de un reto le hizo sentirse joven de nuevo.

Había una última cosa. Le vino a la mente a Hilts casi como una ocurrencia tardía. Tan pronto como Edell y los demás anunciaron su nombramiento, Hilts vio el fogonazo de fuego en los ojos de Iliana. Después de todo, ella había sido la que competía por el poder, no el Cuidador. Él no era quien se suponía que debía ser elevado a lo alto. Pero después de la conmoción inicial —y de darse cuenta de que Bentado y sus compañeros todavía sentían deseos de venganza contra Iliana por sus acciones pasadas— había pensado en la frase definitivamente correcta que decirle, delante de todos ellos.

—Si voy a ser Gran Señor, necesitaré una esposa.

En un primer momento, ella no había sido la única sorprendida: el propio Hilts apenas podía creer que él hubiera dicho eso. Tampoco supo nunca exactamente lo que ella había pensado al respecto… hasta ahora, ahí en la columnata exterior del templo de la montaña, bañada por el sol. Alta y majestuosa, Iliana estaba de pie frente a él, brillando en un vestido dorado, producto del trabajo de los mejores artesanos keshiri. Los rituales nupciales eran siempre sólo una excusa más para una celebración, en lo que concernía a los miembros de la Tribu; la fidelidad significaba muy poco para un creyente Sith. Pero la propiedad significaba mucho, e Iliana acababa de alcanzar bastante. Pudo ver que varias de sus antiguas Hermanas de Seelah estaban allí con su propio atuendo; evidentemente, este giro de los acontecimientos había arreglado todas las brechas del continente.

Retorciendo la antigua banda de compromiso de Seelah en su dedo, Iliana sonrió débilmente a los demás… y luego, en privado, miró fijamente a Hilts.

—Los dos sabemos que esto es ridículo —susurró—. Si piensas que voy a estar eternamente agradecida por salvarme…

—Yo nunca pensaría eso —dijo Hilts.

Eso pareció satisfacer a la mujer por un momento. Pero conforme los miembros de la Tribu pasaban ante ellos en la línea de recepción, Iliana tuvo una idea repentina.

—Espera —dijo, en voz baja—. Si vas a restaurar las antiguas usanzas… ¿no era el consorte del Gran Señor condenado a muerte cuando este moría? —Sus cejas se arquearon—. Es cierto. ¡Está en el Testamento de Korsin!

—Oh, ¿eso está ahí? —Hilts la miró, con suavidad—. Me había olvidado.

Iliana ardía de rabia. Hilts miró a su joven novia y sonrió. Habría un sabio liderazgo, siempre y cuando él viviera… y podría llegar a vivir otros cuarenta años, porque habría alguien para asegurarse de que lo hiciera. Poderosa, joven, y taimada, luchando todas sus batallas. Seguramente algunos habían consentido su ascenso porque él era un objetivo fácil… pero *ella* no lo era. Y la única manera de proteger su propia vida era proteger la de él.

Hilts levantó la vista hacia la estatua que se cernía sobre ambos. Allí estaba: Yaru Korsin, sabio por encima de todo… incluso en cuestiones de matrimonio. Detrás de la estatua había filas y filas de miembros de la Tribu pulcramente vestidos, firmes y esperando su turno para saludar al nuevo líder y su novia. Todos los Sith supervivientes de Keshtah Menor debían de estar hoy aquí, pensó Hilts. Algunos tenían mal aspecto después de los disturbios del mes pasado, pero estaban allí, celebrando tanto su matrimonio, como el último día del Festival del Ascenso de Nida. ¡Este sería un mes de fiesta que nadie olvidaría!

A lo largo de los lados de la columnata había cientos de keshiri, animando y aplaudiendo. Saludándolos con la mano, Hilts recibió en respuesta un grito colectivo de aprobación. Los keshiri aún no podían formar parte de la Tribu ellos mismos, pero Hilts cambiaría eso. Muchos de ellos tenían talentos útiles, y la Tribu bien podría necesitar la ayuda de todos en el desafío que le esperaba.

Por un momento, se imaginó el aspecto que el pobre Jaye habría tenido con el uniforme de un Tyro o un Sable. Hilts sonrió ante la idea. Haría falta un tiempo, pero lo haría.

Leer la historia había sido su vida. Ahora escribiría la suya propia.

La Tribu prevalecería.

Libro 9
Pandemonio

2975 años ABY

Capítulo 1

—¡Listos! ¡Apunten! ¡Fuego!

Una docena de gatillos de madera sonaron al unísono, con el poderoso chasquido resonando por toda la fortaleza. Después de un segundo para que los ballesteros recargasen, volvió a escucharse un sonido similar. Y luego otro. Ese ruido marcaba el cuarto de hora allí, en el pequeño pueblo, de la misma manera que lo hacía en las ciudades más grandes del continente. Bien podría haber sido el himno nacional, habían dicho algunos… pero Alanciar ya tenía canciones patrióticas en abundancia.

Los artilleros eran buenos allí, pensó Quarra, observando el campo de prácticas mientras guiaba su muntok por el complejo. La llegada del torpe reptil de seis patas y su jinete keshiri no hizo nada para distraer a los cadetes de sus disparos. El intervalo entre los disparos de sus ballestas de mano de alta tensión marcaba un ritmo más rápido del que podían alcanzar la mayoría de los artilleros de las metrópolis de las tierras altas. ¿Era por las armas o por los guerreros? *Probablemente ambas cosas*, pensó. Su propio distrito de Uhrar se encontraba más hacia el interior del continente. Los keshiri que se encontraban allí, en el fuerte del Cuello de Garrow, situado transversalmente en uno de los largos espolones sobre el mar occidental, tendrían que ser mejores: allí era donde estaba la amenaza.

Quarra tenía todo el derecho a estar allí, pero todavía se sentía fuera de lugar. Chaleco de color gris y tabaco, cabello plateado recogido apretadamente en un moño… ese era un estilo militar adecuado para el lugar de dónde venía, pero esto era un campo de trabajo. El trabajo duro no le era desconocido, pero últimamente se había dedicado a diferentes…

—¡Alto ahí! —Un capitán de rostro color borgoña cerca de la hilera hizo sonar un silbato y corrió hacia ella.

Quarra tiró de las riendas y exclamó una orden. El gigantesco muntok se detuvo derrapando violentamente, lanzando guijarros púrpuras contra la cara del oficial que se acercaba. Éste lanzó un juramento mientras trataba de limpiarse su único ojo bueno.

—Lo siento —dijo Quarra, golpeando las mandíbulas de la bestia, que soltó un gruñido—. Los muntoks son todo patas y una nube de arena.

El capitán no se rió.

—¡Documentación!

—Ya me autorizaron en la puerta este. ¿Cómo cree que llegué…?

—¡Documentación! —Levantó su arma. Estaba, asumió Quarra, cargada con pernos de fragmentación, no con las baratas varillas de vidrio disparadas por los alumnos.

—De acuerdo. —*Aquí en el oeste van en serio*, pensó Quarra, buscando en su bolsa. Le pasó al capitán una carpeta de cuero—. Cartas de tránsito y mis credenciales.

Los alumnos ya habían dejado de disparar, y sus jóvenes ojos se centraron en ella. Hombres y mujeres keshiri de edades comprendidas entre los doce y los quince, todos ellos en su primera misión en el destacamento. Quarra miró uno a uno los jóvenes rostros. Su hija mayor sería un alumno como ellos el año próximo.

Observó al capitán mientras éste hojeaba sus papeles. Tal vez había perdido el ojo por un recluta. O tal vez no: era viejo para este trabajo… lo que significaba que era bueno haciéndolo. Ningún oficial sensato destinaría a un ballestero con talento fuera del Cuello de Garrow. Ahí era donde estaba la acción.

O, más bien, donde debería estar.

—Jefa de Sección Quarra Thayn —gimió. La visión de la insignia evidentemente arruinó su apetito para el próximo mes—. He detenido a una jefa de sección. Lo siento, señora.

Tentada de hacer valer su cargo reprendiendo al oficial, Quarra recordó por qué estaba allí.

—No hay problema, capitán…

—Ruehn. División de formación de la 108ª, Directorado del Suroeste.

—No se preocupe, Ruehn. Están en el filo de la navaja. O lo suficientemente cerca.

Su pase indicaba que se dirigía a Punta Desafío. Una de las estribaciones más occidentales de Alanciar, el cono de granito apuntaba el extremo más alejado del istmo, pasada la fortaleza. El continente, decían muchos, se parecía a la pata de un muntok. El grueso de la población y la industria se encontraba en las elevaciones más altas de la enorme cadera hacia el este. La región cruzada por canales conocida como la Canilla se extendía hacia el oeste, terminando en las Seis Garras, penínsulas montañosas casi paralelas que llegaban hasta el mar occidental. Cada Carra tenía una estación de señales en su extremo: los preparativos para cuando finalmente llegase el día temido.

El capitán se aclaró la garganta mientras doblaba el pergamino.

—Me sorprende que no se encuentre de vuelta con el resto de jefazos ahora que está apunto de llegar el Día de la Observancia —dijo.

—Parecía un buen momento para visitar el frente.

El ojo bueno del centinela hizo un guiño.

—¡Frente de batalla, mi trasero púrpura! Me paso el día manteniendo mis reclutas dentro de los muros. La Guardia Costera se encarga ella sola de cualquiera que merodee fuera. Treinta años, y esa es la única batalla que he luchado.

Quarra volvió a guardar los documentos en su carpeta. Señaló las altas puertas más adelante.

—¿Es por ahí?

—A menos que quiera nadar. —Las monturas voladoras llamadas uvak eran competencia exclusiva de la Guardia Costera en estas áreas, y los viajes por agua en los fiordos de este a oeste formados por las Seis Garras estaban altamente restringidos. No había ningún acceso a Punta Desafío salvo por el campamento militar en el Cuello de Garrow—. Disfrute de su visita. Y manténgase alerta.

—Manténgase alerta —dijo ella, tomando las riendas.

Ordenando a su muntok que volviera a trotar, Quarra se dirigió hacia las barricadas occidentales, el producto de cientos de años de construcción y renovación. Pero lo que llamó su atención fue la torre de señales, de pie entre los anillos de la fortaleza. Brillantes luces de colores se encendían y apagaban en el campanario, fácilmente visibles a esa hora tardía de la tarde. Las estudió a su paso… y volvió a recordar por qué estaba allí.

Todo había empezado con los mensajes enviados tres años antes a través de esa misma estación de relevo. Y ahora, más adelante, veía por primera vez la fuente de esas misivas. Conforme la majestuosa puerta se abría para permitir su salida, ella miró el sendero rocoso. Medio rodeado por una nube de niebla marina, Punta Desafío sobresalía de un océano furioso. Un silo solitario en lo alto del promontorio, con luces diminutas parpadeando en respuesta a la fortaleza lejana sobre ella.

Pensó por un momento en volver atrás, en desandar el largo viaje que la había llevado hasta allí. Si conseguía una montura uvak antes de caer la noche, podría estar de vuelta en el mundo que conocía antes de que nadie lo supiera. Porque se creía que Quarra Thayn —esposa y madre de tres hijos, administradora militar jefe de Uhrar, y una de los escasos keshiri portadores del misterioso poder conocido como la Fuerza— debería encontrarse en ese momento en otra parte. Oficialmente, se suponía que debía estar en una gira de trabajo por las fábricas de armaduras de batalla en la vertiente norte de Alanciar, no dirigiéndose a una reunión secreta en el medio de la nada con alguien que no conocía.

Detrás de ella, los ballesteros reanudaron los disparos, sincopando sus tiros con las lejanas señales intermitentes. Casi hipnotizada por la vista y el oído, sintió que su futuro se extendía ante ella. Esto era algo que tenía que hacer.

Respiró hondo y lanzó su muntok al galope.

Más vale que valga la pena.

El sol brillaba a baja altura sobre el océano occidental, pero Quarra no se dejó engañar. La oscuridad estaba ahí fuera, en esa dirección. El Heraldo había llegado desde el oeste, al igual que lo hacían las corrientes de aire y del mar en esa latitud sur. Hacia el oeste se hallaban el engaño y la traición, el odio y el pánico.

Sin embargo, los Protectores que habían creado Alanciar y todo lo que en Kesh se hallaba habían provisto bien a su pueblo. Las Seis Garras hacían honor a su nombre, puntos rocosos en los que se habían erigido almenas. Durante siglos, los fiordos habían sido ajetreados puertos para las patrulleras de la Guardia Costera, mientras que sus observadores los sobrevolaban en sus uvak. En ocasiones, las seis penínsulas habían estado fortificadas y activas.

Quarra seguía viendo los restos azotados por el viento de algunas de esas instalaciones anteriores ahí en Punta Desafío. Un conjunto de ruinas se extendía ante la torre de señales, y desde luego eran ruinas: claramente, las tropas del Cuello de Garrow habían practicado demoliciones ahí anteriormente. Gran parte del puesto avanzado había sido abandonado conforme las operaciones se iban consolidando en las estribaciones de tierra más anchas, al norte. Aunque no estaban tan al oeste como Desafío, algunas de las

otras penínsulas eran más elevadas, ofreciendo una mejor cobertura de los puertos… y, estando más al norte, se encontraban en mejor posición para proteger la tierra de Alanciar. Desde que comenzaron a funcionar las nuevas instalaciones, las patrullas aéreas y marítimas se habían acercado más a la costa. Sería un error para un pueblo en la clandestinidad despertar accidentalmente a los Destructores por aventurarse demasiado en el mar.

La estación de señales se alzaba imponente ante ella, un cilindro de alabastro elevándose sobre un patio amurallado. En el nivel superior de la torre había balcones con barandillas mirando en todas direcciones, con la tan importante red de globos de fuego asentados en las barras por encima del balcón de oriente. Desmontando en el lado exterior del muro, Quarra encontró un poste y ató el muntok.

—La niebla está rolando —dijo un desdentado keshiri de unos sesenta años cuando abrió la puerta—. Puede que haya tormenta.

Quarra palideció al verle. Pequeños crecimientos de pelo untuoso terminaban en cómicos puntos detrás de sus orejas, y los botones de su uniforme tenían problemas para sujetar su estómago.

—¿No serás Jogan Halder?

—Cielo santo, no —dijo su saludador—. Está en la torre. Yo trabajo con él.

Interiormente, Quarra soltó un suspiro de alivio.

—¿Eres el gritador de pensamientos?

Lo soy, dijo a través de la Fuerza. *¿Y tú?*

Quarra cerró los ojos y le envió una respuesta afirmativa telepática. Volvió a abrir rápidamente los ojos, para ver al viejo keshiri sonriendo.

—Es bueno conocer a otro que tiene el don —dijo—. Pero apenas he podido oírte. ¿Estás cansada?

—Ha sido un largo viaje. —Quarra puso los músculos en tensión. Había pasado mucho tiempo desde que había necesitado usar la Fuerza en su trabajo. Últimamente, sólo la había usado para entretener a sus hijos, y para ver si ellos poseían sus talentos poco comunes. Eso era por simple curiosidad materna; a buen seguro la Junta de Inducción descubriría con el tiempo qué niños tenían el talento.

Recogiendo su bolso de lona del lomo del muntok, Quarra se volvió y le ofreció su cartera de documentos.

—¿Quiere ver esto?

—No hay necesidad —dijo jovialmente—. Nuestros amigos de la fortaleza no le habrían permitido llegar hasta aquí de otra manera. —Salió, llevando el equipaje—. Si las cosas van como de costumbre, me van a cachear durante una hora en cada puerta. Mejor irme ahora, antes de que cierre el club de oficiales.

Exhalando, Quarra guardó los documentos en el interior de su chaleco. Bolsa en mano, saludó al gritador de pensamientos y cerró la puerta detrás de ella. Ya estaba aquí… y ya había entrado.

Tentativamente, cruzó el césped hacia la puerta abierta de la torre. Oyó cantar en el interior, resonando por el inmenso cilindro de piedra. Agarrando con fuerza su bolsa de lona por el asa de cuerda, Quarra entró y ladeó la cabeza. Unas escaleras de madera subían en espiral, hasta casi perderse de vista. La veta de la madera de los escalones no se encajaba, por haber sido evidentemente reemplazados muchas veces a lo largo de la vida de la estación. Pero alguien había comenzado a pintarlos en tonos que cambiaban poco a poco, creando el efecto de un arco iris dando vueltas.

Alrededor de la sala circular, vio puertas que conectaban con el resto del complejo. Podía oler algo que se estaba cocinando en una pequeña cocina; dos puertas abiertas dirigían a unos dormitorios escasamente amueblados, uno junto a otro. Y un último pasaje conducía hacia abajo… hacia el cántico.

—¡Brindo, amigo, por la vida contigo! —gritaba una voz de barítono, cada vez más fuerte—. El mar es mi hogar, y aunque deba vagar, siempre estaré…

—¿De verdad? —Quarra se paró delante de la puerta—. Esa no la había escuchado.

—Una canción de marineros. Aquí tenemos muchas —dijo el keshiri de pelo corto, sus brazos carnosos cargados de volúmenes de pergamino encuadernados—. ¿Eres Quarra?

—Culpable. —Dejó caer la bolsa de lona con un golpe seco—. ¿Te puedo ayudar con eso?

—No hay problema —dijo, dando un paso más allá. Con su piel de un malva robusto y una barba plateada perfectamente recortada, el hombre uniformado pesaría el doble que ella y estaba en una forma increíble.

¿Y es de mi edad? Debe subir y bajar estas escaleras un montón.

—Siento no haber estado allí para darte la bienvenida —dijo, posando la pila monstruosa de libros sobre una mesa desvencijada—. Bajé a la biblioteca, por si te retrasabas. Me gusta leer mientras como. —Dio un paso a través de un arco de piedra y encontró una olla de vidrio humeando sobre unas brasas apagadas—. Aquí siempre hay algún guiso. ¿Algo de comer?

—No, gracias —dijo, apoyándose en la puerta—. Tú eres…

—Oh —dijo, dejando caer la cuchara y limpiándose las manos—. Lo siento. Jogan Halder. —Le estrechó la mano—. Aquí no tenemos los modales de la gran ciudad.

—No pasa nada —dijo Quarra, sonriendo a su pesar al sentir su firme agarre. De repente, consciente de sí misma, retiró la mano—. ¿Tenéis una biblioteca aquí?

—¡Tal y como ves! —Jogan sonrió, mostrándole la sala—. Suelo ir al Cuello de Garrow cuando estoy de permiso, y a veces los viajeros dejan allí cosas para leer. No hay mucho que hacer aquí. —Señaló hacia arriba, donde terminaban los escalones pintados—. A veces, alguna de las otras estaciones de señales envía noticias cuando no hay tráfico. Pero es una forma lenta de leer.

Quarra sabía lo que quería decir. Sus conversaciones con Jogan habían comenzado tres años antes durante una visita de rutina a Kerebba, un centro de abastecimiento militar que se encontraba subiendo la corriente de uno de los canales que desembocaban en una

de las bahías definidas por las Seis Garras. Ella había hablado allí con una prima que había reunido durante meses relatos de la frontera que le habían sido transmitidos por un oficial de señales en sus horas fuera de servicio. Quarra había leído a fondo la colección, encantada con el manejo de las palabras de la autora y la evaluación honesta, brutal, de la vida en el borde de la civilización. Cuando su prima fue reasignada, Quarra había enviado un mensaje a través de la estación de señales de Uhrar presentándose a sí misma.

Lo que sucedió después transformó su vida. Jogan y Quarra intercambiaron más de un millar de mensajes. En su mayor parte llegaban durante la noche, y los mensajes le esperaban cuando llegaba a su oficina cada mañana. Pronto comenzó a llevárselos consigo en sus rondas, hojeándolos en secreto para conseguir escapar de la monotonía de sus días. Las inútiles reuniones de distribución se convirtieron en oportunidades para elaborar las respuestas que le enviaría antes de irse a casa. Se esforzaba para que su propia vida sonase emocionante; al final, conforme creció la confianza, compartió sus sentimientos acerca de su trabajo y su hogar. Estaba agradecida de que su acceso al sistema de semáforos fuera limitado, para evitar que sus quejas se hicieran insoportables. Pero Jogan siempre había sido comprensivo, ocupando sus largas noches para elaborar elocuentes y bien pensadas respuestas.

Y ahora estaba aquí, en su elemento. Ella lo había imaginado muchas veces, en su puesto de avanzada envuelto por la niebla en el borde del mundo seguro. No había resultado ser una decepción… y definitivamente él parecía estar prestándole atención. Encontrando el perchero, se quitó el abrigo para mostrar su uniforme de gala. Era necesario para sus viajes, pero había dejado las decoraciones en su escritorio del trabajo. Ya se sentía bastante incómoda sin necesidad de mostrar visiblemente en su primer encuentro que le superaba en rango.

—¿Te encontraste con Belmer a la salida?

—Sí —dijo Quarra. Se echó a reír—. Tenía miedo de que fueras.

—No, pero sí que envío mensajes románticos para él usando mi nombre. —Se echó a reír—. Es broma. Todos los amores de Belmer son fermentados.

—No es exactamente lo que querrías para un gritador de pensamientos en el frente, ¿no?

—No bebe estando de servicio, por supuesto. —Cogió su bolso de lona—. Deja que lleve eso. —Ella miró con anticipación como él lo colocaba entre las puertas de las dos alcobas, casi el equivalente, con equipajes, de guiñarle un ojo. No habían hablado en detalle acerca de cómo iban a arreglarse para dormir durante la semana de su visita… eso habría sido demasiado premeditado. Había sido más divertido especular.

—Perdona el aspecto del lugar. Estamos al final de la ruta de inspección, y con solterones, ya te puedes imaginar…

—Tengo tres hijos. Deberías ver mi casa cuando mi marido está ausente mucho tiempo por trabajo —dijo, lamentándolo inmediatamente.

—Tu marido… Brue, ¿no? ¿Cómo le va?

—Está bien —dijo Quarra, lamentando haberlo mencionado. *¡Estúpida, estúpida!* Apartó la mirada a un lado—. ¿Qué hay de esa gira que me prometiste?

—Estaré encantado de dártela, aunque no hay mucho que ver —dijo Jogan.— Pero lo primero es lo primero, Quarra. Ven.

Al verle hacer señas para que le siguiera, Quarra dudó antes de darse cuenta de lo que tenía en mente. Avergonzada por dónde se habían ido sus pensamientos, lo siguió subiendo la escalera de caracol de la torre de señales. Sacudió la cabeza mientras subía y se preguntó acerca de su estabilidad mental.

¡Hace treinta años que dejé de ser una quinceañera! ¿Qué demonios me pasa?

Capítulo 2

—Aquí es donde sucede la magia —dijo Jogan, ayudándola a entrar al campanario—. Lo que hay de ella.

Justo en la puerta de entrada hacia el oeste, un soporte de madera sujetaba cilindros de diferentes tamaños. Cada tambor tenía varias ruedas cubiertas de placas orientadas en torno a un pasador central, con líneas dividiendo la circunferencia de cada rueda en partes iguales. Jogan seleccionó uno de los tambores de tamaño medio y lo colocó a lo largo en un soporte de su mesa de trabajo. Con una celeridad nacida de la rutina, garabateó un mensaje con tiza en el cilindro, un símbolo en cada caja, girando el tambor completo cuando llegaba al final de cada línea. Al acabar, sacó del interior del cilindro una pequeña varilla de cierre, haciendo que las ruedas con letras girasen libremente. Tras restablecer las posiciones de las ruedas al azar, reemplazó la barra de bloqueo y registró un número de diez dígitos que reflejaba las nuevas posiciones de las ruedas.

—Esta no es una encriptación muy sofisticada —dijo. Desenchufando el cilindro de su lugar de trabajo, salió al balcón del este. En el parapeto se encontraba el marco que sujetaba la gran red de globos de fuego, todos menos uno de sus orbes girados hacia adentro, hacia sus sujeciones… la posición de «apagado»—. Es posible que quieras protegerte los ojos —dijo.

Quarra se quedó en la puerta y observó a Jogan manejar el dispositivo de señales. Girando poleas, hizo que la red brillase cobrando vida. Se encendió una luz naranja, y luego otra, alumbrando a la distancia en la creciente oscuridad del este. Enviada la señal de alerta, las manos de Jogan saltaban de un control a otro, encendiendo y apagando luces de un brillante blanco, dorado, naranja y verde. Había aprendido una vez lo que significaban; había sido parte de su formación básica en su hogar. Sin embargo, sólo un experto podría enviar señales tan rápido como un operador de semáforos de Alanciar con experiencia. Jogan sólo necesitó cinco segundos para enviar el código de destino y comenzar a transmitir su misiva.

—Eres bueno.

—Práctica —dijo, apenas mirando el tambor con el texto codificado como referencia—. Es una enorme cantidad de trabajo sólo para decir que Belmer Kattun ha ido a dormir en el suelo de una taberna durante una semana, y que su relevo ha llegado.

—¿No estás usando mi nombre?

—No hay necesidad —dijo Jogan, sonriendo, incluso mientras sus manos seguían trabajando en el dispositivo—. Eres un guerrero anónimo más para la Gran Causa.

Puede que tengamos una Gran Causa diferente este fin de semana, se dijo, esperando que su rubor no se notase en el resplandor.

Volviendo al interior, protegida de los ardientes destellos, estudió la habitación solitaria. Entre observadores, señaleros y transcriptores, en la mayoría de estaciones de señales hacia el interior había no menos de cuatro trabajadores. Y muchas de ellas tenían más, manejando tráfico en más de una dirección. Lo que había comenzado como un

sistema de alerta temprana se había convertido en el eje logístico del estado, transportando de todo, desde información meteorológica hasta manifiestos de carga. Como habían pasado décadas sin que el temido enemigo llegara, muchos con la autoridad necesaria habían empezado a utilizar la red para mensajes personales, como los que habían intercambiado ella y Jogan. La red había sido uno de los mayores desarrollos de los tiempos modernos, pero estaba cada vez bajo más presión, y se esperaba que en cualquier momento el Gabinete de Guerra tomara medidas drásticas.

Eso está bien, pensó. *Ahora estoy aquí.*

—¿Dónde trabaja el gritador de pensamientos? —preguntó ella.

—A veces aquí. A veces en el balcón, o en el patio —dijo Jogan, volviendo desde el exterior. Terminado el mensaje, borró el cilindro limpiándolo con un paño húmedo—. Abajo hay una sala de meditación con un poco de privacidad, pero eso no parece importaros.

—Cierto —dijo, recordando—. No puedes usar la Fuerza.

—Me basta con mi forma de enviar mensajes. —Señaló la puerta junto a él—. ¿Puesta de sol?

De alguna manera, Quarra se encontró en el balcón del oeste, muy por encima de las atronadoras olas. La vida se estaba moviendo sin ella. Ella ya no tomaba decisiones, no de manera consciente. Fuera de allí, como le había prometido, un fuego naranja apareció entre las nubes bajas y el horizonte.

—Los bancos de coral en el sur son incluso más bonitos. Tenemos un bote de remos… tal vez por la mañana puedas verlos. —Jogan apareció a su lado con una botella y un vaso—. Del escondite de Belmer. —Sirvió el vaso para ella—. Lo siento, no hay más que un vaso. Belmer bebe directamente de la botella. —Guiñándole un ojo, hizo exactamente eso.

—Así que esto es lo que hacéis —dijo—. Os sentáis aquí durante todo el año, bebiendo…

—Y escribiendo a mujeres casadas.

—… bebiendo y escribiendo a mujeres casadas, mientras que el Gran Enemigo acecha sobre las olas. —Bebió un sorbo y sonrió—. Soy una jefa de sección, ya sabes. Podría informar de ello.

—Correré el riesgo.

El sol desapareció, y la alfombra de nubes borró el cielo restante. Sintiendo que se levantaba el viento, se acercó más a la barandilla donde él bebía.

—¿Nunca te has casado?

—No, y tú lo sabes —dijo—. Hablamos de eso en el segundo mensaje.

Quarra se rió entre dientes. Su propio estado civil no fue revelado hasta el duodécimo mensaje.

—Supongo que es difícil pensar en tener una familia al final de la línea.

—El Final de la Línea —dijo Jogan, volviéndose a mirar el mar—. Me gusta.

—Lo siento… ¿Te he ofendido?

—No hay nada inferior en estar aquí. Este es el frente —dijo. Agarrándola del hombro, le dio la vuelta y señaló—. ¿Ves esa boya de ahí? Esa es la dirección por la que llegó el Heraldo, hace dos mil años. En algún lugar más allá está el mayor mal que Kesh haya visto nunca. El diablo que conocemos. Ahora bien, podría estar destinado en el interior, transmitiendo los mundanos mensajes de otras personas… o podría estar aquí, diciéndole al mundo cada noche que todo sigue en orden.

—Profundo —dijo ella, terminando su bebida. Dejó el vaso sobre la repisa—. Me lo escribiste una vez. —En varias ocasiones, recordó—. Esa es una buena razón para estar aquí.

Él asintió con la cabeza.

—Y ahora —dijo él, dejando la botella—, ¿por qué estás tú aquí?

Quarra se echó a reír.

—¡Me llamaron a filas, como a todo el mundo!

—No me refiero a eso. —La apartó del balcón y la miró con ojos oscuros y serios—. ¿Qué estás haciendo *aquí*?

Ella balbuceó, sorprendida por el cambio en su tono.

—¿Qué… qué quieres decir?

—Quiero decir que una mujer en tu posición tiene cosas mejores que hacer que venir a darle a la lengua con un condenado a cadena perpetua en el Cuerpo de Señales.

—¿Quería ver el mar?

Él sonrió… pero no se rió.

Ella suspiró y dijo el nombre.

—Brue.

—Brue. ¿A qué dices que se dedicaba tu marido? Algo en el Directorado de Formación, creo.

—Enseña soplado de vidrio a los ancianos.

—Bueno, eso es…

Quarra miró hacia otro lado cuando Jogan se detuvo para recomponer sus palabras.

—Estoy seguro de que tiene mucho trabajo con ellos —concluyó.

—¿Sin contar los dolores de cabeza? —Quarra sonrió débilmente—. Brue odia cada minuto de su trabajo. Son veteranos, y si bien todos ellos ya están retirados, todavía tienen que hacer algo por la Causa, como todos nosotros. Así que estas malhumoradas personas están en la línea de fábrica, y todos y cada uno de ellos piensan que superan a Brue en rango. Lo que no sería cierto, incluso si Brue tuviera realmente algún rango… —La voz de Quarra se fue apagando.

—Sin embargo, está haciendo que la gente resulte útil. Es todo lo que podemos hacer, ¿no?

—No —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. O sí. Puede que sea todo lo que puede hacer… pero nunca lo sabrá porque no lo intenta. Brue es un buen padre para los niños, y cuida decentemente del hogar a pesar de que yo esté ocupada…

—Pero ya no es el hombre con el que te casaste.

—En realidad, lo es. Ése es el problema. En veinte años, he ascendido de empleada de suministros a gritadora de pensamientos, a supervisora de materiales, y a jefa de sección. Los jefes de sección con éxito se convierten en alcaldes. Yo también acabo odiando siempre mi trabajo, pero, cada vez, encuentro el camino hacia algo mejor. ¡Sin embargo, Brue no puede encontrar el valor para enfrentarse a un viejo fósil cuya autoridad se terminó antes del Antiguo Cataclismo!

Quarra contuvo el aliento. Era como sus mensajes, pero esta vez no había un límite de palabras para detenerla. Ella no había querido hacerlo, no quería quejarse de Brue. No era justo para él, no era lo que había venido a hacer aquí.

¿Qué había venido a hacer aquí?

—¿Sabes? —dijo Jogan—, no es tan malo si tiene la actitud correcta. Aquí no ocurre gran cosa, pero hay algo acerca de ser capaz de decirle a la gente cosas que me gustan. Cada uno de mis informes de aquí… es una pequeña historia, aunque sea en frases…

Jogan no terminó la frase, porque Quarra había decidido lo que había venido a hacer. Él no rechazó el beso. Girándolo de modo que su espalda quedase contra la baranda del balcón, se apretó contra él y le besó más fuerte. Ella sintió un alivio enorme por estar en ese lugar, haciendo eso, después de tantos meses y tantas palabras. Se acabó el hablar.

—Quarra. —El nombre sonaba suave en el aire. La apretó con más fuerza. Ella giró la cabeza para acariciarle la mejilla con sus labios, y abrió los ojos al mar…

…y vio la gigantesca mole voladora, emergiendo de la niebla.

—¡Jogan!

El hombre la miró con pánico, temiendo horrorizado haberse pasado de la raya. Al ver sus ojos, sin embargo, se volvió para mirar en la misma dirección.

—¿Qué demonios es eso?

La forma oscura se hizo más clara cuando se acercaba. Hinchada y redondeada, como un bizcocho con mucha levadura… sólo que gigantesca, tan alta como la propia torre de señales. Unos diseños fluorescentes le daban la forma de un rostro alienígena rugiendo. Había algo suspendido justo debajo de la masa: una cubierta con barandillas, fácilmente del tamaño de uno de los paquebotes del canal. Y había algo en la parte posterior del cuerpo a ambos lados, yendo y viniendo casi orgánicamente en el viento. Algo estaba vivo allá —Quarra podía sentir la agitación en la Fuerza— pero la estructura general era artificial.

Era una aeronave.

—Hay dos de ellos —gritó, tirando a Jogan del chaleco y señalando.

—¡No! —gritó, señalando a las nubes justo al noroeste—. ¡Tres!

Por una fracción de segundo, se abrazaron otra vez, estupefactos, mirando ambos a las naves.

—¿Qué hacemos?

—Lo que se supone que debemos hacer —dijo Jogan. La soltó y corrió hacia el interior.

—Espera. ¿Qué estás haciendo?

—Esta debería ser una respuesta fácil —dijo, agarrando un tambor cubierto de polvo que se encontraba solo en la parte superior del soporte de madera. Fue el primer cilindro que se inscribió para la transmisión cuando se abrió la estación de señales, siglos antes, y contenía una sola palabra, sin codificar, con el identificador de fuente de Punta Desafío en la parte superior.

No había código de destino, porque el destino era todas partes.

—No he enviado ningún tráfico urgente desde el tifón que apareció y desapareció de golpe hace seis años —dijo, corriendo hacia el balcón del este—. ¡Desde luego, espero que me crean! —Manejando las poleas, miró hacia atrás para verla todavía en pie en la puerta—. Quarra, ¿a qué estás esperando?

—¿Qué quieres decir?

—Tú eres la gritadora de pensamientos —dijo—. La velocidad de transmisión de las estaciones de semáforos es limitada. ¡Tienes que llamar!

Se quedó inmóvil, dándose cuenta de repente de dónde estaba —y lo que había estado haciendo— cuando recordó algo importante. Había trabajado muy duro para mantener todo en secreto. Su voz se quebró.

—Pero… ¡se supone que no debo estar aquí!

—¡Quarra!

No tenía elección. Era eso. Era *Eso*; en Alanciar, ese pronombre sólo podía tener un significado. La sensación en la Fuerza era más fuerte, ahora. Más sucia. Más oscura.

Quarra sabía, ahora, por qué estaba aquí. A pesar de que no era necesario mirar hacia la parte continental, se dio la vuelta, cerró los ojos y se concentró duro. Sí, había mentes hacia las tierras pobladas del noreste, a la espera de transmitir su llamada. Una palabra, la palabra que los alanciari habían temido desde hace dos mil años cuando el Heraldo quedó varado en una isla cerca de sus costas.

—¡Sith!

Capítulo 3

Edell Vrai había esperado muchas sensaciones cuando viera tierra ante él. La única que no había planeado era pesar.

Veinticinco años de trabajo habían conducido al día de hoy, el momento más grande en la historia de la humanidad en Kesh. Finalmente, Edell, Alto Señor de la Tribu y capitán de la expedición de los Sith, lo había logrado. Había descubierto el nuevo mundo… pero pocos estaban allí para verlo.

Alguien debería estar grabando esto, pensó el capitán. *Lástima que no trajimos un escribano.*

Edell agarró la barandilla en la proa de la góndola y escudriñó la noche oriental. Los telescopios que le habían suministrado los keshiri en los astilleros de construcción habían sido de poca utilidad. Había esperado ver más luces en el nuevo continente, como habían visto las cámaras del *Presagio* en su caída suicida a la superficie de Kesh. Pero las únicas vistas habían sido unas formas oscuras surgiendo de la superficie, como las costillas que sobresalen de un cadáver marchito.

—Ajusten la velocidad —ordenó a su tripulación a popa—. Todavía estamos a kilómetros de distancia. No sabemos cómo serán los vientos en la costa.

—¡Sí, Capitán!

El lamento de Edell se desvaneció. Capitán. El título con el que Yaru Korsin había llegado a Kesh. No había habido capitanes de nada entre los Sith en dos mil años, ninguna nave que comandar más grande que las balsas de caparazón de gornyk que los agricultores usaban en los ríos. Siempre se había asumido que el diseñador del método para cruzar el mar tendría el honor de dirigir la expedición… pero, a sus cerca de cincuenta años, Edell se sentía afortunado de haberlo logrado finalmente. Era un hombre joven cuando comenzó la tarea, después de todo. Delgado y fresco de rostro, con el pelo rubio cuidadosamente peinado, había sido miembro de Destino Dorado, la facción de la Tribu con más visión de futuro antes de la Crisis. Le gustaba pensar que ahora seguía siendo un hombre joven: sus rasgos habían madurado, y se había convertido en una figura destacada como ingeniero en jefe del reino. Pero en la última década, había perdido la esperanza de llegar alguna vez a su objetivo. Tantas cosas habían ido mal.

El problema era la distancia. Los keshiri que Korsin encontró vivían en Keshtah, un continente solo en el océano. Eso era lo que los keshiri describían, y eso era lo que los Sith habían encontrado en sus propios viajes. Pero su conocimiento colectivo del mapa había estado limitado por una cosa: la resistencia de un uvak. Como los neshtovar antes que ellos, los Sith realizaron muchos vuelos de exploración desde las costas de Keshtah; los que regresaron habían informado de la existencia del mar en todas direcciones, sin islas sobre las cuales posarse. En algunos lugares podían verse arrecifes no muy por debajo de las olas; tal vez incluso hubo tierra firme en algún momento. Pero si algún jinete había logrado realmente cruzar el océano a lomos de un uvak, ninguno había informado nunca de ello. Los Sith, por supuesto, sabían que su mundo era redondo:

incluso los nativos keshiri habían descubierto eso por su cuenta. Pero parecía que Keshtah era todo lo que había.

El gran mapa que el Gran Señor Korsin mantuvo bajo del templo había eliminado no uno, sino dos aspectos de la duda. Realmente existía más tierra, y mucha. Sin embargo, el diagrama también mostraba lo lejos que estaba: decepcionantemente, desesperadamente lejos. La ruta occidental era más corta, pero luchaba contra las corrientes. El este era la única opción.

Ahora volvía a haber un Gran Señor en Tahv, y Edell había sido amable con él desde los tiempos en los que el anciano era conservador del museo del palacio. Varner Hilts no era matemático, pero respetaba y empleaba a los que lo eran… siendo un adolescente, Edell había pasado muchos días con ellos estudiando las técnicas de construcción de los grandes edificios. Así que, tan pronto como comenzó la Restauración, Hilts encargó a Edell la resolución del problema del tránsito. Y resolverlo para siempre: un único viaje no serviría. Tenía que ser reproducible, y capaz de producirse en masa. Korsin había mostrado que el otro continente estaba habitado. La ocupación debía seguir al descubrimiento.

Siguieron años de experimentos. Los barcos quedaban fuera de la cuestión: los bosques de la selva de Keshtah no proporcionaban nada que pudiera sobrevivir a las fuertes olas. Las plantas de hejarbo eran abundantes, pero sus brotes apenas protegían a los agricultores keshiri de la lluvia. No soportarían las presiones a las que se enfrenta el casco de un buque. La madera de vosso y el resto de las escasas maderas duras que podían encontrarse más al interior eran demasiado densas para flotar. Otras eran demasiado gomosas.

Edell dedicó la segunda década de su trabajo al estudio de esos materiales, con la esperanza de encontrar algo que hiciera que el viaje sea posible. Los fracasos se acumularon uno tras otro, y muchos de sus ayudantes se enemistaron con él y se convirtieron en rivales, poniendo a prueba sus propios planes. Hilts le había nombrado uno de los Altos Señores más jóvenes de la historia para asegurarse de que tuviera acceso completo a los recursos, pero Edell no tenía tiempo para la política de la corte… o para la familia. Se negaba a ceder. Sus antepasados habían cruzado las estrellas. La Fuerza podía negar las reglas de la naturaleza. ¡Un verdadero Sith debería ser capaz de cruzar un charco planetario!

La solución que en última instancia le vino a la mente quedaba muy lejos de la ingeniería, y se parecía a la alquimia de sus compañeros. Tal vez lo fuera. Las ardientes grietas de la Aguja Sessal emitían gran variedad de gases nocivos, incluyendo metano. Usando recipientes de vidrio moldeados por artesanos keshiri, Edell y su equipo atraparon metano y usaron un simple catalizador de agua para aislar el hidrógeno, el elemento más ligero conocido. Con una línea de producción establecida, Edell desarrolló estructuras que el gas podía elevar. Una vez más, los artesanos keshiri estuvieron a la altura, confeccionando un tejido de contención increíblemente delgado que se ponía rígido frente a la presión. La forma de «campana creciente» de Edell demostró ser la más

estable, y añadió una góndola elaborada a partir de varias capas de hejarbo trenzado, lo suficientemente fuerte como para soportar el peso de la tripulación y sus provisiones. Lo que no flotaría en el agua podría flotar en el aire.

Habían pasado tres años desde que alcanzasen ese punto, y luego la desesperación reinó de nuevo. No había ningún método de controlar la dirección, exponiendo los globos a todos los violentos caprichos de los vientos oceánicos. Las corrientes de aire en el hemisferio sur de Kesh podrían proporcionar una poderosa asistencia, pero resultaron ser indomables. En el sur, un cambio en el estado de la Aguja Sessal y otros volcanes podía enviar a un objeto volador a cualquier lugar. A veces los vientos que soplaban hacia el sur empujaban a los pilotos más y más lejos, dejándolos perecer en el gran casquete de hielo polar. Y más al norte, la ruta ecuatorial enviaba simplemente a los viajeros a una muerte acuosa en las zonas sin viento del ecuador… o al menos eso supone, ya que nadie había regresado nunca de ninguno de los vuelos de prueba.

Por fin, a principios de ese año, con sus enemigos protestando en contra de sus extravagantes gastos, Edell había tenido una revelación. La nave no debía ser más pequeña, sino más grande. Lo suficientemente grande para soportar el peso de dos o más uvak, suspendidos en arneses de popa, debajo de la quilla de la góndola. Ningún uvak podría hacer la travesía por sus propios medios sin cansarse, pero, transportados, los animales podían descansar, ser alimentados, e incluso dormir cuando no se necesitaban. Cuando hicieran falta, el batir de sus alas proporcionaría la propulsión suficiente para controlar la dirección, siempre y cuando el piloto que los manejara detectase los patrones de viento correctamente.

Edell se acercó al lado derecho de la góndola y miró hacia atrás a través de la oscuridad a una de las criaturas que balaba, flotando en su yugo esquelético. Estaba tan confundido como siempre con respecto a su situación, pero seguía batiendo sus alas cuando se le ordenaba.

—Parece que Estribor está aportando su granito de arena —dijo Edell—. ¿Qué tal va Babor?

—Babor está feliz y alimentado —dijo Peppin, que realizaba las tareas de cuidadora de uvak y piloto en la *Candra*—. Sólo dile a dónde quieres ir.

El capitán sonrió. Los uvak los llevarían, de hecho, a través del océano… ¡sólo que de un modo que nadie había imaginado nunca!

Edell sentía el viento arreciando mientras se dirigía al centro de la nave. Una brisa salada. Habían estado descendiendo, gracias a la liberación controlada de gas, ya que habían visto la tierra minutos antes. Hacia el norte, vio a las dos naves que le acompañaban, idénticas a la suya, saliendo de las nubes. Bien. Su pequeña flota lo había logrado, con todas sus naves.

La *Candra*, la *Lillia*, y el *Dann Itra*. Edell se había desesperado por los nombres dados a los dirigibles, que honraban a Grandes Señores de los tiempos de cuando empezó la Era de la Podredumbre. Era una tendencia reciente en el pensamiento del Gran Señor Hilts. Se habían pasado años renovando la conexión de la tribu con sus fundadores;

ahora, su líder sentía que era necesario rehabilitar a otras figuras de su historia. Incluso aquellas que, por acción u omisión, contribuyeron al caos que les siguió. En su lejana regencia, el único acto memorable de Candra Kitai había sido simplemente cerrar el zoológico local. Y sin embargo allí estaba, un facsímil de esteatita de la mujer sujeto fuera del casco de la góndola. Las decoraciones no formaban parte de los diseños de Edell para las naves. Si su nave tenía que perder peso para ganar altura, la honorable señora Candra sería la primera cosa en caer.

Pequeñas luces rojas aparecieron en las cubiertas de la *Lillia* y el *Dann Itra*: sables de luz, encendiéndose y apagándose. Edell devolvió la señal. Todos habían visto la tierra y estaban aminorando la marcha. Edell no conocía muy bien a los otros capitanes que habían sido designados —más política sin sentido— pero sabía que seguirían su ejemplo. Sus naves, al igual que la suya, llevaban tripulaciones de diez personas: capitán, piloto, clarividente, y cinco guerreros, además de dos embajadores keshiri. Rostros familiares de color púrpura podrían ser útiles si tenían que ponerse en contacto con los nativos. Pero el contacto no era el plan de este viaje. En lugar de eso, Edell había previsto un vuelo de reconocimiento de «Keshtah Mayor», seguido del retorno, cruzando el relativamente pequeño océano hacia la costa oeste de su tierra natal. Un grupo más amplio que ya se estaba preparando los seguirían, una vez confirmado que el mapa de Korsin no era ninguna fantasía.

Para Edell eso era perfecto. Que se encarguen otros de la lucha: él se llevaría la gloria del descubrimiento, dirigiendo la *Candra* directamente a Tahv, donde todos los escépticos lo verían llegar desde la puesta del sol.

Ya era hora.

Sentado delante de la cuidadora de los uvak, una mujer de piel morena de unos veinte años tomó la palabra.

—¿Envío la impresión, Capitán?

—Hazlo.

Edell vio como Taymor, una de los Sith más capaces en la proyección del pensamiento a través de la Fuerza, se concentró. En este momento no estaba tratando de proyectar más que un sentimiento: la sensación de éxito, de logro. La distancia no era necesariamente un obstáculo para los usuarios de la Fuerza, pero nadie antes en la tribu había intentado enviar un mensaje a otro lado del mundo. Por ahora se centrarían en emociones simples. Ya habría tiempo más adelante para experimentar con más.

—Hecho —dijo Taymor, sonriendo como si quisiera recordar a los demás que acababa de hacer algo sin precedentes para la Tribu de Kesh.

Edell puso los ojos en blanco y volvió a la proa. Así eran las cosas con los Sith. Cada encuentro, por pequeño que fuera, se convertía en un concurso de talentos. De repente sintió un respeto mucho mayor hacia Yaru Korsin. Gobernar naves espaciales debía haber sido una auténtica pesadilla. No es de extrañar que el *Presagio* tuviera una cabina privada para el capitán. Edell ya había deseado una varias veces en el viaje.

Algo que a la *Candra* también le faltaba era un buen puesto de observación delantero, volvió a pensar, sujetando uno de los robustos cables de cuero que conectaban la góndola al globo de gas. No era un problema para un Sith atrevido dispuesto a trepar, como él, pero ya lo había añadido a su lista mental de necesidades de diseño para el futuro.

Con las manos enguantadas sobre el cable, empezó trepar… sólo para ser interrumpido por una llamada desde atrás.

—¡Capitán!

Edell miró hacia atrás en la oscuridad para ver a Taymor con el ceño fruncido.

—¿Y ahora qué?

—Están pasando muchas cosas aquí —dijo la telépata, los dedos abiertos en torno a sus sienes—. En este lugar. Una gran cantidad de emociones. Una gran cantidad de energía. —Frunció el ceño.

El capitán se rió.

—Nos estás leyendo simplemente a nosotros, Taymor.

—No, Alto Señor. Es ahí fuera. —Ella señaló hacia delante.

Edell entrecerró los ojos.

—No sé lo que quieres decir.

Subió por el cable y miró hacia adelante. Los bultos en el este eran más que islas… eran las puntas de unas largas penínsulas, con los puertos en medio. Sobre varios promontorios podían verse estructuras, líneas rectas en la lechosa oscuridad. Inclinado hacia el exterior y estirando el cuello, vio pequeñas luces multicolores asomando a través de la bruma que cubría las regiones del interior. Las luces parpadearon, cambiaron, y desaparecieron.

¿Dónde estaban las ciudades brillantes sobre las que Yaru Korsin había escrito? Meciéndose en el viento, Edell trató de enfocarse en la Fuerza, para ver si él podía sentir algo de lo que había sentido Taymor. Sólo sintió tensión, aprensión, anticipación y excitación… sentimientos que tan fácilmente podrían provenir de sus lozanos compañeros de viaje Sith como de cualquier otro lugar.

Volvió la mirada a su tripulación.

—No tenemos nada de qué preocuparnos…

¡Kra-bum! De repente apareció un destello sobre su hombro. ¡En el cielo de un kilómetro hacia el norte, la *Lillia* explotó!

Momentáneamente cegado, Edell estuvo a punto de soltarse del cable. Sujetándose, el capitán se dio la vuelta y trató de enfocar la mirada. El globo de gas de la Lillia había sido reemplazado completamente por un floreciente racimo de fuego… y su góndola no se veía por ninguna parte.

—¡Parada completa!

También a babor pero más cerca de la *Candra*, el *Dann Itra* giraba bamboleándose. Edell sintió también una sacudida, cuando los uvak de tracción de la *Candra* decidieron que querían estar en cualquier otro sitio.

—¡Peppin, controla a esos animales!

La aeronave tembló. Los compañeros de tripulación de Edell se levantaron de sus posiciones, algunos tratando de ayudar al navegante, otros mirando boquiabiertos la explosión, que ahora se había convertido en una lluvia de cenizas calientes que salpimentaba el océano bajo ellos. A Edell se le agolpaban las ideas en la cabeza.

—¡Sólo son rayos! —gritó. Todo el mundo conocía lo volátil que era el hidrógeno; el peligro de una carga eléctrica siempre era un riesgo. Volvió a pensar en el viento que había sentido. No había ninguna tormenta formándose de forma obvia, pero tal vez esto tenía que ver con su aproximación a tierra, y con el clima allí. Por eso era que había traído tres naves. Respirando profundamente, se sintió mejor por un instante…

…hasta que volvió a mirar hacia abajo y vio el misil, brillante y veloz, que salía volando desde tierra. De tres metros de largo, con la cabeza en llamas, la jabalina de color negro trazó un arco hacia el *Dann Itra*.

¡Kra-bum! Edell cerró los ojos esta vez, pero la onda de choque sobrecalentado lo arrojó de su posición privilegiada. El Alto Señor golpeó dolorosamente en cubierta, y su rodilla derecha atravesó el nivel superior del suelo de hejarbo.

Ahora la *Candra* giraba, forzando los cables de conexión de la góndola al globo. Mientras Edell luchaba por ponerse en pie, oyó gritar a los uvaks. No, no los uvaks de la *Candra*, pudo ver mientras alcanzaba la barandilla. En el cielo bajo él, la góndola dañada del *Dann Itra* caía violentamente, dando vueltas, seguida casi suavemente entre la nube furiosa por una porción desgarrada de la tela del globo. Edell se encaramó a la barandilla, gritando a través de la Fuerza a los ocupantes del *Dann Itra* para que saltaran… sólo para ver cómo otro proyectil lanzado desde tierra golpeaba en el aire a los restos que caían, haciéndolos añicos.

Sintiendo las muertes de sus camaradas Sith, Edell sintió algo más. ¡La Fuerza había sido utilizada en su contra! ¿Tal precisión en los disparos? Era la única forma. ¿Pero quién había escuchado hablar nunca de keshiri capaces de usar la Fuerza?

—¡Capitán! ¡Ahora disparan contra nosotros!

Bajo ellos, el aire mismo parecía gritar. El capitán se agarró a la barandilla y lanzó un juramento. Era realmente un momento histórico. Como Yaru Korsin, Edel Vrai y sus Sith habían realizado el primer contacto con los nativos de un nuevo continente.

¡Sólo que esta vez, los nativos eran más fuertes!

Capítulo 4

¡Chas-Crack! La enorme ballesta en Punta Vigilancia disparó de nuevo, y su chasquido mecánico resonó a través del puerto hasta la estación de señales en Desafío.

—¡Sí! ¡Sí! —gritó Jogan desde la torre de la estación, dando saltos en el sitio. Su excitación sacudía el balcón norte más que las propias explosiones—. ¡Acabad con ellos!

Quarra se apoyó en la barandilla, hipnotizada por la escena que se veía al noroeste. Una turbidez rancia en lo alto del cielo era el único indicio de la existencia previa de la primera aeronave. La segunda había dejado una biliosa columna de humo, cayendo en espiral persiguiendo a su infeliz pasaje.

Sith. ¡Sith! Quarra se maldijo por no percibir su mal aproximándose. Su trabajo, su civilización entera, se basaba en permanecer alerta, y había permitido que otras preocupaciones desviaran su mente. ¡Era culpa suya! Pero, de todas formas, ¿quién sabía qué había que buscar? Nadie de los que vivían en Alanciar había sido tocado por el mal Sith. No hasta unos minutos antes, cuando abrió su mente para enviar el mensaje de advertencia a la parte continental. Pudo sentirlos en ese momento: zarcillos de oscuridad retorciéndose, llegando en la noche, muy confiado de la inferioridad de Quarra… y del triunfo definitivo de los Sith.

—Triunfo. —Casi había podido escuchar la palabra, pronunciada por una boca alienígena.

Dos de las aeronaves habían caído después de eso, pero ¿quién sabía cuántas más tenían los Sith? ¿Quién sabía siquiera que las tenían? No se mencionaban aeronaves en las Crónicas de Keshtah, el tomo que contaba todo lo que se conocía sobre el lado oscuro del mundo. Si los Sith tenían aeronaves, ¿por qué no las habían utilizado antes? ¿Eran nuevas? ¿Era esto una prueba?

Si lo era, las fuerzas de la Alanciar la estaban superando. Sobre las aguas, otra arma disparó, lanzando una silbante nube en la noche.

—¡Eso es! ¡Eso es! —exclamó Jogan—. ¡Llevaos eso de vuelta a vuestra casa!

Quarra se levantó de repente.

—¡Casa! —Salió disparada de vuelta al interior del campanario.

Inmediatamente chocó contra algo dolorosamente sólido. Habían apagado las pocas luces del campanario, de acuerdo con las órdenes generales, pero había olvidado dónde estaba la mesa de trabajo de Jogan. Ahora la mesa estaba encima de ella… o ella estaba sobre la mesa. Quarra rodó, tratando de liberar su pierna. Los lápices de Jogan cayeron de sus soportes, repiqueteando en el suelo junto a ella. Ella juró, pero su voz se perdió en el sonido de otro disparo desde la costa opuesta.

En el exterior, Jogan vitoreaba.

—¡Voladlos por los aires, maldita sea!

Quarra pensaba esas dos últimas mismas palabras. Apretó los dientes y pateó la mesa para librarse de ella. Volviéndose, pasó por encima de los objetos caídos y avanzo tambaleante hacia la escalera.

—¡Quarra, tienes que ver esto!

Asomando la cabeza al interior, Jogan la vio desaparecer en el agujero negro de la escalera.

—¿Quarra?

* * *

La góndola se estremeció en la oscuridad.

—¡Daos prisa, estúpidos!

Todos los ocupantes de la *Candra* estaban ahora en movimiento, lanzando provisiones por la borda en un intento desesperado de poner un poco de altura entre la nave y las ballestas de tierra. Edell vio que la fortificación que dominaba el puerto estaba bastante erizada de armas… pero que tenían un alcance limitado. Para evitar un destino mortal, un Sith bien podría pasar un poco de hambre.

Pero la Tribu tenía que saber lo que acechaba allí.

—¡Taymor! ¡Envía la alarma!

Mirando hacia atrás, Edell vio a la telépata arrodillándose. No había manera de concentrarse ahí, no con la *Candra* sacudiéndose tan violentamente por los esfuerzos de los uvak enloquecidos. La mujer se apoyó en la estructura de la góndola con una mano… y gritó cuando unos géiseres blancos parecieron brotar de debajo de sus pies, haciendo pedazos a la mujer y al suelo de hejarbo.

Edell observó con ojos desorbitados como Taymor caía. Con la *Candra* dando bandazos de nuevo, saltó a través del nuevo agujero abierto en el suelo para aterrizar junto a lo que quedaba de la clarividente. Comprobó que no había forma de salvar a Taymor: su cuerpo había sido desgarrado por docenas de piedras brillantes. Se quedó boquiabierto al reconocer los proyectiles.

¡Diamantes!

Un uvak pasó gritando, remontándose hacia arriba en el cielo de la noche detrás de la *Candra*. Edell creyó que una de sus propias gimientes criaturas había logrado liberarse… hasta que el uvak pareció dar media vuelta en el aire y se volvió en su persecución. No había duda: era la fuente de los disparos fatales. Y ahora que se aproximaba, Edell podía ver a través de la oscuridad a un jinete keshiri, sosteniendo un tubo largo en el hombro.

—¡Cuidado!

Mientras Edell se sumergía de nuevo en la apertura, un chasquido mecánico sonó por detrás. Una nube de piedras brillantes se arqueó hacia arriba; algunas pepitas perforaron la parte posterior de la góndola, otras siguieron ascendiendo, zumbando, hasta perderse de vista. Debajo, los uvak de la propia *Candra*, que nunca habían dejado de gritar, quedaron abruptamente en silencio.

El capitán vio cómo el atacante se adelantaba para unirse a otros dos, similarmente armados. Los ojos de Edell se abrieron como platos. ¡Los keshiri tenían una fuerza aérea!

* * *

Quarra bajó las escaleras saltándose escalones antes de saltar finalmente por encima de la barandilla hacia la oscuridad. Aterrizando con seguridad en el suelo de la torre —por lo menos la Fuerza le había sido de ayuda en eso— se precipitó hacia la cocina, sin recordar siquiera qué estaba buscando.

Jogan descendió rápidamente por las escaleras.

—¡Quarra!

—Me tengo que ir —dijo mientras se precipitaba atolondradamente de habitación en habitación—. ¿Dónde está mi bolsa? ¡Necesito mi bolsa!

Jogan miraba, perplejo, desde su posición en la escalera mientras ella se movía frenéticamente. Señaló hacia el suelo, delante de las puertas de los dormitorios.

Buscando a tientas la bolsa en la oscuridad, Quarra se levantó. La tela se rasgó al quedar la cuerda de la mochila atrapada bajo su pie, y ella cayó al suelo de nuevo con un ruido sordo. La ropa cayó desparramándose de la bolsa rota.

Otro clamor desde el exterior. Jogan alzó la mirada hacia las alturas, dudando entre ver la destrucción de los antiguos invasores y a una mujer alterada luchando en la oscuridad para recuperar su ropa. No tardó mucho tiempo en decidirse. Saltó de la escalera, la encontró agachada a cuatro patas, metiendo inútilmente objetos en una bolsa que ya era tal. Se arrodilló detrás de ella.

—¡Quarra, no tienes que irte a ninguna parte! Hemos enviado nuestros mensajes. Estamos a salvo aquí.

—*Estás* a salvo aquí —dijo ella, buscando a tientas la última de sus prendas interiores descarriadas. Mirando a la izquierda, la encontró… en la mano del desconcertado oficial de señales—. Yo no estoy a salvo aquí… ¡porque yo no estoy aquí!

Jogan le dirigió una mirada sin entender.

—¿Qué quieres decir?

Le arrancó la prenda de la mano.

—¡Mi marido cree que ahora mismo estoy de gira por la Ladera Norte!

—Yo no salgo mucho. ¿Es así como llaman ahora a lo que estábamos haciendo?

Ella le devolvió una mirada que dejaba bien en claro que no le había hecho gracia. En el exterior, otro chasquido de madera más indicaba más tribulaciones para los Sith invasores.

Jogan la observó doblar lo que quedaba de la bolsa.

—Pero has dicho que Brue no está en el ejército —dijo—. No creo que lo averigüe.

Sujetando sus pertenencias entre el brazo y el torso, Quarra se volvió y agarró las manos de Jogan. Habló con urgencia.

—Jogan, conocerte es una de las mejores cosas que han pasado nunca. Eres una persona muy optimista y confiada —dijo. Le volteó sus manos y las aferró con más

fuerza—. Pero eso de ahí fuera es lo más grande que jamás haya ocurrido, ¡y tú y yo estábamos en el balcón viéndolo! ¡Yo he sido quien envió la señal de pensamiento! —Dejó caer las manos y se levantó—. Pronto habrá aquí un montón de gente —dijo, gesticulando salvajemente—. Y todo el mundo en Kesh sabrá quién estaba aquí cuando llegaron los Sith. ¡No puedo estar aquí!

—Esto es historia…

—¡Cállate!

Jogan se puso de pie.

—Quarra, si el estado te envió, ya saben que estás aquí…

—De eso se trata. No me enviaron. —Pasó junto a él como una exhalación camino de la puerta. Iluminada desde atrás por la poca luz del exterior, se volvió para mirarle de forma lastimera—. Yo misma escribí la carta de tránsito. ¡Tomé prestado el sello del supervisor de viajes para compulsarla!

—¿Puedes hacer eso?

—¡En realidad, no! Pero ayuda que él tenga setenta y siete años, y buenos contactos para que le envíen a trabajar en, no sé… ¿una fábrica de vidrio?

—¿No hubo una orden de relevo para Belmer?

¡Belmer! Su mente daba vueltas. No, ella no le había dicho su nombre a Belmer, el gritador de pensamientos. Él también estaría ahora mismo volviendo hacia allí, a menos que las fuerzas en el Cuello de Garrow lo hubieran retenido. Pensó de nuevo en el capitán y sus artilleros. ¿Recordaría él su nombre? Ellos, también, aparecerían caminando por el sendero en cualquier momento. ¿Cómo se suponía que iba a conseguir esquivarlos para irse?

—¡Tengo que irme!

Corrió hacia la puerta.

* * *

—¡Daños de la campana en aumento!

La advertencia de Peppin no era una sorpresa para Edell. El hidrógeno salía siseando de pinchazos en la bolsa de gas. *Esto no es bueno*, pensó, aunque al menos los atacantes que rondaban alrededor —había tres ahora— no tenían las jabalinas con punta de fuego que habían matado a sus compañeros. Pero la *Candra* estaba descendiendo de nuevo, y pronto estaría de vuelta dentro del alcance de los ballesteros. No había otra opción. Tenían que desinflar el globo… antes de que otra persona lo hiciera.

Edell se abrió paso hacia adelante. Había un cabo colgando allí en alguna parte, cabeceando en la oscuridad, que vaciaría el globo de gas de forma ordenada… si les daba tiempo. En el exterior, los jinetes de uvak se preparaban para dar otro pase.

—¡Guerreros de babor y estribor! Preparados para desviar el fuego —gritó—. Nada de sables de luz; ¡usad la Fuerza!

No era el momento para descubrir si encender un sable de luz desencadenaría una explosión.

Dos uvak convergieron desde ambos lados, y sus jinetes desataron una lluvia de gránulos brillantes en la noche. Pero justo cuando los guerreros Sith gesticulaban para bloquear la rociada, el tercer jinete de uvak hizo su aparición… lanzándose de cabeza hacia la góndola.

La sección delantera se desgajó bajo el peso del ataque suicida, destrozando la imagen tallada de Candra Kitai junto con el resto de la proa. Dos miembros de la tripulación murieron en el acto por el impacto. Edell se agarró a un tramo de barandilla en medio del barco justo cuando los cables delanteros se rompieron. Lo que quedaba de la góndola volcó hacia abajo, sujetándose sólo por los soportes traseros al globo que iba deshinchándose cada vez más. Otro guerrero y un embajador keshiri que no estaba bien sujeto desaparecieron en la oscuridad.

Lo que quedaba de la *Candra* se precipitó hacia abajo, y el globo sacudía violentamente a sus rehenes que sobrevivían debajo. Edell vio rostros girando por encima de él, todos ellos aferrándose desesperadamente a los restos. Bajo ellos, el oscuro puerto se hacía cada vez más ancho, como si fuera una boca que quisiera devorarlos. Desde más allá, escuchó los reveladores silbidos empezando de nuevo, cada vez más agudo por segundos. Gritó para que su tripulación se dejase caer desde la nave… y, finalmente, saltó él mismo, renunciando a su sueño ante una erupción de luz y calor.

* * *

Mientras el oleaje se estrellaba contra la península al sur, el caos continuó haciendo estragos en el norte. Cada lanzador de las Seis Garras disparaba violentamente hacia el cielo, en busca de la última aeronave. Jogan estaba de pie en la puerta abierta, sosteniendo su ballesta de repetición con las dos manos. Una construcción fuerte de madera osificada y bandas elásticas de alta tensión, era el suministro estándar para el frente.

Pero mientras la guerra tan esperada estaba teniendo lugar al otro lado del puerto, hacia el norte, Quarra andaba buscando por el montículo en todas las demás direcciones. Su bolsa rota estaba posada en el suelo, sin vigilancia.

—Quarra, ¿qué pasa? —preguntó Jogan, acercándose.

—Mi muntok —dijo, agitando un trozo de cordón de cuero—. ¡Esa maldita cosa ha mordido su correa y ha salido corriendo!

Jogan se arrodilló y miró las huellas en la arena de color púrpura.

—Las explosiones le habrán asustado. ¿Puedes llamarle?

—Lo haría si supiera su nombre. ¡Lo alquilé en el corral de Tandil!

—¿No te acuerdas de su nombre?

—Sólo iba a tenerlo por un tiempo. ¿Llegas a conocer a los muntoks de alquiler?

Jogan la miró con desconcierto.

—¿Y tu trabajo es mantener Uhrar organizada?

—¡Lo siento, es mi primera aventura!

Quarra se volvió para discutir más a fondo la cuestión… sólo para sentir una agitación en la Fuerza. Sintiendo la sombra cayendo sobre Jogan antes de poder verla, se acercó para empujarlo telequinéticamente.

¡Demasiado tarde! Una masa orgánica se estrelló contra la ladera de arena, agitándose al chocar contra la superficie. Arrojada al suelo por el impacto, Quarra tropezó… y miró fijamente a los verdes ojos inertes de una bestia gigante.

—¡Un uvak! —gritó, tratando de ponerse en pie. Avanzó a tientas en oscuridad, tanteando su camino alrededor de la criatura—. ¡Jogan! ¿Estás bien?

Al noroeste, por encima de su hombro, el último globo restante explotó estruendosamente sobre el puerto. Quarra no le prestó atención, tanteando alrededor del mastodóntico cadáver hasta que encontró a Jogan, con su cuerpo atrapado debajo de la pesada cola de la criatura.

Con el rostro violeta iluminado por la detonación, Jogan miraba hacia arriba con ojos nublados, y sangre goteando de sus labios.

—Creo que he encontrado tu animal —dijo, entre tos y tos—. Pero pensaba… que habías dicho que alquilaste un muntok… no un uvak…

Capítulo 5

Las nubes se abrieron y el sol se reflejó de nuevo en las torres de cristal de Tahv. Edell ascendía los peldaños de mármol a la capital… solo. Ninguna escolta lo había recibido, ningún desfile había marcado su llegada.

En el interior, en el atrio en el que tres grandes facciones habían luchado entre sí un cuarto de siglo antes, Edell encontró la Tribu trabajando al unísono. Señores Sith y Sables se inclinaban sobre una réplica del mapa secreto de Korsin, dispuesto como una enorme mesa en el centro de la habitación. Edell lo había mirado muchas veces durante la planificación de su viaje… un viaje que ahora había finalizado.

—¡Señores y sables, he vuelto! —dijo. Nadie apartó la mirada de la mesa. Saludó otra vez… y otra.

Finalmente, los Señores enviaron a un subalterno. Ni siquiera un aprendiz, sino un mero Tyro, de un tercio de la edad de Edell. El jovencito adoptó un aire despectivo.

—¿Qué quiere?

—Tengo noticias —dijo Edell, irguiéndose—. He estado en el nuevo continente, y he regresado triunfante.

—¿Y cómo exactamente ha triunfado?

—Nos he llevado allí He demostrado que existía.

—Viejas noticias —dijo el muchacho, mostrando aún desdén—. La conquista va por buen camino.

Se abrió un espacio entre los Señores que se encontraban de pie de espaldas a él. Edell vio a través de la apertura que el mapa de la mesa estaba poblado con decenas de marcadores que simbolizaban fuerzas Sith y las aeronaves que las transportaban.

Edell frunció el ceño.

—No esperaba que invadieran tan rápidamente.

El Tyro no dijo nada.

—Muy bien —dijo Edell, dando un paso adelante—. Estoy preparado para asesorar…

—No. —El Tyro encendió un sable de luz, bloqueando su camino. Más adelante, el hueco entre los que estudiaban el mapa se cerró de modo que Edell ya no podía ver la mesa.

Edell protestó.

—Tengo derecho a estar aquí. ¡He confirmado que el continente existía!

—¿Y? Alguien lo habría hecho igualmente.

—¡Yo inventé las aeronaves!

—Que podemos construir sin ti.

—Pero yo soy un Alto Señor de la Tribu de los Sith…

—Un verdadero Sith habría hecho algo —dijo el Tyro—, no sólo echar un vistazo. Eres un manitas, nada más. —Dos guardias corpulentos, que nunca antes había visto, agarraron a Edell por detrás—. Echadlo fuera. No tiene derecho a estar aquí.

* * *

Edell jadeó y abrió los ojos a la noche. Agarrando las arenas húmedas, dejó escapar el agua de mar de sus pulmones.

¿Cuánto tiempo había estado inconsciente, se preguntó, para llegar a soñar? Parecía haber sido una eternidad… pero no podía haber sido más que unos pocos minutos. Mirando hacia el oeste a lo largo de la irregular costa, vio a cuatro de sus compañeros varados de manera similar, nadando a duras penas desde la bahía. A un kilómetro al noreste, los restos de la *Candra* aún ardían en el agua. Sin ser vistos, él y su grupo habían caído bastante al norte de la estación de señales; el globo había llevado los restos de la góndola más al este. Entrecerrando los ojos, vio uvaks zumbando sobre los restos, mientras que las luces se movió en la costa norte al otro lado de la bahía.

Aún no saben que estamos aquí, pensó. *Tenemos una oportunidad.*

Edell se incorporó torpemente. Magullado y empapado, pero por lo demás ileso, se tambaleó siguiendo la línea de la costa para reunirse con las otras personas que habían sobrevivido. Peppin, la capataz de uvak; Ulbrick y Janns, dos de los guerreros; y uno de los keshiri, cuyo nombre no importaba. Con Edell, eran cinco. ¿Era eso todo lo que quedaba, de una expedición de treinta?

—¡Subid! —dijo, señalando unas ruinas de piedra. Por encima, en lo alto de la cima occidental, se sentó una alta torre blanca rodeada por un alto muro. ¿Refugio, o más enemigos? No lo sabía… pero el complejo era mucho más pequeño que el de la península del norte, y si alguien había disparado misiles desde aquí, no lo estaban haciendo ahora—. No utilicéis los sables de luz —susurró. La oscuridad siempre había sido un aliado de los Sith… y particularmente ahora.

Los guerreros llegaron primero a la cima. Edell oyó un fuerte chasquido.

—¡Alto Señor!

Edell trepó para ver a Ulbrick en el suelo, agarrándose una herida en el muslo que sangraba abundantemente. Metros más adelante, una mujer keshiri de uniforme se agachaba detrás del cadáver de un uvak y disparaba brillantes proyectiles con un arma exótica. Los disparos por poco alcanzan a Janns, que se zambulló poniéndose a cubierto detrás de una cabaña en ruinas. Edell escuchó cómo los proyectiles se hacían añicos al impactar. *Vidrio*, se dio cuenta, *como pequeñas hojas shikkar*. Y aún más peligrosas, como probaban los gemidos de Ulbrick.

La mujer vio a Edell y volvió su arma contra él. El Alto Señor saltó justo a tiempo. ¿Cuántos disparos le quedarían en el cargador? Él no quería averiguarlo. Golpeando el suelo, ahuecó la mano y desgarró la superficie con la Fuerza, respondiendo a los disparos de la keshiri con un chorro de arena. La mujer estaba preparada para eso, pero su arma se negó a disparar de nuevo. Edell trató de coger el shikkar que guardaba en su cinturón…

…sólo para ser golpeado violentamente por un poder invisible. Bajo él, sus rodillas se doblaron, y cayó de espaldas, dejando caer la hoja. La mujer estuvo junto a ella en medio segundo, cogiendo el arma y abalanzándose sobre él. Él la agarró del brazo mientras ella

lo bajaba con fuerza para apuñalarlo… y entonces vio sus ojos. Más grandes y separados que los ojos de cualquier otro keshiri que hubiera visto nunca, y llenos de un miedo furioso.

Sacando fuerzas de sus emociones, Edell exhaló con fuerza. La mujer cayó hacia atrás, perdiendo el control sobre la daga. Cuando aterrizó, se encontró con Peppin y Janns acechando sobre ella. Las manos enguantadas de los Sith la agarraron, Y lograron reducirla arrojándola al suelo.

Poniéndose en pie, Edell miró a su atacante. La mujer keshiri parecía ser de su edad. Llevaba un chaleco elaborado con un cuero que nunca había visto antes, casi una armadura. Reconoció al uvak muerto detrás de ella como al desafortunado Estribor, de la *Candra*… y cerca de él yacía un keshiri incapacitado, vestido como la mujer a excepción de un abrigo medio envuelto alrededor de su cuerpo.

Edell levantó la vista a la torre, al otro lado del muro. ¿Habría visto alguien la pelea? Hizo una señal a su embajador keshiri superviviente para que fuera a ver a Ulbrick.

—Yo me encargo de éste —dijo, recuperando su shikkar y dando un paso hacia el hombre herido.

—¡No lo toques, asqueroso Sith!

Todos miraron boquiabiertos a su prisionera, que seguía consciente. Edell tartamudeó.

—¿Qué… qué has dicho?

Luchando contra sus captores, la mujer volvió a hablar.

—He dicho que no lo toques, asqu…

—Ya te había oído —dijo Edell, indicando a Peppin que le tapase la boca a la keshiri—. Simplemente, me sorprende oírte.

Nadie sabía qué idioma esperar de los nativos del continente oculto. Lo mejor que habían esperado era algún antiguo dialecto keshiri, si es que había habido algún intercambio prehistórico entre las culturas; su embajador estaba familiarizado con varias versiones. ¡Pero lo que ella estaba hablando, por mucho que fuera con un fuerte acento, era la lengua que la tripulación del *Presagio* había llevado a Kesh!

Calmándose, la mujer de cabellos plateados miró a Peppin y habló de nuevo en ese idioma.

—Queréis liberarme.

Peppin la miró incrédulo.

—Oh, no me digas…

—Sí —dijo Edell, con sus ojos dorados llenos de asombro—. Yo estaba en lo cierto. Lo pensé en el océano… y otra vez cuando la vi luchar. Estos keshiri saben cómo usar la Fuerza. O ésta lo sabe. —Volvió a mirar la extraña arma de madera tirada en la arena—. Tienen varias armas secretas.

—Nos preparamos para vosotros —dijo la prisionera, clavada en el suelo.

—¿Preparados para nosotros? ¿Cómo podéis siquiera saber de nosotros? —Edell miró a través de la oscuridad al muro del complejo—. ¿Quién más está aquí?

—¡Un destacamento entero!

Edell soltó una risita.

—Eso es mentira.

Finalmente, un respiro. Puede que los keshiri de allí hicieran uso de la fuerza, pero esta mujer no estaba muy versada en la técnica de las defensas mentales. Eso era un buen presagio.

—Tu nombre es… Quarra, creo. Y estás sola.

Quarra le fulminó con la mirada… y se estremeció. A un lado, su compañero keshiri se despertó tosiendo. Los ojos de la mujer se movieron en esa dirección.

—No quieres que él muera —dijo Edell—. Bien. Eso puede serme útil. Llevadlos a ambos dentro de la torre, rápido.

—Tened cuidado con él —dijo Quarra—. ¡Vuestro maldito uvak cayó sobre él y le ha roto las costillas!

—Vosotros mismos derribasteis la criatura sobre vosotros. —Hizo crujir los nudillos—. Pronto muchas más os caerán encima.

—No lo creo —dijo Quarra mientras sus captores la ponían en pie—. ¡Ya habéis visto lo que ha pasado ahí fuera! Nunca atravesaréis nuestras defensas.

—Oh, ya lo creo que lo haremos. —Edell señaló la abertura en el muro del complejo—. Nos has dejado la puerta abierta, ¿ves?

Edell vio que harían falta dos personas para mover al voluminoso nativo herido. De repente se acordó de su propio guerrero herido. En las sombras de la estructura, la víctima de Quarra se apoyaba pesadamente sobre los hombros del lacayo keshiri de Edell. El vendaje improvisado alrededor de la pierna derecha de Ulbrick estaba completamente saturado de sangre.

—¿Cuál es su condición… como te llames?

—Me llamo Tellpah, alto señor —respondió el erudito keshiri—. El Sable Ulbrick tiene muchas esquirlas en la pierna.

—Tendremos que actuar con rapidez. ¿Puede caminar?

Ulbrick apretó los dientes por el dolor.

—No sin dificultad, Alto Señor —dijo el joven Sith—. No lo creo.

Edell miró al guerrero y luego otra vez a Quarra. Le ofreció una sonrisa a la mujer… y se volvió, encendiendo su sable de luz y decapitando a Ulbrick con un destello rojo. Tellpah evitó el golpe que no iba dirigido contra él, pero el ayudante keshiri no pudo evitar el desastre.

—Oculta el cuerpo —ordenó Edell, desactivando su arma. Este lugar estaba protegido de la vista de la bahía, por lo que nadie había podido ver el acto… salvo el público al que iba destinado.

Quarra escupió horrorizada.

—¡Era uno de los tuyos!

—Sí —dijo Edell suavemente al pasar por la puerta—. No lo olvides. —Volvió a mirar al trío restante de sus compañeros—. Llevad al hombre a la parte baja de la torre. Yo iré a la parte superior para echar un vistazo.

—Pronto llegarán otros —dijo Peppin.

—Entonces hagámoslo rápido —dijo—. Tenemos que saber a qué atenernos. Atad a la mujer… y llevadla también al piso de arriba. ¡Puede que sea capaz de decirme a qué estoy mirando!

* * *

¡Un sable de luz!

Atada y sentada contra el banco de trabajo volcado de Jogan, Quarra lanzó miradas furtivas al líder de los Sith mientras este registraba el campanario… y al arma corta atada a su correa, que reflejaba suavemente la luz de la lámpara de neón que llevaba. Los sables de luz habían sido descritos en las Crónicas de Keshtah, e incluso corría el rumor de que existía uno en Alanciar, llevado allí por el Heraldo, hace mucho tiempo. Si tal cosa era cierta, el objeto estaría guardado en los archivos más secretos de la tierra, enterrado junto al cuartel general de avanzada del Gabinete de Guerra en Sus'mintri. Se preguntó si la reliquia aún funcionaría, como había hecho el arma del humano. Un pilar de energía mágica, que no se deshacía al chocar contra algo.

Sin duda, los Sith eran los Destructores de la leyenda. O sus secuaces. O sus creaciones.

Las Crónicas también habían descrito a los seres humanos, pero nada podría haberla preparado para las diferencias entre ellos. Esta variedad de tonos de piel y color de cabello, en comparación con la tez púrpura de los keshiri. Era difícil de creer que Edell, con su cabello del color del sol, perteneciera a la misma especie que la mujer Peppin y su impactante melena roja. No eran poco atractivos, como solían ser los monstruos, pero las Crónicas también habían advertido a los alanciari acerca de este hecho.

El líder de los Sith se inclinó con impaciencia sobre su asistente.

—¿Has encontrado algo, Tellpah?

—No, Alto Señor —le respondió el hombre más viejo, hojeando notas en el suelo, no lejos de donde ella estaba sentada. Tellpah era quien más desconcertaba a Quarra. Era keshiri, y sin embargo no lo era del todo, con una frente más baja y una cara ligeramente más estrecha. No era una rama muy lejana del árbol keshiri, pero sí una distinta de la suya. ¿Vendrían los humanos cada uno de diferentes lugares, para parecer tan distintos?

¿Y por qué un keshiri estaría allí, ayudando a los Sith que lo habían esclavizado?

—No tienes por qué obedecer, Tellpah —le susurró—. ¡Aquí los keshiri son libres!

Tellpah la miró fijamente, sin comprender.

—Ignórala —ladró Edell—. ¡Necesito saber la señal correcta que debo enviar!

Quarra sonrió. Al llegar al campanario, Edell había ido de balcón a balcón, estudiando la escena nocturna del exterior. Eso claramente le había puesto nervioso. Sólo la negrura del océano al oeste y al sur; rastreadores armados en la bahía hacia el norte. Y a lo largo de la península hacia el este, las tropas se estaban reuniendo a las puertas de la fortaleza del Cuello de Garrow, preparándose para dirigirse hacia ellos. Por lo que había dicho el Sith, los globos de fuego habían sido encendidos allí y en todas las fortalezas hacia el norte, para ayudar a las fuerzas de defensa. *Una buena señal*, pensó Quarra. Los alanciari ya no tenían miedo de que llegaran más aeronaves, y estaban preparando la operación de limpieza.

La única cosa que parecía ir conforme a los planes del líder Sith fue la llegada de dos humanos más, guerreros, evidentemente náufragos de la aeronave al igual que él. Habían surgido, ilesos, desde la bahía cerca de la punta occidental de Punta Desafío, y habían hecho que su número ascendiera hasta seis. Pero si quería evitar la llegada de las tropas desde el este, su tiempo se estaba acabando.

—¡La señal, Tellpah! ¡La señal!

—Ya te lo he dicho antes, conozco el código de todo despejado —se hizo oír Quarra.

De pie en el exterior junto al aparato de la señal, Edell se asomó para mirarle y lanzarle una mueca burlona.

—No creo que deba confiar en la señal que enviases.

—Tú decides —dijo. La había subido al piso de arriba pensando que al tener a Jogan en su poder, ella cooperaría. Pero incluso teniendo esa ventaja, comprobó que el Sith seguía siendo altamente suspicaz.

Edell entró de nuevo en el campanario y se quedó mirando con enojo a la base con los cilindros de señales. En un arrebato de poder de la Fuerza, lo estrelló contra el muro de piedra.

Bien, pensó Quarra. *Se está desmoronando.*

—No, no es así —dijo él, volviéndose hacia el sur. A través de la puerta abierta, vio algo lejos en el horizonte. Rápidamente salió—. Tellpah, por aquí. ¿Ves lo mismo que yo?

El esclavo keshiri se unió a su amo en la barandilla.

—¡Un barco, señor!

Quarra hizo una mueca. Sólo los buques de la Guardia Costera navegaban en el mar occidental, pero la flota cosechadora faenaba en los bancos de coral del Pasaje del Sur. Dejando caer anclas de piedra maciza para luchar contra la rápida corriente, los buques y sus buzos salían durante semanas. Sabía que se suponía que no debían faenar tan lejos al oeste, pero los capitanes atrasados en sus cuotas de recolección de productos del mar eran conocidos por saltarse algunas normas.

—Está bien —dijo Edell, apuntando al sudeste—. ¿Ves dónde está? Apuesto a que no pueden ver en absoluto la torre de señales en esa fortaleza cerca de nosotros. —Dio una palmada a Tellpah en el hombro. Rápido, vamos. ¡Llevémosla abajo!

Forzando a Quarra a levantarse, el esclavo apretó la cuerda que le ataba las muñecas a la espalda y la empujó hacia adelante. Quarra miró hacia las fauces abiertas de la escalera… y vio una oportunidad. Sería fácil dar un paso en falso y caer a su muerte. Era, de hecho, su horrible responsabilidad ahora. Ningún alanciari debía ayudar a los Sith en sus planes de invasión. Ella ya había hecho demasiado, con sólo abrir la boca. Dio un paso en el aire, con su bota posada en el vacío. Había que hacer algo…

No. Pensó en sus hijos en su hogar… y en Jogan, herido y tal vez moribundo en el piso de abajo. No, tenía que haber una razón que le hubiera llevado hasta allí, precisamente en ese momento. Y había esperanza. Las tropas se acercaban. Puede que su matrimonio no sobreviviera a su llegada, pero tampoco lo harían los humanos asesinos. Con determinación renovada, bajó las escaleras, seguida por Tellpah y su amo.

Los guerreros recién llegados surgieron desde el sótano, con los brazos cargados de libros y pergaminos, tal y como había estado Jogan.

—¡Archivos, Alto Señor!

—¿Aquí fuera? —Edell miró el alijo de pergaminos con aire evaluador—. Traedlos. Podrían ser de utilidad.

Quarra apenas ahogó una carcajada. Se imaginó lo que habría en la biblioteca de Jogan. Probablemente, la mitad de ellos serían historias de aventuras o romances. Recordando de repente, miró a un lado. Desde su habitación, Jogan gimió.

Edell la empujó hacia la habitación de Jogan.

—No te pongas demasiado cómoda.

Quarra vio que, ciertamente, Jogan no estaba nada cómodo. Los Sith lo habían dejado en el suelo, ignorando por completo su cama. Pero ahora su rostro tenía mejor color. Jogan había entrado en estado de shock cuando el uvak lo golpeó; Quarra había necesitado todas sus habilidades de la Fuerza para mantenerlo con vida. Se arrodilló junto a él. Con las manos atadas a su espalda, lo único que podía hacer era besar su mejilla amoratada.

Aturdido, Jogan la reconoció.

—Así no es como me había imaginado que entrarías en mi dormitorio —dijo, arrastrando las palabras.

—Silencio, ahora.

Jogan escuchó las voces extrañas de fuera y trató de levantarse, luchando contra el dolor. Ella le hizo bajar empujándolo con el codo. Jogan jadeó, agotado por el esfuerzo.

—¿Esos son… los Sith?

—Sí —susurró ella, acariciándole la mejilla con la suya—. Pero ahora mismo no están contentos. Sólo tenemos que esperar…

—Se acabó el esperar —dijo Edell, de pie en el umbral sobre ellos. Sonrió—. Es una lástima tener que interrumpir a semejante pareja de tortolitos. Pero hemos encontrado vuestro barco ahí fuera. Estamos a punto de hacer otro viaje… ¡todos nosotros!

Capítulo 6

Las nubes se abrieron y el sol se reflejó de nuevo en las torres de cristal de Tahv.

—No puedo ver una maldita cosa —dijo el viejo, protegiéndose los ojos—. ¡Todo este maldito cristal no era una idea tan buena!

—Sí, Gran Señor. —Una solemne keshiri dio unas palmadas, y otro ayudante tiró de un cordón de seda. En la azotea del edificio del capitolio, trabajadores en estado de alerta corrieron cortinas oscuras sobre las vidrieras de la cúpula del atrio.

—Hace demasiado calor aquí —gruñó su amo, enjugándose el inexistente sudor de su frente irregular—. Me voy a mi oficina.

—Sí, Gran Señor.

Los asistentes que llevaban los abanicos volvieron a meterse en las alcobas, permitiéndole pasar. Varner Hilts, el líder supremo de la Tribu Perdida de los Sith en Kesh, se dirigía de vuelta a la pequeña habitación donde había pasado la mitad de su vida. ¿Y por qué no? Todavía era Cuidador, además de Gran Señor. La habitación era suya… como todas las habitaciones lo eran ahora. Si quería sentarse delante de un viejo escritorio enterrado bajo textos antiguos y tomar un sorbo de cerveza, podía hacerlo.

Últimamente, lo único que quería era privacidad. Tal cómo él lo veía, hacía tiempo que había cumplido sus responsabilidades principales. Había devuelto la estabilidad a la Tribu y restaurado su antiguo esplendor al edificio que amaba. El resto era trivial. El octogenario había perdido el interés en la gestión del día a día de la Tribu, y en la gran misión que había propuesto a su pueblo veinticinco años antes. Había otros para encargarse de esas cosas.

Su consorte, Iliana, aún robusta a los cuarenta y nueve años, tenía sus manos ocupadas gestionando la política. El Cuidador Gran Señor seguía siendo una figura venerada por la mayoría, pero, entre los Sith, incluso una barra de pan se crearía enemigos si se la colocaba sobre un trono. Nadie había sido tan irreverente como para desafiarlo directamente, pero Hilts no era tan ingenuo como para pensar que siempre le respetarían. Aunque si envejecía más, probablemente no sería capaz de distinguir la hoja que le golpeó de cualquiera de sus otros dolores.

Pero aquellos en el poder son los creadores de las tradiciones… y ahí, Hilts encontraba la única razón que le levantaba por las mañanas. Había transcurrido un cuarto de siglo desde la última lectura del Testamento de Yaru Korsin en Tahv, y ya era hora de hacerlo de nuevo. Sin embargo, con la destrucción del antiguo dispositivo de grabación, el Korsin espectral nunca volvería a entregar el mensaje en voz alta. A pesar de los daños a los archivos durante los horribles disturbios de la Gran Crisis, el texto del Testamento todavía existía. Las bibliotecas en Orreg y Elvarnos habían escapado la destrucción total, y de todas formas Hilts conocía el discurso de memoria. Sin embargo, esa misma memoria, esa mente —todavía razonablemente fuerte, después de todos estos años— le decía que el mensaje postrero de Korsin ya no era apropiado para el momento, ni para su pueblo.

Así que Hilts y un equipo de escribas se habían puesto a trabajar en un nuevo discurso. En parte manifiesto, recordando a los oyentes de lo que significaba ser Sith; en parte documento legal, reforzando la jerarquía de Altos Señores, Señores, y Sables y reafirmando las prácticas en torno a la sucesión. Pero el meollo del mensaje, y lo que más excitaba al anciano gobernante, era una sección que detallaba el linaje de los humanos de Kesh, retrocediendo hasta los miembros Tapani de la Casa de Nidantha. Para Hilts, éste representaba su mayor logro, más allá incluso de su cargo de Gran Señor.

Poco después de que comenzara la Restauración de Hilts, él y otros investigadores habían empezado a poner en contexto todo lo que habían descubierto recientemente, desde las órdenes fragmentadas de Naga Sadow hasta la misiva de Takara Korsin a su hijo. Siempre había habido referencias desconcertantes en los antiguos escritos de los supervivientes originales del *Presagio*; ahora todo tenía sentido. Los humanos de la Tribu eran importantes en el esquema de la galaxia… y, sorprendentemente, eran un pueblo mucho más antiguo que el propio movimiento Sith.

A través de los estiletes de escritores keshiri más elocuentes que él, lo que había sido un simple recuento de los hechos se convirtió en poesía calculada para inspirar orgullo a la tribu. Ante la imposibilidad de lograr la supremacía en el sector Tapani, los miembros de la Casa de Nidantha habían decidido buscar un nuevo y mayor destino por su cuenta… sólo para ser atrapados y esclavizados por los Sith de la Caldera Estigia. Pero los antepasados de la tribu no se vinieron abajo, sobre todo después de aprender las filosofías de búsqueda de poder de los Sith y el funcionamiento del lado oscuro de la Fuerza. Sí, la llegada de la tripulación del *Presagio* a Kesh había sido tan accidental como la llegada de sus antepasados Tapani en el espacio Sith… pero no existían los accidentes. Los primeros años de la tribu de Kesh habían sido, de hecho, una toma de poder, en la que los seres humanos se convirtieron en gobernantes y esclavistas… y en la que los Sith Rojos fueron rápida y justamente extinguidos. Si tan sólo los refugiados Tapani ya hubieran conocido la Fuerza cuando llegaron a la Caldera Estigia, ¡qué diferente habría sido la historia!

No importaba: ahora la Tribu estaba haciendo su propia historia. Pasara lo que pasase con Naga Sadow y los suyos durante los últimos dos mil años, las personas que eventualmente dejasen Kesh serían independientes. Un nuevo Sith, nacido de un viejo pueblo. Hilts había tenido la tentación de usar su Testamento Verdadero para llamar públicamente Nidanthanos a los miembros de la Tribu, pero lo había pensado mejor. Pueden que hubieran comenzado como parte de una casa de comercio interestelar, pero su identidad ahora residía en lo que habían hecho desde que llegaron.

Años atrás, el término Tribu Perdida había llevado connotaciones de fracaso. Ahora las palabras recordaban todo lo que ya habían logrado. Al perderse, la Tribu había encontrado mucho más.

—Es bueno —dijo Hilts, con un crujiente pergamino en sus manos pálidas—. Bastante bueno.

Dejó las hojas sobre el único espacio liso. *Lástima que no puedas estar aquí para esto, Jaye. Siempre te gustaron mis historias.*

—¡Varner, pareces el extremo equivocado de un uvak!

—¿Eh?

—No entiendo —dijo Iliana Hilts, entrando con un contoneo. Vestida con un vestido satinado cargado de piedras preciosas, la pelirroja le pellizcó las mejillas y frunció el ceño—. Traemos a los mejores especialistas de la piel para que tú…

—Los exilié del reino —dijo, frotándose la mandíbula—. Estaban todo el rato queriendo plantar árboles en mis poros.

—Es una cataplasma orgánica, Varner. Son expertos. Acicalan a las mejores personas.

—Bueno, ahora están acicalando a los icebergs.

Haciéndole bajar la cabeza, Iliana enderezo el cuello de la camisa de Varner.

—¿El numerito del gobernante irascible divierte a los keshiri? Porque no funciona conmigo.

—Nada funciona contigo, querida. —Él le sonrió con dientes de cerámica—. Es una de las verdades de las que puedo estar seguro.

Nunca podía saber si Iliana lo amaba o lo odiaba. Pero después de todos estos años, realmente no importaba. Funcionaban. Dudaba que muchas parejas en Kesh pudieran decir lo mismo. Desde luego, había hecho falta la amenaza de la muerte para despertar a un interés común. Él no podía luchar por sí mismo, y, como consorte, a ella se le permitiría vivir sólo mientras él siguiera con vida. Pero tal vez eso era lo que las relaciones de los Sith necesitasen.

—Levántate —dijo ella, tirando de su silla desvencijada hacia atrás tan rápido que Varner casi se cayó de ella—. Te necesitan en la sala del trono.

—¿Otra vez? Prefiero lamer el suelo. —Hizo un gesto hacia el documento casi terminado sobre la mesa—. Es aquí donde me necesitan. Aquí es donde puedo ser eficaz.

Iliana suspiró.

—Más palabras. —Introduciendo las manos bajo sus brazos, ella lo obligó a ponerse de pie—. Eso es acerca de lo único que sabes. Siempre has sido un pobre Sith. ¿Dónde está tu ira, tu envidia?

—Me enojo cada vez que me miro en el espejo… y siento envidia cada vez que veo a alguien que aún no ha llegado a los setenta.

Ella le arregló la túnica y se mordió el labio.

—Esto será suficiente. El Alto Señor Korsin Bentado está solicitando una audiencia.

Hilts gimió.

—Ya sabía que había vivido demasiado tiempo. —Miró con tristeza en el pergamino. A este ritmo, nunca llegaría a terminarse—. Despáchalo sin más.

—Nada me haría más feliz —dijo Iliana, poniendo los ojos en blanco—. Pero lo pusiste a cargo de la fuerza de invasión.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Porque yo te lo dije. Para empezar, un Bentado que está ocupado es mejor que un Bentado deambulando, buscando adeptos. —Ella se encogió de hombros—. Pero, sobre todo, porque yo te lo dije.

—Bentado —dijo él sombríamente. Sólo pensar en él hacía que le doliera el costado—. Edell Vrai, ése sí que es un hombre inteligente.

—Y lo enviaste a la expedición, Varner —dijo ella, empujándole hacia la puerta—. Ahora, vamos. ¡Yo hago todo lo demás por aquí, pero no voy a hacer esto!

* * *

—Las bendiciones del lado oscuro a su familia, Gran Señor —dijo Korsin Bentado.

Sentado en la silla de capitán del *Presagio*, Hilts murmuró una respuesta inaudible. *¿El lado oscuro bendice a las cosas? Imbécil.*

—Como siempre, es un honor visitar este lugar, el más santo de los santos en Tahv —dijo Bentado, señalando alrededor de la sala del trono con su única mano restante. Yaru Korsin había muerto antes de que pudiera asentar la corte aquí, y la larga sala de altos techos había permanecido cerrada hasta que Hilts volvió a abrirla. Bentado seguía parloteando—. Me quedé asombrado afuera, ante las nuevas torres de vidrio. Esto demuestra lo que he dicho. La Restauración Hilts sólo comienza en Kesh. ¡Pero llegará a las estrellas, en las que algún día nos restaurarás a todos en nuestro lugar dominante!

—Está bien.

El Alto Señor Bentado se pavoneaba ante ocho guerreros Sith, todos vestidos de cuero negro al igual que él. Bien pasados los cincuenta años, Bentado mostraba el mismo aspecto que tenía en su juventud, calvo, con tupida barba negra. Hilts sospechaba que se había dejado hacer gran cantidad de trabajos por los «especialistas» de Iliana. ¿Qué clase de hombre se teñía las cejas?

—La noticia que hemos estado esperando durante años ha llegado al fin —declaró Bentado—. ¡Squab!

Bentado dirigió la mirada las grandes puertas, donde un keshiri jorobado entró portando una nota. De pie, justo detrás del Gran Señor, Iliana puso los ojos en blanco.

—Bueno —le susurró al arrugado oído de su marido—, ahora sabemos por qué tardó años en llegar aquí.

—Shhh —dijo Hilts, tratando de no reírse. Había sido su broma privada, cinco años antes, al sugerir a Squab como ayudante de Bentado. El Alto Señor había fingido placer en la recomendación, aceptando de buen grado al deformado keshiri en su séquito de perfectos especímenes humanos. Se había preguntado hasta cuándo lo soportaría… y se lo seguía preguntando todavía. Bentado nunca se presentaba sin su atrofiado asistente a su lado.

Bentado tomó la nota y la sostuvo en alto.

—¡Triunfo! —declaró—. Nuestros oyentes escucharon la llamada a través de la Fuerza hace sólo unas horas. Edell Vrai ha encontrado la tierra oculta que Yaru Korsin nos reveló. ¡Existe! —Arrugó el pergamino en su mano enguantada—. La exploración ha sido realizada. ¡Es hora de atacar!

Hilts miró a su mujer. Sus fuentes le habían dicho lo mismo al principio del día, pero no era nada para emocionarse todavía.

—Deberíamos esperar hasta que Edell vuelva.

—Gran Señor, la mayoría de las aeronaves están listas. Mis equipos están completos y esperando. ¡Usted estuvo de acuerdo en que, si se encontraba algo, valía la pena conquistarlo con todas nuestras fuerzas! —Bentado se volvió hacia sus tropas—. ¡Esperamos sus órdenes… para atacar!

—Eso ya lo has dicho.

Frotando los hombros de su marido sobre el respaldo de la silla, Iliana sonrió.

—No te está diciendo el resto, Gran Señor. Mi gente estaba escuchando, también. Sólo llegó un mensaje claro. Pero más tarde se sintieron otras emociones. Sorpresa. Shock. Confusión. —Dejó de frotar los hombros—. Y luego, nada.

Bentado se enfrentó a Iliana y levantó el muñón de su brazo izquierdo; ella le había causado esa herida, medio siglo antes.

—Han encontrado un nuevo mundo, consorte. Probablemente hay mucho que admirar… y es probable que estén confusos acerca de qué hacer a continuación. Edell Vrai no es un guerrero —dijo—. Respetado, sí, como debe serlo un Alto Señor. Pero sigue siendo un manitas con talento. Está esperando a que lleguen mis fuerzas, para llevar a cabo la invasión.

Iliana se burló.

—¿Qué pasa si los disparatados artilugios de Edell se hundieron en el océano?

—Edell no está muerto —dijo Hilts, de repente a la defensiva—. Lo habría sentido.

Iliana le fulminó con la mirada. Ella había dicho muchas veces que su marido no podría sentir el agua aunque estuviera en medio de un lago.

Bentado sonrió ampliamente.

—Comparto su confianza, Gran Señor. La expedición ya está lista. Los primeros sesenta dirigibles están inflados y equipados para la guerra. —Se arrodilló, y detrás de él sus seguidores hicieron lo mismo. El pequeño Squab captó la señal un poco demasiado tarde y casi cayó al suelo tratando de seguir su ejemplo.

—Le pido permiso —dijo Bentado, haciendo una reverencia—, para buscar nuestro destino.

Hilts parpadeó.

—Umm… sí, claro.

Los guerreros salieron. Antes de seguirles, el compañero keshiri de Bentado se inclinó de nuevo ante el trono… esta vez, con más propiedad. Hilts sonrió levemente por el esfuerzo. Aguardando hasta el final, Bentado saludó al Gran Señor y salió tras su tripulación.

Hilts miró a Iliana y arqueó una fina ceja blanca.

—Estamos malgastando un dirigible con él. Ese hombre es su propia bolsa hinchada de gas.

—Se apresura tanto —dijo Iliana. Parecía perpleja—. Debería esperar a que regresase Edell. Está dirigiendo a toda su gente a la muerte ahogados en el océano.

—¿Y eso te molesta?

—No, en absoluto —dijo Iliana, comenzando a marcharse en un torbellino de encaje—. Él los escogió. Cualquier persona en la que Bentado confíe merece ahogarse.

Capítulo 7

Infortunio, se llamaba el velero, y fue puramente el infortunio el que hizo que los marineros keshiri se hicieran a la mar esa noche, reflexionó Edell.

Él y su tripulación habían salido de la costa sur de la península —Punta Desafío, la llamaba el mapa local— minutos después de encontrar el barco. Sólo se habían retrasado para llevar a Quarra y al llamado Jogan a bordo en calidad de prisioneros. La mujer se había opuesto; el hombre malherido seguía perdiendo y recuperando la consciencia a ratos. Pero Edell necesitaba un guía, y hasta ahora su esposo, si eso era lo que era, había sido su mejor baza para hacerla cooperar.

El momento fue el adecuado: las fuerzas de Cuello de Garrow llegaron justo cuando estaban desapareciendo en la noche acuosa. Las tropas encontrarían el lugar vacío y saqueado; el cuerpo de Ulbrick había sido arrojado a una cisterna. Mientras tanto, Edell y compañía avanzaban hacia el barco que había visto, remando con fuerza contra la contracorriente para llegar a él, mientras la oscuridad de la noche les mantuvo a cubierto.

Efectivamente, los marineros keshiri no se habían percatado de la batalla anterior; la sorpresa fue absoluta. Lucharon como animales salvajes, no obstante. Los Sith necesitaron toda la noche para tomar el control del *Infortunio*, y aun así todos menos uno de los defensores habían luchado hasta la muerte.

Ahora, con el sol subiendo a la otoñal posición del mediodía en el norte, el último tripulante del *Infortunio* había muerto en agonía gritando bajo la tortura de sus interrogadores. Edell observaba desde proa como Peppin salía de la caseta del timón, quitándose los guantes.

—¿Qué has averiguado?

—No mucho —dijo Peppin—. Para ser pescadores, eran bastante duros de roer.

—Parece ser un rasgo local —contestó él, mirando de nuevo a la cubierta de proa, donde Quarra y su pareja estaban atados a un mástil.

—El barco estaba aquí pescando crustáceos. Está programado que el *Infortunio* se quede aquí fondeado durante una semana antes de regresar.

Edell examinó la línea de la costa. No había estaciones de señales visibles en ningún lugar de la tierra, por lo que no había manera de que los keshiri pidieran al *Infortunio* que regresase… y la única manera en la que podían ver quién estaba a bordo del barco era por vía aérea, a lomos de uvak.

—Podríamos quedarnos aquí por un tiempo.

Peppin parecía sorprendida.

—Puede que no tengamos que hacerlo, señor. Los keshiri tienen buenos mapas de las corrientes aquí abajo. Llegar a casa podría ser cuestión de izar el ancla.

—A casa. —Edell levantó la vista hacia la solitaria vela cuadrada, enrollada en las vergas. En efecto, Peppin podría encontrar la manera de gobernar el barco. Ella había estado en su equipo años, empapándose de sus conocimientos de ingeniería. Podrían hacerlo… y tenía sentido regresar a casa lo más rápidamente posible. Eso completaría la

misión asignada, y traer de vuelta aunque sólo fuera una humilde embarcación de pesca sería un logro. Era más grande que cualquier otro buque de navegación marítima que Keshtah hubiera producido nunca.

Peppin leyó sus pensamientos.

—Sería un buen transporte… podría llevar a un par de cientos de Sith, o más, me imagino. Mucho más fácil que traerlos volando. —Hizo una pausa—. Mucho más seguro, también.

Los pensamientos de Edell se dirigieron a la explosiva llegada… y luego recordó el sueño de su delirio en la orilla. Su estado de ánimo se ensombreció. ¿Regresar con el *Infortunio* sería un triunfo personal suficiente? No tal y como estaban las cosas en casa. Korsin Bentado ya estaba preparando la próxima ola. La Flota de Ébano, veinte veces más grande que su propia expedición. ¿Esperaría Bentado su regreso, o partiría antes de tiempo?

Él sabía la respuesta. Y sabía que, de estar invertidos sus papeles, Bentado ciertamente no navegaría mansamente de vuelta a casa. Pero, ¿qué más podía hacer?

Volvió a mirar a Quarra y a Jogan. No sabía nada del hombre, pero era evidente que ella era alguien entre los keshiri. Los documentos que llevaba lo afirmaban, pero él lo había visto en primer lugar en su comportamiento. Había estado por toda esta tierra, esta «Alanciar». Sabía cómo funcionaba la estación de señales, así como las diversas armas de allí. Y comprendía en lo profundo de su pecho lo que hacía que estos keshiri luchasen con tal fuerza.

Sí, eso sería algo digno de saberse.

Edell se volvió hacia Peppin.

—Tengo nuevas órdenes —dijo—. Escucha… y luego sigue mi ejemplo…

* * *

Quarra observaba cuidadosamente mientras el líder de los Sith hablaba. Ella no podía oírle, pero los matones que le acompañaban estaban ahora a su alrededor, prestándole atención. En comparación con los invasores más jóvenes, Edell era relativamente menudo. ¿Cómo había llegado a estar en la misión… y más aún al mando? Probablemente, concluyó, a través de muestras de brutalidad como la del exterior de la estación de señales.

Sin embargo, dos veces había oído por casualidad a uno de ellos llamándole «Alto Señor», un término de significado mucho más grande en las Crónicas. La primera vez, había pensado que estaban siendo sarcásticos con el pequeño humano: los Sith tenían una manera burlona de hablarse unos a otros. Pero al ver la deferencia con que le estaban tratando ahora, ya no estaba tan segura. *¡Un Alto Señor!* ¿Eran los Sith tan pocos en número que éste era el equipo de invasión más grande que uno de sus altos cargos podía reunir?

Esperaba que así fuera, pero también temía que lo que había visto sobre la bahía fuera sólo una parte de las fuerzas de los Sith. Que hubiera habido más aeronaves más al norte, amenazando las granjas fértiles del Escudo Occidental… o peor aún, pasando sobre ellas hacia las pobladas mesetas del interior. Uhrar estaba allí. ¿Estarían sus compañeros de trabajo y su familia a salvo?

Por primera vez en horas, pensó en Brue, su marido. Él sabía tan poco de la guerra, o de sus preparativos. *¿Qué habría dicho a los niños, cuando sonaron los silbidos de alarma?*

Al menos una cosa ya no le preocupaba: A menos que el viejo guardia del Cuello de Garrow recordase su nombre, nadie sabría que había estado en Punta Desafío. ¡Era extraño pensar que, al secuestrarla, los Sith podían haber salvado su matrimonio!

Pero ella no era la única persona que habían tomado. Atado a su lado, Jogan entraba y salía de la consciencia. Se dio cuenta de que las costillas casi le habían perforado los pulmones en el istmo; tenía suerte de seguir vivo. Especialmente después de haber sido maltratado por los Sith al moverlo de un sitio a otro. Le habían atado al mástil sentado, y ella podía sentir su agonía a través de la Fuerza… y a través de sus hombros que estaban en contacto con los de ella. Cada vez que el *Infortunio* tiraba de su ancla, Jogan hervía de dolor.

Abrió los ojos otra vez.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Conmigo —dijo ella, luchando por encontrar palabras que pudieran traer algún consuelo en esta situación—. Ya hemos dejado de movernos.

—No es cierto —dijo el Alto Señor Sith, dando un paso hacia ella—. Por lo menos, no para ti, Quarra Thayn. Vas a venir conmigo.

—¿Qué? —Quarra luchó contra sus ataduras y se detuvo de repente, recordando que Jogan estaba atado a ella.

Edell juntó las manos ante él.

—Este… primer encuentro de nuestros pueblos no ha ido bien. No habéis proporcionado a vuestros vecinos una bienvenida adecuada.

—¡Qué lástima!

—Las reparaciones vendrán más tarde. Pero mientras tanto, me gustaría saber más de ti.

—¿Acerca de mí?

—De todos vosotros. Alanciar, —dijo, haciendo un gesto con la mano hacia las cumbres apenas visibles en el horizonte del norte—. Quiero ver a quien esté al mando aquí, y tú me llevarás, Quarra. Pero según mis términos… y cuando yo lo diga. —Tomando un mapa en pergamino que le ofrecía Peppin, se acercó a la barandilla y señaló—. Hay una pequeña cala hacia el noreste. A la sombra de las montañas, y sin vigilancia. Tú y yo remaremos hasta allí. De acuerdo con esto, vuestra capital militar está a varios días a pie de ahí. El *Infortunio* se quedará aquí hasta que yo indique desde las montañas que he regresado —dijo.

Quarra lo miró fijamente.

—Estás loco. No te pareces en nada a nosotros. Ya sabemos que estáis aquí. Nuestra gente te verá en un santiamén.

—Ya se te ocurrirá algo —dijo suavemente Edell, pasando el mapa a su compañera—. Más te vale… si quieres que tu preciado Jogan siga con vida. Si no he vuelto libremente dentro de dos semanas, acompañará a los pescadores que echamos al fondo del océano.

Quarra miró a Jogan. Se había desplomado de nuevo, desvanecido. Ella dudaba que hubiera oído una sola palabra.

—¡No quiero dejarlo!

—No tienes otra elección.

Estirando el cuello, Quarra vio a Tellpah.

—Ya tienes a tu propio esclavo keshiri contigo. Que sea él tu animal de carga. ¿Para qué me necesitas a mí?

—No seas tonta. Necesito un guía local que conozca la zona. Trajimos keshiri con nosotros para difundir su religión… una religión centrada en nosotros. Pero nos habéis recibido con guerra. Quiero ver qué más nos tenéis reservado.

Quarra estudió a Jogan por un largo rato antes de volver a mirar al humano.

—Puede que haya una manera de ocultar quién eres —dijo—. Pero sólo lo haré con una condición…

—No te encuentras en condiciones de negociar…

—… con la condición de que se desate a Jogan de ese mástil. Hay literas en la cabina. Dejad que se acueste. Si seguís zarandeándolo, vais a matarlo.

Edell asintió con la cabeza.

—Puedo ser razonable. Movedlo.

Inmediatamente sus compañeros dieron un paso adelante para desatar a la pareja keshiri del mástil.

Sintiendo que las ataduras se aflojaban, Jogan la miró con los ojos legañosos. Su cara se llenó de gratitud… y luego de preocupación.

—Quarra, no estoy seguro de lo que está pasando —murmuró—. Pero sea lo que sea, no tienes que hacer esto por mí. No merezco la pena.

—Deja que sea yo quien juzgue eso —dijo. Estudió a los seres humanos de nuevo. No eran keshiri, pero tal vez tampoco monstruos; tan capaces como ella de dudar, y de tomar malas decisiones—. Y creo que puedo tener justo lo necesario para asustar a estos Sith y que se vuelvan por donde vinieron. —Miró hacia el norte—. Tengo a Alanciar.

Capítulo 8

Keshtah era el dominio de los Sith. Pero Alanciar, se dio cuenta Edell, era el verdadero imperio.

En su tierra natal, era posible viajar en secreto en algunos lugares, evitando los caminos principales. Aquí, no lo era. El follaje —*¡menudos árboles, aquí!*— estaba talado a distancia de los caminos de piedra elevados, y había trincheras que separaban a los viajeros de los arcenes. El personal de las estaciones de paso tenía buena visibilidad de largos trechos de camino, observando el tráfico en ambas direcciones. Edell y Quarra se habían deslizado sin ser vistos en una remota carretera de montaña en la oscuridad de la noche, pero dudaba de que fueran capaces de atravesar más territorio de esa manera. Alanciar estaba alerta.

Sobre las colinas, volvieron a sonar agudos pitidos, que parecían provenir de todas direcciones. Todavía no se había acostumbrado a ellos. Los sonidos provenían de todas las áreas pobladas, más fuertes que cualquier cosa que él jamás hubiera escuchado. Quarra le había explicado que eran sirenas de alarma, generadas por el paso de vapor a través de colosales tubos de vidrio. Cada pueblo parecía tener una. Era la mañana del cuarto día desde la llegada de la flotilla de los Sith, y las alarmas todavía sonaban.

Alerta.

Edell vio otra estación de paso más adelante y colocó la capucha del impermeable del marino para tapar mejor su rostro. Su aspecto continuaba preocupándole. El uniforme Alanciar de Jogan había sido demasiado grande para él, y Edell pensó en vestirse con la ropa de los marineros. Pero, en lugar de eso, Quarra le había dado el impermeable, junto con un par de gafas oscuras que había encontrado a bordo del barco para ocultar sus ojos. Eso, y un poco de maquillaje en su rostro, sería todo lo necesario para ocultar su identidad, le había dicho. Edell no podía imaginar cómo eso podía funcionar.

Y, sin embargo, había funcionado hasta ahora. No habían encontrado a nadie en el primer día y noche de viaje, cruzando las montañas boscosas al norte de la Cala Meori. Pero desde el inicio de la marcha en la segunda jornada, habían visto un montón de keshiri… en su mayoría soldados, dirigiéndose al oeste. Todo el mundo les había detenido, y cada conversación había seguido el mismo curso. Ahora, en la encrucijada, se estaba reproduciendo de nuevo.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el centinela armado, mirando a Edell.

—Uno de los intérpretes para Kerebba —respondió Quarra, mostrando sus documentos de identificación.

—¿Esta noche? Sí, supongo que no le gustaría romper con la tradición. ¡En especial, no ahora! —El centinela dio un paso atrás a su garita y asintió con la cabeza a Edell—. Es bueno, ya lo creo. Seguid adelante.

Guardando los documentos, Quarra tomó el camino hacia el norte.

—Vamos —le gruñó a Edell.

El Alto Señor avanzaba pesadamente detrás de ella.

—¿De qué estaba hablando? ¿Por qué me siguen dejando pasar?

—Ya lo verás.

Él la agarró del chaleco y tiró de ella hacia él.

—¡No estás en condiciones de hacerte la graciosa conmigo, keshiri!

—Y tú no estás en un lugar donde puedas empujarme —dijo. Tras ellos, el guardia de la estación de paso aún les observaba. Había otros en el interior, y una torre de señales con personal estaba a la vista, justo al lado de la carretera—. Basta con que grite «Sith», y estás muerto —dijo ella con frialdad—. Y, probablemente, diseccionado.

Tras las gafas, los ojos dorados de Edell se abrieron como platos. A regañadientes, la soltó y continuó siguiéndola por el camino. Esa mujer guardaba más de lo que él había pensado.

Estuvo aún más seguro de eso una hora más tarde, después de un largo tramo de silencio. Se dio cuenta de que su humor taciturno no se debía sólo a tener que ser su guía forzada. Al preguntarle, respondió:

—Estoy preocupada por mi familia. —Ella lo miró secamente—. Sabes lo que es eso, ¿verdad?

—Tu familia —dijo Edell—. ¿Tienes hijos?

—Depende. No comes niños, ¿verdad?

Edell entornó los ojos.

—Tus hijos no estaban en la estación de señales. ¿Los mandaste a otra parte?

Quarra simplemente se le quedó mirando.

Las piezas comenzaron a encajar para Edell.

—Ah, ya veo. Tienes un esposo… pero no es ese robusto espécimen púrpura. —Se rió entre dientes—. Parece que no soy la única cosa que tienes que esconder.

Ella volvió la cara y siguió caminando.

—No creo que tenga que ser juzgada por un Sith.

—Oh, no te estoy juzgando —dijo Edell, con brillo en sus ojos dorados—. A menos que sea para decir que tienes más en común con los Sith de lo que piensas.

* * *

El canal tenía dos carriles para el tráfico, con una sirga blanca en el centro.

—Grande —dijo Edell—. Casi un río.

—Lo fue, una vez. Le hicimos mejoras.

Edell vio como paquebotes y barcazas aceleraban arriba y abajo por los canales, uncidos a grupos de las bestias que Quarra llamaba muntoks.

—¿Cómo pueden los barcos ir tan rápido? —preguntó. Había estudiado la idea de desarrollar un sistema de canales similares para carga, allá en su hogar, coincidiendo con las reparaciones de los acueductos elevados. Finalmente se había dado por vencido. El tráfico rápido causaba olas que dañaban el revestimiento de las paredes.

Mira más de cerca.

Arrodillándose, Edell tocó el liso lecho del canal.

—¡Hormigón! —Los keshiri de donde él provenía conocían ese compuesto (disponían de cemento, grava, y agua en abundancia), pero rara vez lo utilizaban, prefiriendo trabajar con losas de piedra pulida. Si llegaban a usarlo alguna vez, lo mantenían fuera de la vista. Sin embargo, los keshiri de Alanciar parecían haber revestido todo su sistema fluvial con él—. ¡Esto debe de haber tardado siglos!

—Tuvimos tiempo.

Edell cruzó el puente con ella, tolerando antes una nueva e intrigante conversación con un centinela. El Alto Señor todavía no tenía idea de lo que estaban hablando, pero no sentía ningún engaño por parte de Quarra. Edell le había dado instrucciones para llevarlo a la sede del gobierno, y ella parecía estar cumpliendo. La mayor parte del continente estaba hacia el noreste, y habían estado zigzagueando en esa dirección durante horas. Ella también se estaba tomando más libertades, explicando detalles acerca de su mundo, tal vez pensando que las vistas estaban haciendo mella en él.

Él había tenido cuidado de no darle motivos para pensar eso; después de todo, su gente había venido de las estrellas. Y a pesar de que los años de estudio del *Presagio* no le habían acercado nada a ser capaz de replicar una sola cosa del interior de esa nave antigua, ni los molinos de agua, ni las fortalezas de ladrillo, ni los ríos pavimentados escapaban a su comprensión. Sin embargo, el hecho de que existían aquí sí lo hacía. Era difícil de creer que la gente que los había creado eran de la misma especie que los keshiri que conocía. ¿Cómo habían llegado a ser así?

—Ya estamos —dijo Quarra—. Kerebba. Es lo más lejos que llegaremos hoy.

Kerebba era la ciudad más grande que había visto hasta ese momento; monótona y poco atractiva. El hormigón no era sólo para los canales; Los alanciari vivían en bloques sin alma del mismo material. A medida que el sol desaparecía sobre un horizonte gris, una oscuridad deprimente inundó las calles. Y, como siempre, sonaba ese maldito pitido… ahora, más fuerte que nunca.

—No quiero pasar la noche en una zona poblada —dijo, alzando la voz mientras se acercaban a la plaza del pueblo.

—No podemos ir más lejos. Las carreteras estarán cerradas.

—¡No se cerraron ayer por la noche! ¿De qué estás hablando…?

Edell se quedó sin palabras, asombrado. Miró a los tubos en un techo cercano. Los silbidos se habían detenido. Preocupado, trató de tirar de Quarra para tenerla más cerca, pero fue empujado por una multitud de keshiri, jóvenes y viejos, saliendo a las calles. La mayoría iban de uniforme, como los que había visto a lo largo del camino, pero no todos. Pudo ver que algunos estaban vestidos de forma relativamente festiva, en colores brillantes. Más keshiri entraron en la avenida, charlando y riendo. Por un segundo, le pareció ver a un ser humano…

—¡Aquí hay uno! —gritó Quarra, retirando la capucha de Edell. El Alto Señor se quedó inmóvil, atónito, mientras los keshiri a su alrededor se quedaban boquiabiertos.

Metió la mano al interior del impermeable, donde su sable de luz colgaba de su túnica. Pero justo cuando agarró el arma, la multitud se echó a reír.

A reír. Dando vueltas alrededor, la gente del lugar abucheó y gritó, señalando al rostro expuesto del recién llegado, más pálido y más rosado que el de cualquier keshiri. Por debajo de las gafas, Quarra había aplicado a Edell un poco de maquillaje improvisado pintándole negras arrugas de ira, dándole un aspecto amenazador. Ahora estaba tirando de la parte posterior de la chaqueta, quitándosela para descubrir sus vestimentas… y el arma inactiva.

—¡Es genial! —exclamó un espectador—. ¡Mira su color!

—¡Incluso tiene un sable de luz!

Exclamaciones de alegría surgieron de la muchedumbre… exclamaciones que pronto se convirtieron en burlas, a su costa. Y ya no sólo a costa suya. Aturdido, Edell pudo ver otros keshiri bailando en las calles, vestidos de negro con sus rostros pintados en una variedad de tonos distintos del púrpura.

La multitud se volvió loca.

—¡Los Sith! ¡Los Sith!

Las gentes disfrazadas huyeron hacia la oscura plaza, donde se había creado un gran escenario. Empujado por la multitud, Edell no tuvo más remedio que seguirlos… y quedó cegado cuando una luz brilló desde arriba. En grandes trípodes, globos colosales ardían con gran resplandor, con alguna sustancia luminiscente de su interior reflejada y amplificada una docena de veces. De pronto, podía verse todo Kerebba. Y, al parecer, todo Kerebba se dirigía hacia allí.

Luces, pensó Edell, mirando hacia arriba. *Korsin vio un continente iluminado.*

Miró hacia ambos lados, dándose cuenta de repente de que había sido separado de Quarra. No, allí estaba ella, abriéndose camino hacia él… y sonriendo con aire de suficiencia. Más adelante, los disfrazados se estaban subiendo a la tarima, preparando algún tipo de representación.

—Así que por eso me llamaban intérprete. —La miró fijamente—. No voy a subir ahí arriba.

—No tienes por qué hacerlo —dijo, haciendo un gesto. Había «Sith» también entre el público, gruñendo a los asistentes y recibiendo abucheos de entusiasmados niños uniformados—. Tan sólo sé desagradable, sé tú mismo.

Edell vio como los keshiri levantaban decorados en el escenario. Rocas. Olas pintadas. Un barco de vela de gran tamaño. Dos keshiri se unieron en un disfraz de uvak.

—Creíais estar bajo asedio —dijo—. ¿Y lo detenéis todo para una obra de teatro?

—Aquí, y en todas las ciudades de Alanciar. Es el Día de la Observancia. No lo van a cancelar a causa de vuestra invasión. —Ella parecía hincharse de orgullo conforme hablaba—. Especialmente no a causa de eso.

—No creo que sea gran cosa —dijo. Los keshiri de su hogar llevaban a cabo lujosas pantomimas, usando ricas libreas y actuando en estancias de mármol. Los espectadores rara vez eran escasos, ya que el teatro siempre había sido propaganda útil para uno u otro

Sith. Las compañías de la ciudad capital habían mantenido sus estándares, incluso cuando la civilización que las rodeaba había decaído, parando sus producciones sólo durante los disturbios de un cuarto de siglo antes. Habían sido una parte importante de la restauración del orden civil, también, difundiendo la noticia de lo que Hilts había descubierto en el Templo de la montaña. Pero este teatro callejero al aire libre parecía amateur, su vestuario no era en absoluto digno de Tahv.

Estaba a punto de decirlo en voz alta cuando, en el escenario, el barco de atrezzo se agitó de pronto en una tormenta imaginaria. La roca falsa se alzó para bloquearle el paso, y una mujer keshiri apareció detrás de ella. El público aplaudió su llegada. Vestida con una armadura de cuero, sostenía en alto un brillante bastón de cristal con un reluciente orbe en la parte superior… una versión en miniatura de las luces que iluminaban la plaza. El agitado barco se detuvo de pronto y cayó plano en el escenario, revelando actores vestidos como los marineros que Edell había visto. Al ver el bastón de la mujer, se encogieron. Un silencio cayó sobre la multitud.

—Yo soy Adari Vaal… ¡y yo soy la Roca de Kesh!

—¡Adari! —Edell no pudo evitar dejar escapar el nombre, dándose cuenta al hacerlo de que los ojos se volvían hacia él. Se quedó paralizado. Quarra le miró con urgencia. Edell se agachó avergonzado, y la atención se volvió hacia el escenario. Se preguntaba si había escuchado bien.

En el escenario, obtuvo su respuesta.

—Yo soy Adari, la Roca y el Heraldo. Salvadora e Hija Perdida. Aliada de los Tuash Luminosos, legendarios portadores alados de misericordia —dijo la actriz-Adari—. Arrojada desde muy lejos, me he alzado del mar para traeros nuevas de miedo y asombro. ¡Yo soy la roca que se ha alzado desde el mar, y os hablaré de la inundación que ha de venir!

Edell se quedó boquiabierto. Adari Vaal. Confidente de Yaru Korsin, o su juguete, en función de qué historia se creyera. La mujer que había intentado una insurrección keshiri… y que había huido hacia una muerte en el océano. Miró a su alrededor. Los keshiri que se encontraban allí parecían haber escuchado el discurso antes. Algunos estaban formando en silencio las palabras en sus bocas mientras la actriz hablaba.

—Hay enemigos más allá de vuestro conocimiento, gente de Alanciar. No podéis verlos, porque están más allá de la vela de vuestra nave más lejana. No podéis oírlos, aunque pueden pronunciar su mal en peligrosos susurros que se escuchan en el aire.

Edell refunfuñó al oído de Quarra.

—Esto es palabrería retórica. Debería explicar claramente su significado.

—Es una ceremonia —susurró—. La hacemos cada diez años. Diez años fue la duración de la resistencia secreta de Adari contra la Tribu —dijo Quarra… y en el escenario, la oradora estaba hablando de esa Tribu, y su maldad. Los intérpretes Sith surgieron en el escenario, detrás de la misma roca. El público silbó y abucheó.

Adari levantó su bastón hacia el cielo.

—Sí, los Sith son los Destructores que se habían predicho… ¡pero no temáis! Porque yo he visto vuestra Alanciar, y es superior a Keshtah, en todos los dones de la naturaleza. —Se acercó al perímetro del escenario, apuntando hacia fuera—. Superior en los productos de vuestros bosques: buenas y fuertes maderas para barcos de vela. Las junglas de Keshtah albergan poco que pueda soportar peso. Superior en las criaturas del campo: el poderoso shumshur, el veloz muntok. Aparte del uvak, Keshtah no tiene criaturas a las que uncir un yugo.

—Nos las comimos todas —exclamó un Sith de pacotilla del escenario, arrancando carcajadas del público. Llevando sus brazos ante él para simular una tremenda panza, se contoneó por el escenario levantando gritos y exclamaciones despectivas.

—¡Estúpidos, estúpidos!

Adari sonrió.

—Sí, eso también: Alanciar es superior en la inteligencia de su pueblo. Con caldo de llamas y espejos creasteis los globos de fuego, para mantener vuestros caminos y hogares iluminados. Vuestros canales os proporcionan transporte. ¡La industria lo alcanza todo en Alanciar!

Edell miró a la multitud de espectadores mientras continuaba el recitado de éxitos. Hasta ese momento, se había acorazado ante las vistas de Alanciar; hacía ya tiempo que sospechaba que este lugar era más avanzado. Pero ahora, rodeado por el enemigo, sintió una gran intranquilidad. Había crecido en una Tribu que había perdido su camino. Nada había sido seguro. Por eso le habían atraído tanto la arquitectura y la ingeniería cuando era un adolescente: ambas tenían reglas, fijas e incuestionables.

Sí, la Restauración había reparado mucho del daño realizado, dando a los Sith algo en lo que volver a creer… pero los keshiri de Alanciar nunca habían dejado de creer, desde que Adari Vaal los visitó dos mil años antes. Examinando los rostros a su alrededor, Edell vio certeza y seguridad.

¿Por qué no habré nacido aquí?

—Os enseñaré el lenguaje de los malvados. Lo hablaréis como vuestra lengua nativa, para poder conocerlos cuando lleguen. Y os daré otro presente —dijo la oradora, bajando el bastón brillante en la dirección de los marineros keshiri—. La ventaja de los Sith es un poder conocido como la Fuerza. ¡Es un poder que algunos de vosotros ya tenéis, en vuestro interior! —Cuando el globo de fuego tocó al primer marinero, este se despojó de su disfraz externo para revelar una vestidura blanca y satinada, con brillos dorados—. Yo no tengo el poder. Pero vosotros podéis tenerlo… y ahora, sabéis cómo detectarlo. ¡Sois los Protectores de Kesh!

Sonrió con benevolencia y observó a la audiencia.

—Y aquí estáis vosotros también. Habéis luchado la primera batalla —dijo, añadiendo algo nuevo para obvio regocijo de los presentes—. Habéis vencido. Y venceréis de nuevo. Declaro este día el Día de la Observancia. Siempre estaréis observantes. Y, algún día, ¡triunfaréis para siempre!

La audiencia estalló en gritos de autocomplacencia. Edell observó en asombrado silencio cómo Quarra vitoreaba aplaudía sonoramente.

Un hombre anciano subió al escenario. Identificándose como el alcalde de Kerebba, volvió a insistir en la importancia de permanecer vigilantes.

—Todos hemos visto esta obra otras veces. Pero de todas ellas, esta es una ocasión especial… el enemigo ha llegado. Esta noche nuestras fuerzas están peinando las penínsulas en busca de cualquier rastro de los atacantes. Volverán de nuevo, con toda seguridad. El Gabinete de Guerra ha desplegado fuerzas anti-aéreas al oeste. Tanto si regresan en igual número como si vienen con una fuerza mayor, morirán. ¡Morirán como deben morir los Sith!

La muchedumbre estalló en gritos, pero más organizados que antes. Alzaron los puños al unísono.

¡Morirán como Sith! ¡Morirán como Sith!

Esto era demasiado. Edell agarró a Quarra del brazo y la apartó de la multitud. Consciente de su condición, volvió a ponerse el abrigo y la capucha. Quería saltar al escenario y matar a todos esos pretenciosos.

Podría hacerlo. Otros lo habrían hecho. ¿Por qué él no?

Se esforzó por controlar su ira. No era el momento, y una pequeña ciudad de provincias no era el lugar. Si lo que acababa de ver estaba efectivamente ocurriendo en todas partes, entonces la fuerza invasora de Bentado estaba en peligro.

¿Y tal vez, incluso, la propia Tribu?

—Nos vamos mañana tan pronto abran los caminos —le dijo Edell a Quarra en las sombras—. Quiero ver ese «Gabinete de Guerra»… ¡y saber exactamente lo que esa traidora keshiri os contó sobre nosotros!

Capítulo 9

Quarra despertó bajo una lluvia torrencial cayendo sobre su rostro. Sus ojos se abrieron para ver el sol de Kesh asomando a través de un exuberante dosel verde, muy por encima de ella. Gotas de agua caliente le golpeaban las mejillas.

—La temporada húmeda en la selva —dijo una profunda voz femenina por detrás—. Incluso cuando deja de llover, se queda en los árboles. No deberías tumbarte así en el exterior… no sin un sombrero.

Quarra se secó los ojos y parpadeó. Alanciar no había tenido selvas en siglos. Obviamente, este no era el lugar donde se había ido a dormir. Pero, ¿dónde estaba?

Se sentó en el lodo. Detrás de ella, una mujer humana con un sombrero de paja trabajaba la tierra, transplantando flores desde macetas de barro. Era más joven que Edell, con piel más morena, y el pelo corto de color castaño rojizo.

—Tengo que replantar los dalsas mientras la tierra aún está húmeda —dijo, sin levantar la vista de su trabajo—. Quarra, ¿no? Realmente deberías pensar en ese sombrero. Tampoco está de más dejarse el cabello corto. Los aracnoides son horribles aquí.

Quarra se tensó al oír su nombre.

—El Sith… me trajo aquí Tú eres uno de ellos.

La mujer se echó a reír.

—Yo nunca solía aceptar la impertinencia por parte de los keshiri —dijo—. Tienes suerte. He madurado desde que nos mudamos aquí.

Aparte, en un claro entre los árboles, Quarra vio a otro humano que trabajaba una pequeña parcela con una azada. Bajo la luz moteada, casi pensó que estaba mirando a Jogan: musculoso y sereno. Pero sin embargo distinto.

—Ambos sois Sith —dijo.

—No somos nada —respondió la mujer, levantándose del lecho de flores para enfrentarse a la keshiri—. No somos nada, si es que realmente existimos… o si es que *tú* existes. Yo soy Orielle… llámame Ori. Y él es Jelph.

Mientras hablaba, los rayos del sol se reflejaron a través de la niebla. El mundo se volvió ondulado por un momento.

—Esto no es real —dijo Quarra—. Estoy teniendo una visión de la Fuerza. O un sueño.

—Nunca creí que hubiera una gran diferencia —dijo Ori.

—¿Vives en la selva?

—Sí. O vivía. El tiempo pasa de forma diferente en las selvas y en los sueños.

Quarra bajó la mirada para ver a un niño humano pisoteando charcos. Antes de que pudiera llegar a su jardín, Ori acercó al niño a su cadera. Quarra escuchó otras voces jóvenes desde detrás de una choza.

—Tienes hijos.

—Tres. Al igual que tú.

—Así es. —Tenía que ser un sueño, pensó Quarra; ninguno de los Sith conocía detalles de su familia. Observó como Ori entregó el niño a sus hermanos mayores: cubiertos de barro, pero felices. Toda una vida viviendo ahí en el claro de la selva. Pequeña… pero aparentemente plena.

—En un tiempo, yo tenía responsabilidades, como tú —dijo Ori, espontáneamente—. Renuncié a ellas por amor.

—¿Amor? ¿Un Sith? —Quarra se contuvo—. Lo siento, dijiste que no eras…

—Dije que no era Sith ahora. Pero supongo que antes tampoco fui una Sith demasiado buena.

—¿Hay Sith buenos?

—Algunos son más fáciles de soportar que otros… pero si es así, probablemente ellos tampoco estén haciendo un buen trabajo como Sith. —Ori se rió—. Y no, el amor no es la única razón por la que vine aquí. Tuve una responsabilidad, y una posición… como tú. Vi hacia donde me estaba llevando. No me gustó.

Quarra miró a los exiguos alojamientos.

—Y esto es lo que elegiste en su lugar.

—Así son los escondites —dijo Ori. Miró a los niños jugando, y tomó una respiración profunda—. El problema es que, en mi época, el mundo ya se estaba quedando sin lugares donde esconderse. No sé si hay mucho futuro en ello.

Quarra dejó caer los hombros mientras escuchaba. Entre los niños y los sonidos de la selva, era un lugar ruidoso… pero ella sentía tranquilidad allí, algo que había anhelado a menudo en Uhrar.

—Quería vivir apartada —dijo, casi para sí misma—. Estoy muy cansada. Miraba a mi alrededor y todo lo que podía ver eran cosas que ya había hecho. Incluso mis hijos… yo ya sabía cómo iban a ser sus vidas, antes de que las vivieran. —Quarra hizo una pausa—. Supongo que por eso he creado algo diferente para mí. Para darme un sueño que seguir. Estoy segura de que suena mal\1…

—Oh, puedes perseguir un sueño —dijo Ori, mirando de nuevo a su marido. El campesino miró brevemente y sonrió a las dos antes de regresar a su trabajo—. Puedes perseguir un sueño, y puedes construir todo tu mundo alrededor de uno. —Miró de nuevo a la keshiri—. Puedes vivir en un sueño durante mucho tiempo. Pero con el tiempo…

—… con el tiempo, el mundo te encontrará —susurró Quarra. Abrió los ojos.

Habían dormido en una alcantarilla seca, justo a un lado de la estación del canal de Kerebba. Era inútil convencer a Edell de que se quedara con ella en uno de los cuarteles a los que tenía derecho por su condición oficial. Desde la representación del Día de la Observancia, había estado tenso como una ballesta de mano lista para disparar.

Ella no sabía si eso era bueno o no… había visto de lo que era capaz. Pero que estuviera tan tenso ahora significaba algo. Ella tenía razón: Alanciar había sido su mejor arma contra él. Cuanto más al norte conducía Quarra al Sith, más confiada se sentía. Estaba cada vez más claro que su grupo era el único que había aterrizado… y al pasar a

través de más centros industriales, podía verlo imaginarse las armas que se construían allí.

También comprobó que eso no le impedía seguir fingiendo indiferencia.

—Otro pueblo feo —dijo al salir de Minrath.

—No me engañas, Sith. Puedo sentirlo —dijo Quarra—. Estás impresionado.

Edell la miró a los ojos.

—Admitiré que vuestros keshiri de aquí están más capacitados para la elaboración de instrumentos prácticos que los nuestros.

—¿*Vuestros* keshiri?

—Por supuesto. ¿Quién es su dueño, si no?

Quarra dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Keshtah es un continente suave y hermoso —dijo—. Tal vez eso es lo que orientó a sus naturales hacia el arte. Sí, hicieron acueductos, pero los hicieron hermosos. —Señaló un canal que cruzaba ante ellos—. Si hubieran pensado en la funcionalidad, como vuestro pueblo, nuestros acueductos habrían durado más tiempo.

—¿Ya no existen?

—No, los reparamos. Pero si tu gente los hubiera diseñado, nunca habríamos tenido el problema. —Apartó la mirada, como si sopesase sus siguientes palabras—. Creo —dijo finalmente—, que el *Presagio* cayó en el lugar equivocado.

Quarra negó con la cabeza.

—No comprendiste nada en Kerebba, ¿verdad? Vosotros sois la razón por la que Alanciar tiene el aspecto que tiene. Vosotros, los Sith, y vuestra amenaza. Durante dos mil años, nos hemos estado preparando para vuestra venida. —Miró de nuevo el paisaje urbano de color gris y se lamentó—. No nos entiendes en absoluto. Vosotros nos hicisteis así.

Edell sonrió.

—Y si crees que vamos a lamentarlo, entonces tú no nos entiendes a nosotros.

Al mediodía, llegaron a la región más bonita del Escudo Occidental. Las cosas estaban más dispersas sobre esta protuberancia de la Canilla, con granjas entre los cursos de agua, y carros de heno tirados por muntoks retumbando a lo largo de las carreteras. La tierra que en otros tiempos ascendía suavemente hacia el este, hasta la meseta que formaba el grueso del continente, hacía tiempo que había sido reformada en terrazas ordenadas. Pero la cosecha estaba cerca, y la vista de tantos verdes y dorados casi lograba que hasta las imponentes fortalezas en medio de los campos pasasen inadvertidas.

Los ojos de Quarra siguieron una línea de estaciones de señales que transmitían las noticias desde la costa hasta la capital militar en Sus'mintri, encaramada en el borde occidental de la meseta. La elevación era apenas visible entre las nubes hacia el este: una majestuosa muralla natural, protegiendo las entrañas de Alanciar. Se sintió mal por los encargados de las señales y los gritadores de pensamientos de esta zona. Puede que la vida de Jogan no estuviera llena de emociones, pensó, pero al menos tenía más que ver que campos de cereales.

Desde su sueño, pensar en Jogan le hacía sentir incómoda. Sabía que su torre no era ningún refugio en la selva… y había empezado a cuestionarse por completo su relación. Él era el aislado, sin nada que hacer casi todos los días, pero siempre había sido ella quien le escribiera a él. Ella era sin duda la más ocupada de los dos, y, sin embargo, cada vez que sus conversaciones terminaban a causa de alguna nueva misión de Quarra, siempre había sido ella quien comenzase la siguiente charla.

Quarra imaginaba que, ya que ella tenía tanto que hacer, él simplemente se ajustaba a su horario. Pero tal vez simplemente no le importara tanto.

¿Qué le importaba a él? ¿Y, de todos modos, qué bien haría una mujer poderosa a la vida de un vigía soltero empedernido? Ella había empezado a dudar.

—El centinela vuelve a estar en tus pensamientos —dijo Edell—. Tienes problemas para ocultarlo. —Olfateó el aire—. Yo nunca me casé, por supuesto.

—Menuda sorpresa —dijo—. ¿Quién podría vivir con un Sith? Me sorprende que todavía queden humanos en Kesh.

Edell se echó a reír, un sonido oscuro y profundo que la sobresaltó.

—¡A mí también me extraña eso! Yo tiendo a preferir construir cosas a la compañía de los demás.

Tal vez así es como llegó a ser Alto Señor, pensó. *Es un eremita. Tal vez nadie que salga de la casa llegue nunca a cumplir los cincuenta por allá.*

Habilidades sociales a un lado, Quarra no podía dejar de sentirse impresionada por su decisión… incluso aunque estuviera dirigida hacia un mal fin. Después de la obra se había preguntado por qué el Sith no había regresado simplemente al *Infortunio* y se había ido con lo que había aprendido. Evidentemente, él no sentía que eso fuera suficiente para que salvar su honor después de haber sido derribado. Era fácil imaginar que tenía rivales; las crónicas describían siete Altos Señores. ¿Estaría su posición en riesgo si sólo volvía con información?

—Tengo que hacer algo —decía una y otra vez. Pero, ¿qué podía hacer?

Posiblemente bastante. La Fuerza fluía alrededor de Edell y sus compañeros humanos de una forma que no lo hacía con nadie que hubiera conocido en Alanciar. Los alanciari tenían instructores en el uso de la Fuerza, como los tenían para todo lo demás, pero en el fondo era un entendimiento que, en el mejor de los casos, era poco profundo; justo lo que Adari Vaal había sido capaz de describir a partir de sus observaciones de los talentos de los Sith. Pero Edell venía de una larga tradición de usuarios de la Fuerza. ¿Qué poderes secretos conocería?

Muchos, decidió. El hecho de que hubieran llegado tan lejos no se debía a su propia capacidad de engaño. Edell estaba haciendo algo, amortiguando subrepticiamente la razón de los que dirigían la vista hacia él. Ella lo veía tal como era. Otros, si no veían literalmente a Edell como él quería que le vieran, parecían incapaces de centrar mucha atención en él sin ser distraídos por alguna otra cosa.

Sería muy útil aprender eso, pensó. Pero lo que estuviera haciendo no sería suficiente para ocultar su apariencia después de hoy. El Día de la Observancia había terminado, y un actor ambulante disfrazado todavía de Sith no engañaría a nadie. Señaló más adelante.

—Tan pronto como lleguemos al cruce, encontraremos un barco de carga para remontar el canal. Disfruta del aire mientras puedas… vas a hacer el viaje entre las cajas.

—¿Cuánto tiempo llevará eso?

—Es el camino más directo a Sus'mintri. Debería ser sólo un día o dos —dijo.

—¡Un día!

—Tienes suerte de que esté tan cerca. El Gabinete de Guerra solía reunirse más al interior, antes de que se construyera la Casa de Vaal. Solían llamarme para reuniones y tardaba una eternidad en llegar. Ahora está a sólo un par de días de marcha desde Uhrar. Pero no te preocupes. Habrá tiempo de sobra para volver al *Infortunio*… y para que llegues con vida a cumplir con tu parte del trato.

Miró a uno de los paquebotes, deslizándose rápidamente por el canal sin la ayuda de un grupo de muntoks.

—No parecen cómodos por dentro —dijo—. Seguro que puedes encontrar algo mejor.

Quarra puso los ojos en blanco.

—¡No creo que encontremos un camarote de lujo! Si quieres viajar a tu manera, tendríais que haber volado más alto con vuestras aeronaves y no haber dejado que os dispararan…

¡Piiiiiiiiiiii!

El sonido estaba de vuelta por todas partes: los pitidos de alarma, procedentes de las torres en los campos que cubrían la ladera. Quarra señaló a las estaciones de señales, con sus globos de fuego parpadeando sin parar. El vocabulario de colores estaba más limitado durante el día, pero podía ver desde la torre más cercana el mismo mensaje que Jogan había enviado al continente. ¡Los Sith habían regresado!

Agarrando el antebrazo de Quarra con una mano, Edell se quitó las gafas con la otra. Con aire de urgencia, recorrió con la mirada el bajo horizonte hacia el noroeste.

—Están ahí fuera —dijo.

—Lo sé —contestó ella. La inquietud que había experimentado en el campanario de la estación estaba de vuelta multiplicada por diez. Y ahora, también los gritadores de pensamientos transmitían advertencias. La llegada de Edell noches atrás había sido una salpicadura. Ahora, se avecinaba una tormenta.

Y, para su sorpresa, el Alto Señor parecía aún menos feliz por eso que ella.

—¡Demasiado pronto! ¡Demasiado pronto! —Agitaba los brazos al cielo—. ¡Demasiado pronto!

Capítulo 10

Aparecieron como manchas de alquitrán en un cielo de colores pastel, ampollas de maldad a mil metros de altura sobre el suelo. Una ominosa agrupación en forma de V de aeronaves, cuyos extremos se extendían más allá del horizonte… y otro grupo, por detrás, más alto aún. Los barcos eran más grandes que los ágiles barcos exploradores de Edell, con el doble de uvak cautivos propulsándolos. Diseños pintados convertían los globos en bestias que amenazaban las tierras de cultivo. Y los monstruos tenían dientes debajo: cada una de las poderosas góndolas con estructura de madera de vosso terminaba con una lanza en la punta.

La Flota de Ébano de Bentado.

—Han llegado demasiado pronto —repitió Edell. El grueso de la fuerza ya estaba casi listo cuando él se había embarcado en su viaje, pero suponía que esperarían su regreso. Su propio tránsito aéreo había tomado tres días; Edell se dio cuenta de que, para estar aquí ahora, Bentado debió haber partido casi inmediatamente después de recibir el mensaje de éxito de Taymor.

¡Loco impulsivo! ¿Por qué el Gran Señor Hilts lo habría permitido? Edell ya sabía la respuesta: la consorte, Iliana, vería con agrado la marcha de Bentado. Pero la política no importaba ahora, no cuando los barcos ya habían cruzado la costa y estaban descendiendo. Simplemente habían sobrevolado las baterías de ballestas del litoral. Desesperadamente, Edell buscó algo donde subir. ¿Serían las fortalezas de los campos la única defensa que quedaba?

Obtuvo su respuesta cuando uno de los dirigibles estalló en una brillante flor de fuego, y luego otro. No podía distinguir lo que estaba disparando a las aeronaves, pero las bolas de fuego eran bastante familiares. Un sonido atronador sonó por las tierras de cultivo hacia ellos, y una niebla apareció a lo largo de todo el horizonte occidental.

—¡Maldición!

—¿Cuántas hay? —preguntó Quarra.

Él arqueó una ceja.

—Eres el enemigo. No voy a decirte…

—No se trata de la guerra —dijo ella, agarrándole del impermeable—. ¡Se trata de mi familia! Uhrar está a sólo un par de días a pie. ¡Esas cosas podrían estar allí en horas!

Antes de que pudiera responder, un carro de heno impulsado por muntoks pasó precipitadamente ante ellos. Se detuvo justo antes del puente del canal, donde descendieron varios soldados keshiri. Mientras uno separaba el carro de las bestias de tiro, otros dos retiraron la cobertura de heno. Retiraron las paredes de madera del vehículo, dejando al descubierto una versión de gran tamaño del arma que Quarra había blandido contra él antes.

Edell se quedó inmóvil. Había pensado que sólo era niebla, lo que estaba formándose al oeste. Mirando más de cerca, vio que estaba lloviendo hacia arriba: jabalinas llameantes y fragmentos de vidrio eran disparados hacia el cielo desde similares unidades

móviles camufladas, ocultas por los campos. Muy cerca, los muntoks chillaron sorprendidos cuando el equipo de la ballesta disparó su arma con un doloroso chasquido.

—¡Deprisa! —gritó Quarra, corriendo hacia la casa de la estación del canal. La torre de señales sobre ella resplandecía con luces y colores, comunicando los informes de los vigías en uno y otro sentido de la línea defensiva. Obligando a sus piernas a moverse, Edell la siguió. Hubo más explosiones, con destellos más allá de los horizontes del norte y del sur.

—¡Maldito sea! —Edell escupió en el suelo—. ¡Demasiado pronto!

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a Bentado —dijo—. Otro Alto Señor. ¡Se suponía que no lanzaría su ataque hasta que yo regresase! ¡Entonces él estaría sobre aviso acerca de vuestras armas de fuego… y todo lo demás!

Se maldijo a sí mismo, también. Le había preocupado que Bentado intentase algún tipo de asalto en las próximas semanas, que intentase esto; por eso Edell se había quedado, con la esperanza de aprender lo suficiente para evitar otra derrota. Pero Bentado había actuado de inmediato y, peor aún, había enviado la mayor parte de las aeronaves listas: un desastre incalculable. Desde detrás de la casa junto al canal, vio un trío de poderosas aeronaves que todavía se encontraban a un par de kilómetros de allí. Ambas estaban perdiendo altura rápidamente, con sus globos pinchados. Uno estalló en llamas, mientras que el otro perdió toda su elevación de golpe y cayó a plomo, enviando a sus tripulantes gritando a los campos de abajo.

La fortaleza más hacia el noroeste en los campos se abrió, catapultando una nube brillante contra los restos marchitos de la tercera aeronave. ¡Diamantes de nuevo! Los restos se estrellaron contra el campo, donde los lanzadores lo golpearon sin piedad. Edell estaba boquiabierto. Estaba ocurriendo una calamidad de proporciones históricas y, si no era su artífice, cuando menos era su testigo. Al menos nada había golpeado demasiado cerca…

—¡Cuidado!

El disparo de ballesta del carro pasó zumbando, casi golpeando la estación de señales. Un segundo más tarde algo la golpeó. Una aeronave cayó a toda velocidad, rozando la torre. Soltándose de golpe, la góndola se desplomó hacia el canal. Liberado de su peso, el globo cayó alejándose por los campos hacia el este.

Sin previo aviso, Quarra se apartó de su lado, saliendo disparada hacia el puente del canal al norte. Gritando su nombre, Edell la siguió… al centro de una estampida. Separados de sus yugos en los barcos del canal, los muntoks salieron en tromba, tirando al Alto Señor de cabeza al canal.

Edell braceó en el agua salobre y gritó de nuevo.

—¡Quarra!

Trepó por los muros lisos y subió corriendo los escalones de una plataforma de carga junto al canal. El cielo despejado había desaparecido, reemplazado por humo de ébano. Por todas partes en las tierras de cultivo escalonadas que se extendían hasta el océano,

había restos de dirigibles ardiendo en montones en el suelo, y todavía había más columnas de humo ascendiendo más allá del horizonte. Y había figuras en tierra cerca de algunos de los buques caídos. Algunas inmóviles; otras corriendo, con sables de luz brillando en sus manos.

¿Atacando o bajo ataque? Él no podía verlo, pero podía sentir la misma emoción de ambos bandos a través de la Fuerza. Puro pandemonio. ¡La aniquilación había comenzado!

—¡Morid, Sith!

Edell giró bruscamente la cabeza ante la voz conocida… pero la amenaza no era contra él. A metros de la berma de hormigón de la orilla norte, un guerrero Sith vestido de negro combatía contra un enemigo invisible. Sin reconocer al humano, Edell saltó de la plataforma. Cuando hubo algo de luz bajo el guerrero, Edell pudo ver a su adversario: ¡Quarra! De pie sobre el cuerpo de un keshiri caído, Quarra disparaba ronda tras ronda con la ballesta de repetición del soldado al invasor Sith. El guerrero esquivaba los proyectiles fácilmente con su sable de luz.

—¡Tyro! —gritó Edell, quitándose la capucha—. ¡Por aquí!

Quarra dejó de disparar. Miró a Edell, sorprendida, pero el guerrero Sith estaba aún más sorprendido.

—¡Alto Señor Vrai!

—Así es —dijo Edell, hablando en voz alta para hacerse oír por encima del estruendo circundante. Dio un paso hacia la pareja—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¡Se suponía que todos vosotros esperaríais mi regreso, cuando el resto de la flota estuviera completo!

—El Alto Señor Bentado ordenó…

Antes de que pudiera terminar, el joven guerrero vio por el rabillo del ojo como Quarra levantaba su arma y se lanzó contra ella, partiendo en dos el dispositivo de madera. Se dio la vuelta para descargar otro golpe… y tanto Edell como Quarra empujaron con la Fuerza, lanzando al sorprendido guerrero y su sable de luz por separado al campo cercano.

Edell se volvió hacia ella, que aún sostenía los restos del arma partida.

—¿Qué pretendías hacer al dispararle?

—Mi trabajo —gritó ella, arrodillándose para sostener al keshiri caído cuya arma había tomado. Edell vio que el guerrero de piel lavanda no era más que un niño—. Hice un trato contigo, Lord Sith. ¡Con nadie más!

Edell dio un paso hacia ella, sólo para ser derribado al suelo por otra explosión, mucho más cerca. Mirando hacia arriba, vio una nave enorme, la más grande de toda la Flota de Ébano, más allá de las nubes. Tatuada con el burlón emblema de Korsin Bentado, el buque insignia *Yaru* avanzaba rápidamente hacia las tierras altas orientales, con su góndola humeando por las jabalinas clavadas en su parte inferior.

Edell parpadeó. Sí, ése era el *Yaru*, desde luego, desapareciendo en el horizonte oriental. Segundos después, un destello de luz y un trueno anunció su llegada —o no— a la cima de la meseta.

Edell agarró el brazo de Quarra.

—¡Rápido, sigámoslos!

Ella se apartó de su lado.

—¡Yo no voy a ir!

—Han ido hacia el este… ¡que es hacia donde íbamos nosotros de todos modos!

—El plan ha cambiado —dijo, poniéndose en pie. Su rostro se retorcía de dolor al mirar el caos que reinaba en los campos—. ¡La guerra está en marcha! Tengo que ver que mi gente está a salvo… ¡que mis hijos están a salvo!

Corrió a través del humo hacia el puente, regresando por donde habían venido.

Edell volvió a colocarse la capucha sobre su cabeza y la persiguió.

—¡Vi tu distrito en el mapa del barco! Está al sureste de la capital… a dos días de allí, dijiste. Y debe estar por lo menos a tres días de aquí. ¡Está fuera de nuestro camino!

—No me importa —dijo—. ¡Tengo que llegar a casa!

—¿Y qué hay de tu querido Jogan?

Al oír el nombre, se detuvo debajo de la estación de señales y miró hacia arriba.

—No sé qué hacer al respecto —dijo, con la voz quebrada al mirar las luces—. No puedo hacerlo todo. Pero tengo que hacer esto.

Edell tragó saliva. Por todos los campos escalonados, los Sith estaban siendo volados en pedazos o atravesados por los cristales de los artilleros keshiri. Alanciar no había sido antes un buen lugar para ser un humano solo. Ciertamente, no lo sería ahora. Se cerró aún más la capucha alrededor de su cabeza y se acercó a ella.

—Sea como sea, tenemos que salir de aquí —dijo. Le dio una palmada en el hombro—. Está bien. Lo haremos a tu manera. ¡Pero después, lo haremos a la mía!

Capítulo 11

La segunda ronda de alarmas no se detuvo durante tres días y medio; parecían gritar más fuerte que nunca. Quarra se había acostumbrado al dolor de cabeza. *¡La mitad de la población está hirviendo agua para los silbatos,* pensó, *y la otra mitad haciendo orejeras para los sordos!*

Pero éstos eran sus silbatos, los silbatos de Uhrar. De pie a medianoche en las calles oscuras de la ciudad industrial, se sintió orgullosa de que funcionasen exactamente como se pretendía. Durante años se habían realizado pruebas, pero siempre había habido algunas dudas en cuanto a si los grandes tubos de vidrio resistirían durante una invasión real. Esa pregunta había sido contestada.

Todo Alanciar parecía haber resistido bien, por lo que había visto. Ella y Edell habían escapado del conflicto retrocediendo, pero el resultado de la batalla era evidente. La media luna de aeronaves Sith había sido realmente grande, sesenta buques atacando a lo largo de una amplia franja de territorio. Todas menos las dos más septentrionales de las Seis Garras habían quedado al margen, dejando la lucha limitada al Escudo Occidental… un nombre que había demostrado ser algo más que topográfico. Las fortalezas y ballestas en medio de las tierras de cultivo habían destruido la mayor parte de los invasores Sith en el aire. Otros habían sido forzados a descender a tierra, donde fueron abrumadoramente superados en número. Los gritadores de pensamientos informaban que varios Sith todavía seguían libres, y las torres de señales continuaban lanzando destellos frenéticamente. Sin embargo, si los Sith fugitivos eran reales o fantasmas, no era su problema. Tenía que llegar a casa. Había mostrado sus credenciales para requisar un carro de muntoks y equipo. Nadie iba a interferir con una jefa de sección que se dirigía a su distrito. Edell había montado en la parte trasera, fuera de la vista. Después de tres días y tres noches de viaje, habían llegado justo después de la puesta del sol.

Dar una vuelta por Uhrar esa noche la hizo sentir mucho mejor. Había encontrado a sus hijos, dormidos, en el refugio de protección de la comunidad: el primer lugar donde había mirado, y exactamente donde se suponía que debían estar. Su personal había hecho un maravilloso trabajo reuniendo a todo el mundo: de hecho, su familia había estado allí desde que las fuerzas de Edell aparecieron hacía más de una semana.

El ayudante de jefe de sección parecía casi decepcionado de verla. La ausencia de Quarra había sido su momento de brillar. Quarra no podía preocuparse por eso ahora. Tampoco necesitaba ver a Brue; con sus hijos a salvo y con tanta munición de vidrio como se estaba utilizando, probablemente había sido enviado de nuevo a la fábrica para un turno nocturno.

Al salir de su oficina, alzó la vista hacia las luces de la estación de señales y respiró hondo. El carro en el que se encontraba Edell estaba estacionado cerca en la oscuridad. Lo encontró sentado en la parte de atrás, comiendo la comida que ella le había llevado antes.

—Tu familia está a salvo —dijo—. ¿Estás satisfecha?

—Sí —dijo ella.

—Mentirosa. —Lanzó un hueso fuera—. Vamos. Este desvío puede haber sido bueno para ti, pero a mí puede salirme caro. Vamos a Sus'mintri.

Quarra trepó al asiento del conductor y tomó las riendas. Edell se deslizó de nuevo en la oscuridad del vagón, de espaldas a ella, con su rostro oculto entre las sombras.

Avanzando ruidosamente por el camino de piedra, miró hacia la oscuridad. Mientras hubiera peligro de ataques aéreos, el apagón —para todos excepto para las estaciones de señales— continuaría. Finalmente, habló.

—¿A qué te referías cuando dijiste que yo tenía más en común con los Sith de lo que pensaba?

Después de pensarlo un instante, Edell habló.

—Me refiero a que lo que te impulsa es el deseo de mejorarte a ti misma… y que sientes desesperación ante la debilidad de los demás. No estaba bromeando. Nunca estás satisfecha. Supongo que eso te ha convertido en una buena jefa de batallón[4]…

—De sección.

—… una buena organizadora de otras personas. Ves lo que necesita hacerse, y esperas que se haga. Ves la falta de ambición como una falta de respeto no sólo hacia uno mismo, sino hacia los demás. Y hacia ti.

Ella no respondió.

—Este marido tuyo… Casi puedo ver su cara cuando piensas en él. Es un don nadie. Nunca fue, y nunca ha querido ser, más que lo que es. Te está frenando. Entiendo que eso fue lo que te condujo hacia ese centinela, ese Jogan. Pero aunque él puede tener ligeramente más que ofrecer que tu marido, él también es sólo para tontear una temporada. —El Alto Señor tomó un sorbo de una botella—. Lo estudié, ¿sabes? Cuando era mi prisionero. Puede que tenga un uniforme, pero es un observador, no un actor. Podrías tenerlo, sí, pero pronto te cansarías de él.

Quarra tenía la mirada perdida en la oscuridad.

—Hay mucho más en él que eso.

—Tal vez, pero hay mucho más en ti. Tú lo superas… y él sería un lastre para ti, como los uvaks en mis aeronaves. Y tendrías que cortar la cuerda y soltarlo.

—Sí, vi lo que hiciste con los tuyos —dijo, recordando el gigantesco cadáver que había caído del cielo sobre Jogan—. Olvídalo. No voy a tomar una decisión así.

—Esa es una buena noticia —dijo Edell—. Porque, al igual que las aeronaves, cuanto más grande seas, más puedes llevar contigo. El poder no es sólo tener opciones. El poder es ser capaz de decidir si se debe elegir en absoluto. Puedes tener a tu marido y tu pequeña familia… y a tu amante en la torre. Y puedes extender tu autoridad, y hacer que se obedezca tu palabra.

---

[4] En el original, Edell usa la palabra *warmaster* ("señor de la guerra"), que suena muy parecida a *wardmaster* (que yo he traducido aquí como "jefe de sección"). Por eso, he traducido *warmaster* como "jefe de batallón", tratando, como en el original, de usar una expresión que suene similar a "jefe de sección", y que posea una connotación más belicista. *(N. del T.)*

Quarra parpadeó.

—¿Cómo, a tu servicio?

—Sí —respondió—. Pero también a tu propio servicio. Podrías ser Sith, Quarra. Es sólo una cuestión de creencia. Nunca serás realmente un Sith mientras lleves las cadenas de otra persona… pero liberarse de estos lazos menores es el primer paso.

—Yo en tu lugar tendría cuidado —dijo—. Vosotros los Sith, y vuestras aeronaves, podéis estallar.

Bostezando, Edell se tendió en la parte de atrás del carro. Quarra volvió la mirada hacia Uhrar y pensó en la otra cosa que acababa de hacer. Lo que no le había contado a Edell.

Había enviado el mensaje como una pregunta genérica, perfectamente comprensible dado el reciente ataque. ¿Qué debería hacer si un Señor Sith caía en sus manos?

La señal de respuesta de Sus'mintri llegó casi de inmediato: *Llevarlo ante nosotros. Sabemos lo que debe hacerse.*

No podía haber sido más claro… o más autoritario. Llevaba adjunto el código identificador oficial del Gabinete de Guerra. Imaginaba que ahora mismo el visto bueno estaría saliendo hacia todos los jefes de sección. Se preguntó qué significaba aquello. Seguramente, querrían reunir a los supervivientes Sith. Pero, ¿llevarlos a la capital? Tal vez los anexos secretos a las Crónicas tantas veces reeditadas explicaban alguna manera de frenar con seguridad indefinidamente a los Sith.

Tal vez los querían para ejecutarlos y diseccionarlos.

Miró de nuevo a Edell, que dormía. Tenía tiempo suficiente para llevarlo a la Casa de Vaal para lo que quisiera hacer y regresar con él a la Cala Meori para salvar a Jogan. Pero incluso si lo llevaba a una trampa, todavía podría rescatar a Jogan… y podría tener la fuerza de todo el ejército de Alanciar apoyándola en el intento.

Podría salvar a Jogan… y además ser una heroína, después de haber hecho su trabajo y mucho más.

Tienes razón, Señor Sith. Puedo tenerlo todo.

Capítulo 12

Sus'mintri había comenzado siglos antes como otro puesto militar en el borde de la meseta, con vistas al territorio que se extendía hacia el mar bajo el Escudo Occidental. Sin embargo, su ubicación entre las posiciones defensivas costeras y el centro industrial lo colocaba en el centro neurálgico de las señales de comunicación de Alanciar… exactamente donde el Gabinete de Guerra quería estar.

Hasta hacía diez años, los líderes de los diversos directorados militares, industriales y educativos se reunían por separado. La Casa de Vaal en Sus'mintri unificó las operaciones consolidadas en un anodino chalet de ladrillo de un piso de altura… discreto, si no fuera por el colosal silo blanco que se alzaba a su lado en el gran patio amurallado. A diferencia de la torre de Jogan en Punta Desafío, la torre de la Casa de Vaal tenía múltiples niveles de luces de señalización, apuntando en todas direcciones. Los ocupantes de la Casa de Vaal podían comunicarse con cualquier persona, desde los trabajadores de los astilleros en el lejano noreste hasta los guardias en su propia puerta, separados tan sólo por un camino polvoriento.

Una guardia keshiri vestida de marrón miró a la torre de señales, y luego otra vez a Quarra. Hablaba en voz alta para hacerse oír entre los silbidos de alarma.

—Me dicen que les deje entrar, Jefa de Sección. —Golpeó en el carro con su arma—. A ambos —dijo con nervioso desdén.

La puerta se abrió, y los muntoks del carro de Quarra caminaron al interior. Las puertas apenas llevaban cerradas un instante cuando Edell se asomó por debajo de la lona en la parte trasera.

—¿A ambos? ¿Qué significa eso?

—No… no lo sé —balbuceó ella, bajando de su asiento. Él tenía su sable de luz en la mano. El largo camino desde Uhrar había dejado a Quarra con los huesos cansados, y a Edell cada vez más nervioso; Quarra esperaba que eso amortiguase la ventaja del Sith en caso de que les esperase una trampa.

Casi esperaba haber sido recibida por escuadrones de tiradores, en espera de su entrega. Pero las únicas cosas en el patio eran ella y su carro. Un mal olor flotaba en el aire. Arriba, las luces de señales en la torre parpadeaban en silencio.

Y la puerta a la Casa de Vaal estaba abierta de par en par.

—Esto no me gusta —dijo, sin pretender ser escuchada.

—Ya somos dos —dijo Edell, deslizándose por el costado de la carreta y cayendo con un ruido sordo en el suelo. Agarrando el hombro de Quarra, volvió su rostro hacia él—. No sólo te esperaban a ti, ¿verdad? Me estaban esperando también a mí.

Mirando en todas las direcciones, salvo a él, Quarra luchaba por encontrar las palabras.

—Nunca me dijiste lo que querías hacer aquí. «Recorra la región, visite la capital, conozca al Gabinete de Guerra». —Se encogió de hombros—. Soy una burócrata, Edell. No puedo dejarte pasar sin más por la puerta principal.

Edell la miró sombríamente durante un instante antes de esbozar una sonrisa.

—No, soy yo quien va a hacerte pasar por la puerta principal. —Lanzó el impermeable al suelo y encendió su sable de luz—. Como siempre… tú primero.

Los keshiri del pasillo llevaban muertos por lo menos un día, tal vez más. Quarra reconoció sus uniformes de oficina: un par de guardias en primer lugar, seguidos por una mezcla de administradores y asistentes conforme avanzaban. El edificio no había sido asaltado; no había evidencia de una defensa vigorosa en la puerta. Solamente keshiri, sorprendidos y mutilados. Algunas de las marcas de quemaduras le parecieron heridas de sable de luz. Pero no todas.

Se tapó la boca.

—Yo trabajaba con esta gente.

—Ya no —dijo Edell, pasando por encima de los cadáveres. Miró hacia el pasillo, alerta—. Esta planta no es nada, ¿verdad? Todo lo importante se encuentra bajo tierra.

—Sí —dijo ella, deseando haberse atrevido a coger a escondidas un arma cuando visitó su oficina. Ya se había acostumbrado a la malicia de Edell, pero lo que allí se sentía era un mal generalizado. Y se estaba propagando.

Las lámparas incandescentes ya estaban encendidas al pie de las escaleras. En el pasillo principal encontraron una sala de estar, agradablemente decorada excepto por los guardias keshiri muertos que yacían al pie de un gran tapiz. Edell miró la imagen. Una anciana mujer keshiri. Su escaso cabello blanco enmarcaba una expresión cansada, demacrada.

—Qué mujer tan fea —dijo.

—Lo dices sólo porque sabes quién es —dijo—. Adari Vaal.

Ella había estado de pie muchas veces en esta sala a la espera de ver el Gabinete de Guerra, admirando el tapiz que estaba bajo vigilancia permanente. Mostraba a la gran keshiri con el aspecto que tenía al final de sus días, no la joven figura de los relatos históricos. La pura resistencia sugerida por la imagen había servido en el pasado para animarla.

Ahora los guardias de honor del tapiz estaban muertos… al igual que todos los demás. La sala de reuniones del Gabinete de Guerra era un depósito de cadáveres, con todas las grandes figuras de la política Alanciari tendidas bajo la mesa o sobre ella. Una vez más, no había señales de una última resistencia. Quien fuera que había entrado, había llegado en la noche, y con total sorpresa.

—No —dijo Edell, abriendo de par en par sus ojos dorados—. Él no se quedaría aquí. Sígueme.

—¿Quién?

—Sólo sígueme… ¡y mantente cerca!

* * *

Korsin Bentado estaba sentado en una silla de respaldo alto, con el aspecto de un aracnoide en una red en la selva. Y era una red, en efecto. Momentos antes, Quarra había llamado a esa sala el «observatorio mundial», y Edell había estado todo el tiempo seguro de la existencia de un lugar semejante. Todos los comunicadores tenían que estar enrutando sus mensajes en algún lugar. Había supuesto que habría nodos secundarios; una elección sensata, por razones tanto de velocidad como de redundancia. Pero conforme veía la naturaleza marcial de la vida Alanciari, se dio cuenta lo centralizada que estaba. Un mensaje de Punta Desafío al Cuello de Garrow podría ser una conexión directa, pero todo lo demás se enrutaba antes a través del centro.

El centro estaba aquí, y Bentado estaba en él, con aspecto muy cambiado. Su cabeza llevaba las cicatrices de quemaduras de varios días de antigüedad. No eran debilitantes, pero sí obviamente dolorosas… sus cejas tupidas habían ardido por completo. Su uniforme estaba manchado de rojo y púrpura.

—Has sobrevivido —dijo Bentado. Su voz profunda sonaba más dura de lo que Edell recordaba—. Me imaginaba que serías tú a quien sentía. Entra, Vrai. Mira lo que hemos hecho con este sitio.

Edell cruzó la puerta, protegida a ambos lados por los secuaces Sith de Bentado. Quarra esperó nerviosamente detrás.

—Trae a tu guía —dijo Bentado, haciendo una mueca mientras se levantaba—. Ella es la razón por la que estás aquí.

Edell desactivó su sable de luz y tomó a Quarra de la muñeca para llevarla al interior. En efecto, era la habitación que había sospechado. Una gran instalación redonda enterrada debajo de la torre, con personal subiendo y bajando escaleras llevando mensajes. Rejillas de un metro cuadrado de superficie en el techo proporcionaban luz sobre una superficie elevada en el medio de la habitación. Allí había un gran mapa de Alanciar, sorprendentemente similar al que existía en el palacio en Tahv, a excepción de la compleja red de estaciones de señales y fortalezas que se indicaba en él.

Edell miró a los mensajeros. A algunos los reconocía de la numerosa tripulación de Bentado en el *Yaru*, pero otros eran de diferentes buques. En su mayoría, guerreros humanos, pero también había algunos de sus embajadores keshiri en la mezcla… incluyendo a Squab, que trajo un fajo de pergaminos a su amo, que cojeaba.

—Un duro aterrizaje —dijo Bentado—. Cortamos la góndola para liberarla en cuanto superamos el borde de la meseta. —Sonrió con dientes rotos. Tu hidrógeno era una mala idea.

—Nos ha traído hasta aquí —dijo Edell, cada vez más consciente. Este era su lugar, entre los demás Sith… pero algo no estaba bien. Se acercó al mapa, y luego volvió a mirar a la habitación—. Aquí son grandes constructores. Pero esto no puede ser el centro de todas sus comunicaciones.

—No. Hay al menos trece edificios en esta ciudad, procesando mensajes. Encontramos uno después de aterrizar; es lo que nos trajo hasta aquí. Una de las instalaciones incluso recibe mensajes de usuarios de la Fuerza, si puedes creerlo. Pero

todos los mensajes importantes se copian aquí… o empiezan aquí. Una vez que encontramos el lugar, era sólo cuestión de conseguir entrar sin llamar la atención. —Se echó a reír—. Habitualmente suelo dejar la delicadeza a los demás. Pero ya puedes ver parte de mi obra por todo el edificio.

Edell miró las escaleras de la torre.

—Así es como has reunido a los demás supervivientes de tu Flota."

—Y te atraje aquí —dijo Bentado, señalando a Quarra—. Utilizamos la estación de señales para pedir cualquier cosa, incluso que nos abran las puertas. Una cosa es cuando hacemos que los keshiri nos entreguen alimentos en el interior de la puerta. ¡Pero esos estúpidos también nos han estado entregando sus prisioneros!

Edell miró a Quarra. Esta estaba petrificada con cara de asombro, tapándose la boca con la mano. En sus ojos enormes, pudo ver cómo se filtraba la verdad. La organización que había proporcionado a Alanciar su fuerza había demostrado también su debilidad. Él había tenido la intuición de que esto podría ser posible; era parte de lo que le había atraído tan implacablemente a Sus'mintri. Pero Bentado había llegado primero, y con la misma idea. La gloria sería suya.

—Cancelad las alarmas, en todas partes —ordenó Bentado. Squab corrió de nuevo al pie de la escalera con la orden. Menos de un minuto después, los silbidos estridentes sobre Sus'mintri se detuvieron… como pronto lo harían por todo el continente—. Que todo el mundo se prepare para cuando llegue la siguiente oleada.

—¿La siguiente? —preguntó Edell.

—La siguiente oleada de Sith. Había aeronaves que se quedaron en Keshtah. Espero que las veamos pronto.

Edell enarcó las cejas.

—Entonces tenemos que avisar a casa antes de que partan. Puede que seas capaz de ordenar a los keshiri de por aquí. ¡Pero creo que, digas lo que digas, los Alanciari seguirán disparando a nuestras aeronaves!

—Estoy de acuerdo —dijo Bentado, sonriendo misteriosamente—. ¡Y eso es exactamente lo que quiero que hagan!

Capítulo 13

Edell se estremeció.

—¿Quieres que los keshiri de aquí destruyan nuestras naves?

—No *nuestras* naves —dijo Bentado, alzándose sobre el mapa gigante. Una docena de modelos de dirigibles en miniatura se encontraban fuera del borde occidental—. Destruirán las naves *de la Tribu.*

—Pero todos somos parte de la Tribu.

—¿Lo somos? —La cicatriz sobre el ojo de Bentado tembló.

—Pasamos mucho tiempo tratando de reconstruirla —dijo Edell, apenas consciente de que Quarra observaba atentamente desde un costado—. No veo qué sentido tiene que volver a desgarrarla.

—No te hagas el inocente. Tú y tu gente del Destino Dorado habéis estado desgarrando la Tribu durante años, al igual que mi gente. —Hizo un gesto abarcando a todos los Sith en la habitación—. ¡Perdición, Edell! ¡Estuviste a nuestro lado en la Crisis, mostrándonos cómo destruir el templo!

—No fue uno de mis mejores momentos.

—No, por supuesto que no —dijo Bentado—. Pero yo no tengo intención de destruir lo que reconstruimos. Estoy hablando de una Segunda Tribu, aquí en Alanciar.

—Una segunda… —Edell estaba sorprendido. Nunca había considerado tal cosa.

—Es muy sencillo —explicó el hombre calvo—. No hay camino hasta el cargo de Gran Señor mientras Hilts viva. E Iliana… —su boca se curvó con maldad al pronunciar el nombre de la consorte real, haciendo que la palabra durase el doble de lo normal—. Ella se ocupará de que Hilts viva hasta que tú y yo seamos demasiado viejos para que nos importe. —Bentado cojeó alrededor del mapa—. Tú mismo dijiste que los keshiri de aquí eran superiores a los que tenemos en casa… y no me refiero sólo a este desperdicio de carne, aquí presente, que Hilts me endosó —dijo, descargando pesadamente su mano sobre el hombro nudoso de Squab—. Yaru Korsin encontró escultores y pintores. Nosotros hemos encontrado una raza de guerreros. ¡De constructores y armeros!

—Los alanciari tienen algo —dijo Edell, señalando a Quarra—. Son verdaderamente increíbles. Pero son todos keshiri. También existe ese mismo potencial en las personas de nuestro viejo continente.

—¿Tienes dos mil años para entrenarlos? —preguntó burlonamente Bentado.

Edell volvió a mirar a los guardias humanos de la puerta. Lo habían oído todo, y no habían hecho nada. Su gente, había dicho Bentado. Sus tripulantes, cuidadosamente escogidos, se dio cuenta Edell. ¿Cuántos provenían de la vieja Liga Korsinita de Bentado? ¿Por qué no había prestado más atención?

Bentado pasó su mano enguantada sobre la superficie del mapa.

—Es perfecto, ¿sabes? Una solución perfecta. El problema de los Sith siempre ha sido el mismo. Nos enseñan la glorificación de uno mismo, y el sometimiento de los demás. El individuo sólo es verdaderamente libre cuando todas las cadenas se rompen,

cuando nadie puede limitar su acción resistiéndose a su voluntad. El perfecto Sith debe controlarlo todo, y a todos. —Levantó con la Fuerza las miniaturas de las naves. Los pequeños dirigibles se balancearon en el aire, flotando como si fueran de verdad—. Pero hacer efectivo ese control… ahí es donde fracasa siempre el asunto. Hay demasiadas variables. Demasiados esclavos que aspiran a algo que no es tu propia gloria. Demasiados aspirantes a Sith trabajando en direcciones opuestas. —Con un movimiento de muñeca, las pequeñas aeronaves cruzaron de un lado al otro de la mesa—. ¡Pandemonio!

Edell no dijo nada. Bentado siempre hablaba así. Su lugar estaba en el escenario con otros actores.

—Cuando yo era joven —continuó Bentado— pensé que Yaru Korsin tenía la solución. Seguro que te acuerdas. Había engañado a los keshiri para que creyeran en él. No conquistó… sólo llegó y giró la llave. Hizo bien la primera parte, pero no la segunda. El resultado fue su propia muerte… y un milenio perdido. Pero aquí… —Bentado hizo una pausa para tomar un modelo de una estación de señales—. Aquí puedo hacerlo todo de nuevo, y hacerlo bien. Al igual que Korsin, he sido arrojado del cielo a estas costas. Aquí, hay funcionando un sistema de gobierno que puede doblegarse a mi voluntad, encajando en mi mano como un guante. Y aquí, no hay Sith.

Edell consideró las palabras. Al margen de lo que opinaba de la fuente, la idea era interesante. Un Señor Sith solitario nunca conseguiría una multitud para que trabajase en su nombre… a menos que esa multitud ya estuviera trabajando. Alanciar era un corazón que latía, manteniendo sus ejércitos preparados por la fuerza de la costumbre. Sólo necesitaba un Señor Sith que se colocase en lo alto, sin perturbar el funcionamiento de la gran máquina.

—Es una buena idea, Alto Señor —dijo finalmente—. Muy buena. Alguien debería recordarlo cuando conquistemos la República Galáctica.

Bentado sonrió.

—Hay un problema con hacerlo en Alanciar, por supuesto —dijo Edell—. Tú no eres el único Sith aquí.

—La gente en este edificio es leal —dijo Bentado—. Trabajarán para mí.

—¿Por cuánto tiempo, aquí encerrados? Son humanos. No pueden salir a la calle sin que los keshiri descubran inmediatamente que son diferentes.

—¡A ti no te han descubierto!

—Tenía ayuda —dijo Quarra, hablando por primera vez—. Ayuda motivada. Te prometo que nadie más va a ayudaros cuando descubran que estáis aquí. —Con mirada firme, señaló con el pulgar hacia la salida—. Y habéis matado a nuestros líderes. Estéis o no en el bunker, con el tiempo mi pueblo vendrá a buscarlos.

Edell leyó la frustración en el rostro de su rival. No, Bentado no había pensado a largo plazo. Y él sabía algo que Bentado no sabía, que él no le había dicho ni siquiera a Quarra.

—Los siguientes dirigibles pueden llegar antes de lo que esperáis. Tenemos que empezar a pensar en la manera de hacer que lleguen a salvo. Este plan tuyo… es interesante. Pero lograremos más cosas como una Tribu.

—¡Entonces, que gane la mejor Tribu!

—No. No vamos a hacer esto de nuevo. —Edell lanzó una mirada a Quarra, instándola a salir con la mirada. Al ver que comenzaba a moverse, se acercó a los guardias—. El Alto Señor Bentado ha establecido el control sobre los keshiri de este continente. Lo ayudaréis hasta que lleguen los refuerzos. Entonces trabajaremos juntos para consolidar aquí el poder… en nombre de la Tribu, y del Gran Señor Hilts.

Bentado dejó escapar un suspiro exasperado.

—Siempre has sido un muermo. —Se dirigió a los guardias—. ¡Apresadlo!

Los matones de Bentado que se hallaban en la puerta dieron un paso adelante, pero no más; Edell ya estaba en movimiento, con su sable de luz activado. Trazó un arco con su arma que atravesó el torso de ambos, despejando el camino.

—¡Quarra, vamos!

Quarra salió disparada por la puerta, pasando junto a Edell y a su brillante sable de luz. Él se volvió en el umbral para seguirla… y gritó. Quarra vio con horror como un relámpago iluminaba el oscuro pasillo. Desde el observatorio mundial, Korsin Bentado avanzaba con paso firme, con su mano iluminada con extraños tentáculos azules de energía. Edell tembló bajo el ataque, dejando caer su espada de luz.

Quarra clavó la mirada en el suelo, y en la visión que había tenido al entrar: ¡los Sith no se habían molestado en despojar de sus armas a los keshiri muertos que custodiaban la habitación! Arrojándose pesadamente al suelo, Quarra agarró una ballesta portátil de repetición, rodó y disparó. Fragmentos de vidrio salieron disparados más allá de Edell. Bentado aulló de dolor cuando uno se alojó en el muñón que tenía por brazo izquierdo, haciendo desaparecer su ataque eléctrico.

Aún crepitante, Edell cayó de espaldas en el brazo libre de Quarra. Ella volvió a disparar, obligando a Bentado y a su ayudante Squab a ponerse a cubierto. Cuando su arma quedó vacía, atrajo con la Fuerza el sable de luz caído de Edell desde el suelo hasta su mano.

Ahora era Quarra quien abría la marcha, ayudando al Sith aturdido a cruzar el laberinto de pasillos. Conforme avanzaban, iba rompiendo los globos de fuego que iluminaban el lugar; la oscuridad sería su amiga, para variar. Podía oír a la gente de Bentado moviéndose de nuevo por las salas tras ella, pero ella sabía dónde estaba. No había comprendido todo lo que había dicho el Sith, pero ella tenía que decirlo al mundo exterior: ¡el sistema había sido comprometido!

Jadeando, llegó a la antesala exterior de la cámara del Gabinete de Guerra. Al otro lado de la habitación se encontraban las empinadas escaleras que conducían al nivel de la superficie. Pero cuando se dirigió hacia ellas, Edell cayó al suelo, todavía en agonía por el ataque Sith. Ella no sabía lo que Bentado le había hecho, pero estaba claro que Edell nunca lo había experimentado antes.

Trató de ayudarle a sentarse… y tuvo un destello recordando haber hecho exactamente lo mismo con Jogan en Punta Desafío, días antes. Demasiados días antes. Quarra se levantó, tambaleándose al darse cuenta de ello.

—¡Se me acaba el tiempo, Edell! Tengo que irme.

Edell tosió ruidosamente.

—¿De… de qué estás hablando?

—Tengo que advertir a la gente… no intentes detenerme. ¡Y luego tengo que irme! Ya han pasado diez días desde que dejamos el barco. Incluso en uvak harían falta dos días para volver al *Infortunio* en la Cala Meori. —Trató de ayudarlo a ponerse de pie—. ¡Por favor, ven conmigo! ¡Si no regresamos, tu tripulación lo matará!

El Gran Lord se dobló de dolor. Quarra luchó para mantenerlo erguido, pero fracasó.

—Iré yo sola si es necesario…

—No, quédate, Quarra. Esto… es importante Quédate a ayudarme…

—¡No puedo! —Quarra se levantó y miró hacia las escaleras—. ¡Tengo que irme!

Ya estaba en el primer escalón cuando le oyó gritar.

—¡Quarra… no están allí!

—¿Qué?

—Sólo te dije que el *Infortunio* seguía allí para que me guiases hasta aquí —dijo Edell, tratando de incorporarse—. Yo los envié de vuelta.

—¿De vuelta? —Volvió corriendo a su lado—. ¿De vuelta a dónde?

—A Keshtah. A nuestro continente.

—¿Con Jogan?

—Si sobrevivía —dijo Edell con un jadeo—. Seguro que no iba a ninguna parte por sí mismo. Salieron tan pronto como tú y yo llegamos a la orilla.

—¡Maldito seas!

Quarra se volvió hacia la escalera… y se detuvo de repente. Se oían pasos allí arriba. ¿Tenía Bentado gente oculta allá arriba? Y ahora se oían voces en el pasillo oscuro.

Detrás de ella, Edell trataba trabajosamente de ponerse de rodillas. Ella todavía tenía su sable de luz.

—Quarra, nos matarán a los dos. ¡Entonces, todo el mundo perderá!

Quarra se quedó helada por un segundo, insegura de qué hacer. Dio un paso atrás hacia Edell, que cayó contra ella. Sintiendo su peso, ella miró con urgencia a las puertas… y luego al tapiz justo tras ella. Adari Vaal la miraba desde arriba, tan silenciosa como siempre mientras el clamor del exterior y el de las escaleras se hacía más fuerte.

—¡Roca de Kesh —exclamó—, salva a tu hija!

Sintió un temblor a través de la Fuerza… ligero, casi como una ráfaga de viento, que provenía de la dirección del tapiz.

Quarra abrió los ojos de par en par. *¡Sí!* Sin tiempo para temer la falta de respeto histórico, apartó la tela a un lado… y miró hacia la oscuridad de la habitación oculta que había detrás. Colocando el brazo de Edell sobre su hombro, se lanzó temerariamente con él al vacío.

Capítulo 14

Por segunda vez en dos semanas, Quarra atendía a un hombre herido mientras los Sith acechaban cerca. Pero la ubicación no podría haber sido más diferente. No se encontraba en la estación de señales de Jogan o en la cubierta de un barco; estaba en el mayor santuario de todo Alanciar: la biblioteca de Adari Vaal.

Los Sith permanecían fuera, al otro lado del tapiz, hablando ruidosamente. Durante las largas horas desde que entraron allí, nunca había habido ahí fuera menos de tres voces a la vez. No había forma de salir al exterior, pero todavía tenía una oportunidad de advertir a su pueblo. Durante dos horas, alcanzó mediante la Fuerza a otros gritadores de pensamientos, sin preocuparse de si los Sith sentían su presencia. La Fuerza era un sistema de comunicaciones que los Sith no podían comprometer…

…o eso creía. Entre la ira que emanaba de los Sith y los niveles casi tóxicos de miedo que se habían desarrollado entre los alanciari en los últimos días, al llamar mediante la Fuerza se sentía casi como si se estuviera muriendo ahogada. No había manera de que nadie pudiera entender lo que estaba tratando de decir. Estaba demasiado cansada… y ella misma también tenía demasiado miedo.

Y enojada. Durante aún más largas horas, observó a Edell mientras dormía, recuperándose de su terrible experiencia. Le había mentido todo el camino. Ella conocía la escarpada costa sur. No había muchos asentamientos o fortalezas: las montañas nevadas eran su propia defensa. El *Infortunio* podía hacerse a la mar sin ser molestado. Pero con el otoño en el sur, los marinos alanciari evitaban el paso por el sur por sus increíblemente rápidas corrientes polares y por el hielo que se expandía. ¿Un equipo sin experiencia tendría la oportunidad de alcanzar el océano oriental? ¿Y Jogan les advertiría, o permanecería en silencio, dispuesto a naufragar con ellos si fuera necesario? Si les advertía, ¿le escucharían siquiera?

Quarra se dio cuenta con un sobresalto de que no sabía realmente qué haría Jogan. Se había imaginado que conocía sus pensamientos privados, pero lo que en realidad tenía era un montón de mensajes y unas pocas horas a su lado. Y ella casi había puesto toda su vida patas arriba por él.

¿Y Edell? Él y su pueblo habían puesto patas arriba su mundo entero. Y, sin embargo, lo había salvado, incluso después de saber que le había mentido. ¿Por qué? Recordó la escena en el observatorio mundial. Edell parecía diferente a Bentado. Un asesino, sin duda, pero Edell era un constructor, no un luchador. Parecía estar interesado en algo más grande. Aún así, ¿podían los Sith interesarse en algo más grande que ellos mismos? ¿No contradecía eso la esencia misma de ser un Sith?

Quarra no confiaba en él. Pero tampoco había sido capaz de abandonarlo. ¿Qué le estaba pasando?

Quarra durmió a ratos, despertándose con frecuencia a escuchar las voces de afuera. Pero no se acercaron más… y por la mañana, la luz entró en la habitación por una especie de chimenea diagonal sobre ellos. El túnel de hormigón se estrechaba demasiado en la

parte superior para servir como salida, pero la iluminación proporcionaba la oportunidad de hacer algo mientras el Gran Señor dormía. Cogió un libro.

Había leído las mismas Crónicas de Keshtah que había leído todo el mundo. Las entrevistas transcritas con la geóloga y luchadora por la libertad acerca de su vida anterior eran obligatorias en cuanto los niños aprendían a leer. Eran la base —adaptada libremente, por supuesto— de lo que aparecía en las obras de teatro. Pero se sabía que Adari Vaal había producido otros escritos durante su exilio en Alanciar. Algunos eran obras biográficas sobre los Sith; otros proporcionaban una descripción detallada de su continente. Un volumen considerable de su obra comparaba y contrastaba los minerales de los dos continentes; incluso los más devotos estudiosos sobre Vaal tenían problemas para leer y entender todo ese material. Lo más interesante de esos textos era su apoyo a la teoría de que el Antiguo Cataclismo cortó el acceso entre Keshtah y Alanciar.

Pero el libro que Quarra tenía ahora en sus manos era algo diferente. Sus páginas no estaban cuidadosamente caligrafiadas, sino que estaban escritas con los garabatos de alguien. ¿De puño y letra de Adari? A Quarra, que ahora prestaba especial cuidado al pasar las páginas, le parecía imposible. En cualquier caso, tanto si el documento era original como una copia hecha a mano en siglos posteriores, era algo que nunca había visto: las memorias personales de Adari.

Con entusiasmo, Quarra leyó por encima los escritos, sintiendo la misma emoción que le embargaba siempre al leer las misivas de Jogan. Había muchas secciones llenas de lamentos sobre los hijos de Adari; particularmente Tona, que había quedado atrás. Había unos pocos y duros pasajes sobre la madre de Adari, Eulyn… y no mucho en absoluto acerca de su primer matrimonio con Zhari. Pero, volviendo la página, vio que la mano del escritor se aceleraba y las letras se inclinaban. Hablaba de Yaru Korsin, el capitán del *Presagio* y el primer Gran Señor de la Tribu.

Korsin había tocado la mente de Adari desde lejos mucho antes de su primer encuentro, y ella mencionaba esa sensación más de una vez. Había sido desconcertante entonces, y cada vez que lo hizo después. Quarra entendía el malestar de Adari, porque ella lo había sentido cuando trataba de comunicarse mentalmente con otros keshiri que no estaban en sintonía con la Fuerza. No lo hacía a menudo, ya que no siempre funcionaba, y de todos modos no tenía ninguna necesidad práctica. Como gritadora de pensamientos, sólo se había comunicado con otros usuarios de la Fuerza. Pero había tratado de llegar telepáticamente a su marido, y la respuesta por su parte había sido una expresión asqueada. ¿Era eso lo que había sentido Adari, la primera keshiri en ser contactada a través de la Fuerza? Quarra se imaginaba su malestar.

Y ese malestar vivía en todas las páginas siguientes, cuando Adari describía los celos que de ella sentía Seelah, la esposa de Yaru entre los humanos. Veneno mental, transmitido hacia ella cada vez que Yaru no estaba cerca. Tampoco es que él detuviera nunca a Seelah cuando estaba cerca; Adari escribía que él disfrutaba al ver a las dos, la una contra la otra. *Este comportamiento no era Sith,* escribía Adari; *era masculino.* Pero

lo que más molestaba a Adari era que se había colocado voluntariamente en esa posición, y no sólo para obtener información para su movimiento de resistencia:

> *Yaru tiene una mente más aguda que la de nadie que yo haya conocido. La esgrima verbal con él era como uno de sus duelos con sable de luz; me sentía completamente despierta y viva. Incluso ahora, décadas después, recuerdo despertar por la mañana y desear con ganas que comenzase la siguiente conversación. Caminar con él mientras otros keshiri y Sith se arrodillaban era como estar en el centro del mundo.*
>
> *Pero nunca puedo olvidar el otro sentimiento. Lo que sentí el primer día en la montaña, cuando Seelah y su gente invadieron mi mente. Yaru es elegante, inteligente y encantador, y usa esas cosas para gobernar a los demás… y a mí. Pero también es un principal entre los Sith… y eso significa que es vanidoso, cruel y sádico. Es un hombre que mató a su hermano por pura conveniencia. Si Yaru aún vive, probablemente ha hecho cosas aún más graves. Es un animal.*
>
> *Cuando era joven, formé parte de un matrimonio de conveniencia. El problema es que eso te define como desigual antes de empezar. Que cualquier mujer que considere unirse a un Sith tenga cuidado: las mujeres fuertes no caminan junto a los animales. No sin una correa…*

Quarra cerró el libro, sintiendo escalofríos de repente.

Ahora comprendía por qué nadie había visto nunca las memorias, cuando tantas otras cosas sobre Adari Vaal habían sido lectura obligatoria. El líder de los Sith le había tentado. Y la Roca de Kesh había flaqueado.

Miró a Edell, que se removía en su sueño. Quarra todavía tenía el sable de luz. Podía eliminar una amenaza, una amenaza para su pueblo y posiblemente a sí misma. Ella no lo amaba, pero tampoco lo odiaba —aún no— y él siempre jugaría con eso. Ya había comenzado con ello, a lo largo de su viaje. Ella tenía la oportunidad de detenerlo ahora.

Pero también tenía una pregunta.

—Despierta —dijo en voz baja, empujándole.

Edell dejó escapar un gemido ahogado.

—¿Todavía están ahí fuera?

—Sí. Tres o cuatro, creo. ¿Puedes ocuparte de ellos?

Se incorporó sobre un codo y se estremeció.

—No, pero tal vez podamos entre los dos. —Vio su sable de luz en la mano de ella—. ¿Familiarizándote con él?

—Tengo una pregunta —dijo Quarra, con rostro serio—. Dijiste que van a venir más personas. Y que tanto tú como ellos servís a otra persona. ¿Esta persona es tan mala como Bentado?

Sorprendido por la pregunta, Edell la miró de cerca.

—No. No, no lo es. El Gran Señor es anciano… pero sabio.

—Te gusta —dijo ella, sorprendida por lo que estaba sintiendo—. Es tu amigo.

Casi a pesar suyo, Edell sonrió débilmente.

—Sí, supongo que lo es. Si tuvieras que vivir a las órdenes de un Sith, preferirías vivir a sus órdenes, y a las mías, que a las de Bentado. Confía en mí, los hemos tenido mucho peores.

—Los acueductos. Dijiste que se habían venido abajo. ¿Se arruinaron a causa de algunos de vuestros líderes?

—Y de algunos que querían liderar. Hubo mil años de caos, Quarra. Si Alanciar cree en construir cosas, como yo, no puedes dejar que eso comience de nuevo —dijo—. Tienes que ayudarme.

Ella lo estudió… y llegó a una decisión. *Adari tenía razón, pero yo también. Algunos animales son mejores que otros.*

—Está bien —dijo ella, levantándose—. Pero que una cosa quede clara. No te estoy ayudando por ti, ni por mí. Voy a detener a Bentado… y a arreglar las cosas. Estoy haciendo esto por mi pueblo.

—Eso es lo mismo que hacerlo por ti —dijo él, sonriendo—. Pero discutiremos de filosofía Sith después. Hay trabajo por hacer. Tenemos que cortar las comunicaciones de Bentado… pero si tratamos de acudir a tu gente, me cortarán en pedazos. Cosa que también harán si vas sola en busca de ayuda y me encuentran aquí. Si todavía tenemos tu ballesta, podríamos disparar a los globos de fuego de la torre de señales…

—¡Eso tardaría una eternidad!

—… y entonces ambos bandos nos cortarían en pedazos. —Suspiró—. Supongo que ya has intentado pedir ayuda a través de la Fuerza.

Ella asintió con la cabeza.

—Lo que significa que la única forma de detener a Bentado… es detener a Bentado. —Edell juntó las manos, sumido en sus pensamientos.

Éste es su modo normal, se dio cuenta Quarra. *Calculando, no luchando.*

Sus ojos dorados se abrieron un segundo después… y miró hacia arriba.

—Está bien, ya lo tengo. Pero tendremos que luchar de todas formas. Lástima que sólo tengamos un arma.

Quarra se puso en pie.

—No hay problema. Si éste es el lugar donde se trasladaron los archivos de Adari Vaal, se supone que debe haber otro sable de luz por aquí.

—Si lo hay, entonces ella lo robó.

—Bien por ella, entonces. —Le guiñó un ojo—. Y mejor para nosotros. Siempre quise probar uno.

Capítulo 15

—Una aeronave ha llegado —informó Squab—. Frente a la costa occidental, cerca de Puerto Melephos.

—La primera de la oleada —dijo su amo. Bentado apretaba los dientes mientras sacaba esquirlas de cristal de su propio brazo—. ¿Los keshiri han disparado contra ella?

—No, milord —exclamó el ayudante con voz chillona—. La nave se encuentra a varios kilómetros de distancia. Los equipos de jinetes de uvak con lanzadores de diamante se dirigen a su encuentro.

—Diles que hagan una señal cuando la hayan derribado. Se ha dado orden a todas las posiciones a lo largo de la línea defensiva de que disparen en cuanto tengan contacto visual. Dejamos a Hilts con dieciséis aeronaves. ¡Es de esperar que las envíe todas!

Edell se estremeció al ver al Sith sacar otro fragmento sangriento. Casi podía sentir el dolor de Bentado desde el túnel sobre el observatorio mundial donde estaba oculto, mirando. Edell se había dado cuenta al ver el túnel diagonal que salía hacia arriba desde los archivos secretos que el búnker de hormigón, donde se suponía que tantos keshiri debían vivir y trabajar durante varios días, tenía que tener un sistema de ventilación. Como gran parte de la instalación se encontraba bien bajo la casa de ladrillo o bajo la torre de señales de la superficie, los conductos de algunas salas necesariamente debían viajar en diagonal, cruzándose con otros. Lo había visto en algunos de los edificios antiguos de Tahv. Los alanciari habían utilizado hormigón en esta construcción moderna, pero su pensamiento no era muy diferente del de los arquitectos keshiri del continente que conocía.

No había forma de escapar por la estrecha parte superior del conducto que salía la habitación secreta, pero cuando Quarra trepó al espacio descubrió una apertura de un metro cuadrado que conducía en una dirección diferente. Un espacio lo bastante cómodo para gatear, que se inclinaba hacia arriba y hacia abajo conforme encontraba las uniones entre barracones y almacenes de suministros. Un hedor repugnante les indicó que se encontraban sobre la sala del Gabinete de Guerra. Y ahora estaban sobre el santuario de Bentado, mirando hacia abajo desde conductos paralelos separados.

—¿Dónde están las noticias de Puerto Melephos? ¿Por qué tardan tanto?

Edell vio el cráneo lleno de cicatrices de Bentado directamente bajo él, mientras el hombre observaba la superficie del mapa.

¡Allá vamos!

Apoyando sus pies contra la reja, Edell hizo uso de la Fuerza para que varias de las miniaturas cayeran. Sorprendido, Bentado se inclinó para recuperarlas… justo cuando Edell juntó las piernas, atravesando con sus botas las persianas de madera. Un Alto Señor se estrelló contra el otro, haciendo que la cabeza de Bentado se estrellase en la superficie del mapa. Edell rodó por el falso campo, encendiendo su sable de luz al tiempo que, a unos metros de distancia, Quarra caía estrepitosamente al suelo, sorprendiendo al pequeño Squab.

Edell se volvió para ver una mujer del grupo de Bentado, vestida de negro, salir en defensa de su líder. Edell la rechazó con un empujón de la Fuerza, pero la distracción dio a Bentado la oportunidad de recuperarse. El gigantesco Sith atrapó el tobillo de Edell y lo hizo caer con fuerza, golpeando la espalda contra el suelo.

Desde un lado, Quarra se lanzó, sosteniendo ante ella el antiguo sable de luz robado como si fuera una de las bayonetas con las que había entrenado. Bentado encendió su sable de luz y desvió el de ella en un movimiento de molinillo, que no le resultó del todo cómodo debido a su postura, medio de pie encima de una cordillera. Edell rodó hacia atrás fuera de la superficie del mapa… directamente hacia el ataque de otro defensor de Bentado. Se lanzó con su arma, empalando al atacante.

—¡Edell! ¡La torre!

Edell miró hacia atrás para ver a Quarra corriendo hacia las escaleras de la torre. Squab ya estaba en ellas, desapareciendo en las alturas.

—¡No! —gritó Bentado, saliendo tras ella lo mejor que pudo con su pierna mala—. ¡Maldita seas, mujer!

Edell luchó para seguirla, matando a otro individuo vestido de negro a su paso. *¡Esto no era bueno!* Quarra podía acabar con el control de Bentado sobre Alanciar desde la torre, pero también podría hacer que una multitud de keshiri cayera sobre él.

—¡Quarra, no!

La encontró jadeando en uno de los campanarios inferiores. Bentado la había lanzado contra la pared, haciendo que su espada de luz cayera lejos de ella.

—¡Atrás, Edell! —Brillante de sudor, Bentado apuntó al cuello de la mujer con la punta de su sable de luz—. Si esta cosa púrpura significa algo para ti… ¡atrás!

Edell miró a un lado. Squab estaba encogido cerca de él, detrás de la escalera de caracol de madera que conducía hacia arriba.

—No sé si a este juego pueden jugar dos personas —dijo Edell, amenazando al jorobado.

—¿Squab? —Bentado rió—. Haz lo que quieras. Puedo encontrar más keshiri. Aquí hay todo un continente lleno. —Miró burlonamente a Quarra—. ¿Esta es especial?

—¡Olvídate de mí, Edell! —gritó Quarra—. ¡Atraviesa a este animal asqueroso!

—¡Muévete, y ella muere!

Edell respiró hondo… y dio un paso atrás. Bajó su sable de luz, pero no lo desactivó.

—Ha sido una gran ayuda, Bentado. Es de mala educación que los huéspedes maten a sus anfitriones.

—Estúpido —dijo Bentado, proyectando un empujón de la Fuerza. Edell salió volando, golpeando con su cabeza el muro de hormigón frente a su agresor. El sable de luz salió volando de su mano.

Bentado alejó de una patada el arma de Edell y lanzó a Quarra junto a Edell. Squab, recuperando su compostura, emergió de su escondite, y Bentado le indicó que recogiera el antiguo sable de luz de Quarra.

—Sujeta eso. Yo mismo me ocuparé de estos dos. —Con el sable de luz brillando en la mano, se acercó a los combatientes heridos.

Junto a la escalera, un cable se tensó, haciendo sonar una campana de cristal. Squab, sosteniendo el viejo sable de luz, miró a su amo.

—Está llegando una llamada.

—Bueno, ve a recibirla.

Squab subió cojeando medio tramo de escaleras, donde otro de los keshiri de Bentado le pasó una hoja de pergamino.

—Los señalizadores de Puerto Melephos informan de que la aeronave ha aterrizado —dijo Squab.

—Querrás decir que ha sido derribada.

—No, dicen que ha aterrizado.

Bentado estalló de rabia.

—¿De qué estás hablando? ¡Di la orden de atacar!

Por las escaleras, les pasaron otro mensaje. Squab miró… y luego lo miró de nuevo.

—El mensaje parece ser del Gran Señor Hilts, señor. Dice que ha llegado.

Aún aturdido, Edell miró a Quarra, sorprendido. Bentado estaba boquiabierto.

—Decidle que Korsin Bentado y los keshiri de Alanciar le dan la bienvenida. —Gritó hacia la escalera—. Y decid a los soldados que le maten, a él y a cualquiera que venga con él… ¡ya!

Durante unos segundos, en la sala sólo se escucharon los sonidos del aparato de señales de arriba. Finalmente, uno de los secuaces keshiri de Bentado bajó las escaleras, con aire perplejo.

—¿Y bien? ¿Qué hay?

—El Gran Señor Hilts envía una sola palabra, mi señor —dijo el mensajero, irguiéndose y dando un paso adelante—. Saludos.

Bentado se quedó boquiabierto.

—¿«Saludos»?

Edell miraba, confuso. Junto a Bentado, los ojos negros de Squab se estrecharon al oír la palabra.

Del cuello de su amo sobresalían venas abultadas. El sable de luz oscilaba en las furiosas garras de Bentado.

—¿Están jugando conmigo? —Se dio la vuelta, cerniéndose sobre sus prisioneros—. ¿Es esto una especie de…?

¡Zas!

Los ojos de Bentado se abrieron exageradamente cuando el sable de luz que le había atravesado la espalda encontró su corazón ennegrecido. Cayó primero sobre sus rodillas, y luego sobre su rostro.

El pequeño Squab miró la forma inmóvil de su amo. De rodillas, el retorcido keshiri desactivó el arma robada de Adari Vaal y desarmó a su amo muerto.

Edell apenas podía hablar.

—¿Squab?

—Estoy seguro de que la familia Hilts tiene un saludo mejor para usted, Alto Señor Vrai. —El jorobado hizo una reverencia y entregó las armas a Edell—. Y estoy seguro de que les gustaría dárselo en persona.

Capítulo 16

El dirigible blanco se posó majestuosamente sobre la plaza de armas de Sus'mintri. Del mismo tamaño que el *Yaru*, el *Buen Presagio* era distinto en prácticamente todos los demás aspectos. En lugar del diseño oscuro y temible, las incrustaciones doradas en el lienzo trazaban la imagen de una poderosa criatura aviar, con su pico curvándose en una sonrisa feliz. Joyas y borlas colgaban del globo. Pendones de seda rodeaban la góndola cerrada, dándole la apariencia de una nube hinchada que hubiera descendido del cielo para flotar a pocos metros sobre el ejército keshiri, que se encontraba reunido en posición de firmes.

Quarra estaba de pie en el estrado de recepción junto a Edell, que esperaba con expectación —y abiertamente— en medio de los líderes de la ciudad que habían sobrevivido. Parecía mirar la aeronave con absoluta delicia.

—¿Ése es el vehículo real en el que estabas trabajando? —le preguntó.

—Sí. Pero han hecho algunos cambios en el exterior —dijo—. Han trabajado rápido.

Ya se había detenido antes una vez en Puerto Melephos, descendiendo primero sobre el mar fuera del alcance de las ballestas keshiri. Un pasajero había surgido entonces del balcón delantero para saludar a los defensores montados en uvak… el mismo pasajero que ahora surgía en el mismo lugar. Quarra ya sabía quién era.

Jogan Halder estaba de pie en la barandilla, vestido con su uniforme del ejército de Alanciar y aparentemente curado de sus lesiones.

—Keshiri de Alanciar —exclamó—. He estado más allá del océano. ¡Dejadme deciros lo que he visto!

Un silencio cayó sobre los regimientos.

—Fui arrebatado de nuestras costas por estos seres… estos humanos, que nos han sido descritos como los Sith. Yo no fui de buen grado, y, pasara lo que pasase, estaba decidido a proteger Alanciar.

“Me vendaron los ojos poco después de que el *Infortunio* avistase tierra, pero tuve tiempo de ver ante mí una tierra exuberante, como la descrita por Adari Vaal. Me llevaron hacia el interior en un carro con ruedas, mientras que algunos de mis captores se adelantaron y otros se les unieron. —Dio una palmada en la barandilla—. ¡Una vez más, yo estaba decidido a no decir nada, sin importar las torturas que pudieran hacerme!

Su expresión se suavizó.

—Pero entonces llegamos a los lisos caminos de piedra de una ciudad… y fui liberado. Y quiero decir completamente liberado, pudiendo caminar libremente por las calles. ¡Y qué calles! Una ciudad magnífica y brillante, con agujas de cristal subiendo al cielo, más hermosas que cualquier cosa que hubiera visto. Y la ciudad bullía de vida… ¡y todos sus habitantes eran keshiri!

Un murmullo surgió de la multitud.

—Sé lo que estáis diciendo ahora, porque yo también lo pensé. El Heraldo nos dijo hace siglos que la tierra no era realmente suya, y que los keshiri no eran realmente libres.

Pero no vi a los humanos por ninguna parte. Incluso aquellos que habían sido mis captores desaparecieron poco después de mi liberación.

“Yo no quería hablar con esos keshiri. Se parecen a nosotros, pero sabemos que están viviendo bajo una tiranía. ¿Cuánto podrían parecerse a nosotros? —Abrió las manos teatralmente—. Pero yo no vi ninguna tiranía. Vi artesanos, que no pasaban sus días haciendo trabajos forzados, sino haciendo arte en las calles. Pintura. Escultura. Música y canto de la clase que reservamos para las grandes ocasiones… allí mismo, en las plazas abiertas. Pensé que era un festival, y que los seres humanos lo habían organizado para engañarme. A medida que pasaban las horas, me di cuenta que era la forma en que vivían.

“Los artesanos keshiri me saludaron. Reconociendo que era un extranjero por mi uniforme, me preguntaron acerca de mi tierra. Una vez más, no dije nada. Pero ellos me hablaban alegremente de ellos mismos, confirmando que lo que estaba viendo era normal. Pregunté dónde se encontraban los humanos. Señalaron a lo que ellos llamaban el Capitolio, un edificio de mármol antiguo aumentado con torres de cristal. ¡Era el refugio, dijeron, de los Protectores!

Esta vez, un fuerte estruendo provino de la multitud. Jogan levantó las manos hacia delante, con las palmas abiertas.

—Sí, sí, lo sé. El Heraldo nos advirtió de que los Sith habían engañado a la gente de Keshtah haciéndoles creer que eran los Protectores de la leyenda. Me opuse a la palabra, tratando de decirles que habían sido engañados. Pero no discutieron. En lugar de eso, me permitieron seguir caminando por la ciudad llamada Tahv, tal y como Adari había descrito, para que hablase con quien yo quisiera.

“Convencido de que realmente se sentían como decían, traté de hacerles cambiar de opinión. Describí Alanciar, y cómo nos habíamos preparado para la llegada de los Sith. Describí cómo hemos vivido, y todo lo que hemos hecho. Y la respuesta —dijo Jogan—, fue lástima. —Su voz se elevó mientras hablaba—. Lástima, por tantos años perdidos en la preocupación, en el temor a una amenaza existencial. Lástima, por tantas vidas gastadas en trabajos pesados, en lugar de en arte. Y lástima por que nunca habíamos conocido a los humanos, con su sabiduría venida de las estrellas. Humanos que, me dijeron, no gobernaban sobre los keshiri, sino que preferían quedarse siempre en el interior de su capitolio, en tranquila contemplación.

“Pedí que me llevaran al capitolio, para verlo por mí mismo. Me llevaron de buena gana… y me recibieron en su interior. Allí, en efecto, se encontraban los humanos que llamamos Sith. Desarmados, y meditando. Me llevaron a una sala donde estaba sentado su círculo gobernante, ningún hombre o mujer situado por encima de ningún otro.

Hay arte en la narración, pensó Quarra. Igual que en esos ramilletes de mensajes que le había enviado durante meses. Eso era lo que la había atraído hacia él en primer lugar. Ciertamente, ahora tenía la atención de todos.

—Yo no quería hablar —dijo Jogan— y entonces hablaron ellos, dándome la bienvenida a Keshtah y disculpándose por el método de mi llegada. Allí me contaron más

o menos la misma historia que había contado Adari acerca del aterrizaje de su pueblo en Kesh. Conocían a Adari Vaal, y dijeron que no estaba equivocada en sus advertencias había malvados entre ellos en aquellos días: ¡sirvientes de los Destructores, en la clandestinidad!

La multitud rugió con ansiedad.

—Eran conscientes del peligro que Adari temía, y detuvieron a esos seres oscuros el mismo día que ella abandonó su continente para venir al nuestro. Si Adari hubiera esperado sólo otro día… ¡tan sólo un día más! —Jogan se detuvo, con la garganta seca. Todo quedó en silencio mientras esperaban que continuase—. ¡Tan sólo un día después, todos aquellos que Adari temía fueron destruidos, y su advertencia ya no tenía razón de ser!

Un grito colectivo provino del gentío. *¡No! ¡No!*

—Sí, eso es lo que dijeron. Todo lo que hemos hecho ha sido para nada. Yo no lo creía, no quería creerlo. Pero tenían más noticias. Me dijeron que ahora, dos mil años después, un vil siervo de los Destructores había vuelto a surgir de entre ellos, amenazando toda la vida. Expulsado de Keshtah, construyó naves aéreas y partió en busca de otro lugar que conquistar.

—¡Los guerreros de negro! —exclamó alguien desde la multitud.

—Sí —respondió Jogan—. ¡Ahora sé que estaban atacando aquí, mientras yo estaba de visita allí! —Los murmullos aumentaron de volumen, pero él siguió adelante—. Les pregunté acerca de las primeras aeronaves que vimos… las de Edell Vrai, cuyos guerreros me abordaron y me secuestraron. Los humanos del consejo me dijeron que Vrai era un amigo de confianza, que había ido en busca de los criminales. Sorprendido por la rapidez y la potencia tecnológica de nuestra defensa, Vrai temía que nosotros también sirviéramos a los Destructores. Y por eso, amigos míos, me llevaron con ellos a Keshtah. ¡Tenían que saber que no éramos los malvados enemigos de la leyenda!

“Fue entonces cuando hablé por fin, diciéndoles que estábamos en el lado del bien, que nos opondríamos a cualquier mal que se nos cruzase en el camino. No éramos merecedores de su ira. ¡No, Alanciar no!

—¡Jogan nos salvó a todos! —llegó un grito desde las masas.

—Y los humanos, los Sith, se alegraron de ello. ¡Y se ofrecieron a ayudar!

Se escucharon vítores, y Quarra abrió los ojos como platos, sorprendida al darse cuenta: *Él es el nuevo Heraldo.* ¡Jogan era el nuevo Adari, sólo que ésta vez contaba relatos que complacían a los Sith!

Quarra miró a la multitud de oyentes, examinando rápidamente sus caras una tras otra. Estaban tomando en serio a Jogan. Se trataba de un cuento increíble… pero él era uno de los suyos.

Bueno, yo también, pensó. Y ella también tenía una historia que contar.

Echando una mirada subrepticia a Edell, Quarra se volvió hacia la barandilla. Había sentido una parálisis desde el momento de la torre sobre la Casa de Vaal, cuando Edell reafirmó el control sobre los hombres de Bentado y los dispositivos de señalización. No

había habido ninguna posibilidad de advertir a nadie. Pero ahí se encontraba la flor y la nata de una legión alanciari, a pocos pasos de distancia del estrado de recepción. Tal vez no había terminado todo. Edell trataría de hacerla callar, pero eso podría fin a este espectáculo, mientras todavía hubiera alguna duda…

—Pero que no sea yo quien os lo diga —dijo Jogan, dando un paso a un lado para permitir que una nueva figura saliera a la balconada—. ¡Hay alguien a quien todos deberíais conocer!

Una figura de color blanco apareció en la baranda. Un anciano humano, vestido con un manto de plumas adornada con piedras preciosas y con un afilado pico, levantó sus brazos, que simulaban ser alas, y miró hacia el cielo. Reconociendo al Tuash Brillante, el ave legendaria de sus mitos, la multitud se quedó sin aliento.

Sólo Edell, embobado, se rió en voz alta. Incrédulo, miró a Quarra.

—¡El Gran Señor Hilts!

—Gente de Alanciar, he venido a vosotros por ser los siervos del Tuash Brillante nacidos en Kesh —dijo el anciano—. Tengo más de dos mil años de edad. Los humanos están entre mis hijos… y vosotros también. Vuestro heraldo, Adari Vaal, era mi hija keshiri. Bien intencionada, pero carente de comprensión. —Puso un brazo cubierto de plumas en el hombro de Jogan—. Este hijo de Alanciar ha hablado la verdad. Había sirvientes de los Destructores entre mi pueblo… pero no eran todo mi pueblo. ¡Les expulsamos!

—Cuando me recibisteis tan amablemente en Puerto Melephos, mi corazón se alegró… hasta que recibí la triste historia de que los renegados ya habían golpeado aquí, matando a vuestros principales líderes. —Inclinó la cabeza con tristeza.

El hecho ya era conocido por el público, pero la demostración de remordimientos del humano llamaba la atención de todos. Hilts miró hacia el estrado y señaló.

—¡Pero los malvados y su líder han sido derrotados, gracias a los esfuerzos de uno de mis agentes, trabajando en concierto con uno de vuestros bien entrenados alanciari!

Miles de ojos se volvieron hacia Edell y Quarra. La derrota de Bentado también era conocida… pero muchos se maravillaron al ver a los dos juntos. ¡Un humano, trabajando en secreto en Alanciar para derrotar a los Destructores!

—Mi pueblo se siente responsable de todo lo que ha pasado. En los próximos días, llegarán trabajadores de apoyo. Humanos y keshiri, vestidos de blanco, para ayudar a reparar el daño… y para tender puentes entre nuestros mundos. —Con los aplausos que ya empezaban, el Hilts-Pájaro alzó sus alas—. Juntos, podremos entendernos… ¡y construir un Kesh mejor para todos nosotros!

La multitud rugió su aprobación. Quarra miró a su alrededor. Allí había usuarios de la Fuerza, estudiando al viejo al igual que ella. Pero nadie había levantado ninguna alarma.

—No sienten malicia en él —dijo Edell—. Él nunca la tuvo hacia vosotros.

—Sigue habiendo engaño —dijo.

—Tal vez esta gente esté preparada para ser engañada. Son como una de vuestras ballestas. Han estado en tensión durante años, a punto de estallar. Ahora que han disparado, están listos para otra cosa… incluso para una bonita historia.

Ella levantó la vista. Sí, Jogan les había dado eso. ¿Qué podía decir ella ahora?

El dirigible descendió entonces, permitiendo que el hombre con el que en otro tiempo había mantenido correspondencia abriera la puerta para bajar al suelo.

—Mi historia es más larga, pero tengo que llegar a una estación de señal. Esta historia necesita ser contada a todo el mundo. Y si no os importa —dijo con una amplia sonrisa— ¡me gustaría ser quien se encargue de transmitirla!

Jogan salió de la góndola a la multitud. Quarra descendió del estrado de recepción pero no pudo acercarse a él, acosado como estaba por lo curiosos keshiri. Corrió a lo largo, tratando en vano de seguir el ritmo de la multitud en movimiento antes de saltar sobre un muro de contención de piedra.

—¡Jogan! —gritó.

Jogan miró a izquierda y derecha antes de localizarla. Sonriendo, la señaló con una mano y a sí mismo con la otra. *Luego hablamos*, dijo, moviendo los labios sin emitir sonido, antes de ser arrastrado hacia la estación de señales en el extremo de la plaza de armas.

Edell sonrió.

—Gran Señor, sed bienvenido.

Los oyentes Alanciari se habían retirado y ahora estaban reunidos en grandes grupos con los embajadores keshiri del *Buen Presagio*. Hilts no había traído ningún otro humano, pero estos llegarían en las naves venideras. El anciano Gran Señor atrajo a Edell hacia sí en un abrazo… y luego habló, con sus agrietados labios pegados al oído del joven.

—Esta ha sido la maldita peor cosa que he hecho nunca —dijo, agitando el pico.

—¿El disfraz, o montarse en la aeronave?

—Ambas.

Edell volvió a mirar la gigantesca nave. Nadie había visto jamás al Gran Señor montar un uvak.

—Hace posible que aquellos que no pueden montar puedan volar. Pueden sernos de gran utilidad…

—El pueblo de Kesh ya está lo bastante envanecido, muchacho —dijo Hilts, esponjando las plumas de su capa—. Esa no es forma de unir un imperio. ¿Tienen más de esos buques de mar?

—En los puertos. No sabemos cuántos pueden hacer el tránsito, pero eso es simplemente porque no lo han intentado —dijo—. Obviamente Peppin y el *Infortunio* lo lograron.

—Por supuesto. Tenía la esperanza de verte con ellos… pero me dijeron que te habías adelantado a explorar. Esa fue una buena idea —dijo—. Y menos mal que nos enviaste ese tipo tan locuaz, y su colección de lectura. Eran un montón de tonterías románticas, en

su mayoría… pero también tenía una copia de esto. —Extrajo un volumen desde el interior de su capa—. Su copia de las Crónicas de Keshtah Este libro nos dijo a qué nos enfrentábamos: todos los alanciari sabían de nosotros.

—El testamento de Adari Vaal —dijo Edell, meneando la cabeza—. La fugitiva keshiri hizo mucho daño.

—No tanto como se podría pensar —dijo Hilts, sonriendo—. Vosotros os burlabais de mí y de mis historias. Pero la historia es importante. Puede ser un arma… para ambas partes. Tu teniente leyó esto durante la travesía, y se adelantó volando con ello a Tahv cuando llegó a la orilla. Estaba claro que los keshiri de Alanciar habían sido como los nuestros al principio… incluyendo el mismo mito de los Protectores y los Destructores. Y ahora, como entonces —se dio unas palmaditas en el pico—, era simplemente una cuestión de convencerles de nuestro papel en esa historia. Y eso significaba también elegir un papel para Bentado.

—¡Pero la flota de Bentado ya debía de haber partido para entonces!

—Y no había forma de avisar a ese tonto testarudo de que volviera. Sabíamos que sus invasores darían a los alanciari la lucha que habían estado esperando… una lucha que probablemente ganarían. Así que usamos eso. Él y sus barcos y su gente parecerían el rostro del mal. Nosotros teníamos que parecer otra cosa —dijo Hilts, astutamente—. Por suerte, nos enviaste un sujeto de prueba.

Para cuando el carro que llevaba a Jogan alcanzó Tahv, explicó Hilts, la Tribu se había retirado de la vista del público, poniendo a sus keshiri más fervientemente leales en las calles. Una vez que su nuevo embajador se había convencido, era una simple cuestión de asumir una forma agradable para los alanciari en general.

—El equipo de Bentado se parecía a lo que temían. Pero yo soy un hombre viejo y bondadoso.

—¡Llevando una capa de plumas blancas!

—Las cosas que hago por la Tribu —dijo Hilts. Entrecerró los ojos—. Leí tus señales acerca de Bentado haciéndose con el poder. Bueno, eso era sólo cuestión de tiempo. Me alegro de que estuvieras aquí para ocuparte de él.

—Yo comencé… pero fue Squab quien acabó con él.

El anciano apartó una pluma de su rostro y sonrió.

—El pequeño y leal Squab… otra idea de Iliana. He aquí un pequeño consejo para ti, muchacho. Cuando un Gran Señor de los Sith te envía sus saludos… ¡corre!

Edell se rió. Pero al pensar en ello, su expresión cambió, frunciendo el ceño.

—Todo podría comenzar de nuevo, Gran Señor. Las luchas internas entre Sith. Nuestra misión ha terminado.

—¿En serio? —Hilts negó con la cabeza—. La captura de nuevos esclavos no es una victoria. Cualquier patán con una cuchilla puede hacerlo, igual que hicieron los Sith originales con nuestros antepasados tapani. ¿Pero atraerlos voluntariamente a tu servicio? Eso sí ya es otra cosa. Va a requerir todos nuestros esfuerzos, juntos. Eso es lo que Yaru Korsin pensaba, y es lo suficientemente bueno para mí.

—Tiene razón, por supuesto.

—Por supuesto que sí. Soy viejo. —Hilts atrajo a su protegido hacia sí y lo tomó del brazo—. Ahora, déjame que te hable acerca de la historia en la que estoy trabajando…

Capítulo 17

Muchos querían conocer al líder de los incomprendidos humanos, pero Quarra no se había quedado a saludar al Gran Señor. Edell se figuró que había ido en pos de Jogan, pero nadie en la plaza de armas la había visto.

Más tarde descubrió que había ido a ayudar en las labores de limpieza en la Casa de Vaal. Squab y los keshiri de Bentado supervivientes, ahora bajo la dirección de Edell, habían vigilado la sumamente importante torre de señales hasta la llegada de los asesores humanos con trajes blancos. Apenas unos días después del Testamento de Jogan, había varios en las calles de Sus'mintri, mostrando una apariencia amable y servicial. Edell se movía ahora libremente por las calles, vestido él también de blanco, ni invasor ni señor, sino invitado benevolente. Los Sith habían sido amables y generosos con hermosos regalos del otro lado del océano, y los alanciari sabían hacer una cosa muy bien: correr la voz.

Ahora Edell era esencialmente gobernador de Alanciar para Hilts, pero tendrían que pasar años de sonriente cooperación para que el gobierno fuera plenamente aceptado y reconocido abiertamente. El Alto Señor se enfrentaba a muchos de los mismos retos que tuvo la tripulación del *Presagio*, y de maneras que hacían que su trabajo fuera más complicado. Cada pueblo, cada granja del campo contenía aquí alguna innovación keshiri desconocida en el otro lado del globo. Todas tenían que ser evaluadas. Algunos avances se llevarían a Keshtah; los barcos de vela eran una opción obvia para sustituir las peligrosas aeronaves. Vastas áreas de Kesh, como por ejemplo el desconocido hemisferio norte, ausente en el antiguo mapa de Korsin, ahora podrían llegar a ser accesibles. ¿Podría haber allí más nativos, más misterios? La perspectiva emocionaba a Edell.

Incluso se habló de crear un par de arrecifes artificiales en el mar, para proporcionar a los uvak estaciones de descanso cuando hicieran vuelos transoceánicos. Los continentes habían estado unidos en otro tiempo; habría conexiones nuevamente.

Los barcos eran una cosa… pero muchas otras tecnologías alanciari serían retiradas. Poco a poco, pero con firmeza, instarían a los habitantes a quemar sus ballestas, grandes y pequeñas, en una demostración de confianza. No era sólo debido a un deseo de desarmar a los alanciari. Millones de keshiri armados eran demasiado tentadores para un Sith ambicioso.

La tarea por delante era inmensa. Sabía a quién necesitaba… alguien a quien había llegado rápidamente a respetar y admirar, en una forma en que no había valorado a nadie en su tierra natal.

La encontró en la Casa de Vaal. El equipo de limpieza seguía poniendo el lugar de nuevo en buen estado de funcionamiento, pero Quarra estaba fuera de la pared del patio donde había dejado los muntoks de tiro. Levantó la mirada, apartando la vista del abrevadero donde estaba dándoles de comer.

—Aquí empieza a haber mucha gente —dijo.

—Pronto habrá más gente todavía. Y mucha actividad. ¿Viste a tu amigo centinela?

—Brevemente. —Dejó el cubo de comida—. Parece que él también va a estar ocupado con mucha actividad.

—Tendrá un lugar de honor en nuestra sociedad, como nuestro primer visitante de Alanciar. —Edell miró a la torre de alabastro, que se alzaba por encima de la pared del patio—. La gente no confiará a ciegas en Jogan, igual que pasó con Adari Vaal. En cierto sentido, se podría decir que lo hemos cambiado por ella.

Quarra no respondió. Sujetó unas alforjas a uno de los muntoks y lo separó del carro.

Edell dio un paso hacia ella.

—Podrías unirte a él, por supuesto… o hacer cualquier otra cosa. El Gran Señor Hilts está impresionado por la tradición de la Fuerza en la gente de aquí. Autodidacta, y todo eso. Él siempre quiso incluir a los keshiri en la propia Tribu, con títulos iguales a los nuestros. —Le tomó la mano y la miró fijamente—. Numerosos caminos se abren ante ti, Quarra.

—No —dijo ella, sonriendo débilmente y retirando su mano—. Sólo uno.

Al final de una época que había estado llena de decisiones difíciles, casi imposibles, la decisión final había sido la más fácil.

Observando la puesta de sol mientras su Muntok avanzaba a grandes zancadas hacia la ciudad, Quarra entendió ahora por qué había viajado a Punta Desafío aquella tarde de otoño. Se había convertido en un barco por el canal de su carrera, sujeto a una sola dirección. Por muy lejos que avanzara, saber exactamente cómo iba a ser el resto de su vida la había vaciado por dentro. Otros en el estamento militar habían vivido durante años con el mismo problema.

Pero desde la llegada de los Sith, la sociedad parecía animada. Misteriosas nuevas perspectivas se habían abierto para todos. Entre ellos, sólo Quarra todavía sentía que sabía el aspecto que tendría el futuro. Sólo ella había visto a los Sith como realmente eran.

No como Jogan. Su corresponsal en el extremo de la línea era ahora el centro del mundo. Había dicho que hablarían pronto, pero él nunca la había contactado, y ella nunca había hecho ningún intento de encontrarlo. Ahora, el otrora profesional ermitaño estaba ocupado, recorriendo Alanciar, visitando una ciudad tras otra en el *Buen Presagio* para repetir la historia de su aventura. Ya se había dramatizado, con la ayuda de actores y compositores importados de Keshtah, en algo que reemplazaría la obra sobre Adari Vaal. Adari sólo se había encontrado en una roca. Había vivido en una, antes de ver la verdad. Jogan Halder era la verdadera Roca de Kesh.

Quarra se dio cuenta de que él nunca había sido un verdadero centinela. Jogan aspiraba a un llamado que no había tenido lugar en Alanciar desde la llegada de Adari Vaal. Ahora tendría lugar de nuevo. Las vetustas obras patrióticas que se representaban cada Día de la Observancia serían reemplazadas con nuevas producciones, para todos los días. Volvería a haber narradores, y escultores, y clientes, y actores. Todo lo que se había dejado de lado durante el largo estado de emergencia regresaba ahora, con una velocidad sorprendente. Alentados con la complicidad de los Sith, que siempre discretamente

cultivaban la idea de que los últimos dos mil años en Alanciar se habían perdido en una especie de locura colectiva.

Era una idea que sus amigos, vecinos y compañeros de trabajo fueron aceptando fácilmente. Quarra temía que, al final, sólo ella recordaría a Adari con cariño. Los signos de la maldad Sith habían estado visiblemente presentes en las acciones de Bentado, pero las fuerzas bajo Varner Hilts habían mostrado el mejor de sus comportamientos desde su llegada. La unificación estaba ya muy avanzada. El complot para convertir a Jogan y al pueblo de Alanciar había sido diabólico pero sutil, y era difícil convencer a nadie del engaño. Quarra lo había intentado más de una vez, hablando discretamente a otras autoridades que conocía. Pero lo único que obtuvo a cambio fue el escepticismo que debería haber sido dirigido hacia los Sith… incluso de aquellos en cuyo juicio había confiado previamente. Nadie quería saber de otra Adari. Finalmente, se dio por vencida.

Sin embargo, hizo caso a una última advertencia de Adari… y tal vez sería la última advertencia del desacreditado Heraldo que nadie tuviera en cuenta. Las memorias de Adari hablaban de su esperanza de que al permanecer cerca de Yaru Korsin, algún día podría aprender lo suficiente para liberar a su pueblo. Lo había logrado parcialmente, enseñando al pueblo de Alanciar lo que conocía. Pero Adari también había confesado sus fracasos personales. Al caminar con Korsin, se había convertido durante un tiempo en la Salvadora… honrada muy por encima de los keshiri que la habían atormentado en su vida anterior. Y había reemplazado a un marido aburrido y odioso por un compañero que, aunque más amenazante, era mucho más inteligente.

Edell Vrai le había ofrecido a Quarra la misma oportunidad. Había tantas tareas por delante, y Edell la necesitaba. Y Alanciar la necesitaba, en cierto sentido. Podría hacer mejor las cosas, podría suavizar la transición… e incluso podría ser capaz de traer un poco del conocimiento médico del pueblo de Edell a Alanciar. Había mucho en Edell. ¿No era mejor ser la compañera de un Alto Señor Sith que la de un héroe popular keshiri?

No. Esa mujer del sueño, Orielle, le había dicho que no podía huir de lo inevitable… y su gente tampoco iba a hacerlo. Ella podía aceptarlo. Pero eso no significaba que tuviera que correr hacia ese futuro. Adari le había dado esa respuesta. Quarra dio unas palmaditas al libro de memorias, a salvo en la alforja después de rescatarlo de los archivos. Sí, algunos animales son mejores que otros… pero siguen siendo animales. Quédate con tu propia gente.

Encontró a Brue en el crepúsculo fuera de su casa de Uhrar, puliendo los globos de fuego que había fabricado ese día.

—Parece que has tenido unas vacaciones ocupadas —dijo su esposo, apagando los dispositivos.

—Esa es una forma de decirlo —dijo ella, desmontando—. ¿Qué tal el trabajo?

—Bastante bien. —El curtido keshiri acarició las bolas de cristal y sonrió. Ahora no le faltaba trabajo, como al resto de artesanos; los Sith estaban interesados en los dispositivos—. Los niños están contentos de estar en casa. Se alegrarán mucho de verte.

—Voy a darles una sorpresa —dijo ella, arrodillándose para atar a la bestia. Brue subió con paso tranquilo los escalones de vuelta a casa, silbando.

Quarra miró su casa, y luego a la calle. Ella sabía cómo sería el resto de su vida, y sabía cómo sería el resto de la vida de sus hijos. Se quedaría ahí, para guiarles por ella… y a sus ciudadanos, mientras existiese su cargo. No había realmente mucho más que hacer.

Miró las estrellas que aparecían en el cielo. Bajo el mandato de los Sith, obtendrían nuevos nombres. Esperaba que en algún lugar entre ellas vivieran los verdaderos Protectores, dispuestos a salvar a su pueblo.

Pero estaba preparada para estar equivocada.